This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 65 929

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class 789
077
+

YC 558

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
*Class*

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class

# EL
# TREN DIRECTO,

RELACION CONTEMPORÁNEA,

POR

J. ORTEGA MUNILLA.

MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXX.

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class

PRESERVATION
COPY ADDED
MLF 12/04/90

REESE

Es propiedad.

MADRID, 1880.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

# EL TREN DIRECTO.

## I.

### ¿Empieza ó acaba?

María Luisa habia pasado la noche en tristes y agitadas vacilaciones. Su casto lecho de viuda estaba, cuando el dia llegó, deshecho y revuelto; las sábanas, rebujadas; la fina colcha de punto, labor comun de un producto inglés y una virtud china: el algodon y la paciencia, cubria apénas con un velo de pudor el seno hermoso de María Luisa y la curva griega de su talle. Los brazos salian fuera de este rebozo, dejando descubierta su bella proporcion hasta mucho más arriba de los codos. Eran brazos morenos, suaves, de seda casi, bajo cuyo cútis corria el humor rosáceo de la vida con la agitacion que produce una noche de placer ó una noche de calentura. Dieron las cuatro en un reloj de caja, prévio el balbuceo de la campana ronca, y la lamparilla que ardia sobre un viejo taburete de piano, forrado de hule, se apagó, lanzando una ojeada ansiosa á los objetos del mueblaje y un chisporroteo chirriante como el del fós-

199879

foro al encenderse. María Luisa alzó entónces de las almohadas la cabeza, apoyándose con las manos en el lecho, y miró la oscuridad del cuarto, y el filo blancuzco que en el maderaje de las dos ventanas trazaba el nuevo dia, y oyó el cacareo de un gallo y las campanillas de la mula de un labrador que iba á sus faenas, arrastrando la rama del arado sobre el piso polvoriento. Despues se levantó, puso sus piés desnudos en la piel de cordero que cubria el pavimento á la derecha de la cama, y palpó las sombras hasta tocar el frio hierro de aquella cuna donde reposaba Justina. Aproximó su rostro á otro rostro infantil, y sin equivocarse, sus labios fuéronse á posar dulce y amorosamente en una cabeza que dormia.

—¡Oh!—dijo María Luisa—por tí al ménos, ángel mio... ¡Es preciso!

Buscó sobre la mesa de noche la caja de cerillas y encendió la bujía. Al pié del lecho estaban sus ropas, y con rapidez se las vistió. La bata de percal negro con lunares blancos, y un pañuelo oscuro de seda, que anudó á su cabeza, prestáronle abrigo contra el relente del amanecer, que se colaba, á pesar de los burletes, por mil resquicios. Entónces abrió las maderas de una ventana, y cierto albor dudoso llenó la estancia. La casa despertaba toda. El campo empezaba á ser, y al salir de la noche parecia salir de la nada. El horizonte caia en lento declive hácia un camino de herradura, cuya amarillenta línea, serpeando entre sembrados, huertos y eriales, parecia un símbolo del Fisco, que en todas partes mete su importuna curiosidad. Allá léjos, despues de descen-

der poco á poco, subíase sobre los hombros del Cerralvo, un monte azulado, del cual caia la luz como una sutil lluvia de nieve, y seguia culebreando hasta que la vista le dejaba de ver bajo un vapor ceniciento de nubes amontonadas. Este segmento deshabitado del horizonte fué el que contempló María Luisa al abrir la ventana. Despues, como oyera movimiento en la cuna, acercóse á ella.

—¡Mamá, mamá!—exclamaba, áun dormida, la niña. —¿Dónde estás? Soñé que te habias ido.

—Aquí estoy. Te he despertado ántes de tiempo. ¿Quieres dormir más? Yo tengo que salir. Si tienes sueño, iré sola.

—¡Salir!—repitió Justina con asombro.—¿Qué hora es?

—Las cuatro.

—¿Y á las cuatro vas á salir? ¿A dónde?

La lógica inflexible de la niña no podia ménos de extrañar el madrugon de su madre.

—A San Juan de Cabuérniga—repuso ésta.—Es un asunto que he de despachar hoy mismo con D. Saturnino Ceano.

—Pues no tengo sueño. Quiero ir contigo.

—Es que hace mucho frio.

—No importa. Me pondrás el capoton de papá, que otras veces llevo cuando salimos en invierno al campo.

—No seas caprichosa, niña—dijo con firmeza María Luisa.—Tu empeño puede costarte una pulmonía. ¡Quietecita aquí hasta que yo vuelva!

Cogió las dos manos, que Justina sacaba fuera de las

mantas, y volvió á meterlas dentro del lecho. Hemos dicho que éste era una cuna. Es cierto. Aun cuando Justina contaba ya ocho años, no habia querido abandonar el nido de su sueño primero. Tal capricho fué respetado por María Luisa, por la razon sencilla de que respetaba todos los de su hija, y la criatura siguió durmiendo en aquel cascaron de acero, que giraba sobre sí mismo en loco columpio cuando Justina se enfadaba.

—¡No quieres llevarme contigo!—dijo la niña abriendo sus grandísimos ojos negros, que llenaban su palmito descolorido y delgado.—¡Bueno! Me quedaré..... pero ya sabes que el médico te tiene dicho que no me hagas llorar... y yo... yo... me es...ta...ré... llorando... has...ta que vuelvas.

Hablaba y lloraba todo á un tiempo, poniendo juntas y confundidas lágrimas y palabras en un rosario conmovedor.

—¡Vamos! No llores... Eso no... Te levantarás, te vestiré... y se hará lo que quieras... Pero no llores. Seca esos ojos.

María Luisa pasó su mano fina y mórbida por el rostro de Justina, la cual, rompiendo en un terrible llorar de profundo desconsuelo, no fué dueña de obedecer á su madre. Era un temperamento nervioso, en el cual los sentimientos provocaban sensaciones violentas, que no podia dominar súbito una vez iniciados. El llanto de Justina duró lo bastante para que ántes de que se hubiese acallado pudiera María Luisa cogerla en brazos, abrigarla con un manton negro y apretarla contra su pecho, llenándola de besos el rostro, la frente y

las trenzas negras, medio deshechas por el agitado dormir de una niña que ve juntos en sueños fantasmas y ángeles. El llanto de Justina causaba profunda emocion á María Luisa. Hubiera querido cortarle con un beso, como se corta con un dedo el correr del agua en una fuente; al oir aquel sollozar sin fin poníase más triste, y las arrugas que, no la vejez, sino el dolor, habia marcado en su frente ebúrnea, crecian en número é intensidad. Digámoslo de una vez, áun cuando parezca prematuro: María Luisa experimentaba un dolor íntimo de arrepentimiento, y el llanto de Justina le avivaba más y más.

Luégo la niña empezó á serenarse; dejó de arrojar lágrimas, y sólo algun suspiro tembloroso exhalaban sus labios pálidos. Por fin quedó tranquila, y del gesto de la contrariedad pasó á la sonrisa, sin ese crepúsculo de sombras que separa de ordinario la alegría del dolor.

—¿Vamos á ir, verdad?—dijo en tono mimoso.—¿Han enganchado á *Chuleta?* Yo iré en el pescante con Pacorro, llevando las correas y cantando: «¡Arre, arre, arre, que llegamos tarde!....»

Calló la niña, fijó más sus ojos en los ojos de su madre, y una y otra se miraron en silencio. Hay algo más grande que la contemplacion del mar: la contemplacion de un amor como aquel. Aquellas cuatro pupilas sin pestañear se contemplaban, y Justina distinguia las levísimas ramificaciones venosas que cruzaban los ojos de su mamá, y sus pestañas rubias, de un rubio mate; color, matiz y tono que sólo se encuentran en el rayo de sol despues de pasar por una gasa blanca. Veia la in-

tensa pupila, que, siendo azul, parecia negra, y los párpados delgados, comparables á hojas de rosa, cuyos bordes, un tanto encendidos, hablaban de lágrimas recientes; veia la nariz recta, de punta redonda; los labios carnosos y unidos con gesto de pena; la tersura de las mejillas, en que, mirando atentísimamente, se hallaban unas menudas vetas más claras que el resto del cútis, especie de tributo que aquella mujer morena pagaba á la rubicundez de su cabello. Veia tambien la frente cargada de bucles descompuestos y pensamientos desordenados, y oia la respiracion del seno que la engendró, que al aspirar se acercaba hasta su frente con su atmósfera tibia y su contacto dulce, y al contraerse para expirar el aire, permitia llegar el frio ambiente exterior hasta la mejilla derecha de Justina, posada en aquel caliente regazo de madre amorosa.

—¿Te he incomodado?—preguntó Justina cogiendo entre sus manos la cabeza de María Luisa.—Por todo lloro..... ¿Tú me perdonarás?..... ¿Cuántos besos te doy, y me perdonas?

Era un contrato, un puro contrato mercantil lo que la niña proponia. La madre le aceptó, y el ruido de besos que sonó en la estancia le puso el sello. ¡Una madre y una niña que se enojan y se besan! Esto no puede ser el final de un drama. Veamos.

---

## II.

**Mirada al frente.—Mirada atras.—Mirada al rededor.**

Terminaba María Luisa la faena de vestir á Justina, cuando entró en la estancia una señora que frisaria en los cincuenta años, áun bien conservada, fresca, gruesa, oronda y de pausado andar. Era su rostro redondo, con brillo aterciopelado en las mejillas fofas y blandas, y unas chapitas doradas en la frente y bajo los ojos. Sobre éstos se plegaba un cortinaje de piel rugosa, que, al correrse con lentitud, dejaba descubierta una pupila fria, verde y sin movimiento casi, y dos pestañas claras, siempre trémulas, como si les costase trabajo mantenerse en línea curva y la gravedad del sueño las mandase con su magnética influencia dormir hasta el fin de los siglos. Las cejas peludas y negras acentuaban por extraño modo este rostro, dándole sombra en su eterno sopor. Eran como los sauces de aquel cementerio humano. Cuando se movia la dueña de este rostro, las mejillas temblaban, cual si en vez de carne, de blanda gelatina fueran.

Vestia de telas negras : merino, orleans y estameña; de su desaforada cintura colgaba la correa de charol del hábito de los Dolores, y en su extremo, allí donde la

piedad habia puesto un corazon de plata con sus siete espadas de lo mismo, descubríanse los arañazos de *Gedeon*, un gatito rubio que la perseguia como el raton al elefante de la fábula, jugando con los ámplios vuelos de su falda y con el ovillo de su labor de aguja. Llamábase esta respetable dama doña Pazita Güemes y estaba unida á María Luisa por estrecho parentesco : era hermana de Bartolomé Güemes, el difunto padre de Justina. Permanecia soltera, porque nunca se ha casado el egoismo sublime, y ella era el egoismo en forma de paquete de gelatina. Dicen que fué egoista de por vida y que nació con ese defecto; pero es incuestionable que se desarrolló más tan lastimosa disposicion con la atmósfera reinante en casa de los Güemes, comerciantes de ferretería, en Pamplona. El mismo Bartolomé era un egoista de marca mayor, y al casarse en Pamplona con María Luisa, pobre hija de un mísero oficial del Gobierno, pareció ponerse en contradiccion con sus antecedentes de hombre calculista y frio. No fué pequeño el disgusto que tan desigual matrimonio produjo en el hogar de los Güemes. El tio Juan Güemes, fundador del comercio de las *Tres Menas*, el más antiguo de Navarra, que poseyendo más de dos millones de duros en el Banco de Bilbao, paseaba su achacosa persona bajo los porches de la plaza, con un sombrero bajo y mugriento en la cabeza y un garrote de acebo en la mano, dijo, al saber que Bartolomé se casaba con María Luisa :

—¡Ese pícaro nos deshonra!.... ¡Retaco!.... La hija de ese sorbetinteros traerá á mi casa la mala suerte..... ¡Retaco!

María Luisa supo estas frases, que corrieron allí de boca en boca, y bajo tan triste impresion entró en la nueva vida de esposa. Ademas, no se casaba por amor. Bartolomé Güemes era entónces un robusto hombre de treinta años, de anchas espaldas, manos velludas, cara afeitada y labios enormes. Esto era lo de afuera: por dentro era un espíritu que no era; oscuridad, ignorancia de las delicadezas del corazon; recto sentido moral, eso sí, pero limitado á los achaques del comercio. Pagar á 15 reales una barra de hierro valiendo 20, era, segun él, crímen horroroso. Permitir que su mujer viviera, no trascurrida aún la primera semana del enlace, abrumada bajo la pesantez de los desdenes del viejo trajinero y de sus hermanos Tadeo y Lúcas, mayores que él y más groseros aún, era cosa natural, en la que nada reprochable encontraba. ¡Imaginaos, amigos mios, qué tormentos no sufriria tan linda y delicada criatura, de cuerpo de ámbar y alma de luz, en su choque contínuo y rudo con aquellos cíclopes sin caballerosidad ni delicadeza, vestidos de pana, que fumaban tabaco caporal de contrabando en pipa de barro, que comian juntos metiendo todos las manos en la misma cazuela, que echaban ternos sin cesar, y que al expresar cualquiera idea, su lenguaje era una lapidacion inicua de todo lo que habia soñado María! Esto podréis imaginarlo sin que yo me esfuerce en la ponderacion. Lo que no sabeis es que el padre de la desventurada María, único promotor de aquella boda, era un viejo verde, cuya viudez y ancianidad diariamente se manchaban con los más feos pecados de decencia, arrastrándose por sitios donde la juventud se pudre y la

vejez se envilece; ni sabeis tampoco que este perverso hombre molestaba de contínuo á su hija con demandas de dinero. ¡Dinero María, cuando Bartolomé no le dió una peseta miéntras vivió con sus padres! Ved cuán horrible situacion. María Luisa se sintió herida en lo más delicado de su alma: en sus ilusiones, por la vida de humillacion y de prosa que le obligaban á llevar su marido y su suegro; en su sensibilidad, por las recriminaciones del autor de sus dias, que la increpaba de este modo:

—«¡Para eso te he casado yo con un hombre rico! ¡Hija desnaturalizada! ¡Tú en la opulencia, y tu padre en la miseria, atenido á un sueldecillo ruin! ¡Entrañas de fiera! ¡Cuando estabas en mantillas te tragaste un dia una piedrecita de arroyo! Esa piedrecita se te quedó en el pecho y ahora te sirve de corazon.»

La pobre niña sentia que la zarza punzadora de las desdichas rodeaba el árbol frondoso de sus dulces esperanzas, y no tenía el derecho de quejarse, no podia comunicar sus penas á ningun mortal. La oracion era su consuelo, pero al cabo de muchos meses de rezar en vano, perdió la fe. El martirio era lo que á lo léjos la sonreia con la triste sonrisa del ángel de la muerte. Bartolomé ignoraba todo este misterioso drama. ¡Qué entendia él de contrariedades morales! Su amor, que no fué amor, sino deseo físico, estaba satisfecho poseyendo aquel bello cuerpo de diez y ocho años, que en lo más sombrío de la sala de despacho iluminaba la luz de su propia hermosura, bordeándose de una irradiacion fulgente. El beso que él ponia todas las noches en la frente suavísima de María

no pasaba de la carne. La niña, al cerrar su costurero, dejaba dentro el alma; y esta hechicera señora, que todo lo puede en amor, jamas tomaba parte en el cumplimiento de aquello que es, ora santa consumacion de un misterio divino, ora la más abyecta de las servidumbres. Quedábase allí el alma, sí, entre las agujas y los carretes de hilo, pensando..... ¡oh!.... pensando en un breve pedazo de cielo que habia visto pasar junto á ella, en una cabeza varonil, morena, vigorosa, llena de sublimes propósitos y de genio, que se inclinaba sobre un libro donde estaban pintados ciertos demonches de signos incomprensibles para ella. Fué un soplo de perfume que habia aspirado María Luisa un año ántes de casarse, cuando su padre hospedó durante dos meses á un jóven de la Vierzosa, de cuya familia era amigo. Este muchacho acababa de cumplir veinte años, estudiaba matemáticas, preparábase para entrar en la Escuela de Ingenieros de Caminos; pero áun cuando jamas leia libros de poesía, sino Geometría y Cálculo diferencial y logaritmos, ¡era tan poeta! era más poeta que muchos que tienen por oficio el serlo; y cuando hablaba de la Vierzosa, de su madre, de su hermana, la pobre María Luisa no podia contener las lágrimas. Es que el amor se disfraza de ángel muchas veces, ó mejor aún, que el amor es el único ángel que Voltaire ha dejado vivo.

A los dos meses de hallarse Genaro en fraternal intimidad con María, el padre de ésta cometió una imprudencia de las suyas. Una noche en que el jóven estudiaba entró en su cuarto y le pidió prestada una suma. Genaro no la poseia. Era pobre. Su tio, haciendo un sacrificio

heroico, lograba apénas sufragar los gastos de su pupilaje. «Es un grave compromiso el que me aprieta—dijo el empleado.—Déjeme V. su reloj. Yo le empeñaré, y á fin de mes... volverá á poder de V.» El jóven accedió, y aquel reloj de plata sobredorada, que atrasaba en los meses de frio y se paraba siempre en Agosto, dejó de latir, como el corazon alegórico de la Vierzosa, sobre el pecho del matemático. El acaso malo—¡porque hay tambien un acaso bueno!—dispuso que el tio de Genaro llegase al otro dia. Apénas midió á su sobrino con una mirada curiosa y severa, todo á un tiempo, notó la desaparicion del reloj. De la juventud se duda siempre. La juventud es el borde del precipicio. Los viejos se asombran todas las mañanas de que el nuevo sol alumbre áun vivos á los adolescentes incautos que duermen en ese plano inclinado. Hé aquí por qué el tio de Genaro supuso que él habia empeñado el reloj para..... ¿quién sabe para qué? Reprendióle duramente; Genaro no se defendió, prefiriendo aparecer culpable á revelar el secreto del viejo empleado. María Luisa vió esto..... no lo vió, lo admiró, y aquella noche rezó á San Pedro, á San Pablo y á *San Genaro*. «¡Qué bueno es usted!»—le dijo—y estrechó su mano en que él, ruboroso, imprimió muchos besos.—«¡Qué sacrificio!»—añadió ella.—«Por V. haria áun más»—replicó Genaro en voz baja. María Luisa se sintió morir. Cerró los párpados y no oyó otras cosas que el jóven la decia. ¿Qué iba á oir más? El amor no tiene diccionario; sólo tiene una palabra, y una vez pronunciada enmudece y ciega. Dos dias despues Genaro se fué á la Vierzosa, y no escribió como

habia prometido. A los seis meses conoció María Luisa al que poco despues fué su marido. « Yo — pensaba ella — soy desgraciada porque soy como el mundo: primero conoció á Dios; despues, al demonio. »

María Luisa no supo ni pudo resistir al enlace que su padre le proponia. Naturalmente tímida en adoptar determinaciones importantes, carecia de esos consejos que hacen fuerte la propia iniciativa y dan el triunfo al rebelde contra un abusivo poder. Cedió, pues, sin intentar la resistencia. ¡Triste sometimiento! En aquella union no halló más que dolores, pero dolores sordos, lentos, graduales, que comenzaron con la pérdida de los ideales, y acabaron viendo alzarse en derredor de ella barreras infranqueables. En una estaban grabadas estas palabras: « Dios lo manda. » En otra decia: « La ley lo manda.» En otra: «El mundo lo manda.....» Vino al fin esa muerte moral que algunos llaman resignacion. Era un pájaro que ya no podia volar. No tenía ni alas ni cielo.

Al morir el tio Juan Güemes, sus hijos dividieron la herencia, y á Bartolomé le tocó la hacienda de Casa-Arijona, en el límite de la provincia por la parte N. E. Partido el hogar de los Güemes, Bartolomé trasladó el suyo á Casa-Arijona, su hermana Pazita entró en el convento de Siete Pecados, como novicia, proponiéndose profesar, y Tadeo y Lúcas siguieron traficando en hierro, plomo y mena de acero. El abandono de aquel mostrador de encina, de aquella casa ahumada, de aquella sociedad grosera y materialista, la vida nueva del campo, la contemplacion de bellos horizontes, y más que todo esto, la irresistible tendencia humana de armonizar

los propios pensamientos con los de quienes nos rodean, motivaron cierto cambio en el carácter de Bartolomé; cambio brusco, ilógico, absurdo casi. No creais que se hizo su naturaleza sensible; pero aquel pedazo de granito quiso tener nervios como los hombres. El deseo físico que él habia tomado por amor se sublimó un tanto. El plomo, anhelando ser oro, se convirtió en cobre. Algo es algo, y este algo parecia un milagro. María Luisa vió llegar hasta ella un reflejo del cielo, la consideracion de su esposo, y la agradeció profundamente. Entónces nació Justina. De la sonrisa del cíclope salió un ángel.

Bartolomé Güemes no podia explicarse lo que le ocurrió cuando por vez primera aquel precioso monigote de nieve pateó sobre sus rodillas. Sintió un temblor en el pecho, como el de la tierra cuando truena la tempestad, y no pudiendo decir otra cosa, pues el lenguaje de los sentimientos era ignorado por él, profirió la interjeccion familiar de los Güemes:—¡Retaco!.... ¡Retaco!—y dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

El mismo dia del bautizo, doña Pazita escribió á su hermano participándole que iba á salirse del convento y deseaba vivir con ellos. La angustiosa vida de los húmedos claustros ahogaba su exhuberante personalidad. La mujer de gelatina no podia ser esposa de Jesus, y el médico del convento testimonió que si no abandonaba Pazita el lóbrego paraíso de los Siete Pecados, su sangre se convertiria en agua caliente, sus músculos en cintas de lana, su persona toda en un monton de tegumentos hinchados por la linfa. Pazita llegó á Casa-Arijona, se instaló en un cuarto de la planta baja, empezó una labor

de aguja, medias de hilo ó mitones de estambre, y con ella y su gato *Gedeon*, y la siempre repetida historia de lo que ocurria en el convento, dejaba pasar su existencia, que rodaba lenta y tranquila como un tonel vacío por un camino llano. Al cumplir Justina seis años murió su padre, y María Luisa, que no le habia amado, le lloró sinceramente. Despues... despues pasaron cosas que os serán referidas más adelante.

—¿Estás loca, María Luisa? ¡Levantar tan temprano á la chica! En cuanto anochece se está durmiendo por los rincones como una marmota—exclamó Pazita.

—Se ha empeñado.

—Sí, es una polvorilla, y tú no sabes darla crianza. ¡Crianza sin lágrimas es imposible!

Crianza decia Pazita para hablar de buena educacion. Hizo un par de viajes pesadamente al rededor del cuarto.

—Anoche—dijo—se me olvidó aquí la labor. ¿La has visto?.... ¡Zape, *Gedeon*, que te voy á pisar!

—Si no estuviste aquí—repuso María Luisa poniendo á Justina sobre los hombros una pañoleta de punto. —Estará en el comedor.

Pazita salió para el comedor, seguida del gato. Así vivia: buscando su calceta, que se la extraviaba todas las noches y que encontraba al dia siguiente, enredada por *Gedeon*, entre los palos de las sillas.

Habia amanecido por completo, y un reflejo dorado daba indicio y señal de que á toda prisa el astro de la luz sobre los horizontes hispanos venía. En lo lejano del Cerralvo la luz simulaba tintas rojas y encarnadas, rodeando de nimbos multicolores los recortes de las pie-

dras. En los campos de pan llevar, que circundaban á Casa-Arijona, verdegueaban los nacientes tallos; las cercas de piedra viva que separaban unas heredades de otras daban al terreno la apariencia de un tablero de ajedrez, trazado en raras figuras por un geómetra loco: á la derecha, la fábrica de Doñana escupia á las nubes sus espirales de humo azul, y cuando el vientecillo sutil y helador no soplaba, oíase ruido de máquinas, herramientas y rodaje.

Las palomas de Casa-Arijona paseaban por el tejado su buche henchido como una bola de espuma de jabon, y bajo los canalones mohosos y llenos de musgo corrian y piaban enjambres de currucas y gorriones. Abajo se oyó una voz recia que decia:

—¡Alza, *Chuleta!*

Despues, una vieja tartana, de capote de cuero rojo, rozado en sus esquinas, salió rodando de la corraliza. Despues, una familia de pavos, gansos y gallinas salió por la misma puerta que la tartana, diciendo cada cual en su idioma:

—¡Buenos dias, buenos dias!

---

## III.

### Viaje alrededor de un notario.

Abriéronse sucesivamente, una tras otra, todas las ventanas del edificio. Una cabeza de mujer ruda y salvaje, especie de busto de barro crudo á medio esbozar, fué apareciendo detras de las viejas persianas verdosas, y sus manos las empujaban hasta que, chocando con la pared, producian la caida de fragmentos de yeso y tierra. Aquel gran caseron era un anacronismo de mampostería. El tejado hundido, con sus hileras de tejas en línea curva, como si el fantasma del tiempo hubiese paseado muchas veces sobre él sus tarsos abrumadores, hacía perfecto maridaje con las paredes, de piedra hasta su mitad y desde allí de yeso, manchadas, parduscas, llenas de grietas, hendiduras, oquedades y bultos. Lluvia y viento habian escarbado con sus mil uñas aquel edificio, y en su larga labor de las noches de invierno, ¡cuántas horas pasó Casa-Arijona gimiendo y retorciéndose en los brazos de la tormenta como un viejo paraguas de varillaje desgobernado, temiendo que el techo volase, que los lienzos vinieran á tierra, que las puertas girasen sobre sus chirriantes goznes y se cerráran para adentro

con estrépito, montándose una hoja en otra y quedando hasta el fin de los siglos en la contorsion de la boca de un epiléptico! Era un inválido con la pata de pino podrida, el chapeo arrugado, los ojos ciegos, las cruces percudidas de herrumbre. Pasaria un niño jugando, y de un pelotazo echaria por tierra toda aquella máquina de vejeces.

Cuando la cabeza de barro crudo hubo aparecido en cinco ventanas distintas, y abrió la sexta, que era la de la esquina, sacó medio cuerpo fuera é hizo con la mano gestos de despedida, miéntras contraia sus mejillas en gruesos pliegues una sonrisa de afecto. Saludaba á Justina, que puesta de brazos en la ventanilla única de la tartana, decia, devolviendo gesto por gesto y sonrisa por sonrisa:

—Adios, *Pajarola!*... ¡Que eches trigo á mi palomita...! No se te olvide..... Cuando vuelva.....

Las últimas palabras no llegaron á oidos de *Pajarola*, porque un golpe de viento se las llevó. Los golpes de viento que se llevan las palabras parecen el soplo de la indiferencia incomunicando á los hombres. La tartana rodaba, rodaba, moliendo la arena del piso, y desde Casa-Arijona se veian aparecer y desaparecer bajo la bolsa del carruaje, hecha de cordeles tejidos, las patas blancas de *Chuleta*, envueltas en unos manguitos naturales de pelo, del que pendian pedazos de barro seco. Las cuatro campanillas del pretal del jaco sonaban con alegre timbre, y al restallar el látigo, aligerábase momentáneamente el andar de la tartana, para volver á aminorarse poco despues. Ver un paisaje por la ventana tra-

sera de un vehículo es ver un desfile de cosas que son cuando ya no podemos gozarlas. María Luisa miraba aparecer en aquel marco de la ventanilla los tejados de Casa-Arijona y el humo de su chimenea; despues, los álamos de Arroyo-Corambre, que venía alborotador y abundante de aguas turbias por efecto de las nieves últimas; luégo, las cercas de Pilar-Mojado y Aguacierzo, de su propiedad, entre cuyas hierbas doradas, altas y agitadísimas por el viento, como un mar de arenas menudas, movíanse lentamente cabezas de bueyes y mulas, levantando sus ojos del suelo para examinar curiosos al transeunte. Los andamios de la fábrica y la gran escalera del depósito de herramientas de Doñana se perdieron en una brusca revuelta del camino, y el sol se hundió súbitamente en una nube rosada, inflamándola de resplandores de horno y marcando en su centro una como protuberancia blancuzca, especie de tumor de luz que amenazaba reventarse volviendo á inundar el horizonte de resplandores. El aire estaba cargado de humedad. Cada átomo de aire tenía un átomo de agua. Respirar era beber.

El camino fué silencioso durante largo rato. Justina contemplaba el paisaje con ánsia de ver más y más. Sus ojos negros eran la curiosidad interrogadora, y al mirar un pájaro que volaba, movíanse queriendo hacer de las pestañas de seda alas de pluma para seguirle. Tambien miraba correr los arroyos que de sí echaba la tierra por todas partes, y que deslizando su hilo de cristal por entre las quebraduras de la cuesta, recordaban el serpear de las lágrimas entre las arrugas de un rostro envejecido.

Cuando las nubes reducían su extension, como un abanico de plumas que se cierra, todo el campo relucia y centelleaba; y cuando las ninfas de la luz iban á besar los lejanos árboles de Lugareda, diríase que en el aire volaban partículas mil de diamante jugando con el sol cual microscópicos geniecillos de fósforo y fuego.

—El dia está entre merced y señoría—dijo Pacorro, que iba sentado en la vara derecha de la tartana.—Con un ojo rie y con otro llora... ¡Alza, *Chuleta!*

Su apreciacion meteorológica no obtuvo respuesta, porque María Luisa iba sumamente preocupada. Sólo al cruzar la tartana el puente de Arroyo-Corambre, el ruido seco de las ruedas botando en los agudos guijos de que estaba empedrado la sacó de su abstraccion, y entónces reparó que habia permanecido muda durante media hora de camino y que ya faltaba poco para llegar á Lugareda. Eran las ocho, y la campana de la iglesia de San Ildefonso cantaba su sinfonía. Ora sonaba cerca, ora léjos, segun lo queria el aire. Trepó *Chuleta* un razonable repecho, y entró la tartana por una puerta de piedra desmantelada, en cuyo frontispicio áun se divisaban escudos de granito. Luégo empezó á embutirse el carruaje en unos tubos de cal y canto á que los hiperbólicos topógrafos de Lugareda llamaban calles. No Lugareda, sino Villa-Sonora debia nombrarse aquel poblachon, que yo he visitado há pocos dias, segun hallaban eco en las altas paredes los menores ruidos. El adoquinado de las calles, hecho de grandes trozos de cuarzo y granito, devolvia centuplicado el chocar de las herraduras, y se lo enviaba á los viejos balcones de madera, de

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA



los cuales pendian ramos de olivo, trapos y tripas de vaca henchidas de aire, que simulaban fantásticas serpientes. Allí era imposible el sigilo. Las calles delataban al transeunte, y los rostros de los vecinos, asomando de contínuo á aquellos agujeros con pestañas de hierro, y pálpebras de madera podrida, daban terrible publicidad á los más insignificantes sucesos de la vida en Lugareda. Inútil es decir, pues, que la entrada de *Chuleta* despertó á todos aquellos ojos con pestañas de hierro y pálpebras de madera podrida, y que ántes de pisar la plaza del Alumbrado, donde vivia el notario Ceano, éste habia sido advertido de que llegaba la tartana de Doña María Luisa, ó, segun la frase de la gente, la tartana de Casa-Arijona.

En el dintel de la puerta de su casa, puestas las gafas sobre la aguda nariz de gallo, ambas manos en los bolsillos del pantalon, enarcados los brazos á la manera de asas de ánfora, torcido sobre la sien derecha el gorro de pana parduzca con borla de seda, oscilantes las faldas del leviton ala de mosca sobre los tobillos, á que la impaciencia de su dueño imprimia un movimiento vibrátil nervioso, esperaba el señor D. Saturnino Ceano, representante averiado de la fe pública en aquella comarca, cuando *Chuleta* detuvo sus pezuñas barrosas, y se abrió la puerta de la tartana, y Justina saltó al suelo como un pájaro, y su madre buscó con el pié pequeño y de nobles curvas, aunque calzado con desaliño, la mano férrea del estribo del carruaje. Entónces la figura tiesa y erguida del Sr. D. Saturnino sacó las manos de los bolsillos, alargólas á María Luisa, y ayudándola á

bajar, dijo con una voz recia y vibrante, que se confundia con el badajeo de un esquilon roto:

—¡Dichosos ojos que ven á V...! La salud buena... ¿no es eso...? A esta golondrina la encuentro tan guapa... ¡Vamos, más vale así...! ¿Y aquella excelente Doña Pazita...? Buena tambien... ¿verdad? Mucho me alegro... ¿Ha visto V. qué tiempo? ¿Llueve ó nieva ó hace sol...? El cielo está loco, y perdóneme el Padre Eterno la herejía... ¡Muérdago, demonio, si se atrapa un constipado sin sentirlo...! Pues como decia á V... no, áun no la he dicho nada... pero es lo mismo... Iba á decirla que hoy pensaba haber salido yo para Casa-Arijona, porque ocurren casos que... ¡no hay que alarmarse...! Ayer lo supe, no ántes; que si ántes lo hubiese sabido... Pero la ley es así... tardía, pesada, perezosa. Ellos han iniciado la demanda un mes hace cuando ménos, y hasta ahora no ha venido á resultar. ¡Muérdago, demonio! ¡Si esto es una pesadez! ¡Qué procedimiento, qué jueces, qué tribunales...! Esa familiota de juececillos nuevos, esos filosofastros que han estudiado por Dupin... van á echarlo todo á perder... ¿Usted qué trae por aquí? ¿Ha sabido usted lo que ocurria..., ó es otra cosa...? Vamos, ¡muérdago, demonio! dígamelo V., que estoy impaciente.

Era un flujo de palabras, una estrangurria hablada, un fuego artificial de pensamientos cortados y chisporroteantes, de los cuales unos ahogaban á los otros, sin que en la vida de D. Saturnino hubiese podido salir jamas de sus labios gruesos, afeitados y pergaminosos una oracion cabal y completa. ¡Muérdago, demonio! Aquel señor era insoportable con sus eternas divagacio-

nes, con su afan de generalizarlo todo y levantar sobre cada hecho un sistema, y con la ingenuidad y trasparencia de su cerebro, donde la asociacion de ideas revelaba á veces con una claridad medrosa lo que pensaba de cada persona y de cada suceso. Un dia, hablando con don Nicasio Zomeño, el propietario de la fábrica de Doñana, de cuya honradez se decian cosas enormes, como éste exclamára: — «¡Mal va mi industria!», don Saturnino respondió: «Ayer han descubierto una partida de bandoleros en Cerralvo.» Don Nicasio no entendió lo que esta asociacion de ideas significaba, ni el mismo Ceano lo entendia tampoco; y esto era lo más terrible de su lenguaje, que abrumando con una horrible injuria, con un insulto feroz ó con una suposicion desagradable, quedábase luégo sereno como un niño, que ignora el valor de las palabras por él pronunciadas.

—Pasen ustedes... ¡Hace demasiado frio para permanecer en la calle...! ¡Pacorro, mete la tartana en el corral...!

Entró en el portal y gritó:

—¡Tia *Enjundias*...! ¡Abra V. la puerta del corral! ¡Cuidado con el averío, no se escape el ganso...! ¡Por más que yo no dudo de la honradez de Pacorro!

Justina, levantada la cabeza, no apartaba sus ojos del Notario; maravillábale la agitacion de ardilla de aquel viejo y su hablar ensordecedor y descompuesto. María Luisa queria preguntar qué nuevo peligro amenazaba su tranquilidad, y qué demanda era aquella de que habia hablado; pero él, enlazando una frase en otra, no le daba ocasion para usar de la palabra.

—¡Una demanda!—exclamó por fin la viuda.—¿Qué demanda es ésa?

—¿Usted no lo sabía?—repuso—¡Muérdago! Pues es una cosa de importancia. La ven á V. sola, sin amparo de hombre, y pretenden amedrentarla... pero á bien que la ley...

Y siguió hablando lo que quiso del modo que mejor le pareció. Entre tanto, habian cruzado el portal, cuyo suelo estaba empedrado de pequeñas piedras rodadas grises y blancas, y habian entrado en el despacho del Notario. La puerta, á la derecha; frente, un estante de pino pintado de verde, con tres filas de protocolos, sobre cuyos lomos robustos y forrados de vieja badana lucia una plaquita de metal, en que estaban grabadas en hueco estas palabras: *Nihil prius fide.*—Pero más allá de la fe estaba una arquita de caoba, con cerca de diez mil clavos, una verdadera erupcion de clavos dorados, y cuyo frontal representaba una columnata mudejar con sus arcos de hueso y sus chapiteles de cobre. Fuerte cerrojo aseguraba su contenido de todo ataque. Allí debia guardar don Saturnino algo más sustancioso que la fe. Tres sillones de vaqueta habia alrededor de la mesa; uno era el del Notario, los otros estaban destinados á los clientes, y sus respaldos, lustrados de ludir con toda clase de chaquetas, blusas y levitas, hablaba de un tormento no referido en los anales de la Inquisicion, pero mucho más espantoso, el de escuchar aquel desbordamiento inacabable de frases que eternamente salia de la boca del digno Ceano. Hallábanse representadas las artes inícuamente en las dos paredes fronteras á la mesa, por tres cuadros.

Uno era la entrada de las tropas españolas en Tetuan, otro una ilustracion de las obras de Chateaubriand, en que bajo un verdadero cáos de colores abigarrados decia: *Donna Marine dançant la zambre.* El tercero era un perro de lentejuelas, bordado sobre un retazo de terciopelo azul, y teniendo al pié esta inscripcion, hecha tambien con lentejuelas: *Me hizo Lola Ceano.—Año...* No digamos el año, por buenos respetos á la hermana, viva y soltera, del señor D. Saturnino. Digamos sólo que parece imposible que un perro y una doncella duren tantos lustros. En nada de esto fijó su atencion la niña, sino en un reloj que, contando los segundos desde un rincon de la estancia hubiera podido creerse la batuta con que el dios del charlar llevaba la medida del monólogo eterno del Notario. El reloj era el busto de un hombre que, al andar la péndola, movia de derecha á izquierda las pupilas desconcertadas y convulsas, siendo de notar que, por hallarse desgobernado el mecanismo, una de las órbitas se quedaba sin pupila al pasar hácia la derecha la péndola, lo cual producia una sensacion de mareo indominable al que contemplaba tales visajes. ¡Qué cosas no habia presenciado el personaje del reloj, cuando se habia quedado bizco! El resto del mueblaje le concluia un armario encarnado con rejilla de alambre, tras de la cual asomaban sus rostros pergaminosos y polvorientos siete tomos del *Calepinus Linguarum*, la *Guía del papel sellado*, montones de *Gacetas* añejas atadas con cintas de balduque y un librejo titulado *Tresillo de volterete y mediator y otros juegos de espada y basto*, que consultaba con frecuencia el Notario, consumado jugador de mus.

—La demanda—dijo Don Saturnino poniendo entre sus manos la salvadera y haciéndola girar con los dedos—está sustentada por los hermanos de su difunto esposo, y se funda en que V. no ha cumplido las mandas piadosas del testamento... El buen resultado de su primer pleito les alienta contra V.....

—¡Qué falsedad!—se apresuró á decir María Luisa.—Todas las mandas están cumplidas. ¿Cómo pueden suponer...? ¡Infames! Atribuirme... ¡Oh qué horror...! ¿No les bastaba para su ódio salvaje haber dejado casi pobre á la hija de su hermano?

—No se agite V. inútilmente. La ley es sábia, es recta, es sublime... Échese V. en sus brazos... ¡Muérdago, demonio! Fie V. en mi celo... Los difamadores serán humillados, vencidos, morderán el polvo, sí, señor.

Y como al hablar miraba el polvo de la salvadera, creíase que éste era el polvo que iban á morder.

—Pero es horrible lo que me sucede...

—No hay que asustarse... Todo ello se reduce á otro pleito.

—¡Un pleito...! Esto es: la intranquilidad, el desasosiego de muchos dias, y por fin y remate, acaso la miseria... ¡Vírgen del Pilar! ¿Qué te he hecho para que me abandones?

—Muy santo y muy bueno que V. se encomiende á la Vírgen—replicó Ceano, subiéndose hasta los párpados las gafas que se le escurrian por el plano inclinado de la corva nariz—pero no deje V. de ponerle una vela á la ley.

Justina no entendia jota de aquel diálogo; mas ese

instinto adivinatorio y profético de los niños la hizo comprender que era una cosa grave lo que habia participado á su mamá el viejo notario. Acercóse á ella, y cogió sus manos, mirándola atentamente á los ojos. No de otro modo el polluelo busca el ala protectora de la madre al oir los maullidos del gato hambriento.

—Ademas de anunciarme un peligro, que temo más que nada por mi hija—añadió María—lo que V. acaba de comunicarme desbarata un plan que tenía concebido y que es necesario realizar.

—¡Un plan!—exclamó el Notario.

—Sí: abandonar Casa-Arijona, irme á Madrid, áun cuando sólo fuese durante un año...

—¡Muérdago, demonio! no sé si seré indiscreto preguntando qué motivo...

—La salud de Justina—repuso María Luisa con un rubor que el Notario juzgó ilógico—exíge cuidados que aquí..... ¡Pobre hija mia! Está malo mi ángel—añadió despues de una breve pausa, en que logró dominar ímpetus de dolor que palpitaban en sus ojos con oleadas de luz y sombra.—Sus nervios necesitan que un buen médico, un sabio de esos que hay en Madrid, la examine, la cure..... Créalo V., esta niña es un reloj descompuesto.

Habia cogido la cabeza de Justina y besaba sus cabellos bonitos, lacios y brillantes como hebras finísimas de cristal negro.

—Yo me aventuro á dar á V. un consejo—afirmó Ceano, mirando con curiosidad á la madre primero y á la niña despues.—Por de pronto su ausencia..... puede per-

judicarla..... Porque ¡muérdago, jinojo!—y alzó la voz al proferir sus interjecciones favoritas—el ojo del amo engorda el caballo, y pleito en que el interesado no vigile..... ya me entiende V..... Yo creo que la salud de Justinilla bien puede resistir á que esto acabe..... No ha de ser cosa larga, no señor, no señor..... Yo velaré por usted..... y pienso que todo será obra de..... un par de años.

—¡Un par de años! ¡Qué desventura!

—Tenga V. en cuenta que los trámites..... las formalidades de la ley..... la seriedad de las togas no consienten prisas ni carreras. Mire V., en primer lugar el negocio se ventila en el Juzgado, y hasta que se ventile tiene que ir un par de veces á la Audiencia, y una por lo ménos al más alto Tribunal de la Nacion..... Luégo viene otra vez al Juzgado..... Despues va otra vez á la Audiencia.....

—Y en tanto que duran esos viajes, y los papeles vienen y van, y suben y bajan, la fortuna de mi hija está amenazada y se duda de la consideracion que yo he guardado á mi..... á mi marido.....

María Luisa se expresaba con ardor primero, con desaliento despues, y su espíritu, pasando por los matices de la indignacion y del dolor, reflejábase en su rostro agitado y torvo.

—Yo—añadió despues de una breve pausa—venía únicamente á decir á V. que tenía resuelto mi viaje, y á suplicarle que me aconsejase respecto al mejor medio de arrendar la heredad de Arbolejo, que con la de Agua Cierzo sabe V. es lo único que queda á mi hija despues de aquel maldecido pleito.

—Sí, sí, ya sé..... Yo aconsejaré á V..... pero el viaje..... el viaje me parece del todo inoportuno..... es más..... no sólo inoportuno, sino de consecuencias irremediables acaso..... Dirian los desalmados hermanos del difunto señor D. Bartolomé que V. rehuia presentarse frente á ellos; que V. no habia cumplido sus deberes de madre..... ¡Qué sé yo lo que dirian! ¡muérdago, demonio, jinojo! —soltó toda su letanía de interjecciones, levantando las manos al cielo.—¡Las lenguas de los maldicientes tienen una legua de largas y están sembradas de zarzas! La honra más intachable no puede librarse de sus arañazos.

Hablaron de otros asuntos pecuniarios, porque D. Saturnino administraba fincas de la viuda, y al retirarse ésta de aquella casa fria y humeda como un sepulcro, donde se pudria el cadáver de la ley, para volver á entrar en la tartana, avínole una idea que hubiera podido expresar en estas frases:

—¡Hay un Dios que se llama fatalidad!

¿Por qué?.... Tenga calma el curioso; que á su tiempo sabrá cuanto desee, si es que acertamos á referirlo.

---

## IV.

### Arijona de Arriba.—Historia urbana.

Una mañana..... ¡si parece cosa de cuento!.... en lo más alto del Cerralvo apareció un objeto extraño é inverosímil, que los labradores de Arijona de Arriba no supieron nombrar. Era un tubo dorado y coruscante, que puesto sobre tres patas agudas servia para que una porcion de señores extranjeros inspeccionáran el país con una curiosidad irritante. Los círculos sociales de Arijona se alarmaron. Gran contienda hubo en la posada del Zurdillo, y no ménos animada fué la que en el hospedaje del Agujero se movió sobre qué significaban aquellas operaciones y quiénes eran aquellos caballeretes vestidos de gruesos capotes y gorras de piel, que fumaban magníficos vegueros con delectacion y parsimonia. En la botica fué donde las explicaciones sábias de la gente culta levantaron la punta del velo.

—Son los ingenieros—afirmó el doctor Buendia.

—Vienen á hacer el trazado del ferro-carril directo á Beimiel—añadió el boticario.

—¡Anda!—exclamó una mujer que habia entrado en la botica por media onza de pomada—pues si mi tio

está hace tantos dias á caballo comprando tierras para los ingenieros.

—¿Comprando tierras?—preguntó el médico.—Usted no sabe lo que se dice, tia Venceja.

— Sí que sé—repuso la Venceja levantándose la falda de percal azulado para sacar del bolsillo un puñado de mugrientas piezas de cobre;—y si no ya verá V. cómo es verdad.

— Sí es verdad—añadió el Boticario echando una mirada de inteligencia al médico.—Nepomuceno Clavo sabe lo que se hace.....

Pero en las tabernas, tan abundantes en Arijona de Arriba, en los patios y cocinas de las tres posadas, en el atrio de la iglesia y en la plaza de la Libertad, en suma, donde se reunia la plebe, tales palabras aclaratorias del misterio no hallaron eco. La ignorancia hace sus ídolos con el barro de la supersticion, y Arijona de Arriba creyó á pié juntillas que el anteojo de Cerralvo era el anteojo del diablo, y hubo comadre aspaventera y curiosa que aseguró haber visto salir de aquel tubo dorado rayos y centellas, que secaban los sembrados por donde cruzaban, y hundian las casas contra las que asestados iban. A los dos dias, cuando los madrugadores del pueblo abrieron las puertas de sus casas, se hallaron con que las calles estaban llenas de gente forastera. Más de mil hombres, con gorras de pana, blusas y mantas de Zamora vestidos, llamaban en las tiendas de comidas, acoceaban los portones de las posadas, y echando por la boca palabruchas como éstas : *¡Parbleu! ¡Sacre tonerre! ¡Nom de biche! ¡Nom du chien!* y otros parecidos, que nadie en-

tendia, demandaban pan, vino, carne de cerdo, chorizos, tabaco; y añadiendo á cada una de sus peticiones un *S'il vous plait*, lindamente se apoderaban de ello, devorando como lobos, bebiendo como molinos, fumando como chimeneas, y sin interrumpir aquel gorjeo hablado y una sinfonía mareante de risotadas y maldiciones. Fué la invasion de los hunnos. La antigua Arijona, la villa vetusta y clásica, á quien los geógrafos contemporáneos de Plinio nombraron *Urbs Gorgonæ* (ciudad de la Gorgona) por una estatua gigantesca labrada en sus muros, y de que áun se guardan restos informes, sintióse estremecida en presencia de tal ejército de extranjeros. En la calle de la Grajada, que da al puente sobre Arroyo-Corambre, hubo aquella noche tremenda pelea entre los mozos del lugar y los franceses de las gorras de pana. Derramóse la heroica sangre, y Breno hubiese podido repetir su frase *¡Væ victis!* viendo correr á los intrusos delante de las navajas arijonenses, célebres en todos los juzgados de la provincia por sus fechorías y desmanes. Arijona de Arriba era una poblacion de estas que suelen hallarse en las provincias del Norte, de callejas lóbregas y húmedas, medio tapizadas por la hierba. Poseia un templo de arquitectura románica, verdinegro por defuera y polvoroso por dedentro; dos conventos de piedra, uno de los cuales, medio hundido y quemado, mostraba en sus ventanas cercos negros como ojeras de pupilas trasnochadoras, que recordaban el fuego de la guerra civil que le habia ahumado; en el otro convento vivian como hormigas santas las monjas de ambos asilos del Señor. Poseia tambien un cuartel de

caballería, á la sazon vacío, y muchas casas solariegas llenas de escudos berroqueños, matas de helecho arbóreo, palmas de Ramos, arranques de arcos derrumbados que ántes unian las fronteras paredes, bodoques de mampostería, vigachos podridos, tubos de chimenea y alcantarilla enjalbegados á trechos, todo lo cual llenaba las fachadas de una abigarrada espetera de puntos salientes, sombrajos, suciedades y detalles arquitectónicos, no exentos de esa poesía misérrima y lúgubre del sepulcro profanado.

Arijona de Arriba tenía una hermana menor, Arijona de Abajo, y una rival temible y odiada, Lugareda, cuya rivalidad habíase recrudecido y excitado con la victoria conseguida por este pueblo de establecer en sus muros el Juzgado de primera instancia. La topografía urbana de Arijona honrábase con pomposos nombres de retumbante sonoridad, bajo los cuales habian querido encubrir Ayuntamientos innovadores antiguos distintivos no de muy buen gusto léxico, áun cuando conmemoratorios de hazañas municipales, como el plebeyo endiosado quiere ocultar bajo placas de brillantes su oscuro orígen. Así, la calle de la Tripería fué llamada desde 1854 calle del Progreso; la plazoleta del Vertedero cambió su título por el de plaza de la Constitucion, y el callejon de la Pingarrona mudó su nombre por el de paseo del Conde-Naharro, para justificar la primera parte del cual fué preciso limpiarle de escombros seculares y plantar dos docenas de arbolillos, que al año murieron de pseudo-pulmonía. Habia allí pasadizos húmedos, con olor de claustro abandonado, inmundas escombroneras en las

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

esquinas de desusado tránsito, ausencia de toda limpieza urbana, como si la calle no fuese del Rey, segun el adagio castellano, sino del demonio, y todos los vecinos se complacieran en desahogar en ella sus nada pulcros hábitos. Sin duda por este aspecto inhospitable de las calles las gentes iban aprisa, sin pararse á ver quién pasaba, y los mozos no aguardaban en las bocacalles el desfile de las niñas bonitas. Sólo en los porches de la plaza se formaban corrillos á la hora del mercado, pero á las doce se disolvian las reuniones, y la gran área de la plaza permanecia solitaria y triste, aunque bañada en el sol, que pintaba sobre las musgosas paredes los hierros de las rejas boleadas y sus adornos de cobre repujado y hojarasca de metal herrumbroso. En tales horas medias del dia no se escuchaba allí otro ruido que el soplar de la fragua del veterinario y el compas vibrante de sus martillos golpeando la dura bigornia, que hacía retemblar el piso. Un pintor de género, animado del genio de las ruinas, hubiese podido representar la fisonomía toda del lugar, poniendo en su lienzo la pared altísima y negruzca de la casa de Nepomuceno Clavo, y á su pié la figura escueta y angulosa de su jaco pío, sin brida ni aparejo y en pelota, triste y lánguido, royendo con su enorme dentadura amarilla el salitre del muro; ¡imágen semoviente del hambre amarrada á las puertas de la miseria!

Cuando el reloj de la iglesia tocó las tres de la tarde, volvió á animarse la plaza, pues cruzaron por ella media docena de sombras negras, que iban despacio, embozadas en sus hábitos clericales, á la iglesia, donde

cantaban maitines. En su andar reposado y tranquilo, y vistos desde léjos, los sombreros de teja parecian fantásticos martillos marchando á un Congreso diabólico de utensilios de herrería. En tanto voceaba allá en lo alto de la torre el *cimbanillo*, y los padres curas se saludaban unos á otros con sonrisas de felicidad satisfecha, ó poniendo la mano delante de la boca, abierta como una *O* para despedir á la siesta interrumpida, entraban en el atrio, donde una lechigada de tullidos, ciegos, restos de hombres y pedazos de mujeres, á quienes sólo quedaba una boca con que rezar y una mano con que pedir, ponian á prueba la caridad cristiana de sus mercedes.

Poco despues la puerta de la casa habitada por Nepomuceno Clavo se abrió, y salió por ella Rosario la Venceja, cargada con una vieja silla española, que echó murmurando sobre los matados lomos del jaco, el cual hubo de hacer un equilibrio para no caer bajo el inopinado peso. Habíase oscurecido el cielo; el viento levantaba en la plaza remolinos de arena é hinchaba unos como cilindros de polvo, haciéndolos rodar hasta que se estrellaban con las paredes. Várias ventanas mal cerradas giraban locamente en sus goznes, pidiendo clemencia con chirridos que semejaban gritos de aves perseguidas. Rosario la Venceja era una mujer como de cuarenta años, seca, pequeña, de perfil curvo y anguloso. Iba mal vestida, y en sus movimientos y actitudes, sin aliño ni pretension de bien parecer, descubríase un profundo desprecio del qué dirán. Ella era para la casa de su tio Clavo, criada en el corral, cocinera en el fogon, recadera en las calles, mozo de mulas en la cuadra, y no

ama de llaves en la despensa, porque las llaves todas las tenía aquel viejo avaro, nuevo Harpagon con forro antico-moderno. Rosario debia su apodo á la negrura semi-abisinia de su cútis y á la velocidad semi-alada, irregular y tortuosa de su paso, y era la bestezuela servicial é incansable de aquel arcon apolillado, donde moraba la usura.

Cuando hubo embridado al caballo con un freno roto y atado por cordeles, entró en el portal y dijo :

—Ya está, tio..... Se le ha caido una herradura.

—Bueno—respondió dentro una voz quebradita y agria—búscala entre la paja de la cuadra. Cuando vuelva se la pondré.

Salió á la plaza D. Nepomuceno con su leviton, raido y lustroso del mucho uso, sin botones ni forma casi. Calzaba terribles borceguíes, que podian servir para medir medias fanegas, y en la cabeza llevaba un á modo de sombrero de castor, grosero y viejo, cuyas alas, caidas como las de un pájaro moribundo, daban sombra á un rostro pequeñin, agudo, afilado y arrugadísimo, donde se revolvian dos ojos oblícuos y dorados, llenos de resplandores felinos, que parecian dos hormillas de botones de metal viejo. A pesar de la crudeza de la estacion, no traia el buen viejo capa ni gaban ó capote. La avaricia le habia hecho insensible á los accidentes atmosféricos, y entre morir de una pulmonía ó comprarse una capa, optaba sin vacilaciones por lo primero.

—Voy á casa Arijona... á casa Arijona, ¿sabes?... ¿sabes?... y si vienen los de Güemes... los de Güemes, que vuelvan mañana... mañana, porque corre prisa firmar la

escritura... la escritura. Si á las ocho no está aquí la Petrilla... la Petrilla, te vas á la fábrica á buscarla.

Lo único que Clavo no economizaba eran las palabras, pues como habrá observado el lector, siempre repetia la última de sus oraciones para enlazarla con la inmediata.

Montó á caballo ligeramente, y espoleó, ó por mejor decir, aporreó con los tacones de sus borceguíes los costados sumidos y enjutos del rocin, que tomando entre los dientes el freno para no caerse, como un cojo toma la muleta, salió trotando de medio lado con un airecillo triston y melancólico.

---

## V.

### Petrilla.

A las ocho dejó de sonar el fuelle de la fragua y salió la luna. Petrilla venía ya en busca de su puchero de garbanzos y su dura cama. Guiñapos de un manton cubrian sus hombros, y los zapatos que llevaba á la rastra por el piso escarchado eran más anchos que sus piés y más viejos que su actual usufructuario. Sonando el palo de punta aguzada, tanteando piedras y paredes, siempre arrimada á éstas y huyendo de aquéllas, alzando los piés á veces como una garza que se contonea, apresurándose luégo como quien teme algo, volviendo el infantil rostro hácia el negro hueco que la entrada de la calle tortuosa marcaba en el nocturno y tormentoso panorama campestre, no interrumpia su marcha la buena muchacha, que era toda valor y resolucion. Iba cantando alegremente:

«Salió la luna,
¡Ay qué tormenta!
¡Vírgen del cielo,
Dame fortuna!»,

con un aire de romance de feria, y luégo, haciendo bailar

la cabeza sobre los hombros, añadia en tono de estribillo:

«¡Ay, que los desgraciados
Ni en el mar pueden mojar las manos!
¡Los desgraciados, los desgraciados!!!»

Al entrar en la plaza y oir los lúgubres aullidos del perro encadenado en el corral de la posada, cantó sin detener su paso:

«Cuando el perro ladra,
La estrella se pára,
La luna se esconde
Y el niño se espanta.
»¡Ay, que los desgraciados
Ni en el mar pueden mojar las manos!
¡Los desgraciados, los desgraciados!!!»

—¡Petrilla! ¿Ya estás ahí tú, renacuajo? Eres una voz con un palo, y en oyendo una copla con acompañamiento de garrote sobre las piedras... ya se sabe... es la Petrilla—dijo un hombre cerca de ella.

Miró hácia donde sonaba esta salutacion... ¡Ah, palabra cruel! ¿Cómo habia de mirar si era ciega? Pero si no miró, levantó la cabeza y repuso:

—Bien le conozco á V., señor amo.

—¿Cómo saliste ántes de las ocho de la fábrica, mala pécora?

—¡Si ya han dado las ocho!—se apresuró á replicar Petrilla.

—En el reloj de los holgazanes... que es el tuyo—repuso con mal talante el señor amo.

—Bueno... el reloj de los holgazanes es el que tiene usted en su fábrica.

—¡Anda de ahí, trasto, mal hablada!

La muchacha siguió andando con sus tres piés, los dos del cuerpo y el que suplia la vista, el palo. Y no estuvo ociosa su voz, que canturreó:

«Dió el reloj las cuatro;
Me dijo mi chacho:
«¿Vamos á comer?
»—¡No tengo de qué!»
¡Ay, los desgraciados, ay, los desgraciados
Ni en el mar pueden.....»

El reloj de la iglesia la interrumpió tocando las ocho y media. Volvióse hácia la cuesta de la calle, en que áun sonaban los pasos del viejo que le hablára ántes, y gritó con todos sus pulmones:

—¿Oye V., señor amo? Son las ocho y media.

Pero no obtuvo contestacion sino de varios perros, á quienes sus voces habian excitado en su vigilia perpétua, y que ladraron en concierto furioso.

—¡Los músicos, los músicos de mi calle—murmuró la niña.—¡Abra V., señá Rosario! ¡Tan, tan!... Aquí estoy yo.

«La puerta cerrada,
La noche nublada,
Cayendo granizo,
¡Y nadie me ampara!»
¡Ay, los desgraciados, ay, los desgraciados
Ni en el mar pueden mojar las manos!!

Era un balbuceo musical, alegre y jacarandoso, bien contradictorio de la idea que expresaba. Petrilla cantaba copla tras copla desde que el Señor amanecia hasta la hora de la queda, sin que sus labios interrumpieran ja-

mas tal rosario de poéticas lamentaciones. ¡Dios sabe qué vate las escribió! Acaso no las escribió nadie. Más bien parecian improvisadas por la fecunda imaginacion de la criatura ciega sobre cada uno de los pequeños sucesos de su vida. Las contrariedades y los gustos eran igualmente recibidos con coplas por Petrilla. Cada minuto se llevaba su verso; el perro, la luna, la puerta, la Vírgen, la noche, la fábrica de cristal, el frio, el sol, las flores, el polvo; cuanto ella sentia, anhelaba, odiaba ó amaba era inmortalizado en la historia del arte con una estrofa por aquel Homero infantil y con faldas. La voz no era bonita, ni era voz casi. Era un suspiro cantado, un delgadísimo hilo de música, que ella arrollaba en la rueca de su vivir triste, á par que tranquilo, sin esperanzas ni aspiraciones.

Abrióse la puerta, sin que persona alguna hubiese puesto mano en el picaporte. Un cordel que subia al piso alto de la vivienda por el agujero practicado en el pavimento de arena y yeso puso en accion el hierro, como en los cuentos de los niños, en que las casas que habitan los duendes son servidas por invisibles criados, tan atentos como económicos.

—Súbete ese haz de sarmientos—gritó desde arriba la Venceja.

El palo de la chica buscó el haz por el suelo, tocando aquí y allí; luégo que hubo hallado lo que se le pedia, la Petrilla cargó con el brazado de palitroques y subió la escalera. Los sarmientos iban arañando las paredes, como si gruñeran: «Déjennos en el portal y tengan lástima de nosotros. De ningun modo queremos entrar en la

cocina. Somos los mártires de vuestras comodidades. Nos dejarémos las uñas en las paredes, y no habrá fuerza que nos haga pasar de aquí ni una pulgada.» Petrilla llegó á la cocina y tiró los sarmientos.

—¡Madre, qué frio!—dijo.

Sentíase más que en la calle en aquella enorme cocina, destartalada y desnuda de muebles. El hogar yacia sin lumbre, y por la alta chimenea bajaba el soplo del viento, levantando nubes de ceniza y haciendo oscilar alrededor de las flacas piernas de la Venceja la faldamenta parduzca y raida. Las ventanas carecian de maderas, y los canalones, despegados del alero, batian como siniestros péndulos un ritmo desagradable sobre las paredes. Ideas de hogar abandonado y maldito, de familia espantada y disuelta, de nido robado y deshecho cruzaban por la mente del que entraba en aquella estancia. Petrilla tiró su palo y anduvo sin guía de derecha á izquierda. Parecia el perrillo que inquiere los rincones anhelando lugar para hacer la rosca, ó el pájaro medio muerto que recorre una rama buscando abrigo.

—¿Qué haces?—preguntó la Venceja, que se habia arrodillado para cortar en pequeños trozos un sarmiento.

—Busco mi jergon—repuso Petrilla, como hubiese dicho un rey destronado: «Busco mi trono.»

—Ya no está aquí.

—¡Ay, Virgencita! ¿Si querrá el señor Clavo que duerma en la calle?

—Calla esa lengua, viborilla... Respondona, urraca. El señor Clavo te trata demasiado bien... ¡Miren el diablo de la ciega! Tienes la cama en la sala; en el mejor

sitio de la casa. Mañana llegarán tres carros con los equipajes de Güemes el Americano, que han de llenar la cocina... y mira, mira... ¿Ves esto?

La Petrilla lo vió, porque lo tocó con ambas manos, pasando sus palmas por la ropa que le presentó la Venceja tomándola de sobre una silla inmediata.

—¡Virgencita! ¡Qué suave! ¿Esto es raso, es terciopelo ó es el manto de una Vírgen?

—Va á ser el manto del demonio, porque es para tí.

—¡Anda, que se quiere V. burlar de la Petrilla!

—¡Ojalá! ¡Eso es para tí!... No sé; pero mi tio debe estar loco.....

—¿Y quiere que yo me ponga estas telas tan majas?... ¡Ay qué gozo!

«Le dieron telas de seda
y una corona de plata,
y briales y basquiñas,
y un abanico de palmas.»

Esto es porque anoche recé á la Vírgen pidiéndola cosas buenas.

—¡Cosas buenas! ¿Sabes tú siquiera lo que es bueno.....? ¡Una ciega..... una ciega que quiere saber lo que es bueno y lo que es malo!

—¡Que no lo sé!—¿Usted cree que yo no veo?... Pues sí que veo..... porque como no hace más que cinco años que me quedé ciega, me acuerdo de todo y comprendo lo que es bonito y lo que es feo. Esta cocina es fea. El cielo es bonito.

—¿Y tú..... y tú, cómo eres?

—¡Ah..... yo..... yo..... eso no lo sé.

—Pues yo sí..... Tú eres fea, tonta, holgazana, bullanguera, mal criada y más pobre que una rata sin rabo..... Vaya..... y déjame aderezar en paz la cena, que á las nueve viene mi tio—gritó ásperamente la Venceja.

Volvióse á arrodillar delante de la fria losa de la chimenea y puso uno sobre otro varios pedazos de sarmiento. Luégo encendió una cerilla y la metió entre aquella trabazon de palos, hasta que una llama azul brotó del humo, como del cáos la luz. Petrilla tenía entre las manos su falda de tela de percal y la examinaba de arriba abajo.

—¡Qué gozo!—dijo—¡Qué gozo vestirse así, ir á la iglesia como la señorita Beatriz, que la gente la mire á una..... ¡Virgencita! Yo no te he pedido nunca lujos..... pero ¡ay si me los concedieras, qué dicha...! ¡Vaya, es muy bueno llamar la atencion, que hablen de una, que los mozos la digan lo que oye la señorita Beatriz cuando sale de misa:—«¡Sacristan, anda listo que se te ha escapado hoy una imágen!» O lo que el otro dia dijo uno de los que van á trabajar en ese *cerro-carril*, cuando supo que era hija del amo de la fábrica de cristal: «¡Es usted tan delicada, que parece que la han hecho en la fábrica de su papá de V.»

Esto lo hablaba ella quedamente, sin mover los labios apénas, en un á modo de súbito arrebato de coquetería con que la mujer despertaba bajo la crisálida de la niña montaraz y ciega. No creais que era una criatura sensible y flébil, á quien el viento hubiera podido herir como á una magnolia con el florete agudo de la pulmonía. Era un sér robusto, de aficiones andariegas, de

buen apetito, que dormia á pierna suelta sobre un lecho removido cada noche por las manos del cansancio, para que, duro é incómodo como era, le pareciese á ella blando, muelle, delicioso. El instinto de conservacion, obrando dentro de esta conciencia vivaz y clara, habia prestado tenacidad á su querer, impulso y vuelo á su pensamiento, donaire incisivo á su palabra, y un buen humor eterno é inalterable á su vida toda. Sin padre, sin madre, sin vista, sin amparo..... sin nada, aquella Petrilla, en quien hasta el nombre, segun observaba el cura, gran etimólogo, decia lo que era: la piedra abandonada, el guijo rodado que va del monte al arroyo, del arroyo al rio, del rio al mar, y del mar al fondo, siempre juguete de los elementos, átomo fabricado por el acaso, de quien nadie se acuerda, y que, juntándose á otros muchos de su clase, forma esa masa que, humedecida con el llanto, sirve á la desgracia y al crímen para moldear sus estatuas;—esa muchacha, digo, es la alondra, dichosa con un grano de avena y un nido pobre. Viendo á Petrilla se pensaba: la felicidad es una cosa que se compone de ignorancia y resignacion.

—¿No cenas?—preguntó la voz áspera de la Venceja, que soltaba las palabras como una honda las piedras.—¿Qué haces ahí embobada?

—Es verdad..... cenaré..... pero ¡si no tengo gana de cenar....! No sé qué me pasa.

—Mejor..... Lo que hoy no cenes lo almorzarás mañana.

Media hora despues llegó el viejo Clavo. La noche fria, el viento desencadenado, la nieve cayendo en copiosa abundancia sobre el mundo, no habian hecho tiritar

un momento á aquella fea estatua de la actividad. Clavo era un clavo por lo duro é insensible.

—¡La cena, presto la cena!—dijo.

Luégo, cogiendo á Petrilla la barbita aguda y fina, trató de hacerla una caricia, pero no supo. Quiso buscar una palabra dulce, y sus labios no encontraron sino éstas:

—¡Chiquilla! ¿Te gusta esa ropa.....? Es para tí..... Es preciso que estés contenta..... Ya ves; esa tela ha costado mucho dinero. No digas luégo que aquí se te maltrata. ¿Donde encontrarás más cariño?

Petrilla no respondió nada, porque no sabía qué responder ni qué pensar.

—¡Virgencita! ¿No quieres decirme qué significa esto?—murmuró su alma como murmuraba las oraciones. —¿Se va á hundir el mundo? ¿Es que los ángeles han bajado á la tierra y han hecho buenos á todos los hombres malos? ¿Es que yo me he encontrado hoy á la Vírgen en mi camino, y sin verla la tengo delante de mí?

Así pasó mucho rato. Miéntras cenaron la Venceja y Clavo en una mesa sumamente baja, de pino negruzco y mugriento, sin mantel ni vajilla, con dos tenedores de peltre y bebiendo agua del pozo en una jarra desportillada, la Petrilla no pudo salir del estupor que le causaron las caricias del viejo, el vestido nuevo y otros detalles de consideracion hácia ella, que con su perspicacia de ave tímida y perseguida descubrió prontamente.

—¿No cenas?—le dijo dos veces el tio Clavo.

Ella se excusó con la falta de gana, y el viejo insistió en que debia comer.

—Es preciso que mañana estés alegre, fuerte, can-

tarina más que nunca..... más que nunca, porque no irás ya á la fábrica..... á la fábrica. ¡Se acabó el hacer vasitos y copitas y se acabó el trabajo..... el trabajo!..... Vas á vivir como una princesa.....

La Venceja participó del asombro de la niña al oir tales palabras.

—Tio—exclamó—eso es que V. está gastando broma.

—¡Yo no gasto broma ni gasto nada—gritó Clavo mirando con ojos de furor á la Venceja.—Guárdate tu curiosidad en tu armario y no me hagas preguntas. ¿No nos manda Dios ser caritativos? ¿No soy yo cristiano, buen cristiano, que comulga por Pascua florida y cumple todos los demas preceptos de la Iglesia.....? Pues ¿qué te extraña que yo dé mi amparo á esta criatura bonita y pobre como un cordero.....? ¡Desventurada cieguecita de mi alma! Vive tranquila; Dios es bueno y las gentes tienen corazon.

¡Qué diferencia! La noche ántes habia sido apaleada la pobre Petrilla, y veinticuatro horas despues era tratada como un ángel.

—Esto es milagro de la Vírgen—pensó la muchacha, acercando su inteligencia á la luz que esta idea derramaba en medio de sus dudas, como el pájaro preso se acerca á la ventana que á traves de un cristal le enseña el aire libre.—Virgencita, ¡cómo te quiero! ¡No me dejes de tu mano! ¡Que no me peguen más; que no se canse el tio Clavo de ser bueno conmigo.....! ¡Ay, pero sí se cansará! ¡Debe costarle tanto trabajo!

En aquella casa, cuando era acabada la cena se apagaba la vela de sebo que servia de alumbrado, y en su

lugar se encendia un farolillo de vidrios pequeños, verdosos y quebrados, con cuya luz, que iba pasando de una estancia á otra, se acostaban primero el tio Clavo y luégo la Venceja. Aquella noche sólo se alteró el programa en que precedió á todos en retirarse á su cama la cieguecita, por haberlo exigido así el tio Clavo. Pasó, pues, la Petrilla á la sala, que era un gran cuadrilátero, lleno de mil objetos en desórden, sobre los cuales habia hecho préstamos el Rohtschild de Arijona. Petrilla no necesitaba luz. ¡Ventajas de ser ciega! Un resplandor tenue de estrellas lejanas y luna oscurecida penetraba por las cuatro rejas desprovistas de maderas, y esta luz espectral acrecentaba lo disforme y raro del mueblaje. Componíanle más de cuarenta sillas de diversas estaturas, sillones viejos, bancos de cocina, tres cómodas nuevas, sobre las cuales habia multitud de cajas de distintos tamaños, y dos relojes parados. Dos más habia en la pared, puestos en movimiento, y sus dos péndolas, jamas de acuerdo, parecian un matrimonio mal avenido. En las mismas descubríanse perchas altas, de las que pendian capas, mantas, arreos de caza y escopetas, y en medio un gran monton de trigo, con su media fanega escondida casi entre el grano. El desórden, el amontonamiento, un ánsia de recogerlo todo y de alcanzarlo todo, cierto anhelo de urraca, formaban la fisonomía de la estancia. Cinco ó seis espejos, en que se miraba desde contrapuestos lugares, copiando, á traves de una gasa de polvo, sillas, capas, escopetas y cómodas, simulaban conciencias vigilantes de pobres despojados que asistian á aquel panteon de objetos queridos para los que los poseyeran.

¡Fué imposible para Petrilla dormir durante la primera hora! La curiosidad venía á abrirle los párpados con sus dedos llenos de sortijas de oro, que brillaban mostrándole horizontes fabulosos de dicha inconcebible. Luégo se durmió, y pasó del imaginar discreto de la vigilia á la torpe y absurda creacion de la mente aletargada.

Vió la fábrica de cristal, los hornos encendidos, en cuya boca los tres fuelles arrojaban su aliento, levantando en la brasa nubes de polvo ígneo. Pero estas partículas fugaces de carbon encendido no caian allí en lluvia de ceniza como insectos de pluma muertos, sino que se convertian en astros de magnitud disforme y giraban unos alrededor de otros como bolas de acero en manos de un juglar. Contemplaba la caldera enorme del cristal fundido, llena de agua, que se trocaba en hielo, y de la cual mil manos blancas iban sacando copas, muñecos, espadas de vidrio, corazones trasparentes, caballejos con las crines hechas de hebras de sílice, ó grandes láminas clarísimas, y fanales bajo los que hubiese cabido el mundo. Veia la agitacion de los talleres de bruñido, y las largas mesas donde tanto niño manipulaba como un ejército de ángeles, sin quebrar una sola copa ni romper uno solo de los objetos de la frágil materia. Eran los talleres de una ninfa trasparente, alada, aérea, y léjos del fragor de los hornos, en que las bocas de unos forzudos cíclopes soltaban muchas maldiciones; todo parecia delicado, sutil, frágil, bonito. Pero allí no estaba ella, y los niños de las mesas preguntábanse unos á otros tristemente:

—¿Y Petrilla? ¿Y la ciega?

---

## VI.

### No descansan ni el viento ni el avaro.

Aquel hombre dormia poco. Sus jergones de hoja de maíz, que crujian bajo el peso del cuerpo, dieron señal con su ruido de que la inquietud se habia apoderado de Clavo. Tocó las tres el reloj de la iglesia, y poco despues sonaron tambien en los dos relojes de la sala. El avaro no pudo aguantar más su impaciencia y se levantó; vistióse con rapidez, encendió el farolillo y salió á la sala. Allí, en medio de tanto mueble desigual y desordenado, dormia la niña, y su respiracion tranquila simulaba el andar de una péndola. Clavo tuvo que saltar por encima del lecho para acercarse á una mesa donde él solia trabajar. Cubríala un paño verde por todo extremo raido y traspillado, y sobre él estaba el mísero recado de escribir: un tintero de cobre y dos plumas de ave, apuradas hasta cerca de las barbas. En la pared habia unas manchas de tinta lineales, paralelas, lo cual decia que Clavo secaba allí sus escritos para ahorrarse el gasto ruinoso de la arenilla.

—A las cuatro—se dijo miéntras, sentado ya frente

á la mesa, abría uno de sus cajones—llegará Güemes... Güemes.

Ni al pensar omitia él la repeticion de la última palabra de las oraciones.

—Todo está listo—continuó pensando.—Estas son las cuentas... las cuentas, que montan á 6.004 rs., ni un céntimo ménos.

Y ojeó un monton de papeles y volvió á atarlos luégo.

—Bien está... La escritura es ésta—dijo sacando un rollo de pliegos escritos con ancha letra.—Los dos hermanos no han venido anoche, mas vendrán hoy y la firmarán... Es negocio difícil, pero magnífico... ¡Si se me logra mi deseo!... mi deseo... ¡Es tan grande!... El ferro-carril ha de ayudarme al logro de mis planes... Hoy he comprado cinco pedazos de tierra, que no valen tres reales cada uno... Pero mañana valdrán tres míl duros como un ochavo... ¡Notable milagro!... Para eso no hay más que tirar una línea en un papel blanco, y poner encima: «Esto es un ferro-carril», y este ferro-carril va á pasar por aquí y por allá, y va á cruzar estos cinco pedazos de erial que ha comprado el tio Clavo... ¡Ah, ah, ah! Y ahora es cuando el tio Clavo se pone encima de sus pedazos de tierra y dice: «¿Quieren VV., señores ingenieros, que pase por aquí esa mecánica negra que escupe salivazos como un maton, y lleva delante un farol rojo como el fantasma? Pues sírvanse usarcedes pagarme tres mil duros por cada uno de estos pedacitos de arena. ¿Qué, vale ménos? Pues yo no lo doy más barato.» ¡Ah, ah, ah! Y ahí tienen VV. al ferro-carril pa-

rado, á los ingenieros llenos de susto, al Ministerio de Madrid en crísis, y al mundo revuelto porque hay aquí un pobre viejo... un pobre viejo testarudo y pertinaz. ¡Ah, ah, ah! ¡Ustedes quieren progresar!... Bien, me parece cosa excelente, pero... ¡anden VV.!... paguen el progreso y así progresarémos todos. Y héte que por aquí voy embolsándome tres... tres y tres, seis... seis y tres... nueve... nueve y... cinco, por cuatro... más uno y medio...

El tio Clavo se perdió en un cáos aritmético, de que él salia, como los nadadores del agua, merced á las manos, principal instrumento contador y único auxiliar de este Newton sin par en cuantos cálculos tuviesen por objeto extraer la raíz cúbica del dinero ajeno.

La furia con que el viento soplaba afuera llenaba la noche de rumores medrosos, y retorciéndose en las calles, abofeteando las ventanas, sacudiendo las ramas de los árboles y empujando las aguas de Arroyo-Corambre, hacía pensar á los durmientes desvelados que ejércitos de sombras reñian en los aires. A veces ladraba un perro, y su quejido, desfigurado por el aire al repercutirse con violencia en los arcos de la plaza, simulaba infernal baladro. Arijona dormia en brazos de la noche un sueño agitado de niño asustadizo y nervioso.

—Vamos por partes—continuó el gran tunante de Clavo.—Ese asunto presenta cara de canónigo... Veamos el asunto de la ciega... ¡Excelente idea! ¡Siembra bien, y recogerás bien! ¡Es un axioma de moral!...

Sacó otro cartapacio en que habia papeles amarillentos con letra menuda y ya pardusca del mucho tiempo que llevaba escrita; sobres con sellos de Cuba y los Es-

tados-Unidos, y un retrato de mujer, hecho en la peor fotografía que ha existido desde que nació M. Daguerre. Las manos flacas del avaro tocaron el retrato, y formando un como marco de huesos al rededor de él, ofreciéronle á la expectacion de aquel par de ojillos rubicundos.

Aquellas cartas... Aquel retrato... No sabriais de quién eran sin escuchar ántes lo que voy á referiros.

---

## VII.

### La novela de Petrilla.

No creais que Clavo fué siempre viejo. Apelo á vuestra credulidad para deciros que alguna vez tuvo treinta años y que hubo amores desatados en su alma. De entónces data su union con la Zaina, una moza de rumbo, morena, africana casi por su belleza y su carácter, que tantas veces fué á llenar su cántaro á la fuente del amor, que al cabo vino á quebrársele. Vióse pobre, deshonrada y hermosa. Las gentes timoratas de Arijona la dejaron en ese aislamiento de que salen los pecadores arrepentidos ó llenos de perversidad. No hay que decir que Josefa la Zaina siguió el camino del pecado, porque basta referiros que se fué á vivir al callejon del Corregidor, uno de los más apartados del centro de la villa, y su casa fué desde aquel dia visitada por el demonio de los amores comprados. Uno de los primeros que gozaron de la privanza con aquella sierva de Vénus fué Clavo. Apasionóse de ella, y toda la continencia de treinta años de vida retirada, tranquila, virginal, en que el oro fué su único tirano, estalló como un volcan delante de Josefa. Dentro del pecho de Clavo luchaban horriblemente como bestias

feroces el amor y la avaricia, y cuando ésta hundia su zarpa de oro en la hermosa vision creada por el ahogo dulcísimo de un deseo lujurioso, ó cuando esa vision de contorno lúcido y dintorno impalpable vencia y derribaba al vil vampiro del metal, Clavo pasaba por las alternativas de un cerebro sometido, ahora al hielo de los Alpes, y poco despues al incendio del Vesubio. Entregóse al fin, y sin fuerza ni aliento para la lucha, dejóse desbalijar impunemente por las bellas manos de aquel demonio familiar á quien la historia del averno llamára á la Zaina. No hubo grandeza en su caida, porque cayó en innoble postura, luchando y defendiendo la llave de su gaveta. Josefa hizo pasar mil duras pruebas á su cortejo; le fué infiel tantas veces como primaveras pasaron; y últimamente, le abandonó por completo para seguir al hijo de Güemes, llegado casualmente á Arijona con un encargo mercantil de su padre. No se os ha hablado de este Güemes al pintar la galería de retratos de la familia, porque Patricio (tal era su nombre) no vivia en lo que fué purgatorio de María Luisa. Hallábase entónces en América, adonde fué despues de haber dilapidado su legítima en bromas y francachelas de la peor especie. No poco contribuyó á este derroche la Zaina, á quien llevó á Sevilla, su patria, con un lujo de princesa india ó loreta parisien. Acabado el dinero, se acabó el amor. Patricio Güemes experimentó desprecio por aquella mujer, que le desdeñaba el mismo día en que se agotó el arroyo de plata en que habia ansiosa bebido, y se alejó de ella desesperado, loco, dispuesto á suicidarse, sin que en su alma restase un eco dulce, una fibra enérgica,

una promesa de porvenir agradable. Josefa quedaba encinta. En su lecho de disolucion iba á reposar un sér inocente, como un pájaro en un pantano. Güemes lo sabía, pero en su alma el amor propio ofendido mandaba con mayor autoridad que el sentimiento paternal áun nacido apénas. Era hombre violento por demas Patricio Güemes. La dureza de carácter era la única cualidad que habia heredado de su padre. Una vez concebido un pensamiento, lo ejecutaba como quien se arroja por una cuesta abajo. Para discurrir se rodeaba de la luz de los relámpagos de su pasion, y tomaba esos resplandores engañosos por claridad meridiana. Para obrar, abandonábase á los arrebatos de la tromba. Su vida era una tempestad sin calma ni descanso.

La Zaina volvió á Arijona pobre, degradada, sin fuerza para recuperar la virtud perdida. Los dolores de la maternidad, que algunas mujeres toman como evocaciones misteriosas al buen camino, agriaron la pasta de sus sentimientos, haciéndole perder su riente aspecto de odalisca alegre. Fué bajando peldaño á peldaño la escala de las afrentas. Dicen que hasta pidió limosna en las afueras de Arijona; que arrastró su hermosura ajada por aquellos caminos, dejándose en ellos los postreros jirones de su túnica de salamandra hechicera. ¿Qué hubiese sido de ella sin el amor del avaro? Una noche la encontró hambrienta, desfallecida, moribunda, y desde aquel momento Josefa se adhirió al viejo tronco sin primavera posible, como la madreselva seca á la cal del añoso muro. Clavo volvió á proteger á la Zaina, la permitió vivir en un caseron semiarruinado que poseia, la dió unos cuan-

tos muebles, y la pasó una pequeña cantidad mensual, con que apénas podia sustentarse la triste pecadora. Su hija se llamó Petra. Era el bello fruto del placer furtivo. Clavo miró con celoso enojo á aquel nuevo sér, á la hija de su rival triunfante, prueba única de sus amores dichosos con Zaina, recuerdo para ésta del hombre que la abandonó. Impuso terribles condiciones á su querida á cambio de su apoyo.

—¡Ah—se decia él con irónica sonrisa—no es esto como ántes!... Antes era yo quien suplicaba, quien me arrastraba por los suelos, quien lloraba y me arruinaba para comprar con mis lágrimas y mi oro una caricia de esa mujer. Ahora sin mí sería una pobre de solemnidad, iria por los caminos con la mano tendida y el traje lleno de harapos... ¡Que se someta, que se someta!

La desventurada tenía que recatarse del viejo para acariciar á su hija. Imaginad el amor maternal proscrito, puesto fuera de la ley y en entredicho; contemplad ese cuadro de prohibiciones que luchan con la sublime naturaleza, y deducid despues el calvario de la Zaina, la cruz que el acaso echó en sus hombros, la corona de espinas que hincó en su frente, la hiel en que humedeció sus labios, ansiosos de besar las rosas suspirantes de los de Petrilla. Cuando la Zaina murió, el Dr. Buendía dijo que la habia matado una enfermedad del pecho. Es verdad; el corazon está en el pecho, y ella murió de una herida en el corazon, herida invisible para el microscopio de la medicina, pero clara y patente para el microscopio del psicólogo. Horas ántes de morir quiso hablar á Clavo.

—¡Clavo! perdóname—exclamó con una voz trémula y ahogada, que parecia pronunciar ya palabras del solemne vocabulario de los muertos.—¡Yo te he engañado. Pero no ha sido á tí solo... Es al mundo, es á mi madre, es á Dios!... Ya que el señor cura no quiere venir á confesarme porque dice que en esta casa se ha hecho el tráfico del demonio, voy á confesarte á tí mis culpas... Pero ántes no quiero cometer una nueva, mayor que todas, dejando sobre mi sepultura á esta criaturita...

La Zaina tenía entre sus brazos temblorosos y helados el cuerpo débil de su hija.

—...Ampárala.

—¿A la hija de Güemes?... Nunca—balbuceó el avaro sintiendo soplar el ódio en el ascua de su amor propio.

—¡Quieres que me condene! ¡Quieres que me hunda para siempre!... No seas monstruo, no seas vil... ¡Al decir «nunca» me has parecido la imágen del diablo!... Huye de aquí, avaro, miserable... No te pido dinero para este angelito... Yo he sabido conservar algo para él... En medio de mi infamia he guardado un sentimiento noble... ¡Petrilla, Petrilla!—gritó besando á su hija, que lloraba, agitando las piernecitas entre las bayetas amarillas de su envoltura.—Tú no morirás de hambre... Tendrás un pecho que te alimente, un pecho robusto, en el cual puedas beber la vida... Oye, Clavo; quisiera que creyeses en algo para que me jurases por ello cumplir mi última voluntad... Pero no lo harias... ¿Tú crees en Dios?

—Creo en el sol porque calienta, y en el dinero porque es un salvo-conducto para que en la guerra del mundo me respeten los dos bandos de ricos y pobres.

—Pues por el oro que tienes, júrame... ¡Estoy loca!... No lo cumplirás aunque me lo prometas... Oyeme, óyeme... Yo tengo una alhaja...

—¿Dónde está?—exclamó el avaro, cuyos ojos se iluminaron con fuego vívido.

—Está aquí, sobre mi pecho. Es una sortija que vale mucho... No es tuya, no me mires con esos ojos de codicia. Es de Güemes... Cuando me sentí encinta la reservé para mi hija... He pedido limosna y no me he deshecho de esa alhaja... Te la daré, pero es si me prometes invertir su valor en la lactancia de Petrilla... Que no la falte el pan en su niñez. Llévala á un asilo donde puedas pagar con el valor de la sortija lo que sea preciso para que la niña no carezca de cuidados...

Clavo tomó la sortija, y á la luz del velon que ardia en la estancia examinó la piedra. Era un diamante y reflejó la llama del velon, partiéndola en mil haces de oro, que volaron por las paredes como enjambres de abejas de fósforo.

—¿Me lo prometes?—balbuceó la Zaina llorando.

—¡Vale más de trescientos duros!—dijo el avaro mirando con delicia la piedra de luz.

La Zaina se incorporó en el lecho, y alargó sus manos hasta coger las de Clavo.

—¡Respóndeme!—gritó desesperada.—Siento que me ahogo, y sin tu promesa no acabaria nunca esta agonía horrorosa... Quiero que me digas si harás lo que yo quiero que hagas.

—Sí, sí, sí—murmuró Clavo sin apartar sus ojillos del diamante.

El seno desnudo de la Zaina dejó de agitarse; sus brazos oprimieron más á la desdichada Petrilla; cerráronse sus ojos... De donde más tiempo tardó en huir la vida fué de sus manos, que palparon convulsos el cuerpo de la niña cuando ya habian dejado de respirar los labios, y cuando una mancha amarilla como de cera caliente fué partiendo de la nariz é invadiendo el rostro. Dos lágrimas cayeron de sus ojos, gruesas, redondas, tan luminosas como el diamante que Clavo miraba con afan, devorando su brillo cual si éste hubiese sido un fantástico manjar servido por la avaricia á sus esclavos.

A la mañana siguiente Clavo se hacía esta reflexion:

—La sortija vale seis mil reales como un ochavo. Si llevo al rorro á un hospicio y le pongo en el torno y me quedo con la sortija, cometo un robo. Despues tendré remordimientos. ¡Diablo! No quiero remordimientos. Son el tanto por ciento de las malas acciones... Pero si llevo á esa muñeca á un asilo que cueste dinero, se me deshace en agua ese hermoso grano de sol y me quedo... *per istam* (hizo la señal de meterse el dedo grueso de la mano derecha entre los dientes, y sacarle luégo, produciendo un castañeteo con la uña). Pues ni una cosa ni otra... Me quedo con la niña. Me la criará la tia Guiñapo, de Lugareda, por un duro al mes... ¡Y si no me la cria, la demando por los doce duros que me debe!... El rorro cumplirá por San Juan los diez meses... Con siete meses más basta y sobra de lactancia... Total: siete duros... Luégo la traeré á casa y lidiará con ella la Venceja hasta que sea mayorcita, y entónces... entónces... ¡Bien pensado!... Esto es lo que se llama ver el lado negociable de

las cosas... Cumplo mis deberes de cristiano, me quedo con la tumbaga, y la chiquilla sale adelante... adelante... ¡Hay que ser compasivo!

Un imprevisto suceso pudo variar gravemente el programa de Clavo. Cuando cumplió los siete años Petrilla, una epidemia de viruelas invadió á la gente menuda de Arijona. La mitad de las que hoy son allí madres ostentan en el rostro las huellas indelebles de esa terrible enfermedad. Petrilla no perdió con ella la tersura de su pálido cutis; pero en cambio, ¡ay! en cambio la sin suerte perdió la vista. Tan horrenda desgracia desesperó á Clavo.

—¿Qué hago yo de una ciega?—decia.—La tendré que llevar al hospicio...

Pero entónces se fundó en Arijona la fábrica de cristal, y el avaro supo que en ella trabajaban algunos obreros ciegos. No necesitó más. Cogió de la mano á la niña y la condujo á la fábrica, donde fué admitida en concepto de aprendiz en el taller de bruñido. ¿Cómo aprendió á trabajar Petrilla? ¡Prodigio inexplicable de la naturaleza, que no se concibe sino porque se ve!

---

## VIII.

### El abismo de los cálculos.

Febril y contenta la mirada, nerviosa la mano, encorvado el cuerpo sobre la mesa, estaba el viejo hojeando aquellos papeles, cuando la noche iba á entregar su legado de almas dormidas al alba triste y fria del invierno del Norte. Sobre ellos habia levantado un alto alcázar de planes financieros. Era su espíritu un famoso Mídas, que con sólo ver los más viles objetos los trocaba en oro. De un roto pedazo de suela hacía él cosa aprovechable y útil, y de una muchachilla ciega é inculta iba á hacer una estatua del noble metal. Sus pensamientos iban expresándose en esta forma :

—Esta gente que se ha enriquecido en América no sabe ni esto..... de negocios. Allí el oro anda en nubes por el aire y forma el lodo de la tierra..... Aquí hay que buscarlo como un garbanzo negro entre una fanega de garbanzos blancos. Este señor Patricio Güemes, que se trae de allá..... ¿qué sé yo?..... un disparate de dinero, empieza cometiendo una tontería, que le costará unas cuantas onzas..... Esta es su carta de hace dos meses : «Apreciable amigo:» ..... ¡Bueno! Lo mismo me aprecia que

á la primera camisa que se puso..... ¡Júdas Iscariote!..... «Echemos al olvido nuestros odios de ayer. La desdichada que los causó ya ha muerto. No hay, pues, motivo para que seamos malos camaradas. Ademas, es posible que le tenga cuenta estar bien conmigo. Voy á ésa á enseñar á los ricos á gastarse el dinero de un modo productivo y en grande. Ya verá V. qué envidia nos tienen..... Sí; nos tienen..... porque cuento con su ayuda y su colaboracion. ¿Qué es de aquella niña que tuvo la Zaina? Ya comprende V. por qué me interesa un poquillo el saberlo. Me acuerdo á veces de si seré yo causa de que el Estado se arruine manteniéndola en alguna Inclusa.....» Esta otra carta es del mes pasado: «Nueva-York, etc.» ¿Dónde habla de la niña?..... ¡Ah, sí!..... Esto es..... «¡Cómo! ¿Es posible? Entónces hay que canonizar á usted, señor de Clavo. En verdad le digo que yo tenía formado de V. un mal concepto, juzgándole incapaz de todo acto generoso..... ¿Qué quiere V.? Me habia equivocado, y me alegro. Mil gracias por sus desvelos. ¡La pobre chica es ciega! No sabe V. lo que me horroriza el pensar que mi hija no puede ver el sol..... Ahora iré á Arijona con dos motivos: el de mis negocios futuros y el de recoger á mi hija, indemnizando á V. de los gastos.....» ¡De los gastos! ¡Ah, ah, ah! Bueno, bueno, bueno—dijo en voz tan alta Clavo, que temiendo haber despertado á la Petrilla, se volvió rápidamente hácia su lecho.

Pero la ciega dormia tranquilamente. A veces sonreia y se notaba correr bajo la gasa de nieblas de su sueño inocente, alegres ideas, como bajo los juncos que cubren el arroyo se ve correr el agua.

—¡Duerme!—exclamó Clavo fijando sus ojillos serios en Petrilla.—Nada le molesta; nada la incomoda..... He sido con ella un buen padre, un padre angelical..... Clavo, honrado ciudadano, excelente hombre, puedes ponerte la mano sobre la conciencia con toda satisfaccion.

Y creyendo que la conciencia estaba en el pecho, trató de hacer lo que decia; pero la costumbre fué más poderosa que el arranque de propia admiracion, y donde puso la mano fué en el bolsillo del raidísimo chaleco.

—Despues menudeó su correspondencia—añadió el viejo volviendo á sus cartas.—Por lo visto, se le ha despertado el amor de padre..... Mejor. De ese modo, estando blanda la cera, podré hacer de ella lo que más quisiere..... Pero ¡qué exageraciones! Esto es fingido sin duda alguna..... sin duda alguna..... ¡Pues no me decia en esta carta..... ¿qué fecha tiene?..... 15 Noviembre..... Pues no me dice: «Cuénteme V. qué hace mi hija. Dígame V. cómo es de alta. Mídala V. con un hilo y envíemele dentro de una carta..... Créame V., quisiera salir de aquí hoy mismo; pero no puedo. Estoy liquidando mis créditos y esto me sujeta..... Soy como el vapor, cuya caldera quiere andar y cuyas anclas le dicen: «¡Quieto, quieto!» Pero pronto romperé las anclas. No escasee V. nada con mi hija. Gaste V., gaste V. Yo pagaré religiosamente.» ¡Bueno, bueno, bueno! Tú pagarás religiosamente..... Siendo así..... yo no soy tacaño..... Doce reales me he gastado ayer en un vestido para tu hija. ¡Oh noble Clavo! Tú tambien abrigas generosos sentimientos. Puedes tener tu conciencia tranquila.

Y volvió á buscar su conciencia en los bolsillos del chaleco.

—..... Tu conciencia tranquila.—repitió el viejo.—La penúltima carta es de..... ¡Malditos pueblos, qué nombre tienen!..... «Wilmington—Me dispongo á salir. Escribiré á V. desde Cádiz, y sin detenerme tomaré el tren hasta Tres Empalmes, donde hará V. que me tengan dispuesto un caballo que me lleve á Arijona. Un beso á mi hija. ¡Ciega! ¡Dios mio! ¡Qué atroz desgracia! Adios, mi buen amigo.—*Patricio Güemes.*» Su buen amigo va á ponerle la cuenta con toda pulcritud..... La pluma mejor cortada, el papel más limpio, la tinta..... un poco espesa está, pero con unas gotas de agua..... Eso es..... Aquí escribo: «Cuenta de los gastos de lactancia y manutencion de la.....» (Paróse á ver cómo iba el renglon, y echándole una mirada oblícua, no quedó descontento de su caligrafía.) «de la.....» ¿Cómo pongo? ¿De la hija? ¿De la niña? ¿De la chica? ¿De la muchacha?..... Este detalle es interesante..... interesante. A la muchacha se le puede poner ocho reales diarios de comida; á la niña se le puede poner doce; á la señorita se le puede poner un duro..... ¡Un duro! ¡Señor de las alturas!... «de la señorita de Güemes.....» Los ricos siempre han tenido tratamiento, y esa chicuela..... esa chicuela (volvióse á mirar á Petrilla) va á heredar, si Dios no lo remedia, un fortunon..... Yo he procurado educarla de modo que sea digna de su dinero. Sin saberlo, he presentido el desenlace..... ¿Hay algo más delicado que el vidrio? Pues yo he hecho á la señorita de..... de Güemes, artista en vidrio..... ¡Ah, ah, ah! Tienes talento, honrado Clavo. No se te puede negar que lo tienes.

Tan absorto y entretenido en sus cálculos se hallaba el viejo, que no advirtió el frio de la temperatura, ni que el farol, cansado de brillar, daba tristes llamaradas despidiéndose de la luz. Su dorado pábilo, encorvándose, despedia chispazos sonoros, y la llama se encogia y temblaba, subiendo y bajando por la carbonizada torcida con un aleteo de insecto moribundo. A la escasa claridad que en estrecho círculo sobre la mesa proyectaba, veíase el papel donde escribia Clavo, su mano flaca y la punta de la pluma haciendo rasgos y poniendo ceros y puntos, el pico de la nariz del viejo y los labios que salian y entraban en la línea recta del rostro con ese movimiento mecánico tan propio de los seres distraidos cuando ejecutan algun trabajo que absorbe toda su atencion. Fuera de aquel breve espacio iluminado, la oscuridad reinaba en la estancia, y en la sombra los relojes batian á compas la medida del tiempo, y Petrilla soñaba con los preciosos juguetes ideados por su imaginacion, libre de la cadena de la lógica. A aquella hora se alzaba de su lecho María Luisa, y acercándose á la cuna de su hija, decia, pensaba y hacía lo que el lector ya sabe.

A las seis..... Eso lo verán Vds. en el capítulo siguiente, que es de esta manera :

---

## IX.

### La princesa prefiere ser esclava.

Vino el alba y se levantó Petrilla. Fué á buscar el agua á la cantarera de la cocina, echó de ella en un cubo lo bastante, y remangándose hasta los codos los manguitos atados debajo de los hombros, desnudó su cuello y se lavó con esa resolucion que da á entender poco miedo al frio. Sus ojos no tenian niña. Eran dos globos blancos, quietos é inexpresivos, algo amarillentos hácia los vértices del párpado, donde las venas y nervios se reunian en una red delicada y visible. Su nariz era bonita, corta, aguda, como pico de ave doméstica; la frente, angosta y rodeada de negras crenchas de desordenado é indómito cabello; la oreja, delgada, de lóbulo cartilaginoso y rosado; el cuello, robusto, sostenia el alcázar de los pensamientos con valiente arrogancia. A veces movíase de derecha á izquierda aquella cabecita con una oscilacion muy comun en los ciegos, bogando sobre los hombros como una barca sobre las olas. Diríase que estaba haciendo un viaje al país de la luz.

—¡Hoy llego tarde, madre mia!—dijo, enjugándose la cara en un basto paño de lienzo.

Y luégo buscó por los rincones el garrote que la servia de lazarillo.

—¿Dónde estás, Benito Palermo?..... ¿A qué no te encuentro?

A tientas, con las manos extendidas, agarrando los muebles, recorria toda la cocina, y cuando en su precipitacion se daba un golpe en los dedos, prontamente los llevaba á la boca, mojándolos con los labios.

—Me romperé la cabeza y no te encontraré.

—¿Qué diablos buscas?—gritó desde lo alto de una escalera de mano, que llevaba á los trojes, la voz nada agradable de la Venceja.

—Mi palo.

—¿A dónde vas?

—¿A dónde?..... ¡A la fábrica!

—¡Qué fábrica! ¡Hipócrita! Haz como que no te acuerdas de que anoche te dijo mi tio que ya no ibas á la fábrica.

—¡Que ya no iba!—dijo Petrilla quedándose parada, en el momento en que tornaba á comenzar su paseo.—Es verdad que anoche soñé yo.....

Por un agujero que habia en el techo de la cocina apareció entónces la Venceja, y ajustando las ramas de la escalera al piso de la cámara, descendió, no sin haberse recogido las faldas por un exceso de pudor disculpable. Traia un buen brazado de retamas secas para la lumbre, y desde arriba soltólas con fuerza.

—Pero ¿no te has puesto el vestido nuevo? ¡Conde-

nada! Me vas á consumir la sangre..... Anda y póntele..... Que si mi tio vuelve y no tienes encima esos guiñapos, hoy se hunde esta casa.

—¡El vestido nuevo!..... Tambien he soñado con un vestido nuevo..... Pero ¿dónde está?

—Junto á tu colchon le puse anoche yo misma.

—¿Y he de vestirme con él?

—Sí..... pero volando.....

—¡Volando...! ¡Ay qué gusto...! Volando voy.

Fué volando; pero cómo volaria una avecilla ciega, rozando con las alas todas las paredes, trompicando y cayendo. ¡Qué pronto se vistió! Obra fué de un instante ajustar el corpiño al cuerpo, la cintura de tela al talle delgado y flébil, los manguitos con botones de vidrio negro á la trémula muñeca, el pañuelillo de algodon con flores amarillas pintadas sobre fondo verde á la cabeza. Hízose el nudo del pañuelo bajo la barba con sumo arte y quedó la tela estirada, por la rigidez de la goma, en pliegues anchos.

—¡Vaya un modo de ponerse el vestido! ¡Bendígate el diablo! ¡Ese pañuelo está añudado de un modo...!—dijo con acre acento la avinagrada Venceja.—Por abajo pareces una campana. Por arriba, el toldo de la tartana del Sr. Güemes... ¡Anda, anda! Trapantojo, torpe, ciega, mil veces ciega, que ni ves ni entiendes. Lo mismo es vestirte de limpio que lavarle la cara al burro.

¿Creeréis que Petrilla se sentia humillada con estos brutales insultos? Pues nada de eso. Era su voluntad bastante fuerte para no doblegarse. El Señor, que da

dureza al hierro para que riña con el granito, dióle á la ciega robustez de ánimo sobrada para reñir con aquel monton de zarzas, dentro del cual ardia chisporroteando la llama del sér íntimo de la Venceja.

—¡Qué dirán en la fábrica!—exclamó, paseándose con pausado contoneo por la cocina, y bajándose para que el vestido tocase en el suelo.

—Dirán lo que todo el pueblo dice, jinojo: que ahora resulta que eres hija de un príncipe.

—¿Sí...? Entónces, como Mariquita Rosenda, la del cuento de los Reyes moros:

«Mariquita Rosenda
era hija de un rey;
durmióse en una choza,
despertó en un palacio de Jerez.»

—Pero ¿es cierto eso?—añadió luégo, despues de un breve espacio de silencio.—He de mandarle una candela á la Virgencica, y he de darles con el primer ochavo que tenga á los pobres de la iglesia una buena comilona..... Pero..... ¡si no será verdad! ¡Yo hija de un príncipe! ¿Y dónde ha estado el príncipe mi padre tanto tiempo sin acordarse de mí?

—Ha estado por tierra de judíos sacando ochavos del moro de un pozo que habia lleno de ellos.

—¡Ay! ¡ochavos del moro!

—Sí, y dicen que luégo cada ochavo del moro se le ha convertido en un centen.

—¡Cuente V. embustes! Aunque parezco tonta..... ¿cree V. que me mamo el dedo?

Y añadiendo el gesto á la frase, puso su dedo índice, lleno de quemaduras ganadas en el ejercicio de la fábrica, entre sus labios coloradillos y sonrientes.

—No lo creas si no quieres... ¡Qué entiendes tú de grandezas, ni de príncipes, ni de caudales! Mi tio ha ido al cerro-carril á buscar á tu padre... Nadie me lo ha dicho... pero ¡bien me lo sé!

El curso alado de la infantil imaginacion de Petrilla cambió de rumbo súbito, y dijo la ciega:

—Yo me acordaré de V. cuando vaya con mi padre el príncipe en carroza.

—Gracias—repuso con sequedad la Venceja.

Cuando hubo entrado el dia y eran ya dadas las diez, volvió Clavo en su malandante caballejo, mohino y mal humorado, con más disgusto del que era de esperar.

—¡No ha venido!—exclamó, apeándose del endeble rocin.—¡Vaya una caminata! Yo, que eché pienso esta mañana al potro para que pudiese resistir bien el peso de Su Excelencia...! En la Estacion no habia ni un alma. El Jefe pasó, tocó la campana; llegó el tren, paróse, pegó tres suspiros... y ¡hala! siguió pateando... pateando... ¿Le habrán robado en el camino? ¡Hay mucho pillo en el mundo... mucho pillo en el mundo... en el mundo!

No ocultó sus recelos en todo el dia, y la Petrilla se aburrió lindamente pasándose horas y horas oyendo aquel duo de gruñidos del avaro y su dignísima sobrina. Aquél empezaba y seguia ésta:

—Siéntate bien, que vas á manchar el vestido.

—¡Que se te arruga la tela!

—¡Baja esa mano.....-pon derechos los brazos..... ¿No ves que la tela te hará luégo una bolsa en el codo?

—No muevas los piés..... Los zapatos se te romperán ántes de tiempo.

La pobre chiquilla maldecia su elegancia, que la obligaba á permanecer erguida, tiesa y sin movimiento como maniquí de tienda de modas. Por la noche durmió poco, y eso entre sueños febriles y desasosegados, lleno el magin de absurdas quimeras, viendo huir á la fábrica como si le hubieran nacido piés, y como si las ruedas que ántes movian su maquinaria la empujasen hasta ir á destrozarse con espantable fracaso y tremenda ruina contra la cima de la Majestad. Luégo creyó que los relojes reñian, escupiéndose minutos, insultándose con su voz metálica al dar las horas, y trabando un asalto de esgrima con las péndolas. Despues vió á un negro desnudo, como los de las estampas de Robinson, cuyos ojos la miraban con temerosa expresion de brutal cariño.—«Yo soy tu padre»—le decia; y la abrazaba furiosamente. Cuando amaneció, despertó con frio en las manos y sumo calor en la cabeza. Oyó la aguda esquililla de la fábrica llamando al trabajo.

—¡Yo me voy!—pensó—si no, me muero de pena.

Salió de la sala y quiso bajar la escalera, cuyas baldosas desencajadas sonaban, al ser tocadas por los piés del transeunte, como teclas flojas de un órgano viejo; pero se detuvo recordando que la puerta estaba cerrada y que las llaves todas dormian bajo la almohada del viejo. Entónces, al sentirse presa, el ánsia de salir se le aumentó, y el gusto de ir á la fábrica y oir el murmullo de

los fuelles diciéndole recados al oido al horno le pareció delicioso y sin par. El jaco pateaba en la cuadra sacudiéndose las moscas, y de cuando en cuando sonaba la cadeneta del ronzal contra las hojalatas del pesebre, buscando en vano algo que comer en aquel monton de polvo de paja. Petrilla oyó tambien piar á los pollos del patio que, alegres y regocijados, salian á saludar á la luz rodeando á la autora de sus sabrosos dias. La torre de la iglesia tocó al alba, y el sol, como si hubiera esperado esta señal, coló sus rayos por las brumas del amanecer, agujereando el seno rosado de las nubes con mil líneas de oro.

—¿Quién anda ahí?—preguntó con voz trémula Clavo desde su alcoba.

Y se le oia andar buscando las botas por debajo del lecho.

—Soy yo..... Petrilla.

—¿A qué te has levantado?—repuso la voz del viejo.

—¡Es que..... que yo queria marcharme á la fábrica.

—¡Estás empecatada, demonio! ¡A quién se le ocurre.....! ¡Vaya, vaya! Tú ya no vas á la fábrica en los dias de tu vida... de tu vida.

Aquel dia fué el segundo del tormento de la muchacha. Vestida de nuevo, sentada en una silla, teniendo frente á ella los dos pares de pupilas escrutadoras de Clavo y la Venceja, parecia un avecilla fascinada por el mirar magnético de un matrimonio de boas. Tambien fué al apeadero el avaro y esperó impaciente la llegada del tren. Cuando la tierra se estremeció palpitando como si un enorme corazon debajo de ella latiese, al acer-

carse con parsimoniosa majestad la ondulante culebra de wagones, Clavo quiso ver si D. Patricio venía, y se enderezó sobre las puntas de los piés. Las cortinillas azules de los coches no permitieron, por ir caidas, á su curiosidad anticiparse. Despues de descargar ciertos fardos que desde los furgones arrojaron al andén, tornó á sacudir su penacho vaporoso blanco y rojizo ese gigante de hierro, que, silbando y escupiendo, reanudó su marcha.

—¡Tampoco!—murmuró con desaliento el viejo.—¡Me ha engañado! Ya no viene. Ha querido vengarse y burlarse de mí. ¡Pícaro Güemes! ¡Si esa gente que ha estado en América.....! ¡Ladron de caminos! ¡Dos celemines de cebada echados al rio! (Y miró al jaco como si quisiera sacárselos del buche.) ¡Tantos reales en vestir á la ciega! Todo, todo al rio.....! ¡No, pues conmigo no se divierte ese tuno..... no se divierte ese tuno!

Ajustóse las tremendas espuelas, cabalgó, y el pobre animalejo, lanzando una tierna mirada al verde con que habia trabado íntimo conocimiento, dejóse hostigar sin salir de su paso salton, del que no lo sacára un acicate hecho de rayos y centellas. Llegó en poco más de tres horas á Arijona. Clavo subió á grandes zancadas la escalera, y dijo con voz destemplada á Petrilla:

—¡Oye, mala pécora! ¡Ya te estás quitando ese vestido! Y mañana, apénas amanezca..... andandito á la fábrica..... á la fábrica.

---

## X.

### El extranjero en su patria.

Cuando anocheció, en la lejana mole de Pico Sacro dejóse ver una nube, que fué ensanchándose rápidamente como una inundacion de sombras. El viento húmedo, el olor vivaz y penetrante de la tierra mojada, el cerco algodonáceo que envolvia á la luna fueron claros indicios para el extraviado y rendido caminante, que dijo, embozándose en la manta de viaje:

—¡Bien conozco el camino! Por aquí no hay otro remedio sino llegar. Pero... va á llover. ¡Esto es frio! Caramba. La noche está pidiendo una buena cama..... ¡Ay patria desagradecida, cómo recibes á tu hijo!

Despues, sintiéndose súbito enternecido, dejó el tonillo zumbon que le habia dado el ludir de su existencia comercial, y añadió:

—¿Qué hará mi hija...? La verdad es que yo..... yo no sé lo que me pasa. He vivido sin corazon tantos años, y ahora..... ahora, ¡caramba.....! Ahora se me ha vuelto corazon todo el cuerpo. Por vida de Baco, que yo no puedo explicarme esta mudanza..... Bien dicen que al hombre rico se le ablandan las carnes. Véome millona-

rio y me entran unas delicadezas en el alma...! A veces creo que esto es egoismo y que quiero enmendar mis culpas á fin de evitarme los dolores del remordimiento...

Detúvose á ver por dónde iba, y exclamó:

—¿Lucecitas...? Diria que me encuentro en New-Kirt... Aquellas luminarias son como las del puerto... algunas se mueven y oscilan como faroles de baupres... ¡Ya empieza otra vez el campaneo! Ese pícaro sacristan lleva dos horas llamándome con las campanas... ¡Tan, tan, tan, tan...! ¡Bueno, hombre, bueno, allá voy! Pero esas engañosas campanas suenan siempre detras de mí, y siguiendo la direccion de sus vibraciones voy y vengo entre estas oscuridades, y no acierto jamas con la vereda... Oigo campanas y no sé dónde... ¡Mucho tardabas! Ya están cantando el duo. Hace de bajo la campana, y de tiple ese perro endemoniado, que parece que me persigue, segun oigo su ladrar junto á mi espalda..... ¡Vaya, vaya! Esto es insoportable. Me he perdido..... ¿Por qué no confesármelo?... ¡Santos y benditos ferro-carriles! Vosotros, que en tres periquetes conducís á la humanidad de una provincia á otra, ¿cuándo llegaréis á esta heroica comarca.....? ¡Parece que las campanas dicen: « Nunca, nunca, nunca...! » ¡Anda! y el perro responde: «¡Aún, aún, aún, aún...!» ¡Cualquiera diria que hay algo de alegórico en lo que me sucede... Patricio Güemes, que ha recorrido la Virginia y el Kentuki de cabo á rabo sin perderse, que ha llegado á Zambeba sobre un camello y á Damasco sobre un asno, tiene que venir á su pueblo natal á pié, y frente al hogar de su familia se pierde en una noche oscura y fria como una conciencia corba. Cuando llegué

á la Estacion no habia allí ni un mal jumento en que hacer la travesía... No se le ocurre al diablo poner un apeadero en medio de un desierto... ¿Apeadero para dónde? ¿Para el infierno? Eso sí; pero para lugar civilizado...! El Jefe de Estacion me dice:—«Aquí no hay fonda.»—«¿Y caballos?»—le pregunto.—«Ni caballos», me responde.—«¿Y guía?—«¡Ni guía... ni nada...!» ¡Hidalgo castellano, que recibes al forastero con el codo y le despides con el pié, prez y honor de esta tierra de los hospedajes nobles y cariñosos, el diablo te lleve... Emprendí mi caminata, despues de cerciorarme de que Arijona está á cuatro leguas del apeadero... Cuando yo me marché no habia apeadero ni ferro-carril, pero habia mejor educacion. Preguntaba uno el camino y le decian: «Mire V., tuerza V. á la derecha y luégo á la izquierda...» En fin, se llegaba; pero ahora... ahora ya voy creyendo que no se llega nunca, como dicen las campanas... ¡Ya enmudecieron...! ¿Qué es esto? ¿casas? ¿gente? ¿un carro? ¿mulas...? ¡Tierra, tierra! como exclamó el loco de América. ¡Ya llegué!

Habia llegado de improviso, y tras un montecillo plantado de castaños, surgió el pueblo repentinamente, como un ladron sale al paso del viandante al revolver de una curva. El hacinamiento de casas, árboles y torres presentaba un triste aspecto, y apénas si las luces que aparecian y desaparecian en las ventanas, cual los puntos ígneos en el papel recien quemado, daban algo de vida á aquel cuadro.

—Esta es la fábrica..... Bien lo recuerdo. Aquí preguntaré.

Dijo Güemes, y se detuvo frente á un amplísimo edi-

ficio, por cuyas ventanas y puertas salian resplandores y ruidos extraños. Detras de una empalizada estaba el patio.

Habia allí cajones y jaulas de embalaje; una cábria cuyas maromas oscilaban al impulso más leve del viento; pedazos de papeles que revolaban, rozando el suelo, en círculo sin fin, como si unos á otros se persiguieran; pilas de carbon mineral brillante y oleoso, y en medio del patio una fuente charlatana y murmuradora, cantando un himno eterno al trabajo con consonantes de cristal. Pero era un himno al trabajo febril, calenturiento, demoniaco y fabuloso de un enjambre de infernales obreros que en los sótanos de aquel caseron revolvian la lumbre de cien hornos, agitaban desaforadas calderas, arrastraban wagonetes cargados de carbon y sílice, rechinando las ruedas, gruñendo las maromas y polipastros, chirriando las cadenas y maldiciendo los conductores de aquel enorme tren de la industria. Desde ántes de llegar al patio se oia el respirar jadeante del vapor y el silbido intermitente de la automóvil. Más cerca, el suelo trepidaba, los cristales temblaban entre sus marcos de plomo, como almas pecadoras en cuerpos enfermizos; las voces humanas se perdian en el confuso rumor de la alborotante maquinaria. Parecia que mil patas de hierro acoceaban furiosas, que cien caballos salvajes corrian relinchando, que la descomunal bestia de las labores fatigosas se revolcaba ebria y convulsa bajo los cimientos del edificio. Más cerca... más cerca ya se notaba el calor de la lumbre en el fondo de las cuevas. Desde cualquiera de las ventanas veíanse ojos siniestros é inflamados—que

no otra cosa parecian las bocas de los hornos—é iluminados por su foco lumínico, brazos nervudos y vellosos, desnudos, recios, llenos de un titánico vigor, que se adivinaba en los tendones tirantes bajo la piel, como el armazon metálico bajo la tela del maniquí se adivina.

Güemes, que venía de América, que habia pasado tantos años en Pimplort, durmiendo sobre una maquinaria descomunal nunca parada, y oyendo siempre aquel golpear vibrante, detúvose en el patio, como se detiene el emigrado en las fronteras de la patria.

—¡Este es mi pueblo!—pensó alegrándose súbitamente su rostro.—Mi pueblo es éste, donde el hierro vive, donde el vapor alienta, donde los hornos miran con su pupila enorme, donde el hombre es lo más imperfecto de las máquinas y no el único instrumento del trabajo..... aquí..... ¡por el dios Baco! es donde me hallo á gusto..... Pero estoy cansado..... Llevo una hora girando por los alrededores de este maldecido lugar, y no sé dónde daré con mis huesos. ¡Qué oscuridad! Aquí la noche es tres veces más noche que en el resto del mundo civilizado. El sueño debe de ser tres veces más profundo que en otras partes..... ¿Dónde vive Clavo? Yo no me acuerdo bien..... Creo que hácia la plaza..... Pero en Arijona la plaza es una calle como las demas, y á simple vista se confunde con la más estrecha de ellas..... ¡Vaya por el dios Baco!..... En la fábrica me darán razon..... Pero ¿aquí no hay portero?

No le habia, por lo visto, y como el agua, suspensa en la atmósfera, comenzó con priesa á caer, el rico indiano se entró hácia los talleres sin que nadie le saliese al en-

cuentro. Descendió un pasadizo lóbrego que se introducia en la tierra á modo de túnel, y luégo se halló con una alta poterna, que no se abria sin levantar pesadísimo picaporte.

—¡Bravo espectáculo!—exclamó despues de abrirle. —No es lo que hemos visto por allá; pero áun así..... ¡No creí tan adelantados á mis paisanos!

Estaba en el taller de fundicion de la fábrica de cristal: una larga pieza toda fuego, caldeada por cinco hornos, cuyo fulgor marcaba en el suelo largas fajas doradas. Altos trébedes sostenian los braserillos, y unos muchachos medio desnudos los atizaban, metiendo y sacando por entre las rendijas una vara de hierro. Aquellos mancebillos, con sus juveniles cabezas sudosas y alborotadas, crespo el cabello y abundante, y tan morenos que sus cuerpos semejaban estatuas de carbon, eran la risa y alegría del taller. Abiertas las piernas en ancho compas, una mano en la cintura, la otra puesta al servicio de la hornilla, no cesaban de atizar el fuego y dar pábulo á una deshilachada plática, desvergonzada y grosera, saliendo juntamente carbones encendidos y encendidos chistes de procacidad suma al mover de la barra y de la lengua. A veces se oia un cantar, una pertinaz tos, una voz de mando, y luégo se reanudaba esa conversacion hecha de palabras sin ideas, tan comun en los talleres, donde las bocas acompañan á las manos en sus mecánicas é ininteligentes labores. ¡Para qué discurrir! La rueda gira, la mano ayuda, las palabras van saliendo hueras y vanas, y se arrojan léjos con desden como cáscaras de nueces que otros han comido.

Sobre cada uno de los hornillos, enormes vasijas de arcilla contienen el vidrio liquefacto, y en medio de tal atmósfera de llamas, humo y vapores mal olientes, no se acierta á distinguir si es hombre ó diablo aquel robusto tagarote que, encaramado en una escalera, sopla por un tubo de hierro, hinchando una botella dentro de la vasija. Roja aún y humeante sale la botella de sus manos, y hay otras que sin quemarse la reciben, la modelan, la enderezan, la recortan, revuelven su cuello y le dan elegante forma. Es un espectáculo indescriptible : el cristal convertido en agua, que sale de un hirviente estanque, corre por tubos de caña, moldes de barro y lechos de arena mojada, creando aquí vasos, allá probetas, más allá jarrones, y en todas partes mil objetos delicados y frágiles. Hay mujeres medio desnudas, descalzas, con el seno mal tapado por la camisa basta y recia, que dan la delicadeza á la obra brutal de los hornilleros. Hay niños que pulen el cristal ya frio, aplicándole á una rueda de madera. Hay jovenzuelas que con el soplete arrancan al candilon un dardo luminoso, y de un trozo de vidrio industrian docenas y más docenas de perlas que van cayendo de la luz como lágrimas..... Allí se respira humo, y se vive entre el fuego. ¡ Vida de salamandras!

La generacion del vaso es una historia tan interesante como la de las metamórfosis de la mariposa. Lleno de cristal fundido sale del horno, como brindando con un sorbo de llamas á cualquier demonio sediento. El tubo capilar serpea entre las manos de cien obreros como una vena arrancada á una estatua de mármol. Estalla una botella mal templada, y sus pedazos inflamados, volando

por el aire, remedan la explosion de un bólido. El frágil vidrio es allí tan temido como la dinamita. El fuego le comunica su propiedad asoladora, y no pasa dia sin que un horrible grito humano domine al concierto desordenado de máquinas y hornos. No es nada : un obrero acaba de recibir sobre su brazo una lluvia de cristal encendido. Chirria la carne tostada, silba la sangre al evaporarse, hiede y apesta la humana fritanga; pero ni las ruedas cesan de rodar ni el automóvil detiene sus brazos, comparables á los de un gimnasta loco haciendo contracciones ante el tribunal de los juegos píticos.

Todo lo contemplaba absorto aquel hombre tan acostumbrado á ver el maravilloso cuadro de la industria. Quiso preguntar á álguien lo que saber deseaba; pero la curiosidad le detuvo, y viendo que su presencia no era notada de nadie, cruzó por entre los talleres de lavado y tallado, y se halló en una estancia pequeña, en que habia más de treinta muchachas y chicos en promiscua confusion, sentados alrededor de viejos y destrozados veladores de pino, sobre cuya tabla lucian con su llama azul de alcohol numerosos candilones. Allí se labraban esos pequeños juguetes de vidrio que entusiasman á la gente menuda, y ya podia descubrirse el resultado de la labor del dia : pavos reales azules con la cola formada de un *sprit* de cristal hilado; caballos absurdos de cola de vidrio plumoso; perros de agua blancos con orejas azules y cola dorada; cruces y medallas, prismas y pendientes.

—A éstos preguntaré—dijo.

Pero cuando iba á preguntar sonó una campana en lo alto del taller, y como por ensalmo quedó silencioso

aquel hervir de hornos, aquel crujir de hierros, aquel pisotear de máquinas, aquel arrastrar de wagonetes. Alzáronse los muchachos, y salieron de allí volando como pájaros sorprendidos en la fuente. Sólo quedó sentada una chiquilla de unos doce años, que con sumo despacio buscó en el suelo un garrote, y asiendo de él, se levantó. Palpó el terreno, porque el palo era una prolongacion de su tacto, y cuando iba á salir, oyó que la voz de Güemes la decia:

—¿Vas al pueblo, muchacha?

—A mi casa. ¿Qué se le ocurre á usted?

—¿Quieres guiarme adonde yo te diga? Te daré para unos zapatos.

—Sin que me dé para zapatos le guiaria; pero si me da..... mejor..... ¿Adónde hay que guiarle?

No respondió Güemes, porque al mirarla vió..... ¡Pobre criatura! Vió que era ciega, ¡ciega como su hija!

—¿Tú, ciega, vas á guiarme?

—Es claro.....

—Todo sucede aquí al reves. Los ciegos guian á los que tienen los ojos sanos.

—Pero es que V. no sabrá andarse solo por el pueblo..... ¿Es V. forastero? ¿Ha venido V. á ver la fábrica?.... Y el que no sabe es como el que no ve..... De modo que V. es tambien ciego á su modo.

La voz enérgica y matizada por dulces inflexiones de Petrilla despertó otra vez en Güemes aquel enternecimiento que de algun tiempo á esta parte solia cogerle; pero dominándole como se domina un impulso ridículo, dijo:

—Vamos, muchacha.

Salieron á la calle. Entónces llovia, llovia de tal modo, que Petrilla apretó contra sí los mal doblados pliegues de su pañolillo de tartan, como un pájaro que aprieta las alas para librarse del agua y el frio.

---

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

# XI.

## Al rededor de la luz.

El aislamiento de María Luisa no era tan grande, que pudiera excusarse de recibir algunas noches á várias personas del lugar, que acudian, llevadas unas del puro deseo de distraer su aburrimiento, otras con el de ver el bello rostro de la viuda. Aquella noche, al dar las ocho en el lejano reloj de la torre, con campanadas lentas, de las cuales el viento sólo permitió oir la mitad, entró en el comedor tiritando el jóven Dióscoro Ercilla, trayendo del brazo al buen cura D. Bernabé Gallostra, el cual parecia una galvanizada momia, entre los pliegues de su capa recia, bajo la cual se dió á luz al desembozarse el balandran pardo y grasiento, lleno de manchas rojizas en el pelado tablar del pecho, que no dejaban lugar á duda sobre que el digno pastor tomaba rapé.

—¡Qué noche!—dijo el jóven Dióscoro.—Servidor de ustedes, señoras.

Les hizo una reverencia ridícula á puro rendida.

—Dios sea con todos—dijo el cura ajustándose el viejo gorrillo que fué de terciopelo.—¿Y mi señora doña

Mariquita Luisa?.... ¿Y doña Pazita?.... Hoy esperé á ustedes en el confesonario.

—¡Como hacía tanto frio!—repuso María Luisa despues de contestar al saludo.

—Señora..... ¡Frio para ir al templo!—replicó Dióscoro metiendo sus manos delgadas, de largos tarsos y huesudos nudillos entre la melena negra que traia.—Es decir, que el cuerpo es más importante que el espíritu, y entre purgar éste de culpas y que aquél atrape un constipado.....

—¡Eh, eh, eh! ¡Pícaro Dióscoro! ¡Siempre con sus cosas!—repuso el padre Bernabé riendo con esa grave y sorda risa de viejo que más parece un gruñido.

Pazita no se habia sentado. Iba de mueble en mueble buscando su labor de aguja, perdida segun costumbre.

—¡Tia Pazita!—dijo Justina, que cerca de su madre estaba en una silla.—Si el gato anda con el ovillo.....

—¡Barrabás!.... El Señor me perdone—dijo toda sobresaltada la mujer de jelatina.—Toma, toma, toma.

Tenía preso al gato, y con su mano, comparable á un ladrillo en que se hubiera cortado con un cuchillo la figura de los dedos, quiso castigarle; pero el insolente bicho de un salto se fugó, y desde la silla inmediata abrió y cerró los ojos y vibró la cola, como diciendo en su vocabulario gatuno:

—¡Es V. una infeliz! ¡Tiene V. cabeza de elefante y alma de marmolillo!

Cuando todos se sentaron en torno á la camilla con faldas de verde bayeta, la Pajarola, que dormia en el portal, con la siniestra mano metida en una media azul y

una aguja enhebrada en la derecha, dijo con voz asustada de persona sorprendida en lo mejor de su sueño:

—¿Quién? ¡Allá voy!

Eran otros dos contertulios que llamaban al ancho porton: Lúcas Berrueco, el jóven capitalista de Arijona, y D. Pedrito Gifedo, un antiguo mayorazgo, desamayorazgado y pobre, á quien de los característicos rasgos de su noble progenie quedaban sólo una inteligencia por demas obtusa y un mísero majuelo destrozado ogaño por la *phyloxera*. Levantáronse Dióscoro y el padre Bernabé, y despues de unos minutos en que sólo se oyó el patear de los asientos removidos y el frotar de las manos de Gifedo, cruzáronse los saludos comedidos y pomposos de la aldea, donde la urbanidad es una institucion olvidada de las clases bajas y conservada con exagerado celo en las familias preclaras y linajudas.

—Señoras y señores—dijo Dióscoro—al pasar por la Zalea, donde me encontré al padre Bernabé, he visto más de cien franceses de los que van á trabajar en el ferrocarril.

—¡Ya han andado á palos diez veces con los del pueblo!—observó el Cura.

—Es decir, los del pueblo con ellos—rectificó Berrueco.

—¡Mucho que sí!—añadió Gifedo.

El bueno de Gifedo no sabía decir otra cosa, y procuraba siempre, por no parecer mudo, añadir alguna afirmacion á las opiniones por otro emitidas.

—Es que los del pueblo son unos mentecatos, unos salvajes—exclamó mesándose la melena Dióscoro.

—Mira, mira, tú, poetilla..... No nos cencerrees los oidos con tus tontunas..... El pueblo tiene siempre razon..... ¡Traernos esas gavillas de hambrientos franchutes! Quédense en su patria y no vengan acá á saciar el estómago.

—¡Mucho que sí!—añadió Gifedo.

La conversacion rodaba pegando tumbos por la pendiente enojosa de la gacetilla popular. María Luisa, preocupada y triste, miraba la luz, encerrada en círculo de sombras por la pantalla que representaba una carrera de perros montados por enanos con traje de *groom*. La tarde habia sido de desesperantes inquietudes para la viuda. El escribano de Lugareda habíale enviado una carta con estas palabras escritas: «Venga V. en seguida; ocurren cosas graves.» Quiso ir sin pérdida de tiempo; pero el caballo estaba cojo, la tartana metida entre los tollos que la lluvia produjo en el patio, y no habia medio de hacer á pié la travesía. Ademas, el riachuelo humilde y servilon, que en verano apénas podia regalar el refresco á un escuadron de cínifes sedientos, habíase crecido y envalentonado con el temporal, y asomaba sus ojos verdosos por el puentecillo, el cual temblaba de miedo de ser arrastrado, agarrándose á los peñotes, en que descansaba con sus manos de pino.—¡Qué inquietud! ¡Qué desasosiego! No habia otro medio sino esperar, esperar al alba, y entónces en la tartana, á la cual engancharia Pacorro la mula de la huerta, que estaba á la sazon en el Tallar pastando, ir á Lugareda á ver qué nuevo fracaso la amenazaba. Muchas veces Justina llamó á su madre, haciéndola volver á la realidad desde un

mundo imaginario, más triste todavía que el de sus desastres y disensiones familiares : el de su corazon, herido por mil penas sin nombre, mil presentimientos sin prevision posible. El sublime instinto de los niños habia dicho á Justina que algo extraordinario ocurria á su madre, y cerca de ella, con una mano entre sus manos y la cabeza recostada en el pecho que la dió el sér, permanecia, iluminado el rostro por la luz del quinqué, y mariposeando sus grandes ojos negros, bordeados de curvas y larguísimas pestañas plumosas.

—Pues mañana llega el ingeniero—dijo Dióscoro.

—Y me han dicho que se hospeda aquí..... ¿Es cierto, doña Mariquita Luisa?—preguntó el Cura.

—No sé—repuso ella.—Pero acaso..... El Alcalde vino ayer á suplicarme que le ceda la planta baja de casa..... Dice que necesita habitaciones grandes para poner las mesas de la oficina..... para los planos y..... ¡qué sé yo!.... Luégo..... trae consigo á su esposa..... porque su estancia será larga.

—¡Tiene esposa!—exclamó Dióscoro.

—Sí, una francesa, segun han dicho hoy en la plaza—añadió Berrueco.—Se nos vendrá á dar tono..... á insultarnos con su lujo..... ¡Alguna perdida de esas de París!

—¡Caridad, hijo mio!—exclamó el Cura cerrando los ojos con gesto solemne.

—¡Qué caridad! Me sublevan la sangre estos ladrones de *extranjis*.....

—¡Ladrones! No diga V. eso, Berrueco—replicó con viveza María Luisa. —¡Qué modo de recibir á los que vienen á hacernos un favor!

Por sus ojos habia pasado una llama de indignacion —para nosotros casi inexplicable hasta ahora—al oir la brutal frase de aquel grosero Berrueco. Este era hijo de un acaudalado labrador del pueblo. Una temporada que pasó en Madrid, intentando estudiar y tratando mujercillas vulgares y gentuza viciosa, habíanle dado derecho, en su entender, á hablar con desden sumo de Madrid y sus cosas, y voz y voto autorizados para decidir que su pueblo era el único lugar del mundo donde las hembras tenian honor, honradez los hombres y riqueza la tierra. Su rostro era arrebolado, basto y grueso; ancha la nariz y muy movible, como hocico de res cerdosa, ya se alargaba con brutal acometida de trompa, ya se aplastaba para aspirar ruidosamente en los momentos de satisfaccion, placer y triunfo. Llevaba con orgullosa presuncion de burro engalanado para la feria un largo chaqueton de pana cortada, con forros de paño azul en los codos, y un complicado enredijo de alamares de seda en los botones y bolsillos.

Dióscoro Ercilla, á quien habia Berrueco llamado el «poeta», era alto, nervioso, pálido, demasiado moreno, y tan falto de los colores de la salud, que al verle pasar por las calles, embutido en su largo leviton de paño raido, con anchas zancadas de sus piés tortuosos y deformes, los chicos se escondian en las esquinas para gritarle :

—¡ Don *Tiricia!*

Don Ictericia querian llamarle, haciendo epigramática alusion á su palidez cadavérica; pero la lengüecilla trapajosa y torpe de la plebe menuda de tal suerte dejaba desfigurado el vocablo científico.

Don *Tiricia* era pobre ¡y poeta para colmo de desventuras! Su tio, un triste capitan retirado, habíase llenado de deudas porque el maldito del vate siguiese una carrera. ¡Carrera! La del Parnaso era la que él apetecia. El birrete del abogado no acomodaba á su frente, modelada por Apolo para ostentar coronas de rosas. Sus manos no servian para manejar el cincel ó el martillo; los dioses las hicieron para pulsar «el plectro sonoro», como decia él. Lecturas malogradas é incompletas habian trastornado aquel cerebro, y sin vuelos para poder llegar á loco, habíase quedado en sandio. Todo era hablar de Víctor Hugo y de *Los Miserables;* todo recitar fragmentos del *Diablo Mundo*, y mentar á Alonso Ercilla, de quien se llamaba descendiente en linaje social y espiritual. Quiso fundar un periódico semanal en Arijona; mas ¡oh inconcebible atraso! allí no habia imprenta. Con todo, no abandonaba él la idea de la publicacion, y pasaba en claro muchas noches buscando nombre para su engendro. ¡Ah! Si el rio de Arijona fuese de título sonoro y poético, si se llamara el Guad-el-Jelú, por ejemplo, ningun epígrafe mejor que el de *El Eco de Guad-el-Jelú.* Pero ¿quién decia *El Eco de Arroyo-Corambre?* Hubiera creido Europa que por lo de corambre se trataba del órgano oficial de los curtidores y taberneros. Para salir del paso, ideó un rio imaginario, el Mincio, y determinó titular su periódico, para cuando el Señor fuese servido de verle publicado, *El Eco del Mincio*, nombre cuya bien timbrada sonoridad y sin par armonía diputó él como la mejor ocurrencia de su ilustre vida de genio postergado.

—Es notable cosa— afirmó Dióscoro —que aquí despreciamos siempre á lo que viene de fuera. A fe que Víctor Hugo.....

—No Víctor Hugo—se apresuró á interrumpir el Cura.—No Víctor Hugo, que es un impío y hereje, un hombre condenado, sino la Santa Palabra lo dice : «Al que venga de fuera hazle un lado en tu lecho; ponle pan y sal en tu mesa.»

—¿Han oido ustedes?—dijo Dióscoro, prestando atencion á lejanos rumores.

Habiase levantado, y volviendo la cabeza del lado de la ventana, escuchaba interrogando al silencio.

—¿Son truenos?—preguntó Justina.

—Son campanillas—dijo el sacerdote.

—Son tiros y cascabeles de un carruaje—afirmó Berrueco, abriendo desmesuradamente sus ojos, llenos de estúpida curiosidad.

Acercóse á la ventana, y abriendo un postigo de su viejo maderaje despintado y crujiente, miró al campo. Era la noche oscura, y gruesas gotas de agua caian sobre los cristales, adquiriendo brillante claridad al encontrarse allí con la luz que de la lámpara venía.

—No se ve nada—dijo.

Sonó otro tiro, y los cascabeles cada vez más cerca se escucharon. El viento no dejaba de subir y bajar del llano á las lomas, trayendo y llevando los ruidos, como un perro jugueton que trae y lleva á su dueño las piezas muertas. En aquel gran espacio de horizonte negro lejanas llamas se movian, rutilando en la noche como estrellas caidas del cielo. Arroyo-Corambre parecia la

voz del paisaje invisible, cantando y gruñendo al desligarse entre obstáculos, dividido por la presa de la fábrica y el salto de agua del molino.

María Luisa se levantó tambien, y Justina, cogiéndose con ambas manos á una de su madre, manifestó terror sumo.

—¡Es que matan á álguien?—preguntó con voz de espanto Justina.

—No, hija mia..... Serán petardos de la mina.....

Pero Berrueco meneó la cabeza para decir que no eran petardos de la mina, sino tiros de escopeta. Para que se aumentára el susto de María Luisa y de su hija, de la parte del pueblo llegaron sordos rumores, como de muchos piés que corren sobre piedras, y gritos velados por la distancia y aminorados por la interposicion de las masas de agua que arrojaba el cielo.

—Algo pasa—balbuceó la Viuda.

—Sí, algo extraordinario—dijo el Cura.

Doña Pazita no podia experimentar ni curiosidad, ni temor, ni sentimiento alguno vivo y penetrante. Su cuerpo de gelatina quiso, sin embargo, asociarse á las palabras de las demas personas, y se levantó, dejando la calceta..... en el suelo, donde *Gedeon* la recobró con grande alegría y muchas carrerillas de medio lado. Era un malvado *Gedeon;* y miéntras doña Pazita se asomaba á la ventana, él, echándose patas arriba, y cogiendo el ovillo entre las cuatro zapatillas de terciopelo, pareció decir á la impasible devota : «Entre V. y yo hacemos la calceta. Usted hace los puntos y yo las marras.»

—Cierre V. la ventana—exclamó María Luisa.—Sin

duda los trabajadores del ferro-carril andan á tiros con los del pueblo.

—No sería extraño—afirmó Berrueco sin cumplir la órden de María Luisa, ántes bien, asomando toda la cabeza hácia el pueblo para inquirir los rumores de gritos y pasos precipitados que seguian oyéndose. — Esta tarde andaban los ánimos..... ¡vamos, que habia hombre capaz de comerse á Napoleon!..... Si ellos han dado tanto así de motivo..... no respondo yo de nada.

—¿Y ese carruaje que oian ustedes?—preguntó María Luisa con honda expresion de anhelo.

—Ya no se oye, añadió el labrador. Debe estar dando la vuelta por el egido..... ¡Ira del pueblo! ¡Buena ocasion de llegar si andan á trabucazos!

El poeta desató su lengua en una sarta de improperios contra los salvajes que se portaban con los conductores de la civilizacion peor que los salvajes de Abisinia con los misioneros ingleses. Juró por Marte, y puso á Hércules por testigo.

Justina, despues de sufrir en cinco minutos un terror indecible, cuando la ventana cerró y tornaron á sentarse sus tertulianos, sintió un profundísimo é invencible deseo de dormir. Sus nervios débiles vibraban un instante, como si de ellos una mano cruel tirase, y luégo pedian compasion y sueño y descanso. Lo mismo para la risa que para el llanto, lo mismo para las explosiones de alegría que para las del disgusto, el temperamento pobre y la idiosincrasia de Justina tenian juntos la animacion de la locura y el desaliento de la muerte. Un dia—era por la primavera—vió pasar delante de ella,

en la huerta, flotando en la atmósfera, un milano, que el aire habia arrancado de su cárcel de hojas de llantel. Era un juguete de pluma, un volante del juego de raqueta de los ángeles. Justina le persiguió riendo á carcajadas. Iba ella en pos de él como si la arrastrára por virtud del sortilegio con que la belleza arrastra al candor. Cuando le tenía ya cogido, el mismo aire que hacía con las manos para atraparlo, juntándolas prontamente, impulsábale más allá. El sol jugaba entre sus hilillos trémulos de seda, y una gota de rocío que colgaba de uno de ellos parecia la pupila diamantina de aquel frágil sér de pluma y aire. Dió una vuelta entera por el plantío de los tomates, llevándose siempre detras las manos y la carcajada de la niña. Despues atravesó entre los rosales y escaramujos. ¡Maldito contratiempo! ¿Quién se metia por entre tales muros de zarzas y pinchos? Sin embargo, Justina, que tenía caprichos duros y era terca en sus resoluciones, se echó valerosa entre los zarzales, y las manos con uñas de las rosas la aprehendieron, agarrándose á su delantal y á sus pantalones. «¡Quieta, quieta aquí, revoltosuela!», decian los brazos de un escaramujo, liándosele en la cintura cual una culebra. Y al mismo tiempo, como escaramujo galante que era, ponia ante sus labios una florecilla roja y uno de sus frutos aromados, del color de la sangre. El milano se detuvo allí tambien, buscando un túnel en aquella espesura, y pasó saludando á las zarzas, sus tias maternas en Flora. Justina le veia huir. ¡Ah pícaro milano! No, no has de escaparte. ¡Un esfuercillo y pasas, brava Justina! ¡Ras! ¿Qué es eso? ¡Ay, Dios mio! Te

has dejado medio delantal entre las rosas. Esas señoras son capaces de todo por vestirse de nuevo. ¡Es tan vanidosa la hermosura! Justina salió por fin, riendo todavía, con el rostro arañado y las trenzas llenas de hojas secas, que luégo se desprendieron, cayendo á tierra. El milano se dirigió á la noria; apoyó sus alas de espuma en los verdosos maderajes de ella; miróse en el negro espejo del fondo, que se rizaba al caer alguna partícula térrea de las paredes, y sin vacilar un momento, se dejó tragar por aquella tumba. *Prius mori quam fœdari!* Antes la muerte en el pozo que la vida entre las manos de un sér caprichoso y veleta. Justina detuvo su risa, asistió al suicidio del milano, y luégo se dejó caer en el suelo, junto á la empalizada de la noria. Experimentó ánsia de llorar primero, y un sueño pesado despues. Su sueño era una especie de fiebre mansa, que haciendo descansar su cuerpo, le quemaba en un fuego lento. Al levantarse del lecho estaba pálida, encerrándose sus ojos en una suave sombra azulada. ¡Dolencia sin remedio, que iba dentro de la sangre como la tormenta dentro de la nube!

Aquella noche ocurrió así. Oyó primero tres cuentos que la Pajarola le dijo sin omitir ninguna de las fórmulas que es uso en ellos, desde lo de: «Pues señor, en mi pueblo habia un viejo, y ese viejo me dijo, etc., etc.», hasta lo de «el bien y el mal, para quien le vaya á buscar; yo estoy en mi casa, y el cielo no baja, y colorin, colorado, por el humero se ha marchado», con que acostumbra á sazonar la musa del pueblo esas historietas. Rióse hasta más no poder con la aventura del

Cojo de Cantimpalos, cuando las muletas se empeñan en correr más que él y lindamente lo llevan en un galope á los mismos infiernos. Rióse como ella solia : con su boca y con sus ojos, con su cuerpo y con su alma, palmoteando y ahogándose, dando patadillas en el suelo y echándose adelante y atras, enloquecida por el dios de la carcajada. Y ahora ¡se sentia tan cansada, tan triste, de tan negro humor!..... Hubiera querido que todas aquellas gentes se marcháran y quedarse sola con su madre, subírsela al regazo, enlazarla con los delgados bracitos sin vigor ni salud, besarla en los ojos, en los labios, en el cuello, y luégo en el seno, donde no muchos años ántes habia bebido la dulce vida de la lactancia. En las negras tristezas de Justina sólo la consolaban estas caricias de amante más que de hija. Un ánsia de que su madre fuese sólo para ella la acometia y dominaba, y sintiéndose en sus brazos, se sentia feliz, mas con el temor de despertar en la cuna, léjos del aliento de María Luisa. Era su cariño filial como el de los místicos á Dios; cariño que tiene algo de idolatría y algo de sentimiento egoista, por el cual se busca la posesion absoluta de aquella esencia que se respira, de aquella entidad que nos enamora, de aquella luz ante la cual se queman los ojos mirándola. Hay místico que querria que no existiese Dios más que para él. Por tal manera Justina deseaba que su madre sólo tuviera realidad corpórea para ella.

Los rumores de lejana contienda habian cesado, ó se perdian entre el ruido de las aguas que caian. Por un capricho de la luna, se dejó ver su luz en un jiron de

nube, y rápido cual un fantasma, pues muy presto volvió á cubrirse, surgió el paisaje mojado, los árboles sin hojas, relucientes como manojos de varas de cristal unos y como correas de charol otros; las ondulaciones del terreno, erizadas de zarzales y retamas, y la torre bizantina de la iglesia de Arijona, sombría y triste entre los pardos pliegues de su manto hecho de musgo y años.

—¿Nada se oye?—preguntó el Cura, que era algo tardo en las funciones auditivas.

—Todo se acabó, señor Cura—dijo Berrueco;—lo que ha sido, ya se remató. Y colorin colorado, como dice la Pajarola. Fuera el miedo, Dióscoro.

—¡Miedo yo!..... ¡Hombre! Sí; en verdad que no he nacido para pelearme—repuso él;—Apolo no iba nunca á las aventuras de Marte, y Horacio, Horacio..... Pero tú no sabes quién es Horacio, ni....

—Ni me hace falta.

No del todo tranquilos el Cura y Dióscoro, y algo inquieto por la curiosidad Berrueco, permanecieron allí algun tiempo más. Luégo se despidieron y marcharon.

—¿Viene V., señor Gifedo?—dijo Berrueco al hidalguillo.

—Sí, sí voy—respondió éste.

Iba temblon, volviendo la cabeza, tropezando con los muebles, trémulo y lleno de horroroso pánico.

—¿No habrá peligro?—preguntó el señor Cura cuando salieron al campo.

---

## XII.

### En silla de postas.

No era precisamente silla de postas, sino un birlocho desgobernado, con cuatro desniveladas ruedas, que rodaban torcidas por estar mal encajadas en los chirriantes ejes, lleno de barro hasta la capota, el que puso en conmocion al puente de Arroyo-Corambre al atravesar al paso de dos mulas los agujereados tablones que le formaban. El sucio farolillo que pendia de la capota, protegido por una alambrera dorada, alumbraba á trechos el camino, quebrando su luz en las charcas que se la echaban unas á otras como gnomos negros jugando con un haz de rayos de sol. Las bestias flacas, con una arroba de pelo en cada pata y una arroba de lodo en cada arroba de pelo, tiraban con heroico empeño de la caja, ya vadeando arroyos, ya metiéndose por sembrados para evitar los baches de peligro. Sus lomos sudaban, á pesar de la lluvia, y vapor fumoso salia de ellos. Cuatro mortales leguas traian de caminata, cuatro mortales leguas por un país de lodo y piedras, donde no era posible andar sin la paciencia de Job y la resistencia de Anteo. Las mulas no podian ya más. Echaban el alma por

la boca, y el sudor por todos los pelos de su cuerpo magro, constelado de mataduras.

—¿Será posible que no lleguemos nunca?—dijo una voz femenina, aguda y musical como canto de pájaro.

Sonaba esta voz dentro del carruaje, y sus últimas palabras salieron al exterior con una oleada de perfumes de *opoponax* y heno, porque la ventanilla se abrió súbito, con gran estrépito de maderas desencajadas y vidrios vibrantes. Una cabeza de hombre se asomó y dijo con voz recia y brusca:

—Tio Requilorio, ¿está V. seguro de que por aquí vamos á Arijona?

El tio Requilorio tosió, carraspeó, escupió, limpióse los labios húmedos con el dorso de su mano áspera, y luégo repuso:

—Señorito de mi alma, ¡si estoy seguro! Como que me han nacio los dientes arreando ganao ende aquí á la Sierra de Trempez.

Era el tipo clásico del mayoral, á quien los ferro-carriles han puesto en fuga de los países civilizados.

La pregunta que el caballero le dirigió se repetia cada media hora, así como un grito de mujer asustada, que á cada tumbo del carruaje salia del fondo oscuro, entre mantas y pieles, de unos labios descoloridos y delgados, y en los cuales una tos molesta dejábase escuchar frecuentemente. El caballero sacó de nuevo la cabeza para mirar el cielo sonriente en medio de las nubes. Llevaba gorra de viaje de terciopelo negro, y una piel de liebre rodeando el cuello y la barba. Sus ojos eran muy vivos, castaños, rasgados con gracia y entoldados de morenas

pestañas y cejas delgadas y brillantes. La nariz, aguda y bien proporcionada entre una frente ancha y una boca correcta, hablaba de un temperamento sensual, dando simpática franqueza al conjunto. Escaso bigote sombreaba el labio, contribuyendo con la muesca de la barba partida y cierta vaguedad en el mirar á que tal semblante poseyese no sé qué gracejo infantil, á que servia de contraste la pensadora frente, de espaciosas entradas.

—¿Me permites?—dijo á su compañera.—¡Otro cigarrito voy á fumar! Echaré el humo por la ventanilla para que no tosas.

—Haz lo que quieras—repuso la sutil y fina voz, que parecia salir de una flauta de cristal.

—¡Qué viaje, pobrecita Enriqueta de mi alma!—exclamó el caballero echando mano en su hondo bolson de su cazadora á los trebejos de fumar.—Debes ir medio muerta, aburrida.....

—¡Cansada sí voy! Pero..... aburrida..... Bien sabes que no.....

Habia inflexiones de ternura en su voz, y expresion de coquetería en sus palabras. La mujer coquetea en la luz con los ojos, y en la sombra con la voz.

—¿Habrá recibido mi padre el parte que pusiste en Guadalajara?

—Sí..... Es decir; debe—respondió el viajero aspirando el primer aliento de un papelillo, cuya brasa se reflejó en un brillante que llevaba en su mano derecha la dama de la sutil voz.

No hacía falta verla para saber que era bonita. Eso lo decian su modo de hablar, su actitud y sus manos.

Una de ellas fué á buscar la que no ocupaba con el cigarrillo el viajero.

— Esto no es mano — afirmó él; — es un pedazo de hielo.

Y besó el pedazo de hielo.

Veíanse á lo léjos llamas de copiosa fogata encendida bajo la lluvia, y de que salian raudas columnas de humo al mojarse. En torno de ella movíanse grandes sombras de figuras humanas, que prolongadas por la proyeccion, llenaban todo el campo visible. Aquellas gentes bailaban, agitando piernas y brazos locamente, como poseidos, juntas las manos y oscilantes las cabezas. En la sombra parecian un corro de gigantes celebrando las bodas de Overon y de Titania.

— ¿Has oido? — exclamó de improviso la dama, despues de puesta atencion. — Cantan, cantan..... ¡Oh, qué gozo!.... Cantan en frances.

Es verdad, cantaban ¡fenómeno singular! una copla francesa, ¡una copla francesa en el riñon y entresijo de las Castillas! diciendo entre alaridos :

*Tous le matins, quand je m'lève,*
*J'ai l'cœur sens d'sous;*
*Je l'envoi' chercher contr' la Grève*
*Un poison d' quatr' sous.*

Y en tono más bajo, dando con renovada celeridad nuevas vueltas, gritaban :

*Trou la la, trou la la,*
*Trou la, troula, trou la la.*

Distinguíanse las llamas aparecer y desaparecer bajo sus piés, y todo el horizonte estaba lleno de sombras quiméricas, y todo el aire de ecos sonoros y descomunales baladros.

—Son los jornaleros de Perpignan—dijo el del cigarrillo.—Deben haber llegado ayer. Ya me esperan. Ya hago falta.....

Luégo, mirando al corro movible y salton de sombras, murmuró en esa voz baja, que diciendo quedo las palabras, quiere que sean oidas léjos:

—¡Sed bien venidos, camaradas, amigos, hermanos!

Era su tono el del entusiasmo. Acordándose de los largos meses que habia pasado con aquellos bravos trabajadores en las minas de Carcasse y en los terraplenes de Mireboix, haciendo túneles y niveles, no podia ménos de experimentar un placer íntimo, encantador é interesante al verles de nuevo. ¡Ah! Entónces no dormia él, pensando en aquella divina Enriqueta, que ahora le acompañaba. Miéntras el carruaje tomaba la vuelta del Tallar para entrar en el pueblo, los dos esposos hablaron de ello.

—¿Te acuerdas, Genaro?—decia Enriqueta.—¡Todos los dias una carta tuya llena de pájaros pintados y de flores de tinta!

—Sí, y tú me decias: «Ménos pájaros y más amor.»

—¡Qué tonta!

—Entónces apénas sabías el castellano. Me escribias en frances.

—Y tú me contestabas en castellano, amenazándome con olvidarme si no aprendia la lengua de tu país.

—Fué una lucha graciosa: tú defendiendo el frances y yo el castellano.

—¡Tú triunfaste, pícaro!

Nuevamente el brillante que llevaba Enriqueta en su linda mano fulguró cerca de la lumbre del cigarrillo. Diríase que habia allí dos fumadores con sus dos pitillos encendidos. Genaro fumaba con ánsia, como respira el hombre medio ahogado, y despues de sumirse sus mejillas para extraer del tabaco el humo, arrojaban los labios una sutil columnilla azulada, que salia por la ventana del carruaje. Iba por demas distraido, como si el recuerdo del negro paisaje, desde mil puntos distintos, solicitára su atencion y su interes. Algunos años ántes, cuando estudiaba en Pamplona, por aquellos descarriados senderos habia pasado muchas veces, á lomos de un desvencijado cuartago de su tio; y en Junio, concluidos los exámenes, una tarde fué con la alforja llena de violetas y agavanzos, cogidos, miéntras merendaba, en las márgenes hubérrimas de Arroyo-Corambre. Era una resurreccion de la vida pasada, producida por la contemplacion de lugares olvidados ya y como muertos en su memoria.

Llevaba Genaro más de ocho años dando vueltas por Europa y América, sin asiento fijo, ansioso de acabar una obra para empezar otra, reformando las imperfecciones del globo con su cartabon y su nivel de agua; abriendo agujeros en los montes y llenando con crestas de montañas valles hondísimos. La idea del hogar ambulante empezaba á cansarle. ¡Cosa más triste! ¡Siempre con los trastos á la espalda, haciendo amigos para

dejar de verlos cada seis meses! Estaba decidido á no salir más de España. Ya que la suerte le habia sonreido, pensaba comprar una casa en la Vierzosa y establecer allí su residencia, echando junto á su cuna profundas raíces de roble secular. Enriqueta anhelaba tambien vivir tranquila, y por más que no le gustase gran cosa el meterse en un mísero poblacho, llevaba con agrado el sacrificio, por no verse separada de su marido años enteros. Desde que se casaron apénas vivieron juntos seis meses. El ferro-carril, que une á los seres distantes, separaba aquellos dos cuerpos de contínuo.

—¡La locomotora!—decia Enriqueta dejándose llevar de su imaginacion pueril y de sus dolores mimosos de niño contrariado—me parece un gran demonio negro que se empeña en hacerme desgraciada, y lo conseguirá..... Viene por tí; te agarra con sus manazas tremendas, que son unos tenazotes de hierro, y te me arrebata cuando más gusto tengo yo en estar contigo.

Otras veces decia:

—Miéntras tú haces túneles por esos mundos de Dios, el dolor está haciendo un gran túnel en mi alma.

Así fué que al terminar Genaro el ferro-carril de Landácara decidió que su mujer no se apartára de él nunca, y que, acompañándole á Arijona miéntras durasen las obras del ferro-carril directo, lográran vencer—esto lo decia Genaro riendo—los artificios de aquel demonio llamado por Enriqueta locomotora, que tanto empeño tenía en separarlos. Iban, pues, en el fondo de aquel carruaje como en las plumas de un nuevo nido, enamorados y cariñosos, gustando la miel de una renacida lu-

na apasionada, con dulce ansia el uno del otro, sembrando el camino de besos y sazonando las molestias de tan fatigosa marcha con las blanduras y delicias de su propia felicidad.

De repente el carruaje se detuvo en firme, oyéndose entónces el resoplar cansado de las mulas, que con ahogo ijadeaban.

—¿Qué pasa, *Requilorio?*—preguntó Genaro.

Y asomando la cabeza por la ventanilla, vió las zancas corvas y torcidas del mayoral descender del pescante y meterse en un charco navegable del camino.

—¡Señorito de mi alma!—repuso *Requilorio*—que el ganao va que no pué más. ¡Las aguas han puesto el camino..... peor que arrancao!..... Voy á dejar un poco de respiro á la mula vieja, que está echando el bofe. Pronto seguirémos.

Encontrábanse tan cerca del pueblo, que casi le tocaban con la mano. Las luces y llamaradas del hato de obreros franceses no se veian ya. En cambio, más de mil resplandores de luces domésticas brillaban en el fondo negro de Arijona, yendo de una en otra ventana, apareciendo y desapareciendo como procesiones de insectos de luz sobre un manto de terciopelo. De pronto oyeron galope de caballos, cuyos cascos, ora sonaban reciamente en las piedras, ora con turbio chapoteo en los charcos. Junto al carruaje pasaron volando dos jinetes.

—¡Vayan con Dios!—gritó *Requilorio*, que envolviéndose la cabeza en su bufanda de lana, pasaba una mano por el lomo de una de las mulas.

—¿Quiénes son?—dijo Genaro.

—La Guardia cevil..... Algo pasa.

—¡Dios mio!.... ¿Qué sucederá?—exclamó Enriqueta, tomada del más espantable miedo.

Oyóse un tiro, luégo otro, y las montañas los repercutieron, multiplicándolos. Parecia que unas á otras se arrojaban el sonido, jugando á la pelota con las ondas sonoras. Grandes vociferaciones y gritos llenaron el aire; pero no alegres como ántes, cuando los obreros de Perpignan entonaban su himno canallesco, sino lúgubres, como de reyerta desaforada y terrible. Genaro escuchó, escuchó con ansiedad. Enriqueta no escuchaba ya. Sentíase morir de miedo, y abrazando á Genaro, abandonáronla todas las fuerzas.

—Vamos, ande V. á escape—dijo éste al mayoral.—Vamos al pueblo.

Luégo trató de desvanecer el miedo de su esposa lo mejor que supo, con lo único que podia infundirla serenidad: con caricias.

Rodó el mal gobernado carricoche, y cuando llegó á la entrada de la calle del Arganzuelo, un grupo de gente se acercó á la ventanilla. A la luz del farol que de la capota del carruaje pendia pudo ver Genaro una cara sonrosada y grande, un sombrero de copa de antigua moda y alas descomunales, y una mano que, temblando, se acercaba á las referidas alas para saludar:

—¿Es V. el señor Ingeniero Jefe?—dijo una voz debajo del sombrero.

—Servidor de V.—respondió Genaro.

—Yo soy el señor Alcalde—replicó ceremoniosamen-

te el del sombreron, dándose á sí propio tratamiento.—Puede V. bajar. Tendré el honor de conducirle á su alojamiento.

—Pero ¿qué ocurre? Hemos oido tiros.....

—Señor Ingeniero Jefe..... Un conflicto lamentable..... Los operarios del ferro-carril han tenido una gran disputa con unos labradores del pueblo á quienes hemos desposeido de sus fincas con arreglo al artículo..... (detúvose porque se le habia olvidado el artículo, y él deseaba dar una muestra de erudicion), un artículo de la ley de Expropiacion..... Pero no tema V..... Esa señora puede tranquilizarse..... Desciendan, desciendan ustedes, y entren con buen pié en esta hidalga tierra..... en esta hidalga tierra, que anhela ocasion..... que anhela ocasion de expresarles su gratitud, así como á la Compañía..... así como á la Compañía..... por el bien que les proporciona el tren directo.....

Detúvose para tomar aliento el señor Alcalde, y ya á esta hora habia conseguido desencajar el pestillo de la portezuela y el sombrero fenomenal y absurdo de su no ménos absurdo y gigantesco cráneo, y haciendo una torpe reverencia, añadió, depuesto ya el tono de perorata de su salutacion:

—La casa donde he buscado alojamiento para el señor Ingeniero Jefe, aunque modesta, es holgada..... La planta baja de una casa apartada del pueblo..... He cumplido..... creo que he cumplido con esto las órdenes del señor Gobernador civil de la provincia. El carruaje no puede seguir por aquí..... Es preciso ir á pié..... Para la señora es mucha molestia.

Quiso informarse Genaro de lo ocurrido á sus obreros; pero no consiguió saber la verdad, porque el Alcalde comenzaba siempre un discurso sin fin posible, y sudando con los esfuerzos de su difícil elocuencia, tenía que renunciar á concluir la explicacion comenzada.

Cruzaron várias calles seguidos del carruaje y volvieron á salir al campo. Iban delante dos alguaciles llevando antorchas, detras Genaro, en cuyo brazo derecho se apoyaba Enriqueta, y á su lado el señor Alcalde, muy preocupado con dar á su persona voz, palabras y ademanes solemnes.

---

## XIII.

### Instalacion.

—Señor Alcalde, yo no me niego á hospedar en mi casa á esos señores..... pero la planta baja, única disponible, carece de comodidades y abrigo; está sin ventanas, sin cristales, las puertas no encajan..... Mejor será que les busque V. más decente hospedaje.

Así habia dicho María Luisa al señor Alcalde, siempre que éste le indicó la necesidad en que el Gobernador de la provincia le habia puesto de disponer una casa para el Ingeniero Jefe de la línea férrea en construccion. Pero la digna Autoridad contestó siempre con evasivas, y cuando ocurrió la escena que acabamos de narrar, dando una prueba elocuente de sus condiciones de mando, condujo á D. Genaro Insausti y su esposa á Casa-Arijona, con no poca sorpresa de María Luisa, que no habia dado aún su consentimiento definitivo á las indicaciones del Alcalde.

Vióse, pues, Casa-Arijona en pocos dias invadida de mundos, cajas, paquetes y muebles. Carretas de bueyes conducian desde el apeadero de Tres Empalmes todo el menaje de la nueva casa, cuya destartalada proporcion

se llenó de mil cachivaches científicos, teodolitos, planos, tableros y cartones con mapas orográficos. Vino dentro de una enorme jaula de listones un objeto raro, que al ser removido por los gañanes y arrieros se quejaba sordamente, y que fué instalado en la habitacion de Enriqueta; se le arrancaron las tablas que le protegian de contusiones, y resultó ser un piano. Aun cuando la casa estaba en una situacion de desórden espantosa, Enriqueta, al ver allí su querido piano de Pleyel, olvidóse de todo, y alzando la reluciente tapa, cuyo negro barniz de laca copió sus bellas manos, dejó correr éstas por sobre las teclas, arrancándolas dulces gritos con que parecia el elegante instrumento expresar su júbilo de verse libre de la oscura encerrona. Dos horas estuvo tocando, y fué preciso que Genaro la llamára para que detuviese el veloz andar de sus finos dedos sonrosados.

—¡Ay qué frio!—dijo entónces ella sin alzarse del taburete y acercando sus dedos hechos un manojo á su boca para calentarlos con el aliento.

—Hija mia, tenemos que subir á visitar á nuestra huéspeda. Hemos llegado anteanoche y áun no hemos cumplido ese deber—dijo Genaro.

—Subirémos, subirémos—contestó ella con disgusto.

Y luégo, mirando á las teclas, añadió:

—Volveré pronto á vosotras, pobrecitas teclas, aunque estais heladas y duras y cuesta un atroz trabajo haceros subir y bajar.

Levantóse y puso sus ojos en los de Genaro.

—¡Ay qué viaje! No se me quitará en todo el invier-

no el constipado. ¡Qué agujetas, qué cansancio! ¡Soy un puro dolor!..... Aquel quebrantahuesos que nos trajo no es un coche: es un aparato de moler gente.

Genaro, sin oir sus palabras, se asomó á la ventana y miró al campo. Aunque el sol bañaba toda la extension visible, no habia podido derretir la escarcha, y matas, hierbas y árboles ofrecian el aspecto de objetos de cristal deslustrado.

—Cuando llegamos y supe el nombre de la dueña de esta casa, pensé saludarla en seguida. Ya te dije..... Es una antigua amiga..... Hasta creo..... pero de esto no estoy seguro..... hasta creo que tuve con ella así como conatos de amoríos..... ¡Tenía yo bien pocos años!

—Amoríos..... Pues me hace bien poca gracia, señor marido.

—¿Vas á sentir celos?

—Yo, yo..... ¡Yo celos! ¡Yo no sentiré celos nunca! ¡Estoy tan segura de tu cariño!..... Es que tú me tienes que querer aunque no quieras..... Esta es una idea que se me ha ocurrido muchas veces, y que pareciendo una grandísima tontería, es, sin embargo, verdad..... A pesar de todo, eso de vivir tan cerca de una antigua novia.....

—¡Bah!..... ¡Una novia de los quince años! ¿Quién se acuerda de eso?

—¡El primer amor!.....

—Es el más desdichado. Muere de ilusiones, se ahoga de ilusiones..... Es un muchacho enteco que se alimenta de rosas y fallece por respirar demasiado aroma..... Ademas, esto no fué ni ese amor siquiera.....

Enriqueta se envolvió cuidadosamente en el manton

que la abrigaba, y metiendo el lindo hociquillo entre los pliegues del rebozo, dijo despues de una breve pausa llena de enojosos pensamientos:

—Lo único que me quita el miedo..... Porque á pesar de que todo eso que has dicho es mucha verdad, yo tengo miedo de que me olvides..... Lo único que me quita el miedo es que esa María Luisa será una lugareña basta.... Sí, bien segura estoy de ello. Ha de tener una cintura como una tinaja y unas manos gordotas y feas.....

—No han de ser como esas—dijo sonriendo D. Genaro al tiempo que cogia una de las de su mujer.

—Y vestirá muy mal..... Y llevará siempre un pañuelo de seda de color chillon en la cabeza..... ¿Y el peinado? ¡Dios mio! El peinado será de seguro ese feo rodete que es aquí uso, y que da á las mujeres el aspecto de perros de aguas con las orejas sin esquilar, abrumadas de ricillos de lana.

—Y aunque se peine bien y se vista con elegancia, y tenga cintura de culebra y ande con garbo..... ¡cómo ha de ser tan bonitísima como tú. Pues qué, ¿eso es fácil? Vén á mirarte al espejo.....

Don Genaro sentia renacer en su alma de cuando en cuando aquellos dias de la luna de miel que la ausencia habia matado tan pronto. Entónces le admiraba la belleza de Enriqueta, y parecia asombrarle el que hubiera pasado quince dias sin hacerla comprender el hondo efecto que le causaba. Dicen los papeles de donde mi puntual relacion se va sacando, que en tales renacimientos del amor más parte gozaba el cuerpo que el alma, y

así se explica—por más que yo no acepte la responsabilidad de tan trascendental juicio—que de ellos sólo quedára en el Ingeniero un leve recuerdo grato, así como el gusto escaso que deja en los labios el sorber un licor evaporado y sin aroma. Lo indudable es que don Genaro se declaraba asimismo en esta época de nuestra historia más enamorado que nunca de Enriqueta. Ella habia abandonado su patria, su familia, el vivir lujoso de su casa de Orleans, donde su padre tenía una gran fábrica de hilados. Ella se habia aventurado á un largo é incómodo viaje pór seguir á su esposo. Fuera éste un vil sujeto, un mal hombre, un indigno caballero, si no procurase vencer su carácter ensimismado y distraido, dado á pasarse cuatro y cinco horas sin hablar palabra, y si no intentára ser más expansivo, más dulce, más apasionado y efusivo con la pobre muchacha. «Yo la amo mucho, eso es indiscutible, pero me cuesta trabajo repetírselo. ¡Parece una cosa tan necia andarse un hombre serio echando piropos á su mujer!»—Así se decia él intimamente.—Otras veces pensaba: «Creo que los esposos deben fundar su felicidad en mutuo respeto más que esas monadas ridículas de enamorados de novela. Sin embargo, ¿quién infunde estas ideas á una mujer? Nos educamos los hombres ó en la loca vida de la disipacion ó en un retraimiento estudioso y honrado. En el primer caso llegamos al amor sin perfume, como llegan las flores al otoño. En el segundo caso llegamos al matrimonio con una gravedad circunspecta demasiado séria y profunda, y no podemos entendernos con nuestra mujer, que ha de ser por naturaleza y educacion sencilla

y frívola.» Cuando advertia en Enriqueta señales de disgusto le decia: «¿Estás triste?..... No te lo pregunto; lo sé. Pero no debes estar triste porque imagines que te amo ménos. He estado cuatro dias sin hablarte sino escasas palabras. He faltado, en verdad; pero es falta de forma y de carácter. Soy así: me meto dentro de mí, y ¿quién me saca al mundo? Mas óyeme, y graba en tu memoria estas palabras: Si no pienso en mis cosas, pienso en mi mujer. Yo no salgo de mí sino para ir á tí.» Habia tan hermosa franqueza en estas razones, bien que fuesen un poco sutiles, que áun cuando Enriqueta tenía mil argumentos y dudas que oponer á ellas, se callaba y volvia á sonreir contenta en absoluto, porque es digno de notarse que al lado de aquel hombre tan reservado, que guardaba en su alma eternamente recuerdo de todos sus sentimientos y de todas sus ideas, puso el Señor una mujer de ánimo tan versátil, que para que un alto castillo de razonamientos diese en ella un gran vuelco y se hundiese aplastando muchos propósitos, no habia sino enviar un ligero soplo del aire. El alma de Genaro edificaba sobre piedra. El alma de Enriqueta, sobre nubes.—Sobre piedras habia edificado Genaro su firme decision de vencer su carácter y trocarle de reservado en expansivo respecto á Enriqueta. «¡Sería una atrocidad el causar su desgracia por no decirla cosas que siento. ¡Si no la amára..... vaya!..... ¡Pero si la amo! La luz está en el horizonte. Para verla no hay más que abrir la ventana. ¿Voy á hacerle creer que es ciega por no tomarme el trabajo de romper el vidrio negro que se interpone entre sus pupilas y el sol?..... ¡Cai-

ga, caiga ese vidrio hecho cincuenta mil añicos! ¡Entre la luz!..... Si no existiese..... sería preciso inventarla, ¡pobre Enriqueta! por hacerla feliz.»

De una en otra idea fué así el ánimo de Genaro, hasta que una idea de ternura, poniendo en vibracion la cuerda correspondiente del lenguaje humano, hizo decir á su boca:

—¿Cómo ha de ser tan bonitísima como tú? Pues qué..... ¡es eso fácil! Vén á mirarte al espejo.

De la mano tenía cogida á su mujer; condújola al espejo del tocador, y haciendo girar éste en sus goznes hasta colocarle con la debida inclinacion para que recibiese y copiára la faz de Enriqueta, mantuvo en aquella postura el redondo marco, que encerrando el rostro reflejado en el azogue, parecia el marco de su retrato.

Dijo luégo:

—¿Ha de tener esta barba partida en dos mitades con tanta gracia? ¿Ha de tener esos dos ojos de color de oro, tan bonitos, que no los he visto iguales? ¿Y nariz tan fina? ¿Y pestañas tan rubias? Míralas, míralas, porque si no te miras á tí propia, no vas á saber nunca lo que es una cara preciosa..... ¡Oh, Enriqueta mia, niña de mi alma, yo te adoro! Yo soy tuyo, todo tuyo, sin que haya aquí dentro—y dió un sonoro golpe en el cráneo—sin que haya aquí dentro un solo átomo de vida que deje de hablarme de tí.....

—No—exclamó ella profundamente complacida—no soy bonita, pero si tú me quieres, desafio á todas las mujeres bonitas á quién es más feliz.

Genaro se apartó de su mujer y buscó su sombrero sobre los muebles.

—Vamos—dijo.—Subimos, y en un instante dejamos despachado este detalle de urbanidad. Seguro estoy de que simpatizarás con María Luisa. Mucho ha de haber cambiado para haber dejado de ser amable y á la buena de Dios. Y me alegraré de que te agrade..... porque si no, ¡qué soledades más horrorosas vas á pasar en esta sala! Mañana empiezo mis paseos. Con el alba, á caballo, y trotando trotando hasta la noche. Dormiré algunas bajo la tienda de campaña ó en algun meson desolado de los pueblos limítrofes. Siempre pensando en tí; pero siempre separado de tí..... ¿Qué harás tú entre tanto? Como si lo viera. Leer esas novelas que te manda tu madre, tocar el piano, cuidar los pájaros y aburrirte.

—Sí, pero me aburriré ménos en la esperanza de que cuando esté más aburrida he de oir abrirse bruscamente la puerta y has de aparecer tú con tu gorra de pelo y tu grueso carrick, hecho un salvaje de ópera cómica..... ¡Oh, el dia en que te coja por mis dominios y de puertas adentro..... no te soltaré, no te soltaré en muchas horas! Ya lo verás. Cerraré la puerta con llave, y preso te tendré hasta que se me antoje. Yo he de poder más que todas las locomotoras del mundo. Ellas se obstinan en separarnos y yo en que no nos separemos.

Púsose el sombrero hongo D. Genaro, y dijo:

—¿Vamos?

—Vamos—repuso Enriqueta.

Ántes de salir soltó el manton, y dejando conocer

por un ligerísimo temblor que no era insensible para el frio, pero que le sacrificaba en aras del buen ver de su traje, siguió á su marido.

Subieron la escalera; cruzaron una larga galería con vistas al patio; espantaron cuatro ó cinco palomas, que sonando sus patas sobre los ladrillos andaban por allí, y luégo se encontraron en una sala, cuyo mueblaje no era muy nuevo ni lujoso. De pié, cerca de una mesa, donde se divisaba una caja que fué de tabaco y ahora encerraba carretes de hilo, tijeras, madejas sin devanar y un pedazo de cera para dar fortaleza á las hebras de la costura, estaba una mujer que no tenía el talle como una tinaja, ni las manos gruesas y bastas, ni el peinado de oreja de perro, ni ninguna de las demas cosas que Enriqueta supuso. Era María Luisa, más pálida que de ordinario, más nerviosa é intranquila que la noche última en que la vimos.

—Es más bonita de lo que debia — pensó Enriqueta.

---

## XIV.

### El caballo de Troya.

El viejo Clavo sabía algo de historia griega. No fué, pues, mucho que entrando un dia—quince ó diez y seis despues de que lo ántes relatado acaeciera—en la casa que arrendó y amuebló D. Patricio Güemes, llamado en el pueblo Güemes el americano, dijese en seguida de saludar al enriquecido comerciante :

—Aquí traigo el caballo de Troya.

Lo que apodaba el caballo de Troya era un voluminoso monton de papeles cosidos con rojo hilillo, el cual, al ser dejado sobre una mesa cubierta de verde hule, se desordenó, moviendo con ruido sus amarillas hojas, como si quisiese echar de sí algo malo y amenazante para justificar el título que el viejo le dió.

La curiosidad del lector tiene derecho á que se le diga cómo estaban hablando tan mano á mano Güemes el americano y su antiguo rival, y por qué medios el avaro pudo entrar en tan pequeño plazo en la confianza del padre de Petrilla, de que entónces ya gozaba. Mas ¿quién puede referirlo? ¿Hay frases con que describir esa invasion mansa que los ejércitos de la humildad, la

lisonja y la hipocresía dieron á la entereza del alma del viajero? No: baste saber que en ocho dias Clavo, no sólo consiguió el vencimiento de la prevencion que inspirase á Güemes, sino que tuvo que salir del atolladero en que se sintió cogido cuando, por un exceso de cruel interes, mandó á Petrilla á la fábrica contra todas las prevenciones de su padre. No era todo, sin embargo, obra de la habilidad de Clavo. Digamos que no contribuyó poco á ella la credulidad excesiva de Güemes, el cual, cansado de usar de ese recelo que le habia hecho triunfar en la lucha mercantil, al volver á su pueblo, al dar todo lo que reclamaban á los sentimientos de humanidad, olvidados durante su larga peregrinacion por América, una idea preconcebida, un prejuicio, una base general de buena fe y hasta de candor presidia á sus impresiones. Güemes el americano, el inteligente armador de Clirgwthon, se dejaba engañar en su pueblo por un tunante vulgar.

—Sí, señor, el caballo de Troya. ¿Y Petrilla? ¡Esa digna señorita no se acuerda ya de mí, de mí, que tanto la he amado!—dijo el viejo; y lanzó un suspiro, agitando los ojillos dorados como si quisiera buscar entre las pestañas una lágrima olvidada y tardía.

—Por arriba anda..... Dice que se aburre—exclamó con voz de disgusto y haciendo un gesto de dolor grande el Americano.—Créame V., no sé qué hacer con ella..... ¿Qué hacía V., qué hacía V. para que estuviera contenta? Mal vestida..... no diré que mal alimentada, porque V. me asegura que la trataba á cuerpo de rey..... pero de fijo peor alimentada que lo está ahora, sin dine-

ro y trabajando á destajo en los hornos, se hallaba alegre y no paraba su boca de cantorrear. Hoy..... hoy no se acuerda de ninguna copla, y cuando yo la pido que cante, me responde poniéndose colorada : «Eso no es propio de su hija de V. ¡Cantar seguidillas y jotas yo, la hija de D. Patricio! Esa es una costumbre fea, y la Virgencica me la quitará.» Yo la contesto : «No, hija mia. Llámame de tú, de tú..... y ademas canta, porque cantas bien y gusto de oirte.» — Entónces ella me dice: «Te quiero llamar de tú, pero..... dispénseme V. que no acierte ni me acostumbre. ¡He vivido tantos años sin sospechar siquiera que podria llamar de tú por tú á un señor ricacho. Y en lo de cantar..... bueno, cantaré.» Pero no canta.

— Todos esos interesantes detalles — observó con solemne y sentencioso ademan Clavo — prueban qué alma tiene la niña. ¡Delicada estofa es la de su espíritu!..... la de su espíritu, que es capaz de honrar el apellido ilustre..... ilustre que le ha tocado en suerte..... Y vamos al asunto..... Esto es, volvamos al caballo de Troya.

Descargó una palmada sobre el promontorio de papeles, como se descarga sobre el anca del caballo favorito.

— Mi amigo el notario Ceano..... es todo nuestro. Todo nuestro. Sus hermanos de V..... que llegan hoy mismo, segun he sabido en la posada, porque tienen pedido cuarto..... cuentan con él asimismo. La viuda fia por completo en él. Ademas, su causa es mala. Los documentos que sus hermanos de V. han aportado colocan en tales condiciones el derecho de la huérfana Jus-

tina!..... Resulta probado que los bienes del difunto señor padre de V., ¡que de Dios goce!—é hizo una profunda reverencia al mentar el santo nombre de Dios—fueron repartidos con perjuicio de ustedes y con beneficio ilegal del difunto D. Bartolomé, ¡que de Dios goce!—(segunda reverencia).—Para enmendar el yerro de las reparticiones comienza el Tribunal por declarar admitido el interdicto, y Ceano me ha confirmado hoy en mi idea de que todo lo que resta en poder de la Viuda de D. Bartolomé, ¡que de Dios goce!—(nueva reverencia)—vendrá á pasar á manos de V..... á manos de usted..... pues es cosa sabida, y que consta ademas, que doña María Luisa ha malvertido bienes de su pupila é hija Justina, por cuya razon sus hermanos de V., á quienes un justo deseo de..... no diré venganza, porque no cabe la venganza..... la venganza en su noble pecho..... pero sí de justa reparacion..... Usted conoce los antecedentes del enojo con que miran á la viuda. Usted sabe que, hallándose V. ausente, al morir el señor don Juan, ¡que de Dios goce!—(reverencia)—propusieron á D. Bartolomé, esposo de doña María Luisa, la continuacion de la casa de comercio en las mismas condiciones con que ántes vivia. Consta que D. Bartolomé reclamó, instigado por doña María Luisa, su parte de legítima. Resultado : que el patrimonio desapareció y quedó dividido en varios miembros. Sus hermanos de usted, que aman con todo su corazon el nombre comercial de su casa, que la miraban decrecer en importancia por el capricho de una mujer..... Ya he dicho á usted que esto de la intervencion femenina consta..... conci-

bieron el ódio consiguiente, natural y justo, sí, señor..... justo, contra doña María Luisa. De ahí su deseo de inquietarla de contínuo. Primero, promovieron un pleito, que fué fallado en contra suya. Luégo otro pleito, que ganaron..... y ahora..... ahora, ó no hay leyes en el mundo, ó logramos arrebatarle parte de lo que posee, la administracion de los bienes de la pupila doña Justina y la tutoría de ésta..... ¡Qué triunfo! ¡Qué triunfo!

Frotóse las manos, dando muestras de una alegría brutal.

—¡Triunfarémos!—dijo.

—Es preciso que triunfemos, es preciso. Ya ve V., yo tengo una hija..... Una hija, á quien debo reparacion de lo infamemente, de lo vilmente que me he portado con ella. ¡Rediablo! Una sombra de derecho..... ¿me entiende?..... Una sombra de derecho basta á que yo intente recuperar en su bien lo que con mi ausencia y abandono la he dejado perder..... ¡Pobre niña de mis entrañas!

Era singular y curioso el fenómeno que se observaba en el espíritu de D. Patricio. Al despertar en él la idea del amor paternal venía acompañada de lúgubres y pavorosas visiones. Era un remordimiento vivaz y penetrante que de contínuo asaeteaba su sér moral. Para aplacar la terrible irritacion del fantasma del cariño filial, sacrificaba su propia persona y las personas de todos los demas, su cuerpo y su alma. Era como el náufrago que arroja al agua á sus compañeros de travesía por salvar la amenazada existencia. Hombre de pasiones violentas, necesitaba algo en que aplicarlas, y al fijar su deseo en un punto parecia perder de vista todo lo que á él

no conducia directamente. En su juventud sacrificó al amor la propia familia, la fortuna y el honor de su padre; en la edad viril el ánsia del lucro le sonreia desde las costas de América, y muchos años durmió sobre un costal de oro, teniendo siempre á su lado el demonio negro de la especulacion, cuyos ojos brillan como monedas que van á derretirse; en la edad provecta, Petrilla, la hija olvidada, perdida, sin apellido, la miserable ciega, la mal criada mendiga, constituia el único objetivo de sus acciones. Su alma sólo podia andar por un camino; pero una vez emprendido corria por él hasta el fin. Gentes habia que calificaban de loco á D. Patricio. ¡Murmuraciones de los míopes, que no saben distinguir la demencia de la exaltacion de ánimo! Pero D. Patricio era hombre discreto, culto é ilustrado en todo lo que no se refiriese á su pasion dominante. En esta época de caractéres correctos, D. Patricio parecia un anacronismo viviente engendrado por el viejo romanticismo.

—Debe constarle á V. mi buena voluntad, mi amistad leal..... Le quiero de todas véras—añadió Clavo con falsa compuncion. — Pues bien, hay un pequeño obstáculo. Su hermana de V., doña Pazita, no se sabe si será de la parte de VV..... Vive con la viuda de don Bartolomé, y cuando supo que V. habia llegado se negó á venir á saludarle. Ve con escándalo que haya usted adoptado á la señorita..... y como es tan devota, le ha consultado al cura si sería cargo de conciencia reconocer como sobrina á la hija del..... pecado. Son sus palabras..... son sus palabras..... Yo no diria del pecado, sino del amor.....

—¿Y eso dificultará? ¿Una maldita vieja ha de poder oponerse?....

—Tiene sus derechos.....

—¡Ah, malvada! Aquí todo el mundo tiene derechos.

Queria Güemes que sólo tuviese derechos su hija, y deberes todos los demas hombres. Detúvose un instante y vertió en una copilla de cristal unas cuantas gotas de ginebra de un empajado frasco que sacaba los brazos de barro, en forma de asa, por los huecos de su vegetal paletó. Echóselas á la boca y luégo brindó á Clavo, el cual aceptó, vertió y bebió, chupando con sus labios el mojado borde de la copa.

—Excelente..... excelente—murmuró.—Conforta, anima.....

—¿Y qué harémos con esa endiablada Pazita?

—Sondear sus intenciones.

—¿Cómo?

—Yo me encargo de eso..... Confie V. en mí..... Mire usted, señor D. Patricio, es necesario que se acostumbre á descansar en mí, á fiar en mí.

—¡Rediablo! ¿Me fio poco? Si V. me lleva como un lazarillo. Yo, desde que he visto á mi hija ciega, no veo ni con los ojos del alma ni con los de la cara..... ¡Pobre niña de mis entrañas!

—Dentro de poco llegarán D. Tadeo y D. Lúcas, sus hermanos de usted.

—¿Y esos salvajes siguen odiándome?

—Le diré á V..... Odiar precisamente, no..... pero así, un poquillo de reconcomio, una miajita de..... vamos, no

sé cómo decirlo sin ofender á V. ni á ellos..... una miajita de *eso*..... sí que le tienen á V. Pero D. Tadeo y don Lúcas se alian á V. por reparar la ofensa que les hizo la viuda, y por contribuir á levantar la casa de Pamplona, que está..... dicho sea con entera verdad..... por todo extremo decaida y malparada. Imagine V. el disgusto que sentirán esos dos dignos comerciantes viendo que su crédito padece y que ellos, los más acaudalados comerciantes de hierro de la provincia, no pueden continuar sus antiguos grandes negocios á causa..... pues..... á causa de que les falta la moneda..... Llevan cinco años de luchar con armas desiguales..... para sostener el buen nombre de *Las Tres Menas*..... pero es inútil..... serán derrotados..... Dividido el caudal paterno en cinco porciones, queda reducido á nada..... á una limosna que se le da á un pobre.

Clavo se asombraba de sí mismo al oirse hablar con tan alto desprecio del dinero ajeno.

Siguieron departiendo los dos hombres hasta despues de las cuatro, hora en que salió Clavo á buscar á D. Tadeo y D. Lúcas, que ya debian haber llegado, segun él. Entónces D. Patricio hizo disponer la mesa para la cena, y mandó bajar á su hija despues de obligarla á que se vistiese lo mejor y más ricamente posible.

Sobre la mesa un mantel adamascado, dos candeleros de plata de á tres brazos, que en junto sostenian seis velas; cinco botellas de distintas clases; platos que representaban en el estampado de su fondo cacerías de gamos y toros por indios y perros; salvillas con salsa y pimienta; redondos azafates con aceitunas, y una gran jarra de

cristal, que, llena de agua, copiaba todos estos objetos, confundiéndolos en un rayo de luz descompuesta. Tal era el aspecto de la mesa á primera vista. Ya habian llegado los dos forasteros, que traian idénticos trajes de pana verdosa, con rozaduras en los codos y bolsas en las rodillas. Análogos eran sus rostros, y tan semejantes sus maneras, que no eran dos hombres, sino un hombre y un espejo. Tadeo habia cumplido los cincuenta años y llevaba mal afeitadas las mejillas, en las que una sembradura de púas blanquecinas le prestaba un innoble aspecto de ferocidad brutal. Sus ojos eran chicos, frios, sin valor ni expresion, eternamente dormidos debajo de los rugosos párpados, cuyas pestañas, dispersas y ralas, hacian de asquerosa apariencia sus rebordes sanguinolentos. El labio inferior dejábase montar por el superior, y la nariz chata, un poco desorientada y con visibles aficiones á la region siniestra de la fisonomía, era una alegoría expresiva de las intenciones de aquel hombre, tan enemigo de las cosas justas y de los procedimientos derechos. Jamas se quitaba del cuello un tapabocas de lana groseramente tejida, que encajaba las quijadas en un marco de arrugas y dobleces. Jamas se descubria la cabeza, sino es cuando metia la manaza sucia, de uñas anchas y estriadas, por entre el ala del deforme sombrero de castor blando y el monte de cabellos recios y alborotados.

Lúcas tenía cinco años ménos; era más bajo de talla, zambo al andar y un poco sordo del izquierdo oido. Así, cuando los dos hermanos hablaban, Tadeo, inclinando hácia la izquierda las facciones por efecto de la confor-

macion disimétrica de ellas, y Lúcas inclinando hácia la derecha la cabeza para mejor oir con la oreja expedita, formaban un grupo antipático y risible.

—¿Es ésta la chica?—dijo Tadeo á Patricio cuando, despues de un frio saludo, se sentó en el lugar que le indicaba su hermano.

—Sí. ¿Qué te parece?

—Salvo lo de la vista..... no está mal.

Despues apartó la servilleta sin desdoblarla y pinchó una aceituna.

—Es preciso que vengais á casa—afirmó D. Patricio.—¿Qué dirá la gente viendo el espectáculo de nuestra familia desparramada? Nosotros no estamos mal..... venid á hospedaros á casa.

La nariz de Tadeo se inclinó hácia el sitio donde el oido de Lúcas andaba recogiendo las palabras como el olfato del perdiguero recoge las emanaciones de la res fugada.

—No podemos—dijo despues de haber consultado con su pupila izquierda la derecha de Lúcas.—Hemos decidido no estar aquí más que horas. Mañana nos vamos, y para una noche..... bien nos hallamos en la posada.

—Si es así—continuó D. Patricio—no insisto. Pero conste que somos amigos, conste que nuestros intereses son unos.

—¿Hemos venido á otra cosa?—exclamó Tadeo volviendo á consultar á su hermano.

—No.

—Entónces, la pregunta es.....

—Es ociosa.

—Somos todos unos.

Vino la humeante sopa en manos de la criada, y pronto llenó de vapores la mesa, distribuida en los hondos platos. Los ojos del avaro miraban en torno, como si en su pasion sórdida le pareciese abominable derroche el de comida tan abundante. Y cuando llegó el turno al asado y se destaparon botellas de Jerez, su desaprobacion fué grande y evidente:

—¡Qué modo de gastar! Sólo la sopa ha de costar medio duro..... El asado un duro..... El Jerez duro y medio..... Las aceitunas una peseta..... La criada..... ¡Dios de Israel, Dios de Israel! Esto es una locura..... una locura.....

Diríase que él iba á pagar la cena, ó que contaba como cosa propia con el caudal de Güemes el Americano.

—Señores—dijo despues de largo silencio, en que únicamente se escuchó el chocar de los tenedores con los platos, y cuando ya aparecian bajo la consumida salsa las figuras de los ciervos pintados en la vajilla: —El caballo de Troya está aparejado, armado, lleno de los griegos que dentro de su panza aguardan ansiosos el momento de caer sobre el enemigo. Falta sólo ultimar algun pequeñísimo detalle..... Mañana veré á doña Paz y la propondré lo que ustedes saben. «El que no es conmigo es contra mí.» O viene con nosotros..... ó se va con doña María Luisa..... Y una vez esto terminado, todo es obra de pocos dias. Don Saturnino Ceano se portará como quien es. Respondo con mi cabeza de su adhesion..... de su adhesion, que mil veces he puesto á prueba. Ya ven

ustedes..... él y yo hemos trabajado juntos en tantos asuntos!..... Yo doy la carne y él me la guisa..... No, no es eso lo que hace. Él es el tenedor que me ayuda á comer, y áun cuando se quede con algunas hebras entre los pinchos..... Ustedes me entienden..... no hay nada más justo.

—No comes, Petrilla—dijo de repente D. Patricio, que habia dejado de atender el enfadoso discursear del viejo para mirar á la ciega.

—Si no tengo gana.

—¿Te duele algo?

—Nada.

—¿Has comido algo ántes de hora?

—No..... Pero no tengo gana.

Ella se sentia disgustada en aquella atmósfera de decrepitud, y la conversacion de Clavo, los rostros graves y odiosos de D. Tadeo y D. Lúcas, la producian enojo y aburrimiento. ¿Qué fué de sus coplas? ¡Nadie lo sabe! Ya no cantaba, ya no reia; habia dejado de ser aquella Petrilla que Zomeño, el señor amo de la Fábrica, pintorescamente llamaba «una voz con un palo.»

---

## XV.

### Estudio de paisaje.

Cuando el viento se fué, llevándose delante de sí enjambres de nubarrones oscuros, derritiéronse las altas nieves, centelleó el sol en los mil arroyos del campo, y pudo salir D. Genaro á inspeccionar los trabajos de la línea. De Pamplona llegó el caballo que habia de montar: una noble bestia de peludas zancas nervosas, crin abundante y ojos vivos. El primer dia que salió despidióle en el portal de Casa-Arijona Enriqueta. Fué al paso hasta el puente Verde, y luégo dejóse llevar del ímpetu del bruto, que le condujo en poco más de media hora más allá de Lugareda, á la derecha de los terraplenes, donde una brigada de obreros desmontaba el terreno y preparaba la apertura de un túnel. Toda la montaña en que Lugareda se asienta aparecia teñida de matices violeta, azul y dorado, segun el sol se quebraba en un hueco, se detenia en una sombra ó se reflejaba en una planicie. El lugar repicaba por no sé qué fiesta, con todas las campanas de sus cinco iglesias, al lado de algunas de las cuales altos cipreses columpiaban con leves sacudidas su rígida cabeza cubierta de verde mor-

rion. En las eras habia rejas de arado hincadas en el suelo blando de las recientes lluvias y más de un carro volcado hácia atras, con las varas levantadas al cielo, como cadáver de un enorme insecto con las antenas tiesas. Grupos de muchachos jugaban al chito ó la pata coja, ó á pedrada limpia se hostilizaban desde lejanas alturas. En el rio, lavanderas apaleaban la ropa, sin cesar sus diálogos de orilla á orilla, y las aguas, blancas de jabon, corrian como con ánsia de librarse del contagió de las telas colgadas de palos ó tendidas sobre montones de zarzas, y que tenian la apariencia de grandes redes de arañas cubiertas de polvo. En las afueras, una reñida lucha de pelota se sostenia en el juego que hay en el alta pared de un derruido convento de franciscanos. Aun se veian por las ventanas sin maderas santos olvidados en las hornacinas, escuchando con una paciencia en que el fiel miraba reproducidos los dias del martirio, las soeces palabras de algunos de los jugadores y el peloteo contínuo que se repercutia en las paredes, mezclado á los gritos del chicuelo que contaba las faltas con una voz chillona de tiple de catedral. Cerca de un corro de hombres en mangas de camisa, á pesar de la crudeza de la estacion, divisábase el espíritu animador de la pelea é inspirador de los malsonantes vocablos: un jarro descomunal de vino, al cual iban á llenarse los arcaduces de la noria de la embriaguez.

Torció á la derecha el jinete, y hallóse en el declive de Navalcaballo, erizado de zarzales á trechos, y á trechos desnudo de vegetacion. Fulgores trémulos corrian á flor de tierra, al reflejarse la luz solar en mil fugiti-

vos arroyos, produciendo en el observador algo de lo que los médicos llaman hipnotismo, una alucinacion incómoda y ofensiva para las retinas delicadas. A lo léjos tres molinos de viento agitaban despacio sus aspas, haciendo vibrar las rotas lonas que entre mucho cordaje colgante y deshilado pendia de las ramas. Parecian tres mendigos andantes enseñando al pasajero, por moverle á piedad, los viles harapos de su manta multicolor y agujereada.

Oyó D. Genaro hácia los molinos ruido de campanillas y voces de álguien que hostigaba á una bestia, obligándola á andar. Estos rumores, al extenderse en el espacio vacío, parecian aplanarse, ahuecarse y sonar como si salieran de una tinaja quebrada; fenómeno que ha podido observar todo el que ha pasado algun tiempo en campo llano. Una tartana de capota roja venía á buen paso, camino de Arijona. Su frente era negro, y tenía una sola ventana, en la cual se veia algo blanco agitándose, y detras una cabeza humana. El sol daba de lleno en ella, y por exceso de luz se confundian sus líneas, rodeándose el contorno del rostro de resplandores vivos. Cuando D. Genaro se acercó más vió que aquella cabeza era de mujer, y que la mujer lloraba, sacando fuera del carruaje su dolor, porque álguien que debia ir dentro no lo descubriera. Un montecillo ocultó luégo el carruaje á D. Genaro; pero despues de traspuesto hallóse con que la mujer cuya cabeza asomaba por la ventanilla era..... era su huéspeda, era María Luisa. Prontamente se retiró ella al reconocer al jinete, pero no tan pronto, que lograse ocultar de sus ojos las lágrimas y de

sus facciones el contagioso y enternecedor espectáculo del sufrimiento. ¿Por qué no pudo D. Genaro reprimir cierto extraño sentimiento, profundamente excitado en su alma al ver el llanto de María Luisa? ¿Qué habia de comun entre aquellas lágrimas y él? «Seguramente nada», se decia á sí mismo. Detuvo el caballo para saludar, y la sombra de su cuerpo proyectada sobre la ventanilla de la tartana permitió á María Luisa quitar de sobre sus ojos la mano que, á modo de pantalla, habia puesto para librarlos de la luz cegadora. Despues del saludo dijo D. Genaro :

—¿ Viene V. á Lugareda?

— Sí — repuso María Luisa.

—Yo voy á los terraplenes de Trempez, donde hay más de cien obreros desmontando tierra. ¿Y Justina?

—Aquí voy—dijo ella asomando su rostro detras del de su madre.

La ventanilla, encerrando las dos cabezas en su marco negro, formaba el más bello cuadro que puede idear el arte de la pintura.

Miró detenidamente la niña al caballo, y luégo exclamó :

—¡Qué hermoso caballo! ¿Corre mucho?

— Como un viento, hija mia—repuso D. Genaro.

—¿Quiere V. llevarme?

— Con mil amores, muchacha bonita. Vén acá..... Para, Pacorro.

María Luisa quiso oponerse al capricho de la niña, pero no pudo, y hubo de consentir en que el Ingeniero

tomase entre sus brazos y pusiera sobre el arzon de su montura á Justina.

—Pero si V. lleva otro camino — observó María Luisa.

—No. Voy con ustedes hasta el Empalme, y allí ustedes siguen á Arijona y yo á los terraplenes de Trempez.

Justina batió palmas. ¡Qué gusto! Ir tan alta, sintiendo la respiracion jadeante del bravo caballo y recibiendo en el rostro oleadas de viento más vivo por la velocidad del trote; coger las riendas y tirar de ellas y guiar la marcha de aquel relámpago; taconear sobre el pecho del noble bruto; hostigarle con gritos hasta hacerle correr..... era el placer de los placeres. ¿Cuándo pudo ella imaginar más lindo ejercicio? ¡Váyanse noramala todos los vilanos del mundo! ¡Vale más dar cuatro pasos sobre un caballito negro que hacer una sarta de vilanos tan larga como de Lugareda á Roma!

—Corramos, corramos mucho—gritó Justina entre los brazos del Ingeniero.—Quiero yo que mi mamá me vea alegre para que ella se alegre tambien. ¡Va más triste!

—¡Oiga!—dijo el Ingeniero, que accediendo á los deseos de Justina soltó las bridas al caballo.—¿Va triste? ¡Pobrecilla!..... ¿Y qué le pasa?

—Yo no lo sé; pero á mí me da mucha penita el mirarla. ¡He llorado más en casa del escribano!

—¿De qué escribano?

—¡Toma! El de Lugareda, D. Saturnino, un hombre muy feo, que tiene en su despacho un reloj con ojos de persona.

—¿Y por qué ha llorado tu mamá?

—Por las cosas que le ha dicho el escribano. Yo no entendia ni una palabra..... Mire V., hablaba de mi papá..... ¿V. no ha conocido á mi papá?..... Tenía un genio muy fuerte y hacía llorar tambien á mamá, pero era bueno..... ¡vaya!

—Cuéntame eso.

—¿Qué es eso?

—Lo del escribano del reloj con ojos de persona.

—Pues mandó un recado á mamá para que fuese.

—¿Y tu mamá fué?

—Conmigo, hoy..... llegamos.....

—¿A Lugareda?

—Sí, á casa del escribano y nos metieron en la sala..... ¡una sala más triste!..... Yo me acuerdo siempre que entro allí de los cuentos del Niño encantado.

—¿Y qué?

—¡Que mamá iba tan asustada!..... En todo el camino no dejó de rezar y besarme. Cuando mamá me besa mucho..... es que está triste.

—¿Y tú?

—Yo..... estoy triste cuando no me besa..... y cuando me besa mucho tambien..... porque entónces lo está ella.

—Sigue contando lo que dijo el escribano.

—Pues estaba muy serio y más feo que nunca. «Mal, muy mal—gritó.—Vamos muy mal. Su pleito va de capa caida. Han sido inútiles mis esfuerzos.....» ¡Qué sé yo! Yo no entiendo ni una palabra de lo que dijo..... porque cuanto más hablaba, más triste se ponia mamá..... El tio aquel..... no miraba nunca de frente y á cada pa-

labra daba un golpecito sobre los papeles con una regla negra..... Parecia que estaba pegando una paliza al pleito de mamá.....

Callóse brevemente Justina, y el Ingeniero la acarició el rostro.

—¡Angel mio!..... ¡Qué pico tienes!—exclamó.

Don Genaro sintió despertarse en su alma íntimo interes por lo que Justina le contaba.

—¿Y no entendiste nada de cuanto dijo?—interrogó.

—Sí. Entendí que mis tios..... los hermanos de mi padre, querian quitarle á mi madre la casa en que vivimos y llevárseme á mí con ellos..... porque..... yo no sé qué disparates decia aquel tio, dando unos golpazos con la regla, que me destrozaban á mí el corazon..... ¡Mire usted qué infamia, qué tunantería, qué mala sangre tienen algunos hombres! ¡Querer que yo me aparte de mi mamá y me vaya con ellos!..... Eso no será posible, ¿verdad?

—¿Qué ha de ser?

—Ni áun cuando fuese, yo lo haria..... Mire V..... ¿Usted sabe el cuento del giganto Curriondo? Pues es ni más ni ménos lo mismo que esto que le estoy contando.

—¿Cómo? Habla, Justina, que eso es curioso.

—Sí; el Gigante tenía una hija, y esta hija era viuda, y esta viuda, hija del Gigante, era madre de una niña..... Pues bien, el Gigante se empeñó en llevarse á su nieta para hacer rabiar á la madre.....

—De modo que tú.....

—Yo—interrumpió Justina, que era la misma viveza—soy al modo..... vamos, así como la nieta del Gigan-

te; mi mamá es como la hija del Gigante..... y esos judíos de mis tios, desde el primero al último, son el Gigante..... ¿Me entiende V.?

—A medias..... porque eso de que se te quieran llevar á tí..... no lo entiendo, hija mia.

—Entenderlo..... yo tampoco lo entiendo..... Porque los hijos siempre están con los padres y no hay quien pueda separarlos más que Dios..... ¡Pare V., pare V., que el caballo corre demasiado! ¡Que me caigo, que no puedo más, que me ahogo!..... ¡El aire me pega unas bofetadas!..... ¡Anda! las trenzas se me están deshaciendo, y luégo mamá..... ¡buena riña va á echarme!

Don Genaro detuvo el andar de la cabalgadura. La tartana venía bastante léjos y fué preciso esperar á que se acercára. Aun cuando las confusas explicaciones de la niña nada claro de cuanto indicamos podian precisar, fueron bastantes, sin embargo, á que D. Genaro comprendiese que la desdichada María Luisa era víctima de una de esas maquinaciones legales que se fraguan con armas del arsenal de Témis para perjuicio de los débiles é ignorantes. Adivinó y dedujo por las palabras de Justina todo el pasado triste de aquella esposa sin esposo, viuda desde ántes de perder al que la sociedad le entregó, porque no es esposo el que da el apellido y comparte el hogar, si no hay corriente de afectos de alma á alma. Comprendió que odios de familia amargaban la soledad de María Luisa, y al completar con cuatro rasgos negros de su intuicion tan horrible cuadro de desgracias, el interes—así lo calificaba en su conciencia—que aquella mujer le inspiraba complicóse de algo de sim-

patía. Debilidad, tristeza, hermosura, virtud : todos estos prestigios rodeaban á María Luisa, y el alma noble de D. Genaro no pudo ménos de sentirse poseida de dolor y afecto y ánsia de socorrerla en su desventura.

—Yo averiguaré.....—pensó.—La he sorprendido llorando..... Esta mujer debe sufrir mucho.....

Despues, haciendo caminar el caballo en sentido inverso, para más pronto incorporarse á la tartana, echó una mirada al cielo y dijo :

—¡ Qué triste se va poniendo la tarde ! Nos mojarémos, nos mojarémos.

El valle de San Juan de Cabuérniga, por donde iban, angostábase en aquella parte entre dos altos riscos llamados el Fromentera y la Galabarda, y luégo desembocaba en la gran meseta de Trempez, que da nombre á la comarca, y asiento á más de veinte pueblos, de que son núcleo Lugareda y Arijona.

Cuando la tartana y la pareja de jinetes se reunieron, María Luisa llamó á Justina.

Pacorro se apartó de *Chuleta*, y fiando en sus buenas intenciones, se quedó detras del carruaje para cortar una vara de fresno.

—Vén acá, revoltosa..... Estás molestando á D. Genaro..... Los chicos son rebeldes como el ángel malo, señor Güemes—dijo.

—Vamos por partes..... En lo que V. ha dicho—repuso el Ingeniero volviendo á poner al paso su cabalgadura y haciéndole marchar junto á las varas del carricoche;—en lo que V. ha dicho hay muchas cosas que rectificar. En primer término, Justina no es revoltosa.....

¿Verdad que no lo eres?..... Ademas, no me molesta..... ¡Poco amigo soy yo de los niños!..... ¿Cree V. que porque ando siempre entre máquinas y obreros soy algun zafio y rudo gañan, enemigo de los niños y de los pájaros?..... Pues está V. equivocada..... Pregúntele V. á su hija y lo comprenderá bien..... Hemos simpatizado mucho ella y yo; ¿no es cierto, Justina? En segundo término, ¿por qué me llama V. *don* Genaro y *señor* de Güemes? ¿Qué es eso? ¿Por ventura nos conocemos de ayer? Pronto olvida V. las antiguas amistades..... No, pues yo nó soy de ese modo..... Acuérdese V. de Pamplona, de aquel cuartito donde yo estudiaba.

—Me acuerdo; pero áun así.....

—¡Aun así!..... No hay por qué darme tratamiento..... Yo mismo hago mal en llamar á María Luisa de usted..... Debia llamarla de *tú*.

—¡Oh!—exclamó ruborizada María Luisa.

—¿A quién puede ofender nuestra amistad?..... A nadie..... Llamándonos de tú parece que me siento más jóven, más feliz, más despreocupado y libre de atenciones pesadas..... Respiro un aire de primavera..... Oigo cantar pájaros..... Veo á mi tio..... á mi pobrecito tio, que, como sabe V., se murió sin verme con la carrera acabada..... Cuando todas esas interiores venturas dependen de pronunciar una palabra en vez de otra, ¿quién no la pronuncia?..... Llamémonos pues de *tú*.

María Luisa expresaba la mayor ansiedad. Miró atras, y viendo léjos á Pacorro, que venía mondando la vara y despojándola de hojas con su navaja, exclamó:

—No, por Dios, Genaro..... No, por la Santa Vír-

gen. No me llame V. de tú nunca..... V. no sabe.....

Tan singular zozobra y espanto reflejaron sus facciones contraidas, sus dulces ojos rasgados, su boca entreabierta, que el Ingeniero se asustó.

—¿Qué sucede?..... ¿Por qué es esa alarma?..... ¿Ve usted algun insulto en que yo sea tan franco?

—No es insulto..... Es..... No, no puedo decirlo..... Pero, por favor, Genaro, no me llame V. de tú..... ¡Si álguien lo oyera!

—Si álguien lo oyera, no podria deducir cosa alguna mortificante para V., pues todo el pueblo sabe que yo, siendo estudiante, viví con V. larga temporada. Eramos muchachos, y entre muchachos el *tú* es como el *pío* entre los pájaros..... No hemos podido detener el tiempo, y ahora somos, V. una mujer formal, aunque jóven todavía; yo, un viejo casi. ¿Por eso vamos á privar á nuestras memorias del gusto inocente de recordar?..... La murmuracion es como las balas: huyen de los que las buscan y persiguen á los cobardes. Sea V. valiente..... Llamémonos de tú, y que digan lo que quieran.....

—Créame V.—añadió despues de un silencio que empleó en meditar sobre sus sentimientos.—Ahora V. me ha hecho entrar en gana de que apeemos el tratamiento, y cuando llegue á Casa-Arijona pasado mañana, pues hasta entónces permaneceré en los terraplenes de Trempez, he de hacer promulgar á mi mujer el siguiente decreto: «Artículo único: Quedan abolidos los tratamientos entre María Luisa, tú y yo.»

María Luisa cerró los ojos. Era que las olas de llanto, encrespándose dentro de su alma, salpicaban ya fuera de

los párpados. No pudo más; no halló manera de resistir sus impulsos de pena profunda.

—Llora, llora—dijo D. Genaro mirándola.—No ocultes tus lágrimas..... Soy tu amigo..... Soy un caballero..... y debo ofrecerte mi consuelo y mi apoyo. Hace dias que presiento todas tus desgracias..... Hoy he acabado de medirlas..... Sé que te persigue una parentela perversa. Sé que una turba multa de pleitistas abominables te circunda. No me has dicho nada..... ¡Qué grave falta!..... Ya que el acaso ha vuelto á unirnos..... ¿por qué empeñarse en que no seamos amigos?..... Aquel lazo que en los dias alegres nos unió se ha roto..... Bueno, ya lo sé..... Pero nuestra amistad subsiste..... Sería una infamia que no te ayudase..... Nuestras familias han estado muchos años juntas, y tu madre ha jugado con la mia y se casaron el mismo dia, en la misma iglesia.....

Don Genaro hablaba con toda la cordial efusion de su alma generosa. Ver aquella mujer rodeada de desgracias y no darle un consejo, ni dirigirle una mirada de cariño, ni tenderla una mano protectora le parecia tan vil, tan indigno, tan poco caballeresco como pasar por la orilla de un rio, ver luchando con las aguas á un nadador que por momentos se ahogase, y seguir el camino hasta verle, indiferente, desvanecerse y morir, hundirse entre el oleaje movible, ser por él arrastrado. ¡Qué crueldad! Desde que comprendió vagamente la situacion de María Luisa, creia tener una parte de responsabilidad en ella cuando no procuraba remediarla. Por eso trajo á cuento los recuerdos gratísimos de su juventud; era pasar la

esponja húmeda de bálsamo sobre la irritada herida. Él queria calmar el dolor de ella, curar, si era posible; pero no transigia con permanecer impasible ante los sufrimientos de la desamparada viuda.

—¡Cuatro pillos—añadió—te están injuriando, te están pisoteando, te están empobreciendo! Viene esa manada de cuervos á sacar cada uno en su pico un jiron de tu lecho, un grano de trigo de tus campos..... ¡Y hemos de permanecer tus amigos quietos, mudos, testigos criminales de esos desafueros!..... No, y mil y mil veces no..... Yo desconozco esos pleitos que te han promovido..... pero me basta saber lo que sé para ver en ellos una malévola intencion, un miserable compadrazgo, una legalizada truhanería..... No creas que pienso en esto por primera vez. Antes de venir me dijeron en la Vierzosa lo que te ocurria. Allí supe que en la testamentaría de tu marido habian encontrado los demas hermanos túrdigas que sacar, hilachos con que enredar la estofa de los pleitos de que tantos sudarios ha cortado el hambre..... «¡En buen país vivimos!»—pensé entónces. Aquí los pleitos son una plaga. Caen sobre una familia como el cólera sobre una provincia..... peor, mucho peor aún. La vanidad y el ódio soplan el ascua; un enjambre de hambrientos leguleyos pone el hierro en ella, y no hay más que mover la hoguera para quemar á medio mundo..... ¡Pobre María, pobre de tu hija! Estais en manos del diablo. ¡Dios os socorra! Los hombres poco pueden. El pleito es un dios malo, una deidad española. Cuando truena..... ¡horror!..... es preciso encomendarse á otro dios más poderoso: la resignacion..... Eso ya lo

sé..... Bien poco puede hacer un ingeniero contra una conspiracion de escribanos y parientes..... El aquelarre se ha reunido y funciona contra tí y contra tu hija. ¿Por qué? No lo sé; odios pequeños, menudencias sin fundamento. Creeríase un absurdo que en la humanidad haya sentimientos que, al modo de la dinamita, con sólo inflamarse producen horrorosas explosiones. Parece que tú heriste la vanidad comercial de los Güemes..... no su vanidad..... más bien su codicia..... Eso me han dicho..... Un negociante que vive en Arijona me ha contado esto..... De ahí proviene todo..... Lo demas es obra del dios del pleito.....

—Es verdad—balbuceó María Luisa llorando copiosamente.—¡Qué desgraciada soy! ¡Mírame y presentirás mi dolor! pero no presentirás toda la gravedad de los peligros que me rodean.

—Serán grandes, pues has concitado contra tí la avaricia y el ódio.

—¡Y mi hija!..... ¡Qué va á ser de ella!

—¡Pobre Justina!..... ¿Oyes, Justina, cómo llora tu madre?

Lo oia, pero parecia no oirlo. Atenta desde que el Ingeniero comenzó á hablar de peligros, de dolores, de amenazas, de pleitos y todo lo demas que sabe el lector, Justina fijó los ojos pasmados y llenos de horror en la faz de D. Genaro, y con los labios abiertos bebia sus palabras, sin acabar de penetrar su sentido. Experimentaba ahogos en el pecho, agitaciones horrendas en el corazon, miedos indominables en el alma; pero el llanto no acudia á los párpados. El estupor habia secado sus lágrimas.

—¡Vén aquí, hija mia!—murmuró su madre con ánsia sublime de abrazarla.

Genaro le dió su hija como se da un consuelo. Entónces Justina rompió á llorar, y el Ingeniero pudo ver cómo dos rostros juntos mezclaban besos y lágrimas.

—Tu mejor consuelo..... tu único consuelo está en esos brazos—afirmó D. Genaro.—Llorad y besaos.....

—Pasado mañana volveré á Casa-Arijona—dijo cuando se despidió por haber llegado al punto donde se bifurcaba el camino.—Me dirás cuál es tu situacion..... Procurarémos defenderte.

Anduvo al paso hasta que la tartana se alejó buen trecho. Despues se detuvo y la miró perderse de vista entre las callejas de Pilar-Mojado. Sólo entónces puso á su caballo á galope tendido.

---

## XVI.

### Seduccion.

Al levantar su voluminosa mole del blando lecho aquella exageracion de la materia llamada doña Pazita, dijo, despues de sacudir el primer manotazo del dia á *Gedeon:*

—¡Hoy tambien se han marchado!..... ¡Qué negocios traerá esa María Luisa!..... ¡Nada me cuenta!..... Soy un cero á la izquierda, un cesto de mimbres, un saco de paja..... ¿Por qué te saliste, pobre Pazita, del convento de los Siete Pecados? Allí estabas bien, allí te consideraban mucho, allí eras algo..... ¡Zape, maldecido *Gedeon!* ¡No me andes en el canastillo de la media!..... ¡Vaya! ¿Estás contento?..... Ya sacaste el ovillo.....

Dió un hondo suspiro al doblar su cuerpo sin coyunturas para bajarse á remediar los desórdenes y demasías del gato, y luégo se levantó de su sillon de guta-percha, disponiéndose á visitar la cocina; pero cuando iba á cruzar el dintel de la puerta del comedor, donde se hallaba, encontróse de manos á boca con un sombrero de castor de alas inmensas, á una de las cuales iba asida la mano arrugada y aguda, como garra de ave de rapiña, del propio tio Clavo.

El cual, adelantándose con ceremonia, dijo:

—¡A la paz de Dios! Señora, muy buenos dias..... ¿Está V. buena?

—¡Ah!..... Es V.—exclamó doña Pazita abriendo la boca como un pez voraz.

—Yo soy, sí señora. Tengo que hablar con V..... con V.

—¿Conmigo?..... ¿De qué?

—¡Ah! no se puede decir así de sopeton. Es cosa larga..... y reservada.

¡Qué asombro no fué el de doña Pazita! En la vida pudo ella imaginar que tuviese un hombre que decirle en secreto cosa alguna. Su pudor se alarmó.

—¿Y qué es ello?..... Hablar con un hombre á solas..... ¡Jesus! ¡Jesus mil veces!..... Eso no está bien..... ¡Zape, *Gedeon!*..... ¿Qué dirá el mundo?

—¡Qué mundo, ni qué palitroques!..... Señora, ¿usted cree que vengo á enamorarla?..... ¿Estoy yo loco?..... Es cosa séria..... Traigo encargo de sus hermanos de V.

—¿De mis hermanos?

—Sí, señora..... Es sobre la herencia.....

—¿Sobre la herencia?

—Sobre la herencia..... ¿V. sabe que han entablado una demanda?

—¿Una demanda?

—Una demanda, sí, señora..... Pero si V. repite todas las palabras que yo diga, teniendo yo tambien, como dicen que tengo, el mismo vicio de repetir las mias, vamos á estar un par de años..... un par de años..... para entendernos. Calle y escuche..... pero siéntese..... Es cosa larga.

—¿Cosa larga?

Sentóse doña Pazita de nuevo, y puestas ambas gruesas manos, cuya piel rosácea y arrugada las daba apariencia de membrillos secos, sobre los brazos del sillon, caido de la cabeza el pañuelo de seda negra, y abierta la boca y enarcados los ojos á despecho de los pesados párpados, llenos de dobleces cual los que hace un lienzo mojado, era el humano símbolo del estúpido asombro. Respiraba con ruido de fuelle, y su enorme pecho adelantaba y retrocedia como un pellejo de vino, que se hincha ó se afloja segun recibe ó expele el aire. El tio Clavo no se sentó. Puso su mano sobre el amarillo teclado del viejo piano de mesa, que al recibir el peso produjo un sonido.

—Usted sabe que doña María Luisa se ha portado mal con los hermanos del difunto D. Bartolomé..... que de Dios goce.

—No sé.

—¿Y V. no sabe que ha dejado de cumplir una parte esencial de sus últimas voluntades?

—No sé.

—¿Ni sabe V. tampoco que ha faltado á los buenos respetos debidos á su marido..... á su marido?.....

—¿A su marido?..... No sé.

—Señora doña Pazita, V. vive en el limbo. Usted está en Babia..... ¿Es posible que no sepa que sus hermanos de V. promovieron contra ella un pleito antaño?

—Sí lo sé.

—¿Y sabe V. que le perdió ella?

—Tambien.

—¿Y no sabe V. que esa buena señora ha tenido la..... la despreocupacion de hospedar en su casa.....

—¿En su casa?

—Sí, en su casa, aquí, aquí mismo, bajo estos augustos techos..... augustos techos, que á V. cobijan..... á un antiguo novio suyo.....

—Sí..... eso he oido.

—Pues entónces es V. un lince..... Usted lo sabe todo..... todo. ¡Bien hemos hecho en contar con su penetracion!

Clavo alzó sus dedos de las teclas blancas y los dejó caer sobre las negras. Hacía bien en tocar los sostenidos, porque lo que habia logrado tenía muchos bemoles: sacar de su indiferencia glacial, de su reposo pétreo á la mujer de gelatina.

—¿Y es posible, excelente señora, que sus virtudes conventuales..... ¿me entiende V.?..... ¡conventuales!..... no se hayan resentido al ver espectáculo de depravacion como éste?

—¿Como éste?

—Sí, como el de ver vivir bajo el mismo tejado á dos antiguos amantes, con vilipendio..... eso es..... con vilipendio de la mujer del Sr. Ingeniero, de V., de la niña, del difunto D. Bartolomé..... que de Dios goce.....

Volvió á levantar sus dedos de las teclas negras y tornó á ponerlos sobre las blancas.

La mujer de gelatina hizo un supremo esfuerzo: habló.

—Voy á decir á V..... ¡El Señor me perdone! Yo no pienso mal de nadie..... He oido eso que V. dice..... Me han contado, al salir de misa mayor el viérnes, que se

corria en el pueblo eso..... eso que V. ha contado..... Que María Luisa y el Ingeniero habian sido novios y que ahora..... ella..... No, no quiero repetirlo..... No puede ser verdad..... Volvi á meterme en la iglesia é introduje tres veces la mano en la pila. Luégo me mojé con el agua bendita la frente..... ¡para que huyeran los malos pensamientos! Pero los malos pensamientos volvieron.

—Y volverán siempre..... La verdad se impone..... Lo peor del caso es que V. padece en su reputacion.....

—¿En mi reputacion?

—Pero considerablemente..... Dicen que V. participa de la infamia, del deshonor.....

—¡Jesus mil veces!

—Y sus hermanos de V., guardianes del honor de la familia, me mandan á que saque á V. de este infierno y la lleve á casa de D. Patricio.....

—¡Qué horror!..... Dios mio..... Eso no es posible.

La idea del movimiento era la más contraria á doña Pazita. Pedirla que mudase la postura de un brazo era pedir á Europa que mudase la postura de Italia, echándosela al hombro de Rusia, que es como la espalda del viejo continente. ¡Demandarla que abandonase Casa-Arijona! ¡Qué absurdo!

—No, no puedo—dijo con firmeza, demostrando la única forma posible de su voluntad: la negativa.

Clavo se sentó en el taburete del piano. Era poner sitio á la plaza, viendo que al primer asalto no se rendia. La plaza se ajustó el pañuelo de seda á la cabeza y añadió:

—¡Me da lástima!

—¿De la viuda? ¿De la viuda, que detesta á V.?

—¿A mí?

—Sí, señora, á V..... á V. Nos consta.

Y al decir «nos consta» se echó hácia atras, apoyó sus dos codos en el piano, montó una pierna en otra, y fijos los ojos en doña Pazita pensó, examinándola:

—«Esta pícara devota nos va á perder..... Iba el negocio como una seda..... ¡Prueba de que iba bien es que yo me he arriesgado á prestar por segunda vez á Lúcas Tadeo Güemes....., á los hermanos gemelos....., 20.000 reales....., que con los 40.000 que les presté antaño, al módico premio de 35 por 100, suben..... ¡una atrocidad, un rio de monedillas de plata!..... Habria para comprar la virtud de media humanidad..... Si este negocio se malogra, no cobraré todo tan pronto..... Pero si sale..... si despojamos á la paloma sin hiel de doña María Luisa..... Despues de todo no es una iniquidad..... Nos atenemos á la ley escrita..... Eso mandan los sabios, los filósofos. ¡Cuántas veces he leido en los papeles que la ley es la conciencia social!»

Despues, habiendo encontrado un proyectil de gran calibre para cargar la batería de sus argumentos, dirigió á la plaza este disparo:

—Si V. viene, hará una obra caritativa..... muy caritativa..... Porque ¡cuán grande será la responsabilidad de usted en el otro mundo si contribuye á que el alma de la niña Justina se pierda por el mal ejemplo de su madre.

—¿Cómo?

—Sí, porque pensamos arrebatar á la viuda la tutela de Justina, fundándonos en el escándalo infame que

da..... Pero eso es, á la verdad, más que un pensamiento..... Es ya un hecho. Ya está en el Juzgado la cosa..... Y si V. nos auxilia con su influencia, ¿quién lo duda? salimos adelante.

—¡Dios mio!..... Yo me ahogo..... ¡Qué vergüenza!..... ¡Qué pecado!.....

—¡Gran vergüenza!..... ¡Pecado mortal!..... y no sólo para ella, sino para V. tambien..... De poco la servirá haber sido buena toda la vida. Una mota de barro mancha una capa nueva. Una falta sola mancha una conciencia limpia..... ¡Doña Pazita, que se pierde usted! ¡Sálvese V., sálvese V.!..... Véngase conmigo..... Don Patricio la recibirá con los brazos abiertos.

—No, no quiero, no puedo—repitió la vieja.

Sus razonamientos oscuros no tenian otra expresion que monosílabos negativos, los cuales parecian la fisonomía de su alma.

—¡Lástima que persona tan buena no se salve!.... La veo á V. bailando en las calderas de pez del infierno..... Un diablo la mete un hierro hecho ascua por un ojo..... ¡¡¡Chirris!!!.... ¡Si hasta me parece que oigo el chirrido de la carne quemada!

—¡Uf, demonio, hombre, no diga V. eso!—gritó con horror de devota doña Paz.

—Pues véngase conmigo..... Vaya..... de aquí no me muevo..... La llevaré á V. á la iglesia..... allí oirémos una misita. Pide V. al Señor consejo, y si es como yo creo que no puede ménos de ser..... andandito andandito á casa de su excelente hermano de V..... Y á la noche, cuando llegue de San Juan de Cabuérniga doña Mari-

quita Poquita Cosa..... se encuentra con que el ángel ha volado.

La victoria era suya. La plaza se rendia. Quitóse ésta el pañuelo, levantóse del sillon, buscó el manto, y echando una miradita cariñosa al gato, dijo:

—Sea..... Vamos..... ¡Dios mio!..... ¡Protege á tu sierva!..... ¡Qué horror!..... ¡Pecado..... pecado mortal!

Clavo salió detras de doña Pazita, sonriendo y dándose golpecitos en los nudillos. Era Napoleon despues de Austerlitz.

---

## XVII.

### Lo que pensó él.

Pasa una hora, y otra, y diez más, sin que novedad alguna distraiga el pensamiento. Por allá se ven las torres desprovistas del gallardo arrojo de la arquitectura árabe que fórman el recinto de Arijona. Por acá la llanura de San Juan de Cabuérniga. Más cerca aún las eminencias de Trempez, especie de intentona con que un terreno plano trata de convertirse en monte. A derecha é izquierda, grupos de trabajadores, líneas de brazos moviendo picos y azadas, una movilidad de hormiguero que fatiga la vista. Blusas azules, chaquetas de pana parduzca, chamarras de lana y camisetas de punto cubren los cuerpos de los que allí trabajan, dando variedad abigarrada á los tonos del traje. En cambio, los pantalones se parecen todos: son de matices oscuros y se confunden con el tinte pizarroso de la tierra pedreñal y abundante en arcillas. Las líneas de obreros oscilan como líneas de arbustos empujados por el viento. Cuando una cabeza desciende, álzase otra. Hay en su movimiento irregular, al mismo tiempo que monótono, algo de la mecánica inquietud de las zapatillas de un piano. Rostros del color

del tabaco, boinas rojas, mechones de pelo, pañuelos de algodon liados, á uso aragonés, alrededor de la frente; sombreros blancuzcos de alas inmensas coronan el conjunto. Parecen las filas de hombres escolopendras agitadas y enfurecidas. Culebrean haciendo eses, y ya trazan una G, ya una J, segun los primeros trabajadores que las forman retroceden ó avanzan. Despues trepa el animalucho fantástico por un repecho. Detiénese en su promedio, y esgrimidos los negros utensilios de metal para escarbar la tierra, áun es más grande la semejanza suya con el insecto ántes citado, porque los picos y palas se parecen á las patas y antenas del ciempiés de un modo exactísimo y completo. Tanto marea el extremado mover de muchos objetos combinándose en absurdas geométricas figuras, como el reposo absoluto y prolongado de ellos. Así, cuando los obreros se detienen á reposar, es mareante y enojoso el ver tanto cuerpo dormido sobre la tierra. Son los muertos en la batalla del trabajo, y entónces el campo se entristece, porque el silencio pesa sobre todas las frentes, y del sueño de mil hombres parece desprenderse un caliginoso vapor provocante al dormir.

Don Genaro pasaba toda la mañana en su tienda de campaña, de figura cónica, y por cuya abertura, sostenida en dos ramas de fresno, veíase la mesilla de pino sin pintar, el camastro cubierto de pieles de oso y zorra, dos lámparas de petróleo, faroles y aparatos de luz eléctrica, una copa de hierro llena de brasas y una enorme cafetera cerca del fuego. Cuando llegó la noche quiso dormir, pero no pudo. Buscó en la lectura distraccion, y en vano hojeó un libro frances, buscando en el aroma de

las prensas — que es la mirra del siglo XIX — lenitivo á la acerbidad de sus ideas. Salió, por fin, de la tienda, y embozado en su capote recorrió el campo, asistiendo á la retreta de aquel ejército de obreros. A pesar del frio relente, dormian al aire libre. Algunos se escondian en huecos abiertos en la tierra misma. Otros, de ramas de de sabina y hojarasca seca industriaban chozas. Los más escondian la cabeza en una manta y en rueda se tendian, puestos los piés junto á una fogata sin cesar renovada. La idea del hogar representábase allí en aquel perrillo que guardaba el hato, vigilante, con los ojos abiertos y vivaces, y las orejas en centinela. La idea de la familia, en aquellos muchachos que dormian juntos bajo una misma manta, abrazados los unos á los otros. La idea de la sociabilidad, atribuida al hombre como característica propiedad racional, en el corro de los que sentados hablaban, bebian vino y se reian unos de otros. De tal manera en aquella tribu de salvajes civilizados el embrion de todos los gérmenes de la vida social se patentizaba claramente.

El hielo que caia le hizo volver á la tienda, y sentado en el camastro, sin pensar én cubrirse los piés, que se quedaban frios, estuvo largo rato, puestos los codos sobre las rodillas y la cara en las manos. Parecia que los propios pensamientos pesaban en aquella cabeza, haciéndole buscar el apoyo y sosten amorosos de las manos.

—¡Pero qué infamia!—dijo en alta voz.—¡Pobre María Luisa!..... ¡Qué dolor tan profundo el suyo!..... Sí, yo haré lo que debo..... Enriqueta lo sabrá..... Enriqueta es buena, tiene el alma sencilla, y bajo la apariencia de la

frivolidad oculta su alma los hondos senos de la virtud..... Ella comprenderá que no hay resistencia en la mujer para ciertas desgracias..... ¿Pero encontrará extraño mi interes?..... ¿No ha de existir la abnegacion entre los hombres? ¿Habria entónces cosa más vil y despreciable que la humanidad?

Interrumpió su monólogo para mirar la lumbre del cigarro. Diríase que con ella queria quemar un pensamiento rebelde y perverso.

—No, no..... Eso es un absurdo..... Yo no siento aquí idea mala, instinto criminal, ni ánsia de nada que no pueda decir en medio de las gentes..... Yo amo á mi mujer y á nadie más..... Enriqueta primero, Enriqueta despues y siempre Enriqueta..... Pero ¿he de proscribir de mi alma sentimientos caballerosos y rectos?..... No..... no..... no. Yo defenderé á María Luisa, ó intentaré defenderla por lo ménos.....

Volvió á callar. El pensamiento rebelde avanzaba en medio de las negativas, como un rayo de luz en medio de las nubes.

—Pues entónces, si es tan inocente y noble mi propósito, ¿por qué me muerde, me muerde aquí dentro, en el pecho?

Nuevo silencio, en el cual resonó á lo léjos el campanilleo de un carromato que cruzaba la senda de Ternereros por junto al campamento de Trempez. Don Genaro volvió á hablar.

—No me morderá más—dijo.—Yo le arrancaré, como se arranca una cana que recuerda los tiempos añejos..... Sí, porque esto que vibra en mi alma es una hilacha de

aquella red de amor que yo arrojé léjos de mí hace tantos años..... ¿Cómo, cómo se ha quedado dentro de mí esa hilacha miserable y maldita?..... ¡Yo no amo á María Luisa, yo no amo á nadie! ¡No quiero quererla!..... y no la querré.

Se oyó más léjos el campanilleo del carromato y la voz del gañan que cantaba de esta manera, con pronunciacion andaluza muy marcada:

«Te quiero como la carpa
A las entrañas del mar,
Que se baja á lo más hondo,
Y en lo más hondo se está.»

—¿Cuánto tiempo hace que no la veia?—siguió Genaro.—¡Mucho! ¿Me habia acordado de ella?..... No..... ¿No me casé enamoradísimo de Enriqueta?..... Sí..... Entónces, ¿qué disparate inconcebible es el que me sucede? ¿Qué vuelco en mis ideas? ¿Qué dislocacion en mis juicios?..... ¿Es que el corazon es una vil entraña, de la cual no puede el hombre responder? ¿Es un reloj que anda cuando quiere, y no cuando debe, y señala las dos cuando está obligado á señalar la una?..... No puede ser..... Yo soy libre y mi voluntad manda en todo yo, en mis instintos y en mi cerebro, en mis manos y en mis obras. Quiero andar, y ando. Quiero pensar, y pienso. Quiero querer.....

Interrumpió sus ideas otra copla del carromatero, el cual sin duda las enviaba por la boquita del corazon á alguna hembra andaluza que le aguardaba en las orillas del Genil, tejiendo cestos de mimbre, como Penélope tejia el lienzo sin término.

«Ayer pasaste á mi lado
Y no te quise mirar,

Y he estado un siglo penando
Para volverte á encontrar.»

—Quiero abrir mi alma, quiero verla en toda su entereza, quiero medir su hondura y tocar sus llagas..... ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué no estoy con Enriqueta?..... No tengo precision de abandonarla, y la abandono. ¿Su compañía no me agrada, segun eso?..... Sí, me agrada; pero, sin embargo, la evito..... ¿Es que temo que lea en mis ojos mis dudas?..... Seamos francos..... No es eso..... Es que prefiero y busco la soledad. Donde ninguna pupila humana me vea, puedo ser sincero conmigo mismo.

Otra vez cantó el carretero:

«Voy á tí de tal manera,
Que no me puedo parar:
Mi carrera es la carrera
Del canto que baja al mar.»

—Pero si es un absurdo..... Enriqueta vale más..... Es más bonita, más jóven, más amable..... Me adora..... Yo corté del árbol materno esa rosa, y me empeño en que dé más aroma la que otro cortó.....

La garganta del gañan era incansable. De nuevo cantó:

«Tengo de atar una palma
En la reja donde estás:
Es la palma del martirio
Que á mi amor haces pasar.»

—Parece que la razon se ha fugado de mi alma. Todo lo que en ella pasa es absurdo..... Es como si de repente

la tierra detuviera su movimiento de traslacion y el sol empezase á girar alrededor de ella..... Yo amo, yo amo, y no puedo dominar la tendencia de mi corazon.

Mucho rato trascurrió miéntras el pensamiento de don Genaro experimentaba esas vacilaciones. Giraba cual faro de luz movible, que ora presenta el cristal luminoso, ora la pantalla negra, y el mar de la pasion ya se iluminaba, ya se oscurecia. El frio del alba fué ganando los músculos del Ingeniero, y cuando por la abertura de la tienda, que no habia cuidado de cerrar, penetró una tibia y triste claridad cárdena, un temblor sacudió su cuerpo.

—Me he quedado hecho una estatua—pensó.

Buscando las pieles, se las echó encima. Entónces sonó léjos, muy léjos la bocina que llamaba al trabajo.

—¡A la lid!..... ¡A la lid!.....—decia.

—Sí, sí, al trabajo—exclamó D. Genaro levantándose con súbita resolucion.—Al trabajo..... Al deber.

---

## XVIII.

**Cuando la madre dice «Yo», habla de sus hijos.**

¡Ni la Pajarola siquiera supo la escena habida entre Clavo y doña Pazita! Fué, pues, tan grande como el lector quiera la sorpresa que experimentó María Luisa cuando, llegado que hubo á Casa-Arijona, halló vacío el nido de la clueca ave. Oyéronse las vcces de María y de Justina buscándola por todas partes.

—¡Tia Pazita!

—Paz.

Subieron hasta el palomar y descendieron hasta el jardin madre é hija sin encontrar á la devota. Entónces anochecia, y la Pajarola se les acercó trayendo una luz en la mano.

—¿Y doña Paz?—preguntó María Luisa.

La Pajarola venía asustada. ¡Dios mio! Algo grave habia ocurrido. Doña Paz salió de casa muy temprano, pues á las once de la mañana, hora en que la criada volvia de la fuente con su herrada de cobre en la cabeza, no estaba ya en Casa-Arijona. Una vecina la habia encontrado á las doce en la puerta de la iglesia hablando

con el tio Clavo, el cual se expresaba ardorosamente, manoteando y echándose atras el apabullado sombrero. La vieja queria volver á meterse en la iglesia, pero Clavo la detenia por una punta del pañuelo, y tirando de ella, como quien tira de un carro, la sacaba poco á poco del atrio. Llegó gente, y doña Pazita se decidió á seguir al pícaro enredador. Perdíase aquí el hilo de las investigaciones de la Pajarola, que habiendo pasado el dia inquieta por suceso tan inverosímil, no habia dejado de inquirir, preguntando á todos. Reanudábase la historia á las cinco de la tarde, esto es, pocos momentos ántes de llegar María Luisa y Justina de San Juan de Cabuérniga. A las cinco habian visto á doña Paz asomada detras de los cristales de una ventana baja en casa de Güemes el americano.

—No es preciso saber más—exclamó María Luisa.—¡Dios mio!.... ¡Un nuevo enredo de esos infames!

Y sin poder parar sus lágrimas, nuevamente se deshizo aquel dolor en llanto.

—Pero ¿no vendrá más? — se preguntó á sí misma, miéntras desnudaba á Justina para acostarla. — ¿Qué le hemos hecho, qué le hemos hecho? ¡Tambien ella!..... Hasta los santos de la iglesia van á mover su mano para tirarme una piedra.....

Justina no quiso dormir en su cama, sino en el lecho de la madre.

—¡Tengo miedo! — dijo.

— ¿De qué? — repuso María.

—De nada..... es decir..... de todo..... No puedo cerrar los ojos..... Veo relámpagos.....

—¿Dónde?

—En los ojos..... Despues veo procesiones de bichitos dorados..... Luégo siento unos latidos en la frente.....

—Mi vida..... duerme.....

—¿Contigo?..... ¡Sí!.....

—Conmigo..... tesoro.

En brazos llevó su tesoro María á la cama grande. Hízole arrodillarse.

—Vamos á rezar—dijo.

Pero Justina no queria.

—¡Echada!.... Echada rezaré..... Me pesa la frente.

—¡Dios mio! ¿Qué tienes?

María fué quien rezó entónces, sin mover los labios. Las grandes penas hacen evaporarse del alma el perfume de la oracion. Es como si se acercára un ascua á un grano de incienso.

—Tápame—suplicó Justina.—Quítame de la frente el pelo, que me abrasa..... Ponme tu mano sobre los ojos..... Ahora abre estos dos deditos..... para que yo te vea por entremedias.

Obedeció María Luisa y con sus dedos afilados y lindos construyó un á modo de celada de miras, con que cubrió la frente y mejillas de su hija.

—Ahora..... descansa—dijo á ésta.

—¿Y tia Pazita?..... ¡Se ha ido!

María Luisa no supo qué decir.

—Sí, hija mia—repuso.

—¿Para siempre?

—¡Para siempre..... no!

—¿Y por qué?

—Por..... Yo no sé por qué..... Pero duerme y descansa, hija mia.

—¡Agua!

María Luisa dió de beber á Justina, y con la punta del pañuelo que traia al cuello enjugó los labios de la niña, que entreabiertos respiraban con ánsia. Por momentos crecia el ardor de sus muñecas y el frio de su frente. Despues tornó á despejar la frente de Justina, sobre la cual caian mechones de pelo con suma gracia.

—¿Te acuestas?—preguntó despues de un rato la enferma.—Mira, mamá, no apagues la luz..... porque si me despierto á oscuras, me ahogo..... y me parece que no me despierto..... Échate vestida á mi lado.

Obedeció por segunda vez. Ya no se acordaba María Luisa de San Juan de Cabuérniga, ni del notario D. Saturnino, ni de pleitos, ni de nada. El pensamiento todo lo llenaba Justina, en cuyas quejas veia el síntoma profético de una de esas crísis que ponian la vida de aquella niña en peligro. Entónces se echó la culpa María Luisa de haber producido la enfermedad de Justina. El paseo de la mañana con una humedad tan grande en la atmósfera, las agitaciones de un largo dia de miedos y disgustos, el espectáculo de las lágrimas maternas, habian producido en Justina su efecto natural.

—Y se morirá—pensó con horror María.—Y yo tendré la culpa, y me ahogará el remordimiento.

—Mamá, ¿por qué te llamaba de tú D. Genaro?

Era una pregunta que á María Luisa le pareció un puñal.

—¡Duerme!—dijo.

Así se le dice á la conciencia: «Calla.» Pero la conciencia preguntó de nuevo:

—¿Por qué?

—Hija mia—respondió María Luisa incorporándose para mirar á Justina y quitándole la mano del rostro—porque hemos sido amigos cuando pequeños.....

—¿Cuando eras como yo?

—Sí.....

—Pues no me gusta.

—No seas boba.....

—No quiero que te llamen de tú..... porque me acuerdo de papá, que te llamaba de tú tambien.

—Pero escucha, mi bien..... No le digas á nadie que me llama de tú.

—¿Por qué?

—Porque..... ¡Ay, hija mia!..... Porque..... Tú no lo entenderias por más que te lo dijese..... ¿Quieres tú que te arranquen de mis brazos?

Justina se agitó entre las sábanas como un ave asustada.

—¡Mamá, mamá..... no!..... No quiero, no quiero..... Mira, si viene un juez á arrancarme de tus brazos, como esta tarde decia el notario..... despiértame! Yo me iré contigo..... ó me mataré.

—¡Tesoro de mi alma!—exclamó María Luisa, vertiendo nuevas lágrimas.—Bésame..... ¡Así!.....

—¡Un juez!..... ¡Será un hombre malo!

—No. ¿Por qué?

—Porque decia el notario que un juez es el que nos tenía que separar. ¿No es un juez el que coge á los ladrones?

—Sí.

—Pues eso está bien hecho. ¿Cómo, entónces, separa á las madres de los hijos?

—Tú no comprendes eso..... ni te hace falta..... Duerme.

—Y si viene D. Genaro..... llámame tambien.

—¡Qué ha de venir!..... ¿Estás loca?

—No estoy loca..... Sólo estoy asustada.

—¿Pero de qué, niña de mis ojos, prenda mia, de qué?

—¿No te lo he dicho?—exclamó Justina con el enojo y amargura que produce el no ser comprendido.—De todo. Del juez, del notario, del ingeniero, de todo.....

Cuando se durmió Justina, María Luisa descendió del lecho y se sentó en una silla cerca de él. Lloró, rezó, pensó, y cuando el dia vino, hallóla la luz nueva de hinojos y con la cabeza sumida entre las manos.

No dos, sino tres dias tardó el Ingeniero en volver á Casa-Arijona. Llegaba decidido á comunicar á su mujer sus pensamientos todos; su deseo de no asistir indiferente á las desventuras de su huéspeda; su propósito de emplear el prestigio de su condicion y amistades para tener á raya las demasías de aquella familia pleitista, miserable y odiosa, nido de alacranes en que habia caido una alondra. Pero Enriqueta estaba aquella noche séria, displicente y mal humorada.

—Ha llegado Roberto—dijo.

—¿Aquí?—preguntó D. Genaro con sorpresa.

—A Pamplona..... Y desde allí me ha escrito..... Vendrá pronto á vernos..... Trae muchos encargos de mi mamá para mí..... y para tí tambien.

Don Genaro creyó que era inoportuno hablar de María Luisa. Nada dijo, pues, de su encuentro con ella ni de las explicaciones que en su conversacion habian mediado. Aquella noche se encontró á su antigua amiga en el jardin, y la habló de *tú;* pero á otro dia, cuando estaba delante Enriqueta, puso buen cuidado en llamarla de *usted.*

---

## XIX.

### Pasan muchos dias.

La crísis que experimentó la salud de Justina apartó durante un largo mes la atencion de María Luisa de todo negocio, y ni una sola vez fué á Lugareda á enterarse de qué trámites seguia aquel hormiguero de pillerías tan bien trazadas por D. Saturnino Ceano y el tio Clavo. ¡Largo mes fué, sí! Mes sin noches, porque no se desnudó María Luisa ni se cerraron sus párpados. Mes sin dias, porque no vió en ellos el sol alegre de la vida sonreirle ni un solo instante. El notario vino alguna vez á advertirla los manejos de sus enemigos; á excitarla, para que saliese de su abatimiento é inaccion; á probarle con largas razones que si no andaba lista é iba á Pamplona, y buscaba influencias cerca de los magistrados, y si no se asia á buenas aldabas, tendria que verse perdida sin un pedazo de tierra sobre que caerse muerta. Pero al hablarla de «caerse muerta», María Luisa miraba con triste ternura á Justina, que escuchaba en su cama todas las palabras del depositario de la fe, y no podia dominar una lágrima que resbalaba por sus mejillas como una cuenta de cristal por una placa

de marfil. Desesperado se mostraba el notario al ver la indiferencia de María Luisa, para quien no habia otro peligro cierto por entónces que la dolencia de su hija.

Y dicen que pasó Febrero, y que Marzo pasó, y que llegó Abril. ¡Sol divino y fecundo, padre del amor, sé bien venido! Justina le saludó con una carcajada aquel dia en que, descorriendo el cortinaje de muselina del lecho materno, una banda de luz dorada se dibujó en la blanca ropa. No pudo dominarse la enferma cuando de tal suerte y con tan lucido cortejo de átomos vibrantes é inquietos de polvo dorado llegaba la salud á buscarla. Escurrióse de los almohadones que la rodeaban formando un como trono de la enfermedad; culebreó entre la ropa, y en el centro de la cama, donde la faja de sol caia, puso su cabeza. Deshechas las trenzas, ondeante el cabello, medio cerrados los párpados bajo el peso de la luz, suspirantes los labios, á que la nueva vida daba color; movible la delgada naricilla como el hociquillo de un precioso animalito; trasparente el cútis, que por sobre los pómulos adquiria leve matiz azulado, haciéndose visible el serpear de las venas..... aquella cabeza, envuelta y bañada por el sol de Abril, podia servir de asunto á una paleta como la de Manet ó Fortuny.

—Hoy me vestiré—dijo.

—Sí..... Luégo—contestó la madre.

—Zapatos nuevos..... delantal nuevo..... pendientes nuevos..... ¡Ni maja ni nada que voy á estar!..... Dame un beso..... Mira el sol..... ¿No puedes mirarle?..... Yo tampoco..... ¿Por qué no podrá una mirar al sol?..... ¿Ha subido doña Enriqueta?

—Sí..... preguntó por tí..... Despues de comer te esperará en el jardin.

—¿Iré al jardin?

—Irás al jardin.

—¿Y jugaré?..... Pero si ya se me habrá olvidado correr.

—Haces lo que los pájaros nuevos, que se tiran al aire..... y el aire mismo los enseña á volar.

—Bueno, eso es..... me soltaré en el aire..... á ver si corro.

—Tambien viene el padre Gallostra.

—¿Solo, ó con dulces?

—Bien sabes que el Padre nunca viene solo..... cuando viene á verte.

—¡Viva!.... ¡Viva!—gritó la niña palmoteando.

—Pero á las cinco te acostarás.

—Me acostaré.

—Pues arriba, mi alma..... Ponte derecha..... Persígnate..... pero bien..... Esa cruz se hace con más esmero..... sobre la frente..... porque te libre Dios de malos pensamientos.....

¿Y D. Genaro? ¿Qué habian sido sus proyectos de proteccion á María Luisa? Llevábalos aún en el pecho, pero sin realizarlos en mucho ni en poco. Más despacio, pensó las siguientes cosas: que no servirian de nada sus influencias en asunto de aquella naturaleza; que tal vez un interes, que él mismo no podia explicarse sin atri-

buirle abominable orígen, despertaria sospechas en Enriqueta, exponiendo por ende, sin provecho de nadie, su ventura; y pues que el pleito iba despacio por la natural lentitud de las negociaciones españolas, y María Luisa no se ocupaba de él poco ni mucho, dedujo que habrian desaparecido los peligros perentorios y terribles que en un principio la voz pública le atribuyó. Ademas de todas estas razones tenía otras para no pensar en endiablados pleitos en que nada le iba ni le venía. «No me ocuparé más de esa mujer. ¿Soy su hermano?..... ¿Soy algo *suyo?* Pues entónces, ¿qué obligacion ni qué deber tengo de exponerme por ella al naufragio de mi felicidad?» Genaro no era lo que en el lenguaje del mundo se llama «un carácter», en el sentido de que no tolerase dentro de su espíritu dudas y vacilaciones. ¡Estaba tan acostumbrado á dudar! ¡habíase detenido tantas veces ante ese dintel sombrío en que desfallece la razon humana! Era en esto tan hijo de su siglo, que cuando una nube invadia su alma, no tomaba á gran empeño el desvanecerla, por más que le enojasen las cosas turbias y poco precisas. Inquiria, buscaba, pero brevemente, y luégo dejaba dormir su conciencia sobre el haz de las sombras. Por más que se preguntó á sí mismo qué mezcla de alegría y de tristeza se apoderaba de su alma al ver ó al pensar en María Luisa, no se atrevió nunca hasta entónces á resolver si debiera llamarle «simpatía», «amor», «compasion», ó si habria que ponerle otro rotulillo más sutil de los que sirven para clasificar los sentimientos humanos en la especie de coleccion ontológica del psicólogo.

Habia llegado á fines de Marzo un primo lejano de Enriqueta, Mr. Roberto Helmont, ingeniero de la Compañía francesa concesionaria del ferro-carril directo á Beimiel, y encargado de trabajos de explanacion, bajo las órdenes de D. Genaro. Hospedóse, como era justo, en Casa-Arijona, y Enriqueta le dispuso un cuarto humilde, pero bonito, con sus colgaduras blancas en la reja, su lecho de hierro cubierto de colcha de lana, en que habia estampadas con tinta azul escenas de *Pablo y Virginia*, y su mesa de pino, claudicante y temblona—mesa de sistema nervioso tan desarrollado, que parecia haber servido á un poeta melenudo para escribir sobre ella un par de alforjas de dramas románticos.—Todo le pareció bien á Mr. Roberto, que, sentándose de golpe en el lecho, corriendo las cortinas en su varilla de hierro con gran arrastre de las anillas, moviendo la mesa y hurgando el reloj que completaba el mueblaje, decia muchas veces con infantil y ridícula risilla:

—*Original!..... Original!..... C'est drôle!*

Era un mancebo de linda presencia, pequeñito y delicado como una dama. Su enteco pecho, sus muñecas delgadas, su tez pálida, decian que Monsieur no andaba muy allá de salud. Tenía los ojos azules, poco expresivos, pero graciosos por su propia ingenuidad; la nariz correcta y breve, el labio desdeñoso y lo bastante grueso para que sirviendo de signo á un temperamento sensual, no quitase ni una sombra de beldad al conjunto. El pelo lo traia con melena y era rubio y propendiente á formar bucles detras de las orejas. Las gentes decian al verle: «¡Vea V. qué hombre tan bonito!» Hablaba con talen-

to; sabía insinuar las ideas más peligrosas; leia muchos libros de literatura, y su espíritu, un tanto plagado de la epidemia de sutileza, revelaba ese culto de la forma que arrebata al artista frívolo la llave de la verdad. El mundo, en cuyas manos habia andado mucho el lindo muñeco de marfil, le habia atusado, peinado y charolado, dejándole en el alma unas acerbas gotas de ese volterianismo práctico, que perfuma el trato superficial y envenena los sentimientos y los afectos hondos.

—Estás preciosa—dijo en frances á su prima.—En cambio, tu marido..... ¡qué ridículo!..... Es un Robinson Crusoe, al año de estar en su isla.

A veces la decia:

—¡Bien te aburrirás!..... No, no, no me lo niegues..... Eso se conoce en todo.

Su curiosidad no tenía límites, ni se paraba en las fronteras de la indiscrecion.

—¿Eres feliz?.... ¡Me parece que no!..... ¡Ese Genaro..... no vive en el mundo! ¡Está en Babia!..... No te has casado con un hombre..... sino con un compás matemático, que se clava en el plano de la vida y no sabe más que medir..... Y lo siento de véras..... ¡Qué dolor produce que una mujer espiritual como tú, preciosa como tú, y jóven ademas, pase por el jardin sin saber lo que son flores!

Le ponia malo la idea de pasar un dia entero solo en el campo. El caballo en que salia á ver las obras de Trempez más tenía de Rocinante que de Babieca, pero él decia al subir en sus flacos costados:

—¡Hé aquí mi potro!.....

—¡No es mal potro!—le hicieron notar.

—Sí, señor..... potro de tormento.

Cuatro mañanas de sol y cierzo le abrieron el cútis, y esto le desesperó grandemente.

—¡Maldito campo!..... ¡Muera el idilio! Nunca he comprendido á Virgilio cantando sublimidades de la selva.....

Quedábase, pues, en Casa-Arijona, miéntras Genaro apénas permanecia en ella sino durante la noche.

Una de ellas supo éste que Justina estaba peor y que María Luisa habia llorado mucho todo el dia. Cuando pasó el puente de Arroyo-Corambre, hallóse con el viejo Clavo, que venía en su jaca de Lugareda, y por él supo que el pleito de la viuda iba muy mal, y al darle esta noticia el gran Nepomuceno soltó una risilla de todos los diablos y le miró con impertinencia. Molestó á Genaro aquella risita y aquel aire de burla, que no se podia explicar, pero no se decidió á preguntar al viejo el por qué de una y otro.

—¿Sabrán que me intereso yo por la suerte de esa desgraciada?—se dijo.

Despues de cenar, miéntras su mujer jugaba al *écarté* con Roberto, salióse al jardin. Era una noche de Abril, tranquila y serena, sin nubes ni frio. Vertia la luna su luz cárdena por sobre el paisaje, aumentando la blancura del humo que echaba la torre de Doñana, y el brillo de las estrellas, que parpadeaban cual pupilas que de cuando en cuando hacen esfuerzos por fijarse en algo y lo contemplan atentas y curiosas. Oyó abrir la ventana del dormitorio de María Luisa, y vió sobre la sombra de

la estancia su perfil albo destacarse vagamente. Una suprema angustia se apoderó de Genaro.

—¡Bien está que no exponga mi dicha por ella!..... Pero cuidado con dejarme llevar del egoismo..... ¡Abandonarla á las inclemencias del cielo y de los hombres!..... ¡Eso sería una infamia!..... No, no.....

Dió un par de vueltas por entre los matorrales de boj y zarza que llenaban el área del jardin, y se detuvo á oir el quejido de una noria lejana y el cántico desapacible de un coro de sapos. Las cortinillas blancas de la ventana baja del comedor dejaban salir mucha luz, y en medio de la estancia se veian la cabeza de Enriqueta y sus manos sosteniendo los naipes. La mano derecha de Roberto se movia con viveza, como acompañando á una muy animada discusion.

—Subiré ahora—pensó Genaro.—¿Qué pensará de mí María Luisa?.... Creerá que soy un hombre cruel, sin entrañas, un grosero..... Porque lo más natural en este caso hubiera sido ir todos los dias á informarme del estado de salud de su hija.

Entró en el portal, subió la escalera, no sin echar una mirada á la puerta del comedor, y penetró en casa de María Luisa. Por primera vez se vió frente á frente con una dulce realidad, que él juzgaba desvanecida para siempre. Sus nervios vibraron con violencia; sintió gran frio en las sienes, fuego en los párpados, pesantez en el corazon. Nadie encontró en la sala, que estaba sin luz. Siguió avanzando y se halló en un gabinete amueblado con sillas antiguas de recio nogal. Una lamparilla nocturna lucia sobre una cómoda y envolvia en tibia clari-

dad la estancia. Habia allí mil detalles que hablaban de María Luisa : un pañuelo olvidado sobre una silla, un manton con que solia abrigar su gallarda persona, el piano que tanto tiempo llevaba sin voz, condenado á silencio. Una ola de dolorosas memorias invadió el pecho de Genaro. Quiso retroceder.

—¿A qué conduce todo esto? — pensó con ira. —No debí subir.

Temia, sin saber qué habia allí que pudiese inspirarle temor. Fué á volver hácia la puerta. Entónces la lamparilla chisporroteó, y su luz se ahogó y se encendió con crecientes y decrecientes llamaradas, haciendo subir hasta la mitad de las paredes la sombra que trazaba con su círculo de luz la boca de la vasija que la contenia. Apagóse, por fin, y quedó Genaro en la más completa oscuridad. Dió una vuelta sobre sí mismo y se desorientó. Ya no se acordó del lugar hácia donde caia la puerta. Adelantó sus manos en la oscuridad y palpó el aire. Oyó ruido cerca de sí. Era un vestido de mujer que rozaba el pavimento. La contrariedad de Genaro frisó en enojo contra sí mismo. Una voz sutil le decia al oido: «Ahí está; ésa es.»

—María—murmuró Genaro todo lo bajo que pudo.

Se escuchó un grito.

—Yo soy..... Genaro—añadió éste.

—¡Cómo..... tú..... usted!—exclamó María Luisa;—se ha apagado la lamparilla.

Huyó hácia la alcoba. Sí, huyó: aquello fué huir. Al poco rato volvió con una bujía en la mano.

—He sabido que Justina seguia mal — dijo procu-

rando serenar su acento el ingeniero—y he querido.....

—No está peor esta noche—repuso María.—Ahora duerme..... Pero es un sueño agitado..... Sus labios se mueven como si hablase bajito con álguien.

Genaro no sabía qué responder ni qué preguntar. Unas palabras eran desechadas en su mente por asaz frias; otras, por demasiado expresivas.

María Luisa tambien expresaba en su semblante la más viva inquietud.

—Hoy he sabido que tus enemigos no cejan—dijo por fin el ingeniero.

—¿No cejan?..... ¡Mira cómo está Justina!..... Lo demas nada me importa.

—Sin embargo—replicó Genaro, conmovido con aquel rasgo de amor maternal, que habia ennoblecido y santificado el rostro bello de María Luisa.—Sin embargo..... es preciso evitar que triunfen.

Hubo una pausa en el diálogo. Luégo se reanudó diciendo ella:

—Mira, yo no puedo ocultarte mis inquietudes..... Véte..... Déjame..... Si te vieran aquí.....

—¡Si me vieran aquí!—repitió con el más profundo asombro Genaro.—¡Si me vieran aquí!..... ¿Qué sucederia?

—¿Nada sabes, segun eso?

—Nada.

—¡Oh Dios mio!.... ¡No me perdonas ni la vergüenza de tener que repetir semejante infamia! Dicen.....

—¿Qué?..... acaba..... Me llenas de curiosidad.

—Los hermanos de mi marido quieren arrancarme

de los brazos á mi niña, á mi Justina..... porque suponen que..... ¡Vírgen Santísima, qué injuria!..... porque dicen que falto á la memoria de Bartolomé..... que deshonro su casa.....

—¡Que deshonras.....

—Sí.....

—¿Y quién.....

—¡Tú.....

Pronunciaban medias palabras, monosílabos, y se comprendian, sin embargo, por completo. La inocente complicidad de sus espíritus descifraba el misterio que su oscuro lenguaje parecia envolver. Él y ella pasaban como sobre ascuas sobre aquella idea, y uno á otro se ayudaban para salir pronto de ella. — Genaro meditó.

—¡Miserables!—dijo.

Y no pudiendo contener una explosion de ira, de lástima, de ódio, de amor, prosiguió de esta manera:

—No te conocen..... Tú eres un ángel; tú no puedes pecar..... Estás glorificada por tus desgracias, y en medio de ellas áun hay quien se atreve á profanarte..... Te han echado en un monton de zarzas, y viéndote entre ellas te arrojan barro..... ¡Dolores y vergüenza! Hé ahí el lote de fortuna que Dios te otorgó al nacer.

—Véte..... Ya lo has oido..... Tu compañía da la razon á mis enemigos.

—¿Y he de irme?..... Te quedarás sola, sin defensa..... ¡Yo te ampararé como pueda!.....

—No hagas tal..... Déjame. Acercarte á mí es denunciarme..... Querer protegerme es condenarme sin

remedio. Tu presencia echa una sombra sobre mí.

—¡Y la murmuracion logra convertir esa sombra en mancha!

Nuevamente callaron los dos. María Luisa se acercó de puntillas, inclinada la cabeza como para oir hácia la puerta del dormitorio donde descansaba Justina.

—Muchos dias he pensado en decirte lo que acabo de decirte..... Pero no me he atrevido..... Iba á suplicarte, por favor..... por lo que más quieras en el mundo..... que te marchases de mi casa..... que te fueses.....

—Eso sería peor..... Eso sería darles la razon..... Huir es temer..... ¿Qué tenemos que temer tú y yo de los deslenguados?..... Quien levanta la frente como tú no es culpable.

Pero María Luisa, á pesar de no ser culpable, bajó la frente, como bajo el peso de un remordimiento ó una duda.

—¡Es verdad!—dijo.

—Pero es que en este país—añadió Genaro con renovado furor—basta que un pillo diga una cosa para que los jueces le crean.

—¡Tienen pruebas!—exclamó ingenuamente María Luisa.

—¿Pruebas? ¿pruebas?..... ¿pruebas de qué?—exclamó Genaro como lelo.—¿Aquí se tienen pruebas de lo que se ha soñado?

Luégo cerró los labios con fuerza, temiendo que se le escapára su secreto en medio de su exaltacion.

—Quiero decir que tienen pruebas falsas para justificar sus invenciones miserables..... Mi cuñada Pazita, á

quien han sacado de mi casa, se ha dejado engañar..... Es de ellos..... ¡Tambien viene contra mí!—añadió María Luisa. — Mi cuñada Pazita declarará en falso si es preciso.....

—Pero ¡qué gente, Señor, qué gente!..... Te rodean las culebras, los alacranes, los bichos más repugnantes de la naturaleza!..... Es preciso sacarte de su poder.....

—¿Cómo?—preguntó María Luisa, miéntras su boca se contraia por leve sonrisa amarga.—Hay que dejar que las leyes se cumplan. Eso dice D. Saturnino el notario, que se toma mucho interes por mí.

—¡Las leyes!..... ¿toleran esas pilladas las leyes?

—Él dice que no..... pero yo..... yo veo que sí.

Iba á seguir hablando María Luisa, pero en la alcoba sonó un grito y la voz de Justina, que exclamaba con terror.

—¡Mamá, mamá!..... Vén..... ¡Ay qué miedo!..... ¡no te vayas!.....

—Adios, adios..... véte—dijo María.

Dejó al Ingeniero, que salia ya precipitadamente, cual un criminal sorprendido preparando un delito que áun no ejecutó totalmente. Si hubiese observado todos los ojos de las llaves colocados en las puertas por donde pasó, entónces habria podido ver en alguno una pupila escrutadora que le observaba. Era Enriqueta, que al abandonar aquel observatorio, ideado por los celos, oyó decir á su primo:

—¿Y ahora?..... ¿Dudas aún?

María Luisa habia en tanto volado al lado de Justina.

—Aquí estoy, mi vida—dijo á su hija.—¿Qué tienes?

La niña abrazó á su madre, miró alrededor del lecho con los ojos más espantados que jamas un ángel pudo tener, y balbuceó trémula y convulsa, como quien repite ideas concebidas durante el sueño :

—Soñé que te llevaba un hombre..... que me dejabas para siempre..... ¡ Qué horror ! ¡ Qué miedo!..... Mira..... mira..... que nunca salgas de mi cuarto cuando venga D. Genaro.

María Luisa se quedó horrorizada, muda, presa de loco dolor..... ¡Su hija, su hija tambien !

---

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

## XX.

### El túnel de Carriguedo.

El cura lo dispuso, defendiólo Enriqueta, pronunció en su apoyo Roberto un discurso que hizo reir á todos, y fué preciso aceptar la idea. Tratábase de una gira campestre al cerro de Carriguedo, donde los obreros acababan de abrir un túnel que debia poner en comunicacion dos llanuras. María Luisa se resistió á ser de la partida, pero el padre Gallostra se empeñó en que venciese sus tristezas y los acompañára. Ademas, el doctor Buendía fué de opinion de que la salud de Justina ganaria con aquel esparcimiento. No era, por otra parte, una diversion, sino un sencillo y honesto paseo, en que la amenidad de cielo y tierra constituirian el principal encanto de los expedicionarios.

—Justina beberá la salud en el aire de la primavera, mojado con el rocío de los helechos y perfumado con la respiracion fragante de los tomillares—dijo el médico.

Y el Cura, acercando sus labios al oido de María Luisa, añadió:

—¡Usted está triste!..... En el campo está Dios, que

alegra; Dios, que anima; Dios, que consuela y fortifica..... Venga V..... Yo, cuando me siento triste, me salgo á la cerca del Pilar-Mojado, me siento en aquel alto que hay en su promedio, y extendiendo mi mirada de izquierda á derecha, parece que saco á pasear mis penas, y vuelven al cuerpo como dormidas y tranquilas..... Venga usted al campo.

Fué preciso. Dieron las siete en el reloj de la torre, y ya hacía dos horas que el sol miraba aquel camino por donde iba la cabalgata. El padre Gallostra tenía un caballejo andarin, de sueltos remos y condicion mansa, con el cual solia ir á la caza de perdices. Se obstinó en conducir á Justina, y la pequeña amazona cabalgaba delante del Padre. A su lado, en una plácida y serenísima jumenta, María Luisa seguia, y detras, cerraban la marcha Don Genaro, Roberto y Enriqueta, los tres en sus caballos, y esta última gallardamente vestida de amazona, con su sombrero de paja negra encima de los dorados ojos, comparables á gotas de oro. Mas adelante, y con media hora de ventaja en el camino, Pacorro iba conduciendo en la mula de la huerta, no más pequeña que un dromedario, copiosa racion de vituallas en dos cestos tan grandes como serones, bien repletos de cuanto Dios crió para solaz y gusto de los humanos gaznates.

Enriqueta no era la Enriqueta que nosotros conocemos. Era una mujer desasosegada, en cuyo rostro á ratos dominaba la sombra y á ratos la luz. Imaginaos un mundo en el cual cada cinco minutos amanezca y cada cinco minutos caiga la noche, y comprenderéis bien el estado de su semblante. Miraba á María Luisa con im-

pertinente fijeza, deteniendo su caballo junto á ella. Luégo le fustigaba : adelantándose á todos, iba á ocultar una lágrima de rabiosos celos en el velo del sombrerete, y entónces el sol jugaba con aquella lágrima, como si fuese una partícula diamantina, un insecto de luz, preso en la red de una araña negra. Despues volvia á incorporarse á la cabalgata y exclamaba en frances :

— Roberto, corramos..... Desafio á tu caballo..... Este mio corre más..... mucho más.

Y Roberto, que no deseaba otra cosa, seguia la veloz carrera del caballo de Enriqueta, una viva jaca de la sierra, de no mala estampa, que un vecino habia alquilado para la gira. Por seguirles una vez Genaro tuvo la mala fortuna de que su recio caballo diera un paso en falso, y metiendo sus cascos en un hueco causado por las lluvias, arrojára al jinete, que fué rodando buen trecho por el campo. María Luisa dió un grito y detuvo la jumenta, tirando con todas sus fuerzas del ramal. Enriqueta y Roberto de nada se percataron, pues el galope de sus caballos les impidió oir el grito de María Luisa y las exclamaciones del padre Gallostra y Justina. Genaro se levantó del suelo sonriendo.

—¿Qué te has hecho?..... ¿Qué se ha hecho V.?— balbuceó María.

Púsose roja de pudor despues de haberse puesto pálida de miedo. Creyó primero que Genaro se habia matado, y luégo temió que el Cura hubiese escuchado sus palabras. «¡Si ha oido que le llamo de *tú*..... ¡qué vergüenza!»

—¿Un tropezon?—preguntó el Padre.

—Nada—repuso Genaro.—La mano izquierda me duele un poco.

—Veamos, hombre, veamos—dijo el padre Gallostra acercando su caballo al Ingeniero.

Le tocó la muñeca, y no advirtió síntoma de dislocacion. Genaro no habia dejado de sonreir, y su mirada, fija en María Luisa, enviaba hasta ella fulguraciones amorosas.

—Un pañuelo..... Yo le vendaré á V., que algo se me alcanza del arte de curar—dijo el Padre.

Bajó del caballo, puso á Justina en brazos de su madre, que la estrechó con fuerza, á la manera como el náufrago se abraza á la tabla salvadora.

—¿Tiene V. un pañuelo, Mariquita Luisa? preguntó el Cura.

María Luisa se quitó el que traia al cuello y le pasó á las manos del Padre.

—Eso es—añadió éste—estire V. el brazo..... ¿Duele?

—No es cosa.

Vendó fuertemente, haciendo toda la presion posible, y la muñeca de Genaro recibió sobre la piel el dulce calor del cuello de María Luisa que áun conservaba la seda. Corrióle por los nervios un estremecimiento, que suprimió durante algunos instantes el dolor de la lujacion. El caballo no podia moverse. Se habia torcido una pata y era imposible hacerle andar.

—¡Ahí te dejo!—exclamó el Ingeniero.

Siguió á María Luisa á pié. El Cura habló del suceso, buscando explicacion á la caida; pero ni Genaro ni María Luisa le escuchaban. Aquél llevaba la mano metida en la solapa del chaqueton, el sombrero calado hácia atras,

y debajo del ala la nublada frente, hacia adivinar el estado de sus ideas. Aunque María Luisa no era elegante, tenía sí ese encanto de la innata gracia, realzado por la hermosa plenitud de sus líneas. Genaro la contempló con arrobamiento. Aquel dia, sin saber por qué, su fuerza de voluntad, fatigada, dejaba obrar á otros impulsos. Era como el carcelero que, cansado de apretar con su hombro la puerta del encierro, vacila, se retira y deja salir el enjambre de furiosos prisioneros. Era como la mano que, incapaz de sostener por más tiempo la pesada piedra, la abandona á propia gravedad. ¡Qué bella le parecia! Su cabello dorado mate, dividido en dos alas, coronábase de la luz viva del sol. El pañuelo de seda negra, cubriendo el peinado y ajustando sus pliegues de toca judaica sobre la cabeza, realzaba con pintoresco contraste el claro matiz del pelo. Iba á cuerpo, y su corpiño de negro merino palpitaba debajo de la garganta con el anhelo de una respiracion fuerte. Llevaba sobre sus rodillas á Justina, y juntas, delante del rostro de ésta, las pálidas manos, tan finas y tan sutiles, de dedos tan agudos, que parecian un precioso juguete de marfil. Sus labios entreabiertos iban á exhalar un suspiro; sus párpados, que otra vez hemos comparado á hojas de rosa, abatíanse, como temiendo hallar frente otra mirada. En su interior no la llamó Genaro ideal esposa, amor de Dios, delicia del alma, lirio y paloma, ni ningun otro sutil requiebro místico de los que tan en moda se hallan. Llamóla sonrisa del espacio, luz de las luces, fuego escondido, fresco arroyo que va al mar y le endulza, calma de los sentidos y zozobra del corazon; y la comparó con la Vírgen María huyendo por Egipto en

la jumenta sagrada. Si algo de carnal deseo habia en su amor, disipóse en humo ante aquella plácida figura, como el benjuí puesto al fuego. Pero el amor se encendió más, y al sublimarse se agigantó, y al hacerse puro se hizo invencible.

Llegaron al túnel despues de las once de la mañana. Antes habian llegado Enriqueta y Roberto con los caballos muy fatigados y el rostro sudoso. Informáronse del accidente ocurrido, sin que Enriqueta manifestase gran susto del peligro corrido por su marido. Estaba séria, y sus palabras vibraban como flechas, buscando sitio donde herir. No podia ocultar más sus celos, su rabia, su ódio á María Luisa.

Los obreros saludaron á su Jefe, suspendiendo breves instantes la faena. Despues la ancha y negra boca del túnel se los fué tragando uno á uno, y sus zapapicos mordieron otra vez el granito y pedernal de la montaña agujereada. Sonaban como una dentadura de hierro mascando peladillas de arroyo, y al rozar los duros instrumentos con el sílex sacaban lágrimas de fuego, cometillas luminosas, minúsculas constelaciones, cuyo fulgor se distinguia entre las sombras del túnel. La vegetacion llegaba hasta la boca de éste, y algunos pinos se asomaban á él curioseando las entrañas de la madre tierra.

Para describir aquel lujo con que la primavera llegaba, fueran necesarios los colores del *acuarelista*. Poned aquí una línea verde ondeante y detras manchas negruzcas, redondas, proyectadas por los robles. Más allá, imaginaos que del suelo arrancan, por las caceras del agua, familias de culebras retorcidas en manojos : tal parecen

los mimbres y *leucorias*, cuyas ramas secas y filamentosas sacuden buenos latigazos al aire cuando éste pretende acariciarlos. Un encinar espeso domina la lejana altura, defendiéndose de la segur destructora. La tierra está llena de mil innominadas florecillas, que se mezclan en un cáos de colores y perfumes. Citaré en aquel congreso de Flora á las humildes campánulas blancas y azules, cada una de las cuales está habitada por una abeja; á los coros de minutisas, á las guirnaldas de clemátidas, á las compañías de carraspiques y á las escuadrillas de rojos berros navegando en los remansos de los arroyos. Estos compiten con la tierra en esplendor prolífico, pues engendran allí mil variedades de pequeñísimas hierbas, cuyos nombres llenarian un diccionario. En las partes secas, sobre los peñascos y en las umbrías, el invierno se ha dejado sus encajes de líquen y musgo, rojo oscuro éste, plateado y gris aquél. Forman la nota transitoria entre este matiz y el del floreciente follaje los troncos de los plátanos, del color del rayo de la luna ó del vientre de los peces del Mediterráneo. El matorral de lentiscos, gallombas, zarzas, guinderos nacientes y chaparros bajos entrelázase y se confunde. Las hojas tienen en aquel paño vegetal bien distintas formas : unas son redondas como monedas; otras, lanceoladas; agudas éstas, y de entre todas surgen tallos desnudos, agujas y zarcillos, que se enredan unos en otros como pámpanos de vid. El pincel paciente y luminoso de los flamencos podria reproducir estos detalles, no mi desmañada y tosca pluma.

María Luisa estaba hechizada. ¡Qué hermoso dia! ¡Qué divino panorama! ¡Qué esplendor y lujo en cielo

y tierra! Veia á su hija sonriente y alegre, y en su rostro animado encontraba un reflejo de aquel conjunto de suprahumanos regocijos.

Un mantel extendido sobre la hierba, y sobre él toda la máquina culinaria, señal fué de sentarse en torno, formando corro los paseantes. Comiendo se habló de muchas cosas indiferentes; pero á mediodia, despues de que el sol se empezó á cubrir de nubes, con la llegada de Dióscoro Ercilla, que venía á pié, sudando, jadeante y en la más ridícula figura que idear pudo el dios de la caricatura, la alegría se reprodujo á su costa. Las bromas que Roberto y el bien humorado Cura le dirigieron no fueron parte —con ser muy várias y chistosas—á sacar de su mudez á Enriqueta ni de su silencio contemplativo á María Luisa. Genaro sonreia tal cual vez, pero sus miradas iban inquietas desde su mujer á su amada.

—¡A pié!..... ¡La poesía á pié!..... ¡Qué horrible desacato á las musas!—dijo Roberto.—¡Beba V. ese trago de ambrosía!

El padre Gallostra propuso luégo al poeta que decidiese qué pájaro era el más bello de la naturaleza. Sin vacilar repuso el poeta :

—Es el cisne.

—Es la alondra—dijo el Padre.—¿Usted no se acuerda de aquello que el gran poeta Melendez, paisano mio, dijo de ella?

«Tú cantas, avecilla,
Y en quiebros agradables,
Del júbilo en que hierves
Pareces darnos parte.»

—¡Melendez!..... ¡Buen poeta está Melendez!—exclamó Dióscoro ahuecando á la par su voz y su melena. —Es un ramplon, un coplero frio y sin pizca de númen. Los contemporáneos de V. eran pésimos poetas..... ¡Melendez, el Conde de Noroña, Sanchez Barbero, Cadalso!..... Pues ¿dónde me deja V. á Forner, que cantó á *un caballo del Excmo. Sr. Príncipe de la Paz?* Oigan ustedes lo que le dice el vate al bruto:

«Y tú, engreido con el peso amable
Del que ambos mundos á su rienda ajusta,
No sólo le obedeces, mas le adoras.»

¡Un caballo engreido de llevar á un indecente tirano, que entra en Palacio por la puerta de la alcoba! Nuestros ideales son más grandes, más altos, más sublimes.....

Decia «*nuestros*» pensando en Víctor Hugo y en sí propio.

Enriqueta apénas abria la boca, ni para comer, ni para hablar. ¡Qué hipócrita le parecia la placidez virtuosa que expresaba el rostro de María Luisa! ¡Qué miserable la conducta de su marido! Várias veces tuvo que volver el rostro para que Genaro no descubriese en ella signos de aquella rabiosa tempestad, cuyas espumas en lágrimas calientes salpicaban á sus pupilas. Genaro tambien estaba preso de zozobra. La atmósfera tenía emanaciones de electricidad. Allí iba á pasar algo..... Pero alrededor de aquel secreto drama la insignificante conversacion seguia alimentada por el Cura, Roberto y Dióscoro.

—Recite V. una poesía suya—pidió Roberto con sorna malévola.

—¿Usted conoce á Víctor Hugo?—le preguntó, ántes de acceder, el poeta.

—Sí, le he visto una noche en el teatro Frances.

—¡Oh! ¿Y cómo quiere V. que yo recite versos delante de una persona que ha visto á Víctor Hugo?

Mas insistieron y él se decidió. Púsose en pié, descubierta la cabeza, y empezó á declamar un insípido retazo semi-clásico, semi-romántico, en el que de lo malo de ambas escuelas habia recolectado lo peor. Llamaba á la luna «pálida Diana», al sol, «ruboroso astro febeo», y habia mucho de «Palas tronante y rigurosa y fiera», con lo de «rey del orco horrendo», y cada onomatopeya, que sonaba como una pedrea: metáforas traidas del cabello, rasgos románticos absurdos, y todo lo demas de «lúgubre capuz», «estertoroso hiato», «fúnebre concurrencia de blandones», con un flujo disparatado y pedantesco de poner nombres imposibles á las más imposibles necedades.

—¡Bien, divino!—dijo el burlon Roberto.—Pero tráigame V. un diccionario mitológico y luégo me conmoveré..... ¡Hombre, Víctor Hugo no hace esas cosas! Sea V. sencillo si desea que le entiendan..... ¿Usted quiere ser académico?

Dióscoro defendió su sistema artístico, citando media biblioteca de autores de esos cuyos nombres no suenan sino cuando se quiere defender un absurdo. Luégo se calló, enojado de la desaprobacion que obtuvieron sus versos. *Genus irritabile vatum!*

Alzado el mantel, el Cura propuso un paseo.

—Cogerémos violetas..... ya las hay..... Y á Justina la tengo prometido un nido de colorines.

Era un santo aquel anciano, en el cual la vejez tenía una sonrisa infantil por careta. Carecia de talento, pero no de buen sentido. Practicaba el bien por instinto. La moral tiene su ley de gravedad, la cual no sujeta á todos los hombres, por desgracia, pero sí al padre Gallostra.

La lluvia aguó el paseo poco despues de comenzado, y fué preciso refugiarse en el túnel. Gruesas gotas caian violentas, rápidas, sonoras. Dentro del túnel negro y largo los rumores de la lluvia y el viento adquirian resonancia musical. La lluvia era allí artista. Sonaban las gotas con timbre cristalino, con redoble sordo, como piar de pájaros, como hervir de líquido puesto al fuego; y el aire cortaba, cual un compas de batuta diestra, sus ecos, midiéndolos, empujando unos sobre otros, haciendo flotar las notas agudas sobre las notas graves. Las emanaciones de la tierra húmeda invadian la atmósfera del túnel, produciendo en el pecho de María Luisa un dulcísimo efecto, que se comunicaba á sus nervios, haciendo correr por ellos sensaciones nunca experimentadas. En medio de sus desgracias se sentia feliz en aquella paz del campo, como parece dulce el agua del mar despues de larga sed que abrasó las fauces. Aquel dia, sin que su pobre y humilde inteligencia pudiese precisar el orígen de sus arrebatos no expresados de gozo íntimo, parecíale que iba á acabar muy pronto y muy mal, por ser ménos negro que los otros.

Los obreros pusieron en el túnel pedazos de piedras cubiertas con sus mantas para que se sentáran señoras y caballeros. El agua, que rebotaba en el arenoso pi-

so, hizo á unos y otros retirarse á la mitad del túnel, y allí permanecieron en profunda sombra, sólo interrumpida por la lumbre de los cigarros, que simulaban un enjambre de luciérnagas trepando por el muro. Al fin del túnel se divisaba otra vez la luz por el agujero, disminuido con la distancia hasta confundirse con el lente de un telescopio. Las dos llanuras, interrumpidas y separadas por la horadada montaña, se reunian allí, celebrando en aquel profundo seno de la tierra cita de amor misterioso. Eran una alegoría de la humanidad, divorciada de sí misma por las preocupaciones y vuelta á fundir en una gran familia por la civilizacion.

Genaro paseó hasta el hueco lejano, y en él su cuerpo, interpuesto entre los paseantes y la luz, diseñaba un extraño sombrajo, que causó mucho terror á Justina.

—¡Ay, mamá!—dijo apretándose contra el seno de ésta.—Ese mismo figuron es el que vi la otra noche en sueños, cuando me desperté sobresaltada pensando que te habias ido para siempre.

—¡Calla! ¡no digas sandeces!..... ¡No sueñes despierta!

—Esta criatura—observó sentenciosamente el padre Gallostra—es como el cigarro del pobre: mucho papel y poco tabaco. Más alma que cuerpo.

—Es un alma..... y unos ojos—añadió Genaro, que todo lo habia oido.

—Yo me ahogo aquí—exclamó Enriqueta.—¿Quieres que corramos otro poco?—preguntó á su primo.

A pesar de que la lluvia seguia cayendo, él dijo que sí, y María Luisa les vió alejarse con horror. ¡Con horror,

sí! Con horror, porque habia sorprendido momentos ántes la última prueba de una felonía que sospechaba. Roberto habia besado á Enriqueta una y otra vez ambas manos. ¡Qué vergüenza! ¡Allí, en presencia de su marido, en presencia del señor Cura, en presencia de un ángel! Sin duda alguna Roberto y Enriqueta faltaban de la manera más inicua al honrado, al nobilísimo, al más generoso y caballero de todos los hombres. Era tirar el último resto del pudor, insultando con su desvergüenza á Dios y á las criaturas.

Preciso será decir que una noche de las que más gravedad ofreció la dolencia de Justina, María Luisa se habia asomado á la reja del gabinete, y habia oido que en la ventana inferior de la planta baja conversaban quedo dos personas. Cuchicheaban con prudente sigilo, pero la calma del ambiente delataba muchas frases. María oyó la voz de Roberto, que decia á Enriqueta: — «Yo te amo más que él; él no te ama; él ama á.....» — Y el viento se habia llevado la última palabra, que María Luisa creyó ingenuamente de más interes haber cogido al vuelo. Oyó de nuevo con redoblada atencion, y entónces distinguió la voz de Enriqueta, que replicaba:—«Déjame. Tú no me amas, cuando te atreves á injuriarme suponiendo.....»—El viento se llevó otras cuantas palabras.—«Eso que dices de Genaro no es cierto. Es una infamia. Quieres engañarme.....» — Nueva interrupcion del viento. Cuando se pudo oir de nuevo el diálogo, los dos interlocutores hablaban en frances. Enriqueta lloraba. Es de notar que Enriqueta, por amor á su marido, habia desterrado de su linda boca el idioma de *Eugenia*

*Grandet.* El volver á hablarle en aquel momento fué diputado por María Luisa como un signo elocuente de que ganaba terreno en su espíritu la idea de que Genaro no la queria. Pero esta creencia no bastó á encender en María Luisa sospechas contra la entereza del honor de Enriqueta. Tuvo vergüenza de sí misma, horror de la injuria que se le imputaba; porque no dudó ni un momento que aquella mujer á quien Roberto suponia que amaba Genaro era ella. Y juntamente una alegría infinita y un miedo pavoroso nacieron en su alma. Viéndose unida por el lazo de una calumnia á aquel hombre, su espíritu se estremeció. ¡Qué dicha! El mundo los ataba con el único lazo que no se rompe nunca: el lazo del crímen. Pero al mismo tiempo, ¡qué vergüenza! ¡qué vileza! ¡qué ignominia más grande! ¡verse señalada por la opinion como una mujer indigna!..... Aquella calumnia, promovida por una familia innoble de pleitistas, habia prendido el fuego del deshónor en la estopa seca de la maledicencia pública. Ya habia devorado un domingo en la iglesia ese fruto envenenado del desprecio; ya habia sentido el rescoldo del pudor ofendido sobre sus suaves mejillas bajo una mirada preñada de horrores y suposiciones afrentosas. ¡Cubrir de deshonor á su hija! ¿Hay mayor crímen? Ella se acusaba de sus sentimientos despertados por las hablillas del vulgo, por las persecuciones de sus cuñados. Habíase visto abandonada de todos, insultada por la misma ley, que admitia y amparaba las mentidas aseveraciones de una demanda trazada con vil arte, y dentro de su alma habia acariciado la idea de encontrar amparo, cariño, calor, compasion..... ¿por qué no

amor? en aquel hombre á quien la encadenaban con los eslabones hechos ascua de una miserable calumnia.

Pero que ella se condenase á sí misma no quitaba un grado de infamia á la de la conducta de Enriqueta y Roberto. Cuando los vió galopar por la llanura, cuando el flotante vestido negro de Enriqueta se perdió en una revuelta del follaje, experimentó deseo de llamar á Genaro y decirle lo que ella sabía. «Es ser cómplice de un crímen el ocultar á este hombre lo que pasa»—pensó. Pero no se atrevió á referirle lo que habia visto. Parecia que Roberto y Enriqueta se llevaban el crímen y que ella se quedaba con el remordimiento. Su inquietud fué horrible. No pudo contener su llanto, y le ocultó detras de la cabeza de su hija, cuyos lacios y sedosos cabellos se humedecieron de lágrimas.

Al regresar á Casa-Arijona, ya puesto el sol y sosegado el cielo, María Luisa vió cerca del pueblo un hombre alto, vestido con lujo excesivo, pero sin gusto, que llevaba de la mano una niña. Esta traia cubierta la cabeza de un ancho sombrero de paja, con cintas azules, que pendian sobre la espalda. El padre Gallostra se acercó á María Luisa y le dijo al oido:

—¿Ha visto usted?..... Es D. Patricio..... Esa..... esa es su hija.

María Luisa les habia visto tan de cerca, que él y la ciega tuvieron que detenerse para dejar paso á la cabalgata. Miró su rostro y descubrió en él una sonrisa de amenaza. Creyó que sus temores, sus miedos sin causa, sus remordimientos sin culpa habian tomado cuerpo y forma visibles. Estaban allí, delante de ella, en aquel

grupo borroso que formaban D. Patricio y Petrilla, y cuyas siluetas vagamente esclarecia la luz rojiza de un sol medio hundido entre nubes sangrientas.

Cuando llegó á Casa-Arijona se encerró con Justina, rezó de hinojos ante el cuadro de la Vírgen y derramó muchas lágrimas. La niña, llena de espanto por tan extremadas muestras de dolor, no se atrevió á interrumpirla; vestida y todo, de rodillas, junto al sofá, fué quedándose dormida, y sus labios, contraidos por triste pucherillo, llevaron al palacio fantástico del sueño todo el llanto que debian haber vertido sus ojos en el mundo de los vivos. Por primera vez María Luisa se habia olvidado de su hija en un arrebato de dolor. Acostóla sin despertarla; besó tres veces su frente, sus labios, sus manecitas cruzadas como las de un niño muerto. Luégo quiso cerrar las maderas de la ventana, por las que la luz de la luna entraba en inundacion de resplandores cárdenos, y al ir á poner su mano en la falleba..... retrocedió horrorizada. Habia creido ver allí léjos, donde el campo libre empieza, á todos los hermanos de su marido amenazándola con los puños cerrados y la actitud colérica.

---

## XXI.

### Como San Anton.

Estaba Genaro asustado de los progresos que el amor á María Luisa habia hecho dentro de su alma en un dia. Quiso arrancar de raíz aquel arbolillo que le retoñaba en el corazon. Púsole el pié encima; pero el arbusto seguia prosperando.

—Puesto que su vista es la que me fascina, no la veré.

A otro dia salió de madrugada en su caballo y decidió no poner los piés en Arijona en muchos dias. Tan preocupado iba, que ni advirtió en los párpados de Enriqueta señales de llanto, ni en su despedida evidente frialdad.

—Iré mirando al sol, y no volveré mi rostro para mirar aquella ventana á que María Luisa suele asomarse.

Y como si pretendiera imponerse con la rigidez de los músculos el sacrificio de una última mirada, asentó la cabeza sobre el pecho y apretó el cuello en los hombros. Pero parecia que una fibra pendiente de sus ojos se le quedaba atras, y cuanto más andaba, con más violencia le tiraba de ella el recuerdo de la indebidamente amada mujer. No pudo, no pudo vencerse, y tornó el rostro al

sol. ¿Dónde estaba para él el sol? En aquella ventana estrecha y larga, de quicio y marco negros, en cuyo centro una cabellera rubia se encontraba, refulgiendo bajo la luz del renaciente dia.

Luégo espoleó al caballo y huyó con rumbo á los terraplenes de Trempez. Una vez en ellos, comenzó la más necia y disparatada existencia que místico enamorado siguió para vencer rebeldes, infernales instintos, pecaminosas pasiones y carnales arrebatos.

Horas enteras vagaba solo por los campos, y suelta sobre el cuello del caballo la brida, libre de la atencion que roba á la vida interna el trabajo de la marcha á pié, dejaba vagar su pensamiento por un espacio ilimitado, lleno de luz y colores. No conseguia refrenar sus anhelos. Se ahogaba teniendo ante sus labios el aire perfumado, bueno para la vida y grato para el aliento. Sobre aquella pendiente donde el sol sonreia dorando las entradas de un dulce abismo, á que por irresistible iman sentíase llamado, escuchaba invocaciones misteriosas: «¡María, María, María!» Sonaba este nombre en sus oidos, y las trémulas hojas de los álamos, al agitarse, presentando alternativamente su carita oscura y su carita blanca, añadian á la sugestion amorosa el encanto de mil rumores, cada uno de los cuales hallaba expresion en el alma de Genaro. — «Te ama» — decia un eco.— «Es tuya» — decia otro. — «Tómala» — añadia un arroyo que venía á besar los cascos del caballo, trayendo en su cristal reverberaciones fulmíneas del sol poniente.

Genaro detenia el caballo. Este olfateaba el aire, que venía cargado de humedad y embriagadoras punzantes

emanaciones odoríferas. El jinete descendia á tierra, y dejando en libertad al noble bruto, echábase sobre la hierba. Puesta la cabeza entre las manos é hincados los codos en el césped, permanecia horas enteras mirando el pequeño mundo de lo microscópico, aquellos bosques de tallos dorados y verdes, aterciopelados unos y ásperos otros, cuál rígido á modo de alambre, estotro blando, suave y temblon. Habia allí tal cantidad de mariposas amarillas, que cuando Genaro se tendia sobre la espalda y, apoyada la cabeza en el tronco de un almez, miraba el cielo, nubes de ellas, movibles y vibrantes, pasaban entre la curva azul y sus ojos.

No era propio de un señor ingeniero, ni de un hombre respetable, ni de una persona formal, vida tan ridículamente contemplativa; pero la verdad ante todo, y áun cuando nuestro amigo Insausti decaiga en la consideracion del lector, no ocultarémos ninguna de sus acciones, que álguien diputará extravagancias risibles.

A veces arrancaba un puñado de hierba, pasaba revista á cuanto contenia, y con distraccion infantil veia salir por entre los dedos que oprimian el menudo follaje una hormiga roja, un gorgojo azul ó una mariquita de San Antonio, que al detener su redondo cuerpo bajo el fino vello de las falanges, parecia un lunar de la piel. Contemplaba con silenciosa curiosidad la labor colectiva de un enjambre de hormigas. Pero preferia contemplar el cielo, beber con las pupilas sedientas de luz en el océano de colores que desde el confin curvo del horizonte subia en irisada marea hasta donde resplandecia el sol; prestar oido al concierto armonioso del hombre y la naturaleza,

distinguiendo y clasificando sus rumores, como un músico clasifica las notas de la sinfonía que escucha. Era la campanilla de una res vacuna la que servia de dominante á todo el monólogo de los campos dormidos. Despues, una banda de chovas cruzaba por lo más alto del cielo, y ya parecian constelacion errante de estrellas negras, ya nube de piedras cayendo de un planeta volcánico, y su chilladiza, que tiene mucho del cuarreo de la rana, podia hacer acudir á la mente la idea de que iban partiendo nueces y arrojando las cáscaras al suelo.

Una tarde estuvo con los ojos cerrados mucho tiempo; tanto, que al abrirlos se vió rodeado de sombras. Habia muy de prisa caido la noche, y su sorpresa fué grande al mirar en la negra techumbre las estrellas, que vertian su luz suave, de donde fluye la poesía.

El Guadimiel corre á la derecha, y hácia sus márgenes corre Genaro muchas mañanas ansioso de respirar los efluvios del agua. Las hierbas van creciendo conforme más se acercan al rio, y en sus mismas orillas hay tantos llanteles, juncias, mimbreras y espadañas, que es preciso abrirse calle con ambas manos, desgarrando aquel velo de verdes hilos, que encubren los secretos de ondinas, nereidas y demas gente mitológico-fluvial, en quien no cree ni pizca el ingeniero, á pesar de sus extravíos paganos y panteistas. Los sauces tienen metidas sus más largas ramas en la corriente, é inclinados sobre ella parecen sofocados caminantes que se detienen junto al rio y humedecen en él sus manos jugando con el agua y haciéndola saltar. Plantas acuáticas, el *goemon* entre otras, agitan bajo el fugaz espejo sus verdes cabelleras,

y la corriente las dilata ó las encoge con su peine de cristal, ora rizándolas, ora distendiéndolas, ya partiendo sus hebras y poniendo un arco íris en cada una, bien juntándolas en un haz, con evidentes intenciones de trenzarlas.

Jamas pudo imaginar Genaro lo que fuese la primavera, ese despertar de un sueño, esa aurora despues de la noche invernal. Y entónces la veia, no ya en abstracta idea mal encerrada dentro de vagas líneas, sino con forma casi humana, como una mujer hermosísima que venía á ponerle sus manos luminosas sobre los labios, y á besar sus párpados miéntras dormia. Despertaba con el alba y sentia bajo su cuerpo los estremecimientos de la tierra, por la que sus nervios excitados creian percibir la circulacion de los vitales humores. Iba luégo saliendo el sol, y todo adquiria colores nuevos. El valle de Trempez tenía fosforescencias cambiantes y simulaba una grandísima tela de tisú agitada bajo la luz meridiana. Vivia la tierra como un pecho enamorado. A veces, llévado de su alucinacion, iba Genaro á poner su mano entre la hierba, pensando palpar debajo las palpitaciones de un corazon enorme. Queria tomar posesion de aquellos efluvios amorosos de naturaleza, de toda hermosura de cielo y campo, de aromas y colores, de luz y armonía, del sol y del arroyo, y pretendiendo abarcarlo en inmenso abrazo material, como su mirada lo abarcaba al pasearse de oriente á occidente, ya imaginaba conseguirlo alzándose sobre una eminencia del terreno, ya estrechando un manojo de flores y llevándose sus cálices rotos entre los dedos. ¡Siempre se

le escapaba algo, y ese algo era lo que ansiaba poseer!

Pero no era todo apacible y dulce en esta vida, porque de improviso le acometian desprecios de sí mismo, y al hallarse vagabundo, inactivo, pueril, más que pueril, afeminado, sin el dominio de la razon en impulsos y deseos, sin el gobernalle del buen sentido guiando las locuras de la imaginacion, se incorporaba, daba un silbido al caballo, que, asustado, erguia bruscamente la cabeza y las orejas, montábale con presteza, hundia las espuelas, y corria en desesperada carrera, viendo pasar á su lado los álamos como un ejército en retirada, hasta que, sudosa la bestia y él molido, daban en los terraplenes, donde se encerraba en la tienda á dibujar y escribir. Su mano agitada no hallaba los signos ni el aplomo de las líneas rectas, y dibujo, lo mismo que escritura, incorrectos, bruscos, desfigurados é incomprensibles, parecian la taquigrafía absurda de sus pasiones violentadas. Escenas puramente idílicas embelesaban su ánimo, llevándole por distintos caminos al recuerdo de María Luisa. Se sentia enternecido, confuso, anhelante de llorar, y su corazon le pesaba como si de plomo fuese, y parecia tener dentro del pecho una gran angustia y falta de aire, y cada noche de desvelo añadia nuevos grados de amargura á la copa de sus enojos, y cada amanecer era más triste.

Una cosa pudo observar Genaro en aquellos dias de soledad errante, en que tuvo tanto espacio para examinarse interiormente, y fué, que todo el espectáculo que devoraban sus ojos, todos los rumores que llegaban á sus oidos, todas las sensaciones que despertaban sus nervios,

armonizándose en una misma idea, parecian corresponder siempre á ella. Así, si las cavilaciones de la noche fueron penosas, el sol le parecia, al salir, más oscuro, ó tan vivaz, que ofendia las pupilas, arrebatando por su propia violencia todo el encanto al paisaje; el aire asaz húmedo; la espesura y laceria de matorrales y lentiscos demasiado molesta, y todas las zarzas venian á herirle las manos, y todos los cardos y espinas á penetrar con sus uñas afiladas la pana del pantalon de campo.

—No está fuera de mí el remedio de mis culpas—pensaba entónces Genaro.—Viendo este gran panorama de Trempez me siento morir de pena, á pesar de ser él la misma alegría..... Dentro, dentro del alma es donde hay que mirar y curar.

---

## XXII.

### Batalla perdida por un ángel en defensa de dos.

—¡Es la segunda!—dijo Clavo á D. Patricio, poniéndole delante de los ojos un papelillo azul.

—¿Y no la pagan?—preguntó con ansiedad Güemes.

—¡No la pagan!..... Esto es atroz. Mire V., D. Patricio..... mis intereses se van resintiendo..... Yo no puedo esperar más tiempo..... Pero ¡á qué extremos conduce el caprichoso sino! ¡Qué burlas hace! Eso de que yo..... yo..... yo (al decir «yo», se señalaba á sí mismo con el dedo) tenga que prestarle dinero á V..... á V.....

—Pero esas dos letras protestadas no lo han sido por culpa mia. Usted me dijo que tenía relaciones comerciales con la casa *Love and Co.*

—Cierto.

—Que le sería grato y útil servirme de corresponsal con ella, aceptando letras mias contra esa casa, en cobro de las cantidades que al desembarcar desquité allí.

—Muy cierto.

—Que V. se gana un buen tanto por ciento de comision.

—¡Cáscaras!..... Pues es claro.

—Bueno, pues ya cobrará usted.

—Ya cobraré..... ¿Y cuándo?

Clavo miró con ojos de ódio al Americano, y se cruzó de brazos al oirle, como hombre cargado de razon, que no necesita defensa de sus opiniones, en actitud de martirio injusto. Luégo descruzó sus delgados brazos, como se deshace el nudo de una soga, y exclamó :

—No, señor D. Patricio, poco á poco. «Una cosa es la amistad, y el negocio es otra cosa.» Usted puede derrochar su dinero, meter las manos en un saco de oro, desparramarlo sobre las gentes..... sobre las gentes..... Pero el dinero ajeno..... el dinero ajeno..... no es de usted..... y mi dinero es una cosa muy santa, muy sagrada.

Levantó la cabeza al cielo, comparando mentalmente la santidad de su dinero con la santidad de Dios.

—El hecho—continuó despues, dando salida á uno de los muchos pensamientos de indignacion que le hervian en el cuerpo.—El hecho es que la casa esa *Love*..... ó como se diga, ha suspendido sus pagos.

—No lo creo.

—Pues yo sí lo creo..... Y en ese caso, V. se habrá quedado sin un cuarto.

—¡Es imposible!

—¡Torres más altas he visto yo caerse!

—Pero V. ¿qué datos tiene?.....

—Primer dato,—dijo Clavo contando por los dedos : —No haber pagado la primera letra de 6.000 reales. Segundo dato: no haber pagado la segunda letra de 20.000 reales..... Total : dos datos que valen 26.000 reales mios,

esto es, más que todos los datos que en contra se puedan presentar.

Don Patricio Güemes se hallaba en el comedor de su casa, sentado junto á la mesa, cargando de tabaco frances una pipa que representaba una cabeza de negro con un sombrero calañés puesto de medio lado: el negro echaba el humo por los ojos y recibia el tabaco en la copa del sombrero. Clavo en pié, con el suyo puesto, lo cual era extraño en la fina cortesía que acostumbraba emplear con el Americano, apoyaba ambos puños en el hule de la mesa. Petrilla, no léjos del balcon, prestaba atento oido á cuanto decian su padre y su padrastro.

—Usted tiene demasiada desconfianza, ¡rediablo!—gritó Güemes.—Yo no creo que la casa *Love and Co.* haya suspendido sus pagos..... Pero áun así..... su deuda de V. quedará zanjada prontamente.

Clavo no se andaba por las ramas; así fué que preguntó:

—¿Tiene V. ahí 26.0000 reales?

—¡Hombre! No.

—Pues no veo modo de cobrar.

Güemes habia tratado de tranquilizar al viejo, pero entónces necesitó tranquilizarse á sí propio. La idea de que la casa de Cádiz, donde tenía depositada su fortuna, hubiese quebrado, por absurda que le pareciera, podria ser verdad. Y entónces, ¡pobre Petrilla! ¿Estaria condenada aquella ciega á ser una mendiga? Sintió un grande ahogo y mucha pena. Pero su deseo mandó á su razon recoger ideas en contra de tal fracaso. Creia que alejando sus temores alejaba el peligro.

De repente Clavo dulcificó su airado rostro de dragon tísico, quitóse el sombrero, rascóse la amarilla y estrecha cholla, buscando traje decente para un pensamiento procaz. Por fin pareció encontrarle, y vistiéndole prontamente, dijo:

—Si V. quiere.....

—¿Qué?—preguntó Güemes aplicando al sombrero del negrito una cerilla y chupando con brío hasta encender el tabaco.

—Si V. quiere ayudarme á buscar un medio de cohonestar sus intereses y los mios..... Quiero decir, que usted tiene seguridad de que la casa *Love* no haya quebrado. Pues yo no la tengo. Usted tiene seguridad de que su fortuna no se ha perdido; pues bueno. Usted, para tranquilizarme á mí..... me hipoteca esta casa que yo le vendí y que V. me ha pagado ya totalmente.

—¿Está V. loco?—murmuró Güemes echando por la nariz abundante columna de humo.

—No. Es una prueba de cordura, por el contrario, lo que yo digo..... Págueme V., si no, en seguida.

—¡Me hace V. reir!..... Usted piensa que yo soy algun pobreton, y me trata como á tal.

De nuevo se puso el sombrero el avaro, y dejó de mirar con ojos dulzones. Echó unas gotas de ácido en su lenguaje y dijo:

—Pues, amigo, yo no puedo esperar más tiempo..... He celebrado un contrato con sus hermanos de V., que me obliga á entregarles cierta suma..... Tengo que pagar la contribucion..... Necesito dinero..... Vea V. modo de pagarme.

—Hoy mismo escribiré al banquero de Cádiz.

—No le contestará á usted.

—¿Cómo?

—Pitando se ha ido á América. Usted trajo de allí su fortuna. Pues allí se la ha vuelto á llevar el banquero.

—Pero ¿es posible?

—¡Toma! ¡Y tan posible! ¿Cree V. que yo hablo á humo de pajas?

Don Patricio se revolvió en su asiento, y dejó en la mesa la pipa, que siguió humeando sobre el hule por los ojos del negro.

—¡Carastólis! ¡Rediablo! Usted miente—gritó.

—¡Rediablo! ¡Carastólis! No, señor. Y porque no miento y sé lo que me hago, venía decidido á pedir á usted una hipoteca sobre esta casa, y á excitarle para que se active el pleito contra la viuda..... Porque se lo participo: si V. no gana ese pleito y no recobra los bienes que detenta doña Mariquita..... tendrá V. que ponerse á ganar el pan con el sudor de su frente..... Está V. más pobre que cuando se fué.

—¡Demonio! Usted se bromea.

—¡Incrédulo de los diablos!..... Le digo á V. que no. Le repito á V. que no..... Piénselo V. despacio..... Yo me voy á por el notario Ceano para que esta noche me firme V. el documento.

—¡Hombre! Usted abusa de mí.

—No hay abuso. No hay nada más que un derecho que me asiste.

Sin despedirse ni dar lugar á réplicas, alejóse Clavo mal humorado y rabioso, y cuando hubo desaparecido,

como toro picado de tábano, Petrilla se levantó, y acercándose á tientas á su padre, dijo:

—Padre..... no te importe el que seamos pobres..... Ahora es cuando empiezo á quererte..... Si no tuvieras ni una hilacha..... ¿ves tú lo que es una hilacha?..... pues si no tuvieras lo que se llama una hilacha, entónces sí que estaria yo segura de que eres mi padre.

Abrumado bajo el peso de la noticia que le habia disparado Clavo, quedó largo rato Güemes sin saber qué resolucion tomar. Su frente, llena de arrugas precoces, adquirió en aquel instante tres dobleces más, que nunca habian ya de borrarse. Mucho rato estuvo escuchando la voz delgadilla de su hija, que le sonaba como una caricia, pero sin entenderla ni prestar atencion á lo que decia.

—Padrecito—murmuraba Petrilla sentándose en las piernas de Güemes y aumentando el cariño de sus expresiones á medida que era más hondo y visible el dolor de D. Patricio.—No te apures..... ¿Es verdad que somos pobres? Mejor..... Yo volveré á trabajar..... Tú trabajarás tambien..... Mira: á mí me tenian dicho que tú eras hijo de un rey judío y que venías de una tierra en que habia pozos llenos de ochavos del moro y centenes..... El centen es una cosa así como una estrellita pequeña..... ¿verdad? ¡Yo no he visto ninguno!..... No te apures..... Pero mira: lo que te pido de rodillas es que no hagas caso de ese mal hombre, del tio Clavo..... Yo no le he visto nunca la cara..... ¡Como soy ciega!..... Pero me parece que debe tenerla así como un perro..... porque cuando habla..... ladra..... Me tienes que cumplir lo que me has

prometido..... ¡Cuidadito, que me lo cumplas! Si no, no te quiero..... Como hagan daño por tu causa á doña Marica Luisa..... no te vuelvo á besar, no te vuelvo á abrazar, no canto más, y te trataré siempre de usted..... ó de duque.....

Petrilla suspendió su charla para besar á su padre, el cual no habia atendido ni á una sola palabra de todo lo que la ciega le decia en su incorrecto estilo, lleno de graciosos barbarismos. Güemes pensaba en si resultaria cierto lo que le habia participado el avaro. «Es que la Providencia me abandona cuando quiero reparar mis culpas. Me condenaré y haré desventurada á mi hija. ¡Pobrecita mia!» — No es fácil describir el estado del ánimo de aquel hombre, que se despertaba despues de largo sopor con unas sensiblerías y unos arrepentimientos sólo comparables á la nerviosidad excitada en un miembro enfermo, despues de operado por cruel cirujano. Todo le ofende y mortifica, y todo le produce dolor.

Petrilla, notando la distraccion de su padre, cogióle la cabeza entre las manos y exclamó:

— Óyeme, padrecito, quiero que me oigas..... Doña Marica Luisa es más buena que todos los santos del cielo..... y su hija Justina es..... al modo de un ángel sin alas..... ¡Más veces me han dao de comer cuando ese tunarra del tio Clavo me mataba de hambre..... Y una tarde en que me pegó unos cachetes..... ¡el judío!..... y me echó de casa y tuve que pasarme la noche en la calle, doña Marica Luisa..... ¡ca, si es una Vírgen, un Dios con vestido de señora!..... me dió dinero, y al Alcalde le habló de lo que habia hecho el tunarra del tio Cara-

de-perro..... Y le dijo..... vamos, yo no sé..... pero me acuerdo de que le dijo que no me podia abandonar á un verdugo como aquel, porque yo era «menor»..... ¿Qué es ser menor?..... Así como ser chiquitin..... debe ser eso..... ¿Pero no me oyes?..... ¡Buen multazo le echaron al tunarra del tio Cara-de-perro!..... Él le pagó en moneas de plata..... Yo le pagué en coscorrones..... Por eso quiero que no te metas con doña María Luisa, porque eso de responder con una pedrada á quien le ha dado á uno un bollo..... es cosa de judíos.

Todo esto pasó inadvertido para el Americano, el cual, echando entónces de ver que estaba sobre sus rodillas la ciega, exclamó en uno de sus arrebatos, que la gente calificaba de salidas de loco:

—No creas tú que eres pobre, á pesar de lo que dice Clavo..... Eres rica aún..... ¿Estás triste por eso?..... Pues alégrate.....

Y que quieras que no quieras, la llevó á un armariejo antiguo que en el vecino gabinete habia, y abriéndolo con priesa, sacó una esportilla de tejida palma llena de oro, y meneó las monedas para que Petrilla oyese el timbre cristalino de las relucientes piezas.....

—¿Oyes?..... Mete aquí los dedos..... Escarba aquí y verás qué lindo monton de oro..... Pues áun tengo más..... mucho más..... ¡Todo para tí!

Los ojos de Güemes estaban espantados y enardecidos, y cuando agitaba las doblillas, las onzas, los ducados americanos, los *dollars*, que de todas estas monedas en la esportilla habia, diríase que trataba de aumentarlas haciendo que se multiplicasen entre sí como

imaginariamente se multiplicaban entre sus dedos.

—Pero si yo no digo eso—exclamó la ciega, un poco disgustada con el poco caso que hacía su padre de lo que ella habia dicho.....—Yo no quiero moneas..... Lo que yo quiero es que eches á palos de aquí á ese tio Cara-de-perro, que te está volviendo loco..... que está haciendo contigo lo que las culebras con los gatos recien nacíos: embobarlos para comérselos luégo. Lo que te pido no son onzas, sino que no te metas con la señora doña Marica Luisa..... ¡Ay padrecito! Óyeme..... Mira que yo no quiero oro ni plata..... ¡Misté oro y plata!..... ¡Si eso no sirve de ná!

Pero D. Patricio no podia escuchar ninguna de las palabras de su hija. La idea de verla pobre y de no poder reparar sus culpas con puñados de oro, haciendo rica á aquella á quien ántes habia hecho desgraciada, sonaba dentro de su cerebro como una campana rota, con lúgubre funeral alarido. Incomunicado con el mundo, dejó á Petrilla, á quien tenía cogida por la cintura, y se paseó por la estancia, tropezando con los muebles, en el apogeo de su pasion dominante, como lobo enjaulado, como águila á quien cruel cazador sacó los ojos y encerró entre rejas. ¡Su fortuna perdida! ¡Arruinado! ¡Sus miles de duros corriendo burro en la maleta de un canalla! ¿Para qué era entónces su viaje á Arijona? Habia dado á conocer á su hija una vida cómoda para tener luégo que entregarla á las durezas de la miseria. Era una crueldad inusitada, y áun cuando él no tenía culpa en el desenlace de sus propósitos, los pecados de su vida anterior proyectaban sombra sobre su inocencia

de hoy, haciéndole aparecer ante sus propios ojos como un verdugo de Petrilla, como un vil padre, como un hombre despreciable y abyecto.

—¿Qué te pasa?—interrogó Petrilla, escuchando los pasos de su padre.

¡Sí, sí! Tampoco la oyó el desatentado Güemes, que seguia pensando de este modo: «—Arrancaré á esa viuda los bienes que me pertenecen..... He tenido mis dudas, porque creia yo que mi pretension, aunque legal y ajustada á derecho, no era moralmente buena..... Pero lo haré. Yo no quiero sino asegurar el porvenir de mi hija. Cometería un crímen por conseguirlo, y áun cuando tenga que sacrificar al mundo entero..... ¡Hija mia! Ella no será pobre, no lo será.»

—¿Pero no me oyes..... padre? ¿Dónde estás?

Habíase detenido Güemes en el centro de la estancia, como si al encontrar solucion á sus dudas y adherir su voluntad á un propósito, su marcha desordenada se hubiera tambien parado ante el punto á donde iba dirigida.

—¿Te has puesto malo?—dijo Petrilla buscando á Güemes con las manos.

—No, mi vida..... Vén aquí.

Cogióla entre sus brazos con ruda explosion de cariño, como la de un gigante que quiere besar á su recien nacido pequeñuelo. Entre sus manos suspendió á Petrilla, columpióla en el espacio, y poniendo los gruesos y barbudos labios en los ojos ciegos de la criatura, besólos una y otra vez. Luégo dijo muy bajo:

—Ciega de mis entrañas, dime que me quieres.....

Yo me mataré por tí..... Hija mia, sér mio..... pajarito, hermosa, mona..... Aunque me hayan robado, tú no serás pobre. Yo arrancaré á esa viuda lo que es tuyo..... Yo ganaré el pleito..... Yo robaré á los hombres lo que te debo.....

Petrilla, oyendo estas palabras, se desprendió de los paternos brazos.

—¿Vas..... vas..... á hac..... er..... e..... eso?

Díjolo entre sollozos, y al fin se echó á llorar. ¡Las lágrimas escapándose de unos ojos sin vista! ¡Qué horrible espectáculo! ¡Es la lluvia en un cielo donde nunca ha salido el sol.

---

## XXIII.

### Bajo el jazmin.

Pero estaba escrito que el conflicto no estallase entónces, y bajo la falsa apariencia de una calma absoluta y de una amistad confiada, se reunieron, ya entrada la noche, á fines de Mayo, en el jardin que rodeaba á Casa-Arijona, Genaro, Enriqueta, María Luisa y Justina. La enfermedad pasada habia hecho crecer á ésta más de cuatro dedos, y por su vestido claro, que no creció con el cuerpo, segun refieren las Sagradas Letras que acaeciera con la túnica inconsútil del Redentor del Mundo, salian sus piernecillas flacas, asomándose al rostro pálido un par de ojos negros, lindos, mirones, curiosos, que parecian tener febril sed de impresiones nuevas.

Poco despues llegó el padre Gallostra, y no tardó en llegar tambien el poeta Dióscoro, todos los que se sentaron en sillas de paja bajo el pomposo y verde ramaje de un jazmin, que, protegido por enrejado artificioso de cañas, al que ya abrumaba y rendia con su peso, proyectaba una mancha de sombra en la iluminacion de la luna. Era célebre aquel jazmin en la comarca. Daba tanta flor, que por el dia parecia nevado, y por la no-

che embriagaba su aroma y hacía soñar. Tan viejo como el mundo, nacido allí al arrimo de terrosa tapia, en su hojarasca jugaron sin duda los primeros gnomos de los campos vecinos, y las musas de la provincia en los dias de mitológico regocijo.

Quiso María Luisa acostar á Justina, pero el médico intervino en defensa de la niña, y se la permitió una hora más de velada. Roberto no habia llegado aún del campo, á donde salió por la mañana en virtud de exigencias del servicio.

María Luisa fué la primera que se sentó bajo el jazmin. Desde que anocheciera manifestó gran impaciencia, y cuando salió la luna y oyó á Genaro hablar cariñosamente con su mujer, no quiso vacilar más.

—Esta noche le revelaré mi secreto— se dijo.— ¡Es un crímen no dárselo á conocer!

Era indudable para María Luisa que Enriqueta faltaba al honor debido al santo yugo. ¿Por qué fué ella la que primero conoció aquel secreto de vergüenza? Iba por el mundo la pobre pisando culebras, sin tener, como la Vírgen María, poder de quebrantar sus cabezas. Ya se habia apoderado la opinion del suceso, y se comentaba en los corrillos de la plaza el escándalo que se cometia en Casa-Arijona, donde el Ingeniero y María Luisa se vengaban dulcemente del infame amor de Enriqueta y Roberto. Las relaciones de aquella espantosa impostura daban apoyo, simpatía y prestigio á los hermanos Güemes, cuya demanda para sacar á Justina de aquel supuesto averno, de aquella casa, donde todos los demonios se habian juntado, estaba favorablemente re-

suelta en el público juicio ántes de estarlo en los tribunales.

Pero es el caso que María Luisa habia sabido aquella tarde que la desgracia y el deshonor de Genaro eran un hecho irremediable. La Pajarola vino á decirla que en casa de la tia Trapense se habia visto entrar á prima noche á Enriqueta; que poco despues llegó D. Roberto, y que al cabo de una hora salieron uno despues de otro, doña Enriqueta muy triste, con los ojos encendidos de llorar, y el *monsieur*—que así le nombraban en el pueblo—muy alegre, tarareando aquella polka que nunca dejaba de silbar ó cantar. Añadió la Pajarola que no era la primera vez que tal escándalo sucedia á los ojos del pueblo entero, y que la tia Trapense, una devota tuerta, hundida de un omoplato y levantisca del otro, llevaba á misa un gran pañuelo, que sin duda mercó con el dinero que el oficio de tercera le proporcionaba, sin contar que todas las mañanas compraba tocino y aguardiente, inusitado despilfarro gastronómico en su mal provista cocina. Maravillaba á María Luisa el fingimiento de Enriqueta, que se mostraba con Genaro fria y algo hostil, como si intentase expresarle enojo y disgusto, siendo ella la que cometia la más tremenda y miserable de las traiciones, miéntras su marido llevaba á cabo ¡ay! en el silencio, un sacrificio de afectos que nadie podia apreciar tan bien como María Luisa. Mucho dudó, mucho vaciló; al fin creyó que debia decir todo aquello á Genaro, ántes de que su vergüenza fuese más horrenda é irremediable..... Pero al encontrarse con él..... huyó su valor. ¿Cómo empezar?

«¿Pensará acaso que es con mira interesada?..... ¡Oh, qué vergüenza!»—se dijo; y cuando llegó Enriqueta tarareando la misma copla que Roberto tarareaba; cuando vió perdida la ocasion que habia buscado de decir á aquel honrado y nobilísimo caballero: «¡Mira alrededor! ¡Esos son tus enemigos! ¡Aplástalos! ¡Mátalos!», nuevamente sintió valor. Por tal manera, el cobarde decidido á ser valiente busca el trance, y al hallarle teme, y viéndole despues fracasado é imposible, con redoblado pero ya inútil vigor se embravece.

«Yo encontraré medio de decírselo»—pensó.

—¿Con que, es mañana?—exclamó Dióscoro.

—Mañana—repuso el Ingeniero.

—Iré al puente Verde á ver pasar esa primera locomotora del tren de palastre..... Algo se me ocurrirá sobre ello. He de leérselo á V., señor Ingeniero.

—Muy del gusto moderno es cantar los grandes inventos de la ciencia.

—Leopardi tiene una hermosa oda al vapor..... Yo la haré al vapor aplicado á la locomocion. Ahí viene don Roberto.

Venía tarareando y tosiendo, con el latiguillo de cabalgar en la siniestra, y el sombrero en la otra mano. Antes de sentarse buscó con la vista bajo la sombra del jazmin á Enriqueta, y una tos aguda y falsa de ella le puso en autos. Parecia decirle: «Aquí estoy, hombre. ¡Qué torpe eres!» María Luisa, para quien nada pasaba desapercibido, sintió en su cuerpo un estremecimiento de horror. Causábale ódio, indignacion..... asco, la frialdad, el descoco, la desgarrada desvergüenza de aquella

mujer. ¡Y cuándo hacía ella alarde de tan abominable impudor! ¡Cuando el sublime Genaro ponia singular estudio en que sus miradas no encontrasen á las de María Luisa; cuando pasaba sus ojos por todas partes ménos por donde se hallaba ésta; cuando apénas le dirigia la palabra, y para no oirla, y áun á trueque de incurrir en notoria descortesía, si ella hablaba levantábase del asiento, y paseaba por delante del inmediato cenador, ó se dirigia hácia el estanque, haciendo zambullirse en las negras aguas á más de cien ranas! Pero áun cuando Genaro se alejase no lograba su propósito. La voz de María Luisa, murmurante, dulce, pastosa, no delgada como canto de mirlo, sino llena como arrullo de tórtola, acariciábale el tímpano. ¿Quién hablaba mejor que ella? Nadie de tal manera poseia el dón de decir grandes cosas con sencillas palabras, de despertar sentimientos ocultos, de hacer revivir ideas muertas, engendrando un mundo divino de amores celestiales. Cuando callaba tan hechicera voz parecíale á Genaro que algo sublime de la naturaleza habia dejado de ser. ¡Qué tristeza! ¿Para qué servia el aire, sino para conducir el rumor de sus palabras? Dejar de oirlas era peor que quedarse sordo. Hablaba mucho mejor que Enriqueta, con ser Enriqueta más ilustrada que la viuda. Su voz sonaba más armoniosamente, y sus cualidades todas, engrandecidas por el martirio de la desgracia, rodeadas de aureola por la abnegacion de su cariño de madre, resaltaban con contraste vivísimo, desfavorable á Enriqueta en absoluto. Siempre que se reunian Genaro y María Luisa, por más que un firme propósito apartase sus pensamien-

tos, la casualidad venía al cabo á reunirlos en un mismo punto. Sus opiniones coincidian si habia discusion, y así, empeñados ambos en alejarse, el vuelo de las almas los unia; y miéntras sus labios no se hablaban, miéntras sus ojos no se miraban, miéntras sus cuerpos permanecian separados, indiferentes en apariencia, sus espíritus juntos se columpiaban en el mismo deseo, como dos mariposas en el mismo tallo. Era inútil resistir. Genaro no sabía, ni podia, ni queria. No era asaz creyente para pedir á una religion positiva un olvido que, en último término, no cabe en el corazon humano cuando los afectos predestinados, hondos, irresistibles, lo invaden y dominan. Pero esta conformidad pecaminosa no duraba mucho en el ánimo del Ingeniero, recto por instinto, propendiente á lo bueno por educacion, apasionado de los sacrificios heroicos por ejemplos de familia no olvidados aún. Aquel amor, que habia comparado con un árbol que retoña, prosperaba rápidamente y le veia crecer hasta el cielo, echar súbito pomposa cabellera de hojas verdes, llenarse de ramas, de nidos, de pájaros, de perfumes. Luégo llegaba el deber, en la figura de un leñador, y con el hacha dura..... ¡zás! de un buen golpazo derribaba por el suelo árbol, hojas y nidos. ¡Luto, dolor, quebranto! ¡todo era preciso! La dicha era malsana. El sacrificio, higiénico.

Sentados los contertulios bajo el jazmin, permanecieron buen rato. El silencio nocturno, sólo interrumpido por el grito de una noria lejana y por los ladridos del perro del molino, parecia hacerse solemnemente poético bajo la inmensa techumbre azul, pura, esplen-

dente, agujereada por miriadas de brillantes puntos.

«—Hay momentos en que coincidiendo las sugestiones de todas esas poesías que andan sueltas por la tierra,—el silencio, la noche, el parpadeo de los astros, el perfume de las plantas, la proximidad de personas queridas,—las almas estallan en explosiones de dulce efusion. Es la revolucion de los sentimientos triunfantes. ¿Quién los vence entónces? Esos delicados impulsos, que podrian representarse con las flores del jazmin, pálidas, menudas, estrelladas, todo aroma, que se tocan..... ¡y caen!..... pero que áun caidas embalsaman, que áun marchitas huelen, que áun estrujadas y apretadas bajo el pié, enterradas entre el polvo, sin forma ya, ni color, ni nombre..... siguen enviando punzante perfume, y con el perfume el recuerdo de aquellas cosas á que va unido..... son como el sentimiento que nace en el alma y la perfuma: se le proscribe y sigue viniendo á llorar junto á los muros que se le cerraron; se le maldice y sigue siendo el dulce consuelo del dolor; se le marca con una palabra denigrante y es lo que ennoblece el espíritu; se le mata..... y se hace inmortal.»

Esto pensaba Genaro miéntras oia á Roberto contar sus aventuras campestres del dia. Habíase éste sentado cerca de Enriqueta, y él no estaba léjos de María Luisa. Tocábanse sus ropas, comunicando á la carne estremecimiento de placer. Hubo en María un instante de abandono. Fué la culpa entera de la criminal complicidad de la naturaleza, del perfume embriagador de los jazmines, de la abundancia de estrellas que daban al cielo la vistosa apariencia de una piel de zapa pintada de oro por el sa-

cerdote indio, del silencio religioso de la noche..... La luna se escondió tras las apretadas gasas de una nube, y la sombra se derramó sobre todo el jardin. Fué como quedar envueltos en un crespon inmenso. Dentro de aquella envoltura negra el corazon de María Luisa latia en el pecho con loco impulso de pájaro que anhela volar, y el de Genaro volteaba tambien con un júbilo mezclado de remordimiento. Ella cerró los ojos, y sus manos sintieron que en medio de ellas una mano robusta, varonil, ardorosa, llegaba temblando. Abrió María los suaves párpados, que ya se han comparado con hojas de rosa, y venciendo á la sombra, vió una sonrisa inefable en la cara de Genaro. Nunca le habia visto como entónces estaba. De sus ojos castaños y serenos fluia la luz; de sus labios entreabiertos, un suspiro tenue y enamorado. Por las entrelazadas diestras de ambos corrieron raudas sensaciones de oculto fuego. Lo que entónces sucedió fué una alegoría elocuente : aquel amor sólo podia existir en la sombra.

Justina y el padre Gallostra daban vueltas al jardin cogiendo babosas. Por los troncos arriba trepaban solitarios estos curiosos bichos, sacando su cabeza, torciendo sus pegajosos tentáculos, y dejando rastro visible de su camino, como la calumnia.

—¡Uno!—dijo la niña señalando hácia el jazmin, pero sin atreverse á cogerlo.

—Aquí hay una luciérnaga—exclamó el pobre viejo con infantil alegría.—Tómala.

Púsosela á Justina sobre el pelo, y la pícara muchacha, con la cabeza rígida para que no se le cayese el

fosfórico animalejo, paseóse por todo el jardin, llena de graciosa prosopopeya.

—Son hijos de las estrellas estos coquitos, ¿es verdad?—preguntó Justina.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie..... ¡Pero como tienen luz!

El Cura quiso explicarle el fenómeno de la digestion luminosa de aquellos bichos, de cuyos estómagos ahitos sale la luz, como de las de algunos hombres públicos, que para iluminar al país en sus tormentos celebran patrióticos banquetes. El Cura no tenía nada de liberal, y aludia con esta puyita, que no entendió Justina, á los comilones parlamentarios de Fornos, ya célebres entónces. El padre Gallostra gozaba tanto como Justina con aquella caza de estrellas. El buen anciano parecia tener un niño en el alma: era un mes de Mayo disfrazado de Diciembre.

Pero María Luisa despertó pronto de su ensueño. «¿Qué me sucede?—pensó.—«¿Qué es de mí?» La luna salió, y al salir, diríase que la pupila de Dios habia penetrado en la conciencia de María Luisa. Púsose en pié con tanta violencia, que chocando su peinado con las ramas colgantes del jazmin, muchas flores de él, desprendidas de sus tallos, cayeron sobre los tertulianos.

—¡Justina! ¡Justina!—gritó María Luisa.

No se despidió apénas. Balbuceó cuatro palabras de saludo, y cogiendo la mano de su hija se alejó. Iba avergonzada, confusa, rojas las divínas mejillas, y con los ojos desbordantes de llanto.

—¡Dios mio, Dios mio! ¡Vírgen santa, perdóname! —dijo—¡perdóname!

## XXIV.

### Domus Domini.

Oyó tocar á misa de alba, vistióse y salió al jardin, no sin haber besado la frente de Justina. Iba María Luisa serena, pero triste; pálida y más hermosa con el palmito descolorido, los cabellos atados al desgaire so el manto de luenga tela, bajos los ojos y acelerado el paso. El dia no amaneció espléndido, sino nublado. Poco sol, mucha nube, humedad en el ambiente, pero nada de viento ni tramontana. Llegó á la iglesia, buscando las más desusadas callejuelas que á ella conducian, y entró por la puerta del Bautismo, sobre cuyo arco toral estaba grabado el Zodiaco, y en él estas palabras: « *Yo soy la luz. Venid á mí.* » Aun no habia pobres en el atrio, ni muchos fieles en el templo. Un grupo de mantillas negras formaba un gran manchon oscuro sobre las blancas losas del ábside, y cerca del altar mayor una vieja amarillenta con una candelica encendida en cada mano, y éstas en aspa, cumplia alguna penitencia, rezando con voz ronca y silbante por sus labios arrugados y viscosos. El templo no ofrecia ningun rasgo arquitectónico notable; no inspiraba devocion ni eleva-

ba el espíritu. La desolada desnudez de los muros de piedra, blanqueados á trechos, tenía algo de hospital abandonado. Los hierbajos del atrio y de la calle metíanse hastá la mitad de la nave, y en las junturas de las piedras sepulcrales que cubrian el pavimento agarrábanse hojas de plantas trepadoras, y encima de la pila del agua bendita nacia, al amor de la humedad, una familia de parietarias verdes. Las mantillas negras se movieron al entrar María Luisa, que sumergió su mano en el agua bendita y mojó con ella su frente. Luégo se acercó á un confesonario, dentro del cual, como el caracol en su concha, hallábase el padre Gallostra, envuelto, si no embozado, en el manteo, y con el bonete bien calado hasta los ojos. Púsose de rodillas María. Los mantos negros se volvieron todos, y por entre sus siete capuchas se vió asomar siete rostros curiosos. Eran como los siete pecados capitales. Miéntras María rezaba: «*Yo pecador*», los siete mantos se acercaron unos á otros, y en la silenciosa concavidad del alta techumbre sonaron los silbidos de siete bocas que hablaban bajo. Parecian siete siluetas arrancadas de los *Caprichos* de Goya, y á quienes las culebras habian prestado su lenguaje.

Empezó la confesion. El padre Gallostra acercó su rostro á la rejilla, y por entre la alambrera María Luisa veia media cara del santo sacerdote y una mano del San Pedro de mármol que, atribuido al escultor Sebastian de Almonacid, coronaba un púlpito.

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus!—exclamó el padre Gallostra.—¡Tú!..... ¡Eso has hecho tú!..... ¡Eso has con-

sentido!..... ¡Por ahí te despeñas al precipicio!!..... Cuéntame todo..... Rasga tu pensamiento y enséñame sus iniquidades.

El padre Gallostra tenía un santo procedimiento para confesar: dejaba decir los pecados, y á cada revelacion del penitente ponia por apostilla, comentario, descargo ó explicacion un versículo de la Sagrada Escritura. Otra costumbre tenía tambien el buen sacerdote: miéntras oia, su vista, fija en las losas, contaba las rayas divisorias de las sepulturas, y así, cuando una confesion era larga, llegaba en esta numeracion á la raya ciento y á la ciento veinte. Entónces podia asegurarse que los pecados pasaban de raya.

—Quiero decirle á V. la verdad de todo—murmuraba María Luisa.—Quiero sacar esta ascua de mi pecho..... pero no sé cómo..... Yo me he abandonado moralmente á ese amor. Pretendo odiar á ese hombre y le adoro. He rezado mucho..... ¡Inútil rezo!..... Me he empeñado en presentármele odioso..... ¡Imposible!..... Cualquier hecho de su vida me prueba que es noble, generoso, amable..... y ese solo hecho pesa más que todas las razones de mi alma..... Cuando muchacha le conocí..... Yo hubiera sido feliz casándome con él..... Pero no quiso Dios..... Él es el mejor de los hombres.....

—«Las aguas hurtadas más dulces son, y el pan escondido más sabroso.»

—Creí que casada con otro le olvidaria..... ¡No pude!..... ¡Quise borrar con lágrimas su imágen de mis párpados! ¡Se marcó más honda, y huyendo de los ojos que no le veian, se me metió en el alma!..... Tuve una hija.....

y creí que su rostro era más parecido al del hombre aquel que á su padre..... No hubo pecado más que en mi pensamiento. Un cura me absolvió y me juzgué limpia de culpa..... Pero al levantarme del suelo despues de recibir á Dios..... entre las nubes del incienso, entre los rayos del sol, en la ventana de vidrios de colores, en la sombra de la puerta del templo..... veia otra vez su rostro..... Comparábale con mi marido, y me parecia mucho más guapo y mucho más bueno..... Dejé de saber de su vida, pero no de desearle dicha.

—«El deseo del impío es que se hagan fuertes los peores.»

—¿Qué se hace cuando el alma toda se subleva? Si el alma era suya, ¿dónde encontrar otra fuerza más poderosa que subyugára á mi alma rebelada?

El padre Gallostra buscó en su atribulado magin respuesta categórica, algun versículo sagrado oportuno..... Nada se le ocurrió despues de la pregunta, y sólo repuso:

—Sigue, hija mia, sigue..... no llores..... habla..... llorarás luégo, y las lágrimas te servirán de bálsamo.

—¡Cuántas veces he llorado en vano!..... Mis lágrimas han sido mi penitencia..... Llegué á los piés del confesor llena de remordimientos y le dije: «Soy pecadora. Amo á otro hombre que no es mi marido. —¿Se lo has dicho?—me preguntó el señor Cura, que era un sabio.—No.—¿Se lo has dado á entender?—Tampoco.—¿Le ves á menudo.—Hace tres años que no le veo.—¿Y le amas?—Le adoro.—¡Tú echas ramas á ese fuego para que arda!—No, señor: soplo para que se apague..... ¡y

se enciende más y más!—Olvida.—¿Cómo?—Ten voluntad.» Y yo busqué en mi alma la voluntad como busca el labrador la azuela que le han robado. No la encontré en parte alguna. ¡Qué dolor más hondo! ¡Qué abandono del cielo!..... Pedíle á Dios el olvido, mostréle mi alma limpia de mal propósito, y le dije que me diese su ayuda..... Pero cada dia era más triste mi vida y más grande mi amor..... Dígame V., ¿cómo se arranca una idea del pensamiento, un querer del alma? El deber no bastó, porque yo queria vivir para él tan sólo, y sin embargo, con la práctica del deber mi pasion crecia. Determiné no pensar en nada, puesto que todas las cosas me hablaban de *él*, y mandé á mi alma estar muda, ciega, manca y sin piés ni vida. Consagréme á mi marido é hice cuanto pude por amarle. Horas enteras empleé en encender en su corazon un amor grande, tras del cual se fuese el mio, como la perdiz del campo, libre de dueño, va tras la que presa en la jaula canta enamorada. Pero mi marido era incapaz de amar como me habia amado *él*..... ¡Ay, padre, padre mio! ¡Cuántas noches de dolor!..... ¡Cuánta mentira dije por ocultar y matar en mi alma aquel empecatado querer!..... Yo le maltrataba acariciando á mi marido, siendo una hipócrita del amor, rodeando su cuello con mis brazos y cumpliendo los deberes de la esposa primero y los oficios de la esclava despues..... Pero óigame V. bien, padre mio, ¿qué era lo que mandaba Dios? ¿qué era lo que disponia la Iglesia?..... ¿que hiciera lo que hacía? ¿que amase á mi marido? ¿que odiase al hombre aquel? Pues bien: cuando despues de horrible lucha interna echaba á los

ojos del amor infernal un enjambre de besos dados al amor bendito..... ¿lo creerá usted?..... pues créalo, porque es la verdad toda entera, sin nubes ni velos..... entónces pensaba que habia cometido una vileza, una infamia, un pecado, y tenía horror de mí, asco de mí, vergüenza de aquello que habia hecho; y sentia en mi cabeza, aquí, dentro de la frente, una voz grave, solemne, terrible, que me decia: «El amor que martirizas no puede morir. Él es santo, él es bueno, y tú una mala mujer, porque te das á otro amor que no es el amor verdadero. Dios es la verdad y tú finges, y el diablo se rie de tus acciones.» Y la idea de que mi vida era un martirio embelleció el amor prohibido, y comparé á aquel hombre, que no se acordaba de mí, con todas las cosas bonitas y sublimes que yo conocia. Puse su rostro con mi memoria en cuantas escenas me deleitaban, y ni podia oler una flor sin llorar, ni oir música sin que se me saltasen las lágrimas, ni ver cómo corria el agua de un arroyo sin que un suspiro se me escapase del pecho..... Me juzgué presa del demonio, en pecado mortal..... Creí que Dios me desdeñaba como al miembro podrido de su cuerpo desdeña el enfermo.....

Largo tiempo hacía que el padre Gallostra deseaba interrumpir la confesion de María Luisa con algun comentario bíblico, pero no encontró ninguno aplicable al caso. Harto hizo con contener las demostraciones que su rostro daba de la tribulacion de su espíritu. El buen sacerdote, lleno de virtud, pero falto de altas luces intelectuales, no habia hallado en su vida de confesonario un pecador que tan francamente le expusiera el estado de

su espíritu. Por lo comun, los pecadores de Arijona—yo no sé si los de otros pueblos se diferencian de éstos—se manifestaban arrepentidos. Hoy cometian el pecado y mañana lo confesaban, jurando no volver á incurrir en él. Verdad es que á otro dia una nueva confesion de la misma culpa probaba que el arrepentimiento no habia sido tan sincero y sentido como manda la Santa Madre Iglesia; pero la conciencia del Padre quedaba tranquila de haber cumplido su mision. Ahora se las habia con un pecado tan de mala ralea, que por lo visto no se daba á partido al primer envite de las huestes arcangelinas. El padre Gallostra miró al suelo y creyó que la cola escamosa del dragon infernal rodeaba á María Luisa, y enroscándose alrededor del confesonario, asomaba sus tres fauces y sus ojos diamantinos por la contraria rejilla de la que ocupaba el rostro de la viuda.

—Hija mia—dijo el Cura—eso no es concebible. ¿Tú has querido matar ese amor? Pues le habrás matado.

—No, no he podido..... ¡Ay, padre mio!..... Tenga usted compasion de mí. ¿Cree V. que he venido aquí á engañarle?..... No, señor: he venido á llorar de vergüenza y á decir toda la verdad..... Yo he podido hacer callar á mi boca..... pero no á mi alma. ¡Y si el pecado se comete con el alma..... estoy condenada!..... Cuando me dijeron, hace muchos meses, que se iban á comenzar las obras del ferro-carril á Beimiel..... sin saber por qué, yo dije: «Ese hombre vendrá.» Porque muchas veces en sueños y despierta habia oido en los aires voces raras, dulces y burlonas diciéndome: «¡Va á venir! ¡Va á llegar!» Y yo pensaba encontrarle todas las mañanas frente á la ven-

tana de mi cuarto..... ¡Tenía yo tal seguridad de que iba á verle!

—¡Qué horrible, qué espantosa, qué tristísima supersticion!..... ¡Tú no eres cristiana! Tú eres como las gitanas, que creen más en el diablo que en Dios. ¡Mala pécora de amor!..... Se ha llevado tu alma al infierno.

—¡Oh!..... No diga V. eso..... ¿De modo que no hay medio de salvarme?..... ¿Usted me abandona?..... ¿Usted me deja?

—No, pobre mujer—repuso con enternecida voz aquel digno hombre.—Yo no te dejaré..... Yo procuraré salvarte..... Ten fe en Dios..... Ten fe en mí..... Cree, y serás salva.....

Los sollozos de María Luisa se extendieron en el aire de la silenciosa iglesia, y el coro de brujas volvió á murmurar el aria de la calumnia. Cerca de ellas habia un venerable Cristo, lleno de pasmosa expresion, negruzco el rostro, empolvada y comida de polilla la cabellera, coronado de agudas espinas, amarillento y hundido el tórax, envuelto en la pajiza y titilante claridad de un vaso romano que pendia de añudada cuerda. Parecia que sus sublimes ojos, á traves de los cuales el mundo vió la verdad, derramaban lágrimas de piedad por algo grande que estaba sucediendo en aquel templo de aldea, humilde como el pesebre en que nació el Hijo del Todopoderoso.

María Luisa continuó expresando sus ideas en parecidos términos á los que escribo, aunque algo más confusos, deshilvanados é incorrectos.

—Me acostumbré á creer que un poder extraño é in-

vencible me unia á aquel hombre, cuando Dios, á quien pedí que apartára mi alma de su memoria, no quiso apartarla.....

—¡Impía!..... No digas eso..... Tú no quisiste..... Dios quiso.

—¡Ay, padre!..... Tenga V. compasion de mí..... Oigame con piedad.

—Es que tú no confiesas tus pecados..... Los disculpas. «Pongo al bueno por cómplice de mi iniquidad por librarme con él.»

—Vino—continuó con viveza María Luisa.—Y no sólo vino..... sino que vino á mi propia casa..... ¿Pude evitarlo? Ahora veo que sí..... Pero entónces, en una cadena de circunstancias inverosímiles, vi otra prueba de ese poder superior que V. niega y yo he sentido empujándome hácia él..... ¿No cree V. que ese poder, llámese como se llame, haya existido? Pues yo le he visto, le he visto y me ha dominado. Él hizo que viéndome perseguida por los parientes de mi marido, *él* solo, *él* solo mostrase deseos de defenderme..... Un dia quiso que nos llamáramos de *tú* en gracia de nuestra antigua amistad y sin mal propósito..... Y ese poder malo hizo que siendo un secreto de los dos tal fórmula de confianza, se estableciese cierta oculta complicidad entre él y yo..... Su mujer, su propia mujer lo ignora..... ¡Ah! ¡Si yo hubiese huido cuando supe que iba á venir!..... Bien sabe V. que entónces quise marcharme, y V. y el Notario me obligaron á desistir del viaje..... Pues entónces yo queria huir porque empezaba á sentir que las profecías de mi corazon iban á realizarse..... La fatalidad iba á cumplir-

se, y yo intenté evitarla..... ¡No pude!..... ¿Quiere V. otra prueba de que un poder malo se empeña en unirnos? Pues oiga V.: la calumnia nos ha enlazado con la cadena del escándalo..... Los dos somos inocentes y se nos acusa de un secreto que nadie más que usted conoce.....

—«¡Al hijo doloso nada le saldrá bien!»

María Luisa abrió sus grandes ojos, que ya no podian llorar más. Por entre los cruzados alambres miró el sacerdote aquel semblante descompuesto, y en él leyó el dolor del alma. Debajo del manto de la viuda habíanse desatado sus trenzas doradas, y caian como las de la Magdalena sobre los hombros pecadores. ¡Qué hermosa! ¡Qué triste! La belleza fulguraba detras de la máscara del dolor, como tras el antifaz de cera fulgura el molde de hierro encendido. Sus ojos advirtieron la turbacion del padre Gallostra, y mirándole atentamente á traves de las doloridas córneas, distinguieron la mano de piedra del Santo Apóstol, que aparecia tras una columna, y el florero de estaño y oropel que más allá remataba el altar del Bautismo. En situaciones morales como la de María suele acontecer que estos pequeños detalles quedan indeleblemente grabados en la memoria, y se pasan por alto las cosas grandes.

El Padre dijo:

—No te puedo absolver.

María quedó estupefacta, entreabierta su boca, admirativamente rasgadas y como cuajadas y sin vida sus pupilas. No dió signo de haber oido, pero allá, dentro de su alma, experimentó un á modo de golpe, como si, es-

tando ya al borde del abismo infernal, un puntillon vigoroso la hubiera arrojado con desprecio á lo hondo y negro.

—Tus culpas son tales, que no puedo hoy perdonarlas —continuó el Cura, contando las rayas de las sepulturas. —No son culpas de un año, sino de una vida. Tus confesiones anteriores son pecaminosas..... ¡Qué horror!..... No ha habido arrepentimiento..... Has recibido al Señor en un alma oscura y empecatada..... Tienes que llorar mucho con los ojos y el espíritu..... Vuelve mañana..... Yo pensaré en tí..... Pediré á Dios una idea salvadora..... Piensa en la otra vida..... Lee tu libro de misa..... No te apartes de tu hija..... Anda, anda.....

El padre Buenaventura fué á esconder su agitacion en la sacristía, y cuando María Luisa salió de la iglesia, las capuchas de los siete pecados capitales separáronse. Una salió por la puerta del Bautismo, otras tres por la del presbiterio, y las restantes por la puerta principal.

—¡No le ha echado la absolucion!—se decian unas á otras.

Y aquel secreto de confesonario corrió en pocos minutos por todo el pueblo.

---

## XXV.

**En que se verá lo que decia la gente de un gran invento y de un gran pecado. — Wat y el Diablo son una misma cosa.**

El primero que vió la locomotora fué Lúcas Berrueco, que venía de visitar una de sus tierras. Trepidaba la arena del terraplen, y un atroz estremecimiento se extendia por el suelo. Era como si una manada de elefantes locos de terror galopasen hundiendo bajo sus disformes manazas la corteza terrestre. Cuando tras de una revuelta del camino, trazado entre la espesura de los matorrales como una línea blanca de un plano, apareció la locomóvil, el caballo de Berrueco pegó un gran bote, con que fué milagro que no sacára al jinete de la silla. Cuatro jumentos que apacentaban allí cerca levantaron la fea cabeza, y mirando aquella columna de humo negro á trechos, blanco á veces y resonante de contínuo, manifestaron el mayor susto, y huyeron dando rebuznos espantosos, como los que dieron los Regidores del cuento cervantino. Hubo quien vió en estos pacientes animales una personificacion de los manes de la antigüedad clásica, y no hay que añadir que Dióscoro Ercilla fué de

su opinion. Pero la locomotora siguió corriendo con esa majestuosa serenidad que hace sublime la fuerza irresistible. El penacho del vapor quedaba suspendido en el tranquilo ambiente, y partiendo desde la chimenea, trazaba una línea oblícua sobre el cielo azul, y un ángulo con la línea recta de los wagones de palastro que seguian al *ténder* crujiendo y causando diversos ruidos.

Dióscoro, que no carecia de imaginacion, bien que la tuviese percudida y manchada con el contagio romántico, como un lente de aumento que se ha caido en un tintero, comparó allá en sus adentros á aquellos wagones con gigantes, y vió en cada uno el símbolo de una preocupacion social, de un vicio hereditario de los españoles, de una miseria humana,—á todos los cuales llevaba presos y sojuzgados el progreso.—Un wagon que, cargado de piedra, al correr daba un ruido sordo, pensó él que era la ignorancia; el otro que seguia luégo vacío, más alto que los demas, metiendo mucha bulla de metales removidos y haciendo oscilar sus cadenas como un presumido petimetre que juega con los dijes del reloj, parecióle la fatuidad misma, que heredamos del siglo de los Felipes, sin las grandezas de aquellos buenos conquistadores. Aun presentaba más fisonomía el último carruaje, en donde cien arrobas de carbon de piedra absorbian, sin reflejarla, la luz irresistible del sol primaveral. Vió en él un símbolo del espíritu clerical del país, que cruzaba por la vía echando polvo negro, como quien hecha excomuniones; y por un capricho de la casualidad, los terrones de cok diseñaban la figura de un enorme bonete, debajo del cual, con un trozo de tiza

habian pintado unas cifras en el mismo carbon, expresando la cantidad de arrobas que allí marchaban de camino, pareciendo estas cifras la osamenta de un cráneo descomunal y medroso.

—¿Cómo puede moverse el hierro? Eso es imposible —decian en un corro de la plaza.

—Eso es cosa del diablo.

—¿Y tanto humo como echa?..... ¿De dónde puede salir sino del infierno?

—Pues aquellos hombres negros que van pegando silbidos y aullando encima de las llamas..... ¡por Jesus bendito! ¿qué han de ser sino sobrinos de Pedro Botero?

—El tio Peranzules pintó anoche una cruz con humo de pez en una piedra que hay junto á los hierros de la línea.

—¿Sí?

—Sí; y al pasar la locomotora..... ¡pegó un respingo. y dió un gipío..... que ya! Eso prueba que esto no es cosa buena, sino engendro de los Barrabases.

—Pues otra que tal..... ¡oid! A uno de los que iban dentro de la locomotora, yo, yo mismo le he visto comer carbones encendidos y echar humo por los ojos.

—El arriero de Trempez, el tio Borricuero, dice que si lo arruina el tren, como asegura el tio Clavo, va á pagarle al señor Cura para que vaya á la línea con el hisopo lleno de agua bendita, y al venir la cacerola grande, esa caldera que echa llamas, la bendiga, con lo que no habrá remedio: los demonios que van dentro tendrán que tomar el portante y quedarémos en nuestra paz y en nuestra salud.

—Pues el boticario dice que no es cosa infernal, sino una invencion de los hombres.....

—Y el médico añade que eso no es más que un puchero de hierro que se desliza por dos alambres.

—¡Vírgen del Puerto! ¡Vaya un puchero! ¡Pueden cocerse en él habas para una provincia de hambrientos!

El mayoral Requilorio, que habia andado mucho por el mundo, daba explicaciones humorísticas del ferro-carril en otro corrillo.

—Es así como muchas casas juntas..... una calle de casitas chiquirritinas..... que no tienen más que una cocina que va delante escupiendo humo.

—¿Y dónde van los caballos?—preguntó Pacorro.

—¡Animal! ¡Zopenco! ¡Bruto!..... Bien se ve que no estás en eso de la cencia..... El tren no lleva caballos..... Anda solo.

Intervino en tan luminosa disquisicion un procurador que sabía algo de latin.

—Los antiguos decian: «*Motus est causa caloris.....*» Los modernos decimos: «*Calor est causa motus.....*» De donde resulta, por ser el calor lo que mueve y empuja el tren, que la tal invencion es añeja. Los antiguos la sabian ya, sólo que la entendian al reves.

—Cada vez que pega un brinco la locomotora escupe un salivazo.....

—Es un calesin encantado.

—Es el calesin de Barrabas.

—Es el caballo en que montó Astarot.

—Campo por donde pasa, toda la simiente muere.

—De noche se le enciende el estómago y va vomitando chispas.

—¡El Señor nos ampare! No entraré yo en el tren.

—Ni mis hijos tampoco..... Andarémos en el carro, que es lo que Dios manda..... Así fueron mis abuelos, y así irán mis nietos.

Y por este estilo, cada boca era una bocina de que se servia la supersticion para pregonar los absurdos de una muchedumbre ignorante.

No andaba ménos lista la murmuracion, y la pobre María Luisa y el ingeniero D. Genaro hicieron el gasto de las hablillas. El ódio al tren, que venía á romper las costumbres de uno de los mas reaccionarios rincones de nuestra patria, estrellóse contra los que habian simpatizado con los introductores de la innovacion.

—Esa gente desmoralizada—decia un viejo carlista agitando el palo que le ayudaba á llevar por el mundo su gota y sus setenta años—nos trae de fuera el veneno del pecado. Arijona va perdiendo la pureza de sus costumbres.

—¡Llévense enhorabuena á la cárcel á esa mujer sin pizca de seso ni decoro!

—El Padre Gallostra no la quiso absolver esta mañana.

—¡Tales pecados tendrá sobre el coleto!

—¡Señores!..... ¡Un poco de caridad!

—¿La tienen ellos ni para consigo mismos?

—Va á dar lugar la pícara mujer esa—exclamó un militar retirado que habia hecho la córte á María Luisa con terrible fracaso—va á dar lugar á que la separen

de su hija y la marquen para siempre con el hierro candente de la desvergüenza.

—¡Pues V. bien la quiso!.....

—¡Yo!..... ¡Yo!..... Hombre, le perdono á V. esa ofensa, no sé por qué.....

—La cosa está que arde..... Don Patricio se halla resuelto á que el apellido de su difunto hermano no ande más tiempo por los suelos.

—Y hace bien.

—¡Voto al chápiro!—añadió el militar.—¡Si yo fuera D. Patricio, le meteria en el cuerpo á ese bergante de Ingenierillo dos pulgadas de acero!

—Merecidas las tiene..... ¡Fanfarron ignorante!

—Don Patricio no es hombre de dejarse las manos quietas si se le hurga.

—Tiene mucho corazon.

—Y es muy hábil.

—¡Vaya!

Uno soltó en el corro la noticia de que D. Patricio estaba arruinado.

Entónces empezaron á pensar que no le asistia tanta razon para echarla por la tremenda, y no faltó quien se arriesgase á decir:

—Si no fuera porque media una cuestion de viles ochavos, bien me sé yo que no andaria ese mercachifle tan celoso del honor de su hermano, á quien en vida no hizo maldito de Dios el caso.

Y el viejo carlista, que habia granjeado buenos miles de reales en el nobilísimo comercio de comprar quintos y proporcionar sustitutos, gritó:

—Si se ha empobrecido, bien empleado le está..... Dicen que ganó su fortuna vendiendo negros.

Don Pedrito Gifedo, que oyó todas estas contrarias opiniones, honró á cada una de ellas con un enérgico monosílabo afirmativo.

---

## XXVI.

### Diálogo entre un papagayo y una pipa.

El papagayo..... porque Enriqueta tenía un papagayo..... estaba aquel dia triste. Enderezó la mitra multicolor que Dios le puso en la cabeza, y con sus ojos redondos, formados de tres círculos concéntricos—dorado el primero, azul el segundo, y el último verde—miró á su ama y á Roberto, que conversaban cerca de un velador, sobre el que juntamente se veian la labor de *frivolité* y una pipa de ámbar, representando una locomotora ahumada y negruzca.

—No he visto igual vileza—exclamó con acento de rabia monsieur Roberto.

—¡Oh, Dios mio!..... ¡Qué ingrato!

—Todo el mundo te da la razon..... La liviandad de esa mujer no reconoce límites..... La desvergüenza de Genaro no los reconoce tampoco..... ¡Pobre Enriqueta mia! ¡Qué desgraciada eres! La gente señala con el dedo á esa pareja criminal..... Pero ellos no hacen caso de nadie..... La opinion pública los ha marcado con un estigma de desprecio..... Pero ellos tienen á gloria su crímen..... Todos los miramos con lástima y con rubor.

Pero ellos, envueltos en esa nube de abominaciones, se sienten felices.

—¡Miserables!

—¡Viles!..... Tú eres su víctima. Eso es lo que yo siento.

No hubo palabras en el vocabulario de Enriqueta para expresar sus sentimientos. Era como si se ahogára en un mar muy hondo y acabasen de quitar de entre sus manos el pedazo de remo con que flotaba.

Roberto fumó una, dos, tres veces. Despues, alzando la locomotora á la altura de los ojos, miróla por todos los lados como si buscase en sus ruedas una idea que, rueda de algun propósito, llevase brevemente á un determinado fin. Pareció hallarla, porque exclamó con súbito balbuceo, dejando la pipa encima de la mesa:

—¡Cómo le adoras!..... No, no hay justicia entre los hombres. Andan los afectos encontrados, y pocas veces coinciden las almas. Yo te amo, y tú amas á Genaro, el cual á su vez ama á María Luisa.....

El papagayo se columpió en el aro que habia suspendido de una pértiga de laton clavada en el pavimento, y dijo:

—¡Guay!

El humo de la locomotora subia en azulada nube, de forma de columna salomónica, hasta los ojos del loro, molestando á este orador alado.

—Crece mi amor con tus desgracias—continuó Roberto, más asegurado ya el tono de su voz.—Quiero consolarte..... y no sé cómo. ¡Ah! ¡Si tú me quisieras!..... Tú y yo debimos casarnos..... Te casaste con ese necio

orgulloso, que no sabe apreciar lo que tú vales. ¡La historia de siempre!..... ¡El gallo y la perla!..... ¡Ah! perla mia, no llores más. No valen todos los hombres ingratos una lágrima de tus ojos.....

Enriqueta lloraba de un modo inconsolable, y como tenía las manos sobre los ojos, no vió que Roberto acercaba su cabeza á la de ella para decirle algo muy bajito cerca del oido. ¡Qué lindísima orejita! Medio escondida entre el pelo de las apretadas trenzas, nacarada en sus bordes, de revuelta y finísima curva, parecia la cabecita de uno de esos ángeles que el arte cristiano presenta, asomando por entre las hojas de acanto del chapitel de una columna.

—¡Yo te adoro—dijo Roberto cerca de aquella orejita.

Y el loro, contoneándose en su aro, levantando ora una garra, ora la otra, mordisqueó estas palabras:

—¡Bueno va!

—Déjame, déjame—exclamó Enriqueta.—No debo quererte..... No me asedies con tus pretensiones. No me hagas desdichada dos veces. ¿Qué quieres de mí? ¡Hablarme de amor ahora!..... ¡Cuando el amor me mata!

—Sí. Pero es el amor á otro. No el amor á quien hará de él fuente de celestes felicidades.

—¿Quieres que vengan juntas la desgracia y la deshonra?

—Quiero recobrar mis derechos de amante. Cuando aquello que adoré siempre es arrojado al suelo, me bajo á cogerlo.....; porque es mio!

—¡Oh, por Dios! No me mates, no me arranques la última fibra sensible del alma.....

—¿Haces tú conmigo otra cosa?

— Háblame de amor, y no querré escucharte. Háblame de ódio, y te atenderé.

—¡Mi corazon te adora!

—¡El mio no sabe más que odiar!!

— Yo quiero tu amor.

—¡Yo quiero venganza!

Un momento se detuvo Roberto, y levantando la cabeza con movimiento repentino, repitió:

—¿Venganza?..... De eso se trata..... Vas á vengarte..... Aquí tienes la venganza.

No se pone otro rostro cuando al ir en busca de álguien se le encuentra de manos á boca ántes de lo que se pensaba.

Sacó de su bolsillo un papel grande con sello del Estado y lleno de letra procesada legible para el más miope. Enriqueta descubrió sus ojos y miró el pliego.

—¿Qué es eso?—interrogó con el desprecio del que buscando un puñal para matar se halla con un alfiler.

—¡La venganza!

—¡En un papel!

—Aquí dentro puede ir todo el ódio de la humanidad y todo el amor del universo. Aquí puedes enviar tu venganza á èsos viles.

—¿Cómo?

—¡Firmándolo!

—¿Firmándolo?

—Sí, sí—repuso Roberto en uno de sus frecuentes arrebatos de apasionada indignacion. — Hay medios legales de aplastar al vil. La venganza puede ser

legal. Si la ley no concediese medios para que tú te vengases, sería preciso que todos los hombres honrados se alzasen en rebelion terrible contra los poderes humanos.

Enriqueta se echó hácia atras en el asiento, abiertos hasta no poder más los ojos, en que las áureas pestañas temblaban, contraidos los labios, sublime en su furor.

—Déjame—gritó—no me hables de venganzas que ha podido organizar la ley, cuando yo no encuentro entre todas las crueldades de los martirios uno solo bastante para dejar ahito mi deseo.

La pipa seguia humeando, y el tabaco que dentro de ella se quemaba, pareciendo primero de oro, luégo de nieve; esto es, primero de fuego, y ceniza despues. Descendido habia el papagayo de su pértiga, y torpemente se paseaba por el velador, dando vueltas alrededor de la pipa, como si ésta fuese un bicho temible y odiado á quien ansiase castigar y morder. Alargó una pata para cogerla, pero se quemó y dijo:

—¡Bueno va!

Aquella inconexion entre el dolor de la bestezuela y sus palabras parecia un símil de la incongruencia de los deseos de Roberto y los de Enriqueta.

Aquél dijo:

—Esto satisface tus justas ánsias.

—¿Eso mata?—preguntó Enriqueta tendiendo el dedo índice hácia el papel con trágica postura.

—¡No mata!

—Entónces..... no sirve.

Y diciendo, cogió el papel, y ántes de que lo hubiese

podido evitar Roberto, hízole mil pedazos. Pero Roberto no perdió su aplomo. Sólo exclamó :

—Has hecho una tontería. Eso te hubiese apagado la sed de venganza. Hubieras quedado tranquila despues de firmar. Era una declaracion contraria á María Luisa, que se hubiera unido á la informacion seguida á ésta para despojarla de la patria potestad.

—¿Quién te la habia dado?—preguntó Enriqueta—dignándose descender esta vez á los pormenores de una venganza que un minuto ántes le pareció exigua.

—El notario, un tipo de Molière, un malvado ridículo..... Porque muchas veces el mal tiene la forma de la caricatura, como muchas veces el sainete lleva dentro de sí una tragedia.

—¿Y para qué?

—Yo no sé—dijo algo turbado Roberto.

Y tenía motivo para turbarse, porque mentia. La verdad del caso era que, buscando noticias de aquel pleito que la voz pública decia entablado contra María Luisa, llegó á ponerse en contacto con Clavo. Su carácter de pariente cercano de la atropellada Enriqueta dió color de digno celo á su interes por ella. De esto á constituirse en auxiliar de aquella cuádruple alianza no hubo sino un paso, que la discreta imaginacion del buen lector dará sin los andadores de mi pobre relato.

Roberto no estaba enamorado de Enriqueta desde un principio; pero de antiguo tenía cierta aficion por su hermosa prima. El aburrimiento de su vida en Arijona encendió aquel fuego, que de aficion leve, pasando por los trámites de capricho dulce, simpatía amorosa, amor

y obsesion, vino á dar en el último grádo en que ahora se encontraba de pasioncilla imperiosa, con sus arrebatos de tiranuelo déspota, que quitó muchas noches el sueño al ingeniero frances. Experimentaba ademas una animadversion creciente hácia Genaro, fomentada por incompatibilidades de carácter, y que los triunfos científicos de éste habian irritado y engrandecido. Todo se complicó, y fué parte á que Roberto concibiese formal empeño en ser amado de su prima. Aparte de que no era despreciable aquella beldad en medio de las nubes de su lloroso dolor.

Cuando Roberto entró aquel dia en el gabinete de su prima iba decidido á dar un gran paso. Iba resuelto á que ella cruzase el Rubicon. Pero Enriqueta habia cortado el puente tendido sobre el rio. El puente era aquel pliego.

—¡Tendré que resignarme! —exclamó Roberto con voz de pena hondísima.—¡Me marcharé!

—¿Te marcharás?—preguntó Enriqueta.

La idea de verse sola, sin un alma amiga á quien contar sus penas, entenebreció su rostro. El llanto se secó en sus pupilas. Detras de la lluvia de aquel dolor fulguró el ascua del ódio desesperado.

—¡Me marcharé, sí! —repuso Roberto poniendo el rostro lo más triste que supo.—No quiero presenciar este espectáculo. ¿Tengo yo calma bastante para verte injuriada y escarnecida sin que al cabo un dia estalle mi rabia y cometa un crímen?..... Es lo mejor, es lo único que puedo hacer..... No me verás más.

Enriqueta quedó anonadada. Se veia sola, sola, sola

en el mundo, andando por un campo desierto y sin fin, perseguida por la vision de un hombre y una mujer que se mofaban de ella besándose y arrojándola al rostro aquellos besos, que estallaban como cohetes y herian como agujas. ¡Hasta su primo la abandonaba! ¡Hasta aquel hombre en cuyos brazos hubiera podido encontrar el amor! En medio de su aislamiento, en medio del vacío helado habíase aproximado ella á aquel fuego encendido por un amor criminal. Sintiéndose arrojada del alma de Genaro, habia buscado refuerzo en la confianza del amante. Pero tambien esta confianza se le retiraba. Era como el caminante extraviado que ve brillar una sola luz á lo léjos, y cuando empieza á aproximarse á ella..... ¡un soplo de viento la apaga!.....

—¡Oh!—dijo con firme acento miéntras miraba al loro, que seguia luchando con la locomotora.—Pues si tú te marchas..... yo me voy contigo.

—¡Conmigo! sí—pronunció apasionadamente Monsieur.

—Pero serás conmigo como un hermano..... y me llevarás á Orleans, á casa de mi padre.

—¡Como un hermano!

—Saldrémos juntos..... Cuanto ántes..... Dispon el viaje..... ¡Mucha prudencia!..... Disimula y huirémos!..... ¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡No sé lo que me digo!..... ¡Genaro de mi alma! ¡Genaro! ¡Genaro! ¡Estoy loca!..... ¡No me hagas caso!.....

¡Explosion terrible de dolor fué aquélla! Cayó la cabeza entre las manos, como si habiéndose agolpado en ella todo el llanto, no pudiera el cuello mantenerla er-

guida y vacilase á modo de campánula llena de rocío. ¡Huia de allí la última esperanza! Cortejo de lágrimas y suspiros le acompañaba, y los sollozos iban á morir en los trémulos labios, como la ola del mar en la arena.

—No te arrepientas, prima mia—dijo Roberto, enternecido de verdad por vez primera.—Harémos lo que tú misma has dicho..... Seré, como deseas, un hermano tuyo..... Te lo juro. ¿Por qué quieres que te lo jure? ¿Por Dios? ¿por tu madre?..... Por tí misma, que es lo que yo más quiero en la tierra, te lo prometo solemnemente.

Extendió la mano como quien va á jurar, y el papagayo alargó su garra para cogérsela. ¡Impío animalejo! Él tambien deseaba jurar que acabaria por comerse aquel bicho de fuego que dentro de la pipa relucia, agitando sus alas de humo.

---

## XXVII.

**«Padecí en lo presente y en lo porvenir; porque padecí en mí y en mis hijos.»**

«Dios me libre de que mi médico mueva la cabeza despues de verme»—habia dicho Richelieu hace muchos años, sin pensar sin duda alguna que su frase pudiese servirme para empezar un capítulo. Pues ello es que el doctor Bienvenido movió muchas, muchas veces su noble y descarnada cabeza despues de salir de la estancia donde se consumia la vida de un pajarito, de un ángel, de Justina, para decirlo en claros términos. ¡Nervios malditos, que dejais escapar la llama de la vida presa en vuestra red! ¿Cómo no habrá medio humano de moralizar vuestra conducta? Los de aquella criatura eran unos pródigos derrochadores de la salud. Gastaban la vida como un visir de las *Mil y una Noches* el oro de su amo, y Justina languidecia. En el lecho materno yacia la niña, pálida..... ¡no pálida!..... amarilla como el marfil viejo ó como una magnolia seca. Su actividad luchaba por vencer á la languidez general de su organismo débil, y un carricoche de cerveza, tirado por un caballejo percheron de pasta, rodaba sin duelo por las sábanas, miéntras la

inconsolable María Luísa intentaba rodear á su hija de una artificial atmósfera de alegría. El notario Ceano llegó aquella mañana, y dijo en buenos términos á la viuda :

—¡ Muérdago, demonio, jinojo! ¡No es culpa mia! Ya se lo he advertido á V. ¡Medrados estamos! Van á ganar los Güemes. Perderá V. el pleito por segunda vez..... No es eso lo peor; porque ¡muérdago! ya se sabe hasta dónde llegan los intereses..... Lo peor ¡jinojo, demonio! es que va V. á quedar..... desacreditada..... Sí..... No me mire usted con extrañeza. Ya le advertí ¡muérdago! que esto no tenía remedio..... ¡No hable V. para defenderse!..... En mi ánima, señora doña María Luisa, le juro que es usted una santa. Pero hay pruebas..... falsas sin duda..... mas pruebas al fin..... Ello es ¡muérdago, demonio, jinojo! que yo me lavo las manos. He querido aconsejar á V. y llevarla por los difíciles senderos de la ley. Usted no ha querido seguirme. Usted se ha convertido en una estatua.

Con tal discurso no logró Ceano más que aumentar en un grado el luto de aquella alma; pero no imprimirle la idea de la propia defensa. Porque María Luisa se hallàba vencida y entregada á sus fieros enemigos. Creia inútil la resistencia. Encontrábase cercada. No podia ni vencer ni escapar. ¡ La victoria y la fuga! ¡ Ideas imposibles! ¡Absurdos quiméricos!..... ¡No habia más que morir! Y morir sonriendo, porque la hija del alma, el alma toda de aquella madre, la enferma dolorida y moriente se ahogaba entre lágrimas á la menor demostracion de tristeza. ¿ Quién pasa con el rostro apenado por

delante de un espejo sin que la luciente superficie copie el mohin de nuestras facciones? Por tal manera un suspiro de María Luisa provocaba tempestad de llanto en Justina, reflejándose y aumentándose en el espíritu caprichoso de la niña..... Ahora, con estos datos, madres, hermanas, esposas, novias..... mujeres, comprended, comprended la suma de dolores de María Luisa; sufridlos un momento, ¡un momento solo! y disculparéis el que mi humilde pluma no sepa describir el infinito.

—¡Ay, mamá! No quiero que entre aquí nadie—mandó Justina.

La tiranía del enfermo es irresistible.

—¡Solas..... tú y yo!—dijo luégo.

Y tiró del caballito de pasta, sin levantar la cabeza de los almohadones, gritando:

—¡Arre, *Chuleta!*

—¡Hoy sí que estás guapa, chiquilla!—dijo María pasando sus manos por la frente de la niña.

—¡Tú sí que lo estás!

—¡Zalamera! Algo vas á pedirme.

—Sí..... agua.

—¡Cuánto bebes!

—¡Siento una sed!.....

—Pues no bebes más.

De pronto cambió Justina de deseo, y la necesidad fué sustituida por un capricho.

—¡Tráeme el jarron de las rosas!

—Eso sí.

Fué María por el jarron y se lo puso entre las manos á la enferma.

Era un tarro de vieja porcelana, en cuya oronda y hueca panza habia pintada una procesion de chinos vestidos de azul, con ojos, zapatos y parasoles de oro.

—No deshojes ninguna..... Yo todas.—dijo Justina.

Sus manos delgadas ¡pero qué delgadas! tenian el color de la hostia. Cogieron una rosa.

—¿Qué es una rosa?—preguntó.

¡Allí estaba Linneo para responder!

—¿Una rosa?—contestó María Luisa buscando entre sus dolores una sonrisa, como busca el ciego en sus negros párpados un rayo de luz.—Muchas alas de angelitos pequeños juntos.

—¿Y qué más?

—Cada hoja de rosa es un plato en que comen las abejas.

—¿Y qué más?

—El carrillito derecho de la Vírgen Santa.

Justina besó el carrillito de la Vírgen, acercando una rosa á sus labios.

—¡Qué fina es! ¡Parece raso!—balbuceó.

Deshojó muchas flores. Llenósele el hondo que hacía la sábana encima de su cuello, y la inundacion de rosas no cesaba. Pronto invadió la cara de Justina y hubo hojas que se metieron dentro de la cama.

—¿De qué se hace la rosa?—interrogó de nuevo la curiosidad de aquel ángel, que queria hacerse sabio para morir.

—Nace ella sola.

—¡Sola! ¡Sin trabajo!

—Lo bello nace de sí mismo..... ¿Cuesta trabajo sonreir? Pues la rosa es una sonrisa de Dios.

—¡Cuánta, cuánta sonrisa!—exclamó alborozada Justina.

Y deshizo de un golpe todas las sonrisas de Dios que quedaban enteras. Pero al meter sus deditos en el agua refrescóse su ardorosa piel y se encendió más su sed. Quiso absolutamente agua, y María Luisa salió á buscar un vaso en la habitacion contigua.

En ella, de pié, grave, triste, pensativo, esperando estaba Genaro. María Luisa creyó que sus pensamientos habian tomado forma corpórea.

—¡Tú!—dijo.

—Sí. Te aguardo hace media hora. No he querido entrar porque tu hija no se irrite, como aquella noche en que sus gritos nos separaron..... ¿Está mejor?

María Luisa no necesitó decir que «no» con la boca para que fuese precisa explicacion de su semblante, que al salir de la alcoba de Justina depuso la máscara de la alegría, como un cómico al entrar entre bastidores.

—He venido porque ya no puedo más—balbuceó Genaro, mirando con ansiedad amorosa el rostro divino de aquella mujer.

Habíase ésta detenido irresoluta, vacilante, sin saber á dónde iba, olvidada de por qué salió del cuarto donde Justina estaba.

—No me despidas esta vez como siempre—siguió di-

ciendo Genaro.—No te obstines en malograr mi dicha y, la tuya..... ¡Dicha infernal!..... Ya lo sé..... No nos es dada otra..... No defiendas más tu corazon del mio. Juntos van y no habrá quien los separe..... Estoy fatigado de la lucha..... ¡No quiero luchar más!..... Ahora, que te veo, parece que estoy tranquilo..... Se ha rasgado una nube que me envolvia. Mis ojos beben la luz..... Mi pecho respira..... Pero no soy el héroe que vence. Soy el desdichado que lleva muchas noches sin dormir, muchos dias sin reposo, abiertos los párpados, quemadas las mejillas del llanto..... ¿Sabes tú lo que se aprende en una meditacion que dura cinco dias?..... Yo he aprendido que tú has de ser mia, y que no hay aquí abajo ni allá arriba poder que nos pueda apartar. He aprendido que tú eres mi gloria..... ¡Dime, dime tú cómo se olvida eso cuando una vez se llega á saber!.....

María Luisa le miró al rostro. Hubo un choque de dos luces, una conjuncion de dos rayos, un cruzamiento de dos sensaciones, y á un tiempo se avivó el andar de la sangre en ambos cuerpos, y el desbordamiento de los afectos inevitables en ambos espíritus.

—¡Estamos condenados!—gimió María.—El diablo nos rodea con sus asechanzas.

Los consejos del confesor habian dado el color infernal de una obsesion mística á los remordimientos de María Luisa. Miró á su alrededor, juntó y retorció las manos, alargó dolorosamence el cuello, convirtió los ojos al cielo, quiso huir de sí misma, flotar en la atmósfera, perderse en lo alto, en lo azul, en lo infinito, desvanecerse..... ¡borrarse de la vida!

—Es que hemos pisoteado nuestros sentimientos y ahora resurgen—dijo con voz cavernosa Genaro.

—Es que hemos pecado mucho.

—¡Pecado!..... ¡Si es mi gloria ese amor!

—¡Una gloria en pleno infierno! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Yo he querido enterrar este amor!!

—Tambien enterraron á Jesus, y Jesus salió de la tumba.

Dió María un paso para volver á la estancia de Justina, pero Genaro la asió de la mano. Sintió ella una tenaza de fuego en su muñeca. Entónces anochecia. Iba cayendo el sol. ¡Sublime ocaso! Jirones azulados de nubes flotantes huian hácia el disco dorado, como si quisieran meterse por aquella boca de fuego. El ambiente caloroso entraba con suaves suspiros por la ventana entreabierta, y en la espesura del jazmin más de mil familias aladas se dormian cantando. Alguna esquila de res vagabunda hacía flotar su latido en el silencio. Naturaleza habia esparcido por los átomos del aire su hechizo de amor. Un instante permanecieron los dos amantes silenciosos, asustados el uno del otro, oyendo el golpeo de sus corazones, sin osar mirarse, pero viéndose, sin embargo, por un como reflejo de sus propias personas en los objetos todos que les rodeaban.

—Venía á prevenirte el peligro—dijo por fin Genaro, rompiendo la enojosa pausa.

¡Peligro! ¡Palabra sin sentido para María Luisa! Ya no sabía lo que significaba.

—Quieren arrebatarte tu hija—añadió él.

—¡Mi hija!—gritó María.—No lo conseguirán.

—La ley les autoriza para sacar el pájaro nuevo de junto el ala materna.

—¡Yo me escaparé con ella!!

Pronunció esta palabra con energía, con decision, con valor.

—He comprendido que las circunstancias eran graves, y he procurado conocer á ciencia cierta qué males se habian fraguado contra vosotras..... Prefiero morir á dudar..... Esta noche iré á Lugareda. Veré al notario y sabré si lo que me han dicho es un sueño pesado, una jaqueca..... ó un peligro real.

—¿Irás á Lugareda?

—Y volveré esta noche misma despues de las doce. Cuando todos duerman. Espérame en esta ventana..... Por este lado no tiene puerta ni reja la planta baja..... Nadie podrá observarnos desde..... mi casa.

Estas dos últimas palabras las arrojó de su boca como fruto amargo.

—Silbaré dos veces..... Tú saldrás..... Sabrás á qué atenerte..... Porque esta angustia en que vives es insoportable..... ahoga..... mata.

Justina se habia cansado de esperar y llamó á su madre. Genaro y María se separaron. ¡Qué rostros los suyos al mirarse para despedirse! Eran los de dos muertos enamorados.

---

## XXVIII.

### Arriba y abajo, ó ¿dónde está el cielo?

Enriqueta en sus largas soledades experimentaba un tormento que no está descrito en los anales de la crueldad humana. Sobre su cabeza retumbaban los pasos de su rival, y cuando María Luisa se separaba del lecho de su hija, el andar menudo de sus piés de gitana, chiquitos y peraltados, repercutíase con ecos de ira en el oido de la mujer olvidada, despreciada, iracunda, vengativa y terrible. No era posible el olvido de la injuria cuando tan cerca se hallaba el que injurió. Desvelaban su sueño aquellos pasos, y el ruido de los muebles del piso superior, al ser removidos, le hablaban de un hogar en que su marido habia puesto su amor, sustrayéndole furtivamente de donde debia tenerle atesorado. Uníase á este tormento aquel dia el de una mordedura que dentro de su alma experimentó. Era un remordimiento naciente, que haciendo presa con su pico de acero en la conciencia, le decia:

—«¿Estás tú segura de obrar bien? ¿No faltas á Genaro en nada? ¿No se te ha ocurrido aún la idea del perdon? ¡El perdon! ¡Cosa santa! ¡Sufre y te sentirás cu-

rada del mal de ódio! ¡Lo que te quema en el corazon no es el daño ajeno, sino la propia ira! ¡Echa fuera ese rescoldo abrasador que el diablo sopla para convertirlo en hoguera!»

Pero no: Enriqueta no queria perdonar. Creia necio, cándido, ridículo el abrumar con abnegaciones no emprendidas á los que le abrumaban á ella con desprecios sangrientos. ¡Perdonar! ¡Palabra infame! No es digna de los labios del justo cuando el justo es víctima del protervo! Así pensaba Enriqueta miéntras la noche seguia avanzando.

Lóbrega noche. El cielo estaba oscuro, habiendo borrado las tenaces nubes todo rastro de luna. Habia pasado esta altiva hada por las regiones celestes vertiendo el contenido de su cántaro lleno de luz. Pero la tormenta, con sus esponjas negras empapadas en agua, habia absorbido el brillo de los rayos argentados. Detras de la ventana Enriqueta dejaba deslizarse las horas que iban desfilando con piés de plomo, hechos de las pesas colgantes del reloj, cuyo horario redondo, amarillo, sucio, parecia el rostro linfático de un sér cachazudo, todo reposo, calma é insensibilidad. De rato en rato pasaba á lo léjos, por la curva de Doñana, la locomotora de ensayos, trayendo y llevando material con gran priesa, porque estaba cercano el dia de la inauguracion oficial de la línea de Beimiel. Iba resoplando, humeando, pateando, escupiendo bocanadas de humo rojizo por la chimenea y salivazos de blanco vapor por cada uno de sus costados alternativamente. Encendido el farolete azul en su frontal, simulaba el ojo de un cíclope míope

que usase lente de *fint-glass* como cualquier *gentleman* de Liverpool. Al respirar su aliento, sonaba, ya como silbo de culebra ronca, ya como lamento de niño enfermo de *crup*, ya como estertor de tráquea metalizada y rígida. Tuvo tiempo de hacer todas estas observaciones Enriqueta, porque desde las ocho, en que salió su primo, dejándola entregada á un solitario dolor, hasta la hora de ahora, en que acaban de dar las doce en el reloj de pared, tocando su rigodon acostumbrado la oculta orquesta del horario, no ha apartado su vista de aquel cristal, por el que la negrura de la noche, mostrando su hondo seno, bueno para que en él duerma el dolor, hace pensar en las penas interminables, en la clepsidra de las amarguras humanas, que no cesa de gotear partículas de encendido plomo sobre el corazon sensible.

Aquella aparicion de fuego da hórrido aspecto al paisaje, y al incierto llamear de la locomotora parecen los peñascos frailes inmensos dormidos, y cabezas gigantescas, cuya cabellera de Medusa, hecha de un puñado de lentiscos, se agita pausadamente; los bloques de piedra blanca, osarios en que el movimiento de la putrefaccion viva—¡esa insurreccion contra lo mortal de las cosas mortales! —está representada por la lluvia, la cual, al batir furiosa las arenas, produce en ellas un desgranamiento contínuo; todo el panorama, en fin, teatro de una tragedia interrumpida y que va á desenlazarse espantosa cuando ménos se piense.

Aquella negrura albergó durante mucho tiempo los pensamientos de Enriqueta. Al sonar las doce y media en el reloj manifestó su impaciencia, y miéntras la mu-

siquilla del reloj tocaba su rigodon, murmuró esto:

—¡Dijo que vendria á la una!..... ¡Yo no debo seguirle!

Por más que acababa de sonar la hora, miró al reloj otra vez. Aun ejecutaba la incógnita orquesta su rigodoncillo gracioso, danza de minutos y segundos que lleva al hombre á la sepultura cuarto á cuarto de hora.

—¡Santo Dios! si viene, ¿qué hago?..... He obrado mal al prometerle lo que le he prometido..... Dijo que á la una llegaria en un carruaje que habria de aguardarnos en el puente. Desde allí nos llevaria á Tres Empalmes..... ¡Es una vergüenza! ¡Yo no iré!..... ¿Por qué no estás aquí, madre mia? Si tú estuvieras, en tu regazo llorára hasta consolarme..... No hubiera tenido que confiar mis penas á ese hombre, que quiere abusar de mi soledad..... ¡Lo que he hecho me parece más criminal de cuanto haya podido hacer mi marido!.....

Deteníase su pensamiento largos ratos de tal modo, que cada punto suspensivo que estampa mi pluma representa cinco minutos de meditacion en Enriqueta.

—Si llega, le diré que no quiero seguirle..... Yo no le amo..... ni le he amado jamas..... Necesitaba álguien que me consolára; y él, ¡necio, fatuo, ha creido amor mi confianza!..... ¡Yo sólo te quiero á tí, Genaro..... sólo á tí..... sólo á tí!.....

Repitió estas tres palabras muchas veces, y lloró sobre ellas, como una madre sobre los frios restos del hijo que murió. Al cruzar la locomotora entónces por la cumbre de Doñana creyó ver Enriqueta á Genaro, que iba en el *tender*, haciéndola con la mano derecha señal

de despedida. ¡Alucinacion de un amor triste! ¿Profecía ó presentimiento?

—¡Amado mio!..... Yo soy tu esclava—dijo entónces Enriqueta.—Písame y te amaré..... ¡Mátame, y pediré un minuto de tregua en tu sentencia para poder repetirte que soy tuya!..... No puedo odiarlo, por más que quiero aborrecerlo.....

El débil y cambiante espíritu de Enriqueta mudaba rotundamente de propósito. Ya se ha dicho que esta excelente y atribulada mujer edificaba sus resoluciones sobre nubes.

¡La una ménos cuarto! ¡Otro rigodon ejecutado por el relojillo!..... Ella no pudo más, no supo resistir su impaciencia, su miedo.

—Y si viene y me arrastra, ¿quién me defenderá?..... ¡Oh, soy tan débil, que áun sabiendo que mi deber es sufrir y mi destino amar á Genaro..... ese hombre se me llevará..... ¡Entónces, entónces Genaro habrá de despreciarme!..... ¡Pero acaso no me desprecia ahora!..... ¡No amarme y despreciarme..... es lo mismo!..... No; pero yo debo quedar aquí, sufrir aquí, morir aquí; esperar como la piedra, y ser como la piedra, paciente.

El piso superior retembló bajo unos pasos precipitados. María Luisa se habia levantado súbita del lecho; donde vestida se echaba cerca de su hija, pensando haber oido en su intranquila vigilia el silbido con que dijo Genaro que le avisaria su llegada. Aproximóse á la ventana y nada vió. Oyó sólo un lejano ruido de cascabeles. Oyóle tambien Enriqueta.

—¡Roberto! —dijo ésta.—Ahí viene. ¡Me he perdido!

Alzóse de la silla que ocupaba, y una idea de salvacion se hizo en su espíritu, como se hace la luz en el espacio. Adelantó un paso, volvió á retroceder. La vacilacion de su alma era cognoscible por la de su cuerpo, aguja imantada de una brújula loca.

—Subiré á casa de..... esa mujer..... Cerca de ella no se atreverá Roberto.....

Pero su amor propio, sus celos, su ódio se levantaron en armas. Era una plebe insurrecta que llenó su sér, invadió el fuerte del ódio, y desde sus torreones flameó banderolas de guerra.

—¡Qué humillacion!—pensó.—¡Buscar mi defensa en mi rival, en una mujer despreciable, á quien ódio!..... No, no..... Yo sabré defenderme sola..... ¡Pues qué! ¿soy tan débil para el crímen como ella?

¡Argumentos inútiles del amor propio! Por aquella brecha iban á penetrar los enemigos. Por el portillo que el miedo abrió en su alma iban á precipitarse, tímidos, temblorosos, azorados, sus sentimientos de esposa honesta y cristiana..... Más cerca escuchó los cascabeles del coche, y rápida salió del gabinete, subió la escalera..... ¡No se sube de otro modo la del cadalso!..... ¡Llamó!

---

## XXIX.

**En que diablo y ángel se juntan, sin que se sepa quién es ángel y quién diablo.**

Llamó, y como el sueño de la Pajarola era profundo, y ademas esta buena Maritórnes, siendo más honrada que la de Cervántes, no era tan amiga de abandonar á destiempo las plumas muelles del lecho, fué preciso que María Luisa acudiera á abrir. ¡No sin sobresalto! Al sentir el timbre de la campanilla imaginó que Genaro estaba al otro lado de la puerta. Pero al abrirla hallóse con Enriqueta. No venía, pues, á despertarla su amor; venía á despertarla su remordimiento.

Mudas y sin pensamiento expresable quedaron las dos; María Luisa, turbada y como sorprendida en pleno delito; Enriqueta, vacilante entre el miedo á ser arrebatada, y la indignacion de pedir amparo á aquella vil mujer, á quien ella apellidaba hipócrita, indigna, farsante del cariño maternal, y otros dicterios de este órden.

—He creido oir voces—dijo por decir algo Enriqueta y fingiendo motivo distinto del que la impulsó á subir.

—¡Muchas gracias por su cuidado!—balbuceó María.

Alborotado el cabello, desnuda de pañuelo la cabe-

za, destacábase briosamente con dulce gracia sobre el corpiño negro de un humilde vestido de percal. Dos medallitas piadosas oscilaban, pendiendo de sus orejas, como dos gotas de agua que van á escurrirse de dos hojas de rosa.

Enriqueta pasó adelante. Queria verse dentro de la casa, cerrada la puerta, protegida por muros ajenos contra sus propios proyectos de la misma tarde.

«—Esta es la esposa—pensó María Luisa, miéntras con una seña brindaba un asiento á Enriqueta.— Esta es la esposa. ¡Yo no puedo ser sino la querida!..... Ella tendrá derecho de injuriar la honra de Genaro, de cubrirla de befa y lodo con su primo, de engañar al hombre más digno del mundo..... y no perderá el respeto de las gentes..... Yo sólo con osar mirarla me hago reo de mil delitos..... Pero Dios me manda el sacrificio..... Yo no quiero amar á ese hombre..... Esta es su esposa, y á ésta debe amar, y á nadie más que á ésta, y á mí ménos que á nadie..... ¡Humíllate, mala pasion!»

Hablaron las dos damas de Justina. ¡Las niñas son tan difíciles de educar! ¡Su salud es tan endeble! ¡Justina tan nerviosa! ¡Son tan complicados los deberes de la maternidad!..... ¿Cuánta vulgaridad dijeron? Muchas; porque no hablaban ellas; hablaban sus labios, miéntras sus espíritus, por distintos, aunque paralelos, caminos, larga carrera corrian desatentados. Enriqueta sólo deseaba hacer tiempo; dejar el bastante al reloj para pasar de las dos. Roberto estaria llegando; acaso entónces mismo daba vuelta á la llave de la puerta. No encontrando á su prima, esperaria un rato, media hora,

una..... Al fin se cansaria de esperar y tendria que desistir de sus planes de fuga, por aquella noche al ménos. Se veria en el caso de despedir al carricoche del tio *Requilorio*, que él desde luégo se prometió contratar en Lugareda, como único medio regularmente cómodo de hacer la travesía..... Una vez despedido el carruaje, aumentadas las dificultades de la partida, echado aquel granito de arena entre el mal propósito y su realizacion, ella sabria apoyarse en él para resistir, para desvanecer todas las esperanzas del mal aconsejado amante.....

En cambio, María Luisa tenía empeño en que tan inoportuna visita durase poco. ¡Dios mio, qué situacion más espantosa la suya si llegaba Genaro ántes de marcharse su mujer! ¡Casualidad endiablada! ¿No debia estar Enriqueta durmiendo á tales horas? Era insoportable para María Luisa tener allí mismo, delante de los ojos, aquel remordimiento de carne y hueso, que parecia decirla con sus miradas, con el tono de su voz, ya que con sus palabras no, y hasta con su silencio, y con el gesto de su faz, y con la sombra de su cuerpo: «¡Eres una mujer perversa! Miéntras tu hija está enferma, tú esperas á tu amante.» Como si esta idea hiciese mucho daño á María Luisa, queria disminuir la enormidad de su culpa: «No; yo no espero al amante para hablar de amor. Espero al único hombre que me muestra interes y cariño. Viene á decirme qué peligros corro yo..... y corre mi hija.»

Pero miéntras estas cosas pasaban en el alma, el tiempo se deslizaba, y pudo el filósofo discernir entónces sobre lo que dura un minuto sin atenerse al incom-

pleto cómputo de las divisiones geográficas; porque Enriqueta creia que los minutos eran unos señores pesadísimos, gordos, hinchados, que caminaban con ayuda de muletas, posando firmemente en el suelo sus piés cubiertos de zapatillas; miéntras María Luisa hubiera jurado sin mentir que eran una procesion de cínifes saltones, que no corrian, sino que se deslizaban por el lago de la eternidad, veloces como los caballitos del diablo sobre los lagos de agua verdadera.

«—¡Aun no se habrá marchado Roberto!»—pensaba Enriqueta.

En tanto que María Luisa, para sus miéntes, decia:

«—¡Ya estará llegandito, llegandito, Genaro!»

Y el reloj no se adelantaba ni se detenia—insensible, justo, matemático, partiendo en iguales porciones la vida con el tajo incansable de la péndola.

Cualquier rumor creia María Luisa que iba á ser el silbido de Genaro. El silencio nocturno se hacia sublime y temeroso en aquella sala, cuyas ventanas permanecian abiertas sobre la noche luctuosa y de llovizna, y cuyas paredes estaban sencillamente adornadas con grabados: un retrato de Napoleon, una copia en acero de *Una Maja* de Goya, y un mal cromo, que representaba á Poniatowski saltando el Elster. Sonó de improviso el patear de un caballo. María Luisa tembló. Su respiracion se hizo difícil, y las flébiles alillas de su linda nariz se agitaron nerviosamente; pero cuando un silbido agudo rasgó, por decirlo de un modo gráfico, el silencio, Enriqueta se levantó asustada, juntas las manos, moviendo la cabeza como presa de indominable terror.

—¡Ay, por Dios!—dijo.— Yo le suplico á V. que no me deje, que no me abandone. Venga quien venga, suceda lo que suceda, no se aparte V. de mí.

Habia cogido de un brazo á María Luisa y se lo estrechaba fuertemente. Ésta creyó que Enriqueta habia perdido el juicio. Miróla á los ojos, queriendo leer en ellos la explicacion de aquel impensado arrebato.

Se repitió el silbido una, dos veces. María Luisa pensó :

«—¡Ahí está Genaro!»

Enriqueta creyó que Roberto, cansado de esperar, habia tomado una resolucion enérgica. ¡Acaso entraria en aquella misma estancia! ¡Ella suponia á aquel hombre enamorado, y el amor es capaz de todas las imprudencias. No osaba moverse. ¡Parecia que el piso estaba sembrado de pólvora pronta á estallar! Vuelta la cabeza hácia la ventana, el oido alerta, recogia todos los latidos de la artéria por que corre la vida de la noche; esos ruidos mil que varian en gama infinita desde el estallido de un boton vegetal al chirrido de unos helitros metálicos, besos dados por incógnitas bocas enamoradas, chasquidos de maderas, susurro de árboles.....

—¿Teme V. algo?—preguntó María.

—¡Ah! Yo lo temo todo, la muerte, y algo peor que cien muertes.

Apénas atendió María á estas palabras. Habíase desasido del brazo de Enriqueta, aproximándose á la ventana. Imaginó que la inmóvil y negra arboleda corria como una culebra enloquecida. Nada vió, nada oyó.

—¡Ay, señora, señora!—balbuceó Enriqueta acercán-

dose tambien á la ventana.—Yo no puedo contener mis penas y van á salirse de mi alma.

—¡Penas!.....

—¡Horribles!..... Y V..... tiene la culpa.

Retrocedió María, asustada como si en el marco de la ventana hubiese asomado su chata cabeza una culebra.

—Usted, que me ha arrebatado el amor de mi vida.

—¡Yo!..... ¡arrebatado!.....

—He querido ocultar mi dolor por no dar la gloria de verme sufrir á álguien que me odia; pero ¡ya no sé cómo se detiene la sangre de esta herida!

María se hallaba en el último grado de paroxismo. Su espíritu, solicitado por diversas fuerzas, parecia próximo á rasgarse como tela débil de que dos manos tiran con brío.

—¡En qué estado me veo!—continuó Enriqueta.—¡Pidiendo compasion á V.!..... ¡Ayer, ayer mismo hubiese preferido morir..... á esta bajeza!

En el alma de María hubo una sublevacion de dignidad, un chispazo de ódio que encendieron los celos.

—¡Déjeme V.!..... no sé lo que dice V..... no la entiendo.

Quiso retirarse, quiso volver á la estancia de Justina, en la cual se oia el suspiro de un sueño inocente; pero no pudo, porque Enriqueta, asiéndola de nuevo, exclamó suplicante:

—¡Ay!..... no me abandone V..... no sea V. cruel conmigo..... no me deje V. sola!.... ¡Viene por mí! ¡Quiere llevárseme!..... Y si V. no me sujeta entre sus brazos, si usted nome defien de con su cuerpo, logrará lo que quiere.....

—¿Quién?—preguntó María, encontrando en una palabra mil interrogaciones.

—Roberto..... Usted me ha puesto al borde del abismo..... Genaro me ha olvidado..... Yo he estado á punto de perderme..... ¡Ay de mí!..... Entónces me hubiera despreciado *él.*

—¡*Él!*

—Sí, Genaro—prosiguió exaltada Enriqueta.—*Él*, á quien adoro, á pesar de V..... Porque sin su alma y su cuerpo mi vida es imposible..... ¡Vea V., vea V. lo que me ha arrebatado!

¿Le amaba, pues, Enriqueta? Esta pregunta se hizo María, y una ola de dolor invadió su sér. Aquella indigna y pecaminosa aficion de su alma no podia resistir la idea de la competencia. Creyendo á Genaro engañado por Enriqueta, le compadecia indignada. Viéndole adorado por ella..... ¡moria de celos! ¡Celos criminales, ramas de agudas zarzas que rodean la criatura, y animándose como víboras, estrechan la carne punzando, rasgando, matando!

—Cuando esta tarde se fué Genaro á Trempez—dijo Enriqueta tan quedamente, que apénas se la oia—pensé confesarle todo..... ¡Confesarle! ¡Como si fuese mio el pecado!..... Pero sí, mio; porque yo, loca, llena de ódio, de un ódio salvaje, atroz..... determiné escaparme esta noche. ¿Con quién? Con Roberto, con cualquiera, sola, á pié..... para no ver á V. más, para no verle más á *él*..... Llegó la noche y me encontré sola, sin defensa contra mí misma..... ¡Horror!.....

Dejó de hablar para oir. Tambien escuchó María Lui-

sa. De un momento á otro pensaba que iba á romper el silencio la voz de Genaro. ¡Su mujer, su mujer estaba allí! ¡Qué vergüenza, qué desdoro para ella! Un vértigo de ideas se produjo en su alma. Giraron revueltos sus juicios, sus sentimientos, sus temores. Era una negra espiral que desde el cielo bajaba ondeando hasta los infiernos mismos, y en ella iba María Luisa, arrastrada, impulsada, sin vigor ni vida para resistir..... Tuvo que sentarse y lloró. Enriqueta la contempló en silencio y lloró con ella.

---

## XXX.

### ¡Huid! ¡volad!

Tantas veces habia salido á su rostro la vergüenza en aquella noche, que cuando el alba llegó, el de María era una faz de cera. Inmóvil en una silla pasó cuatro horas mirando á Enriqueta, pero sin verla. Ésta permaneció tambien aquellas cuatro horas en medio del temor y del arrepentimiento, helado su pensamiento y como sin vida, ardorosas sus sienes, en las que una vena azul muy visible latia pletórica con violencia. No quiso descender á su casa, temiendo hallarse en ella á Roberto. Aquellas dos mujeres pasaron la noche velando su ódio.

Pero cuando la primera línea de claridad simuló una sonrisa en el confin donde cielo y tierra se juntan, María Luisa se levantó del asiento y fué á ver á su hija. Seguia durmiendo. Besóla en la frente y en sus manos, que tenía cruzadas como si estuviese muerta. Dulce rubor coloraba sus mejillas, y dormida sonreia como si estuviese deshojando rosas ó ensartando vilanos.

La Pajarola se levantó, y su escoba comenzó á saludar el suelo. La línea blanca del Oriente se fué poniendo

amarilla, de oro luégo. El perro encadenado en el corralon ladró, y una voz infantil dijo:

—¡Tuso! ¡Como te arrimes te santiguo!..... ¡Pajarola! Aquí estoy yo.....

Era la ciega, era nuestra amiga Petrilla. El perro la olió, y se volvió á su nicho cabeceando y cerrando los adormilados ojos.

—¿Está el ama?—dijo Petrilla á Pajarola.

Poco despues entraba en la sala del piso principal el garrote de la ciega, seguido de ésta.

—¡Doña Mariquita!—exclamó ésta.—¡Buenos dias! ¿Está V. sola?

—¿Eres tú?..... ¿Cómo vienes acá? ¿Cómo te ha dejado tu padre?—repuso sorprendida María.

—¿Está V. sola?—insistió en preguntar Petrilla.

—No..... pero es lo mismo. ¿Qué quieres?

—No, no es lo mismo..... Quiero hablarla á V. sin testigo.

La ciega pronunció estas palabras con firme resolucion, y volviendo la cabeza hácia el lugar donde estaba Enriqueta, que apénas habia advertido la llegada de la chica, demostró saber por misteriosa adivinacion donde se hallaba la dificultad de la confidencia.

—Entra en este gabinete—contestó María.

Cuando se encontraron las dos solas, la ciega buscó con la mano extendida á la viuda. Cuando tocó su ropa, exclamó súbitamente:

—¡Doña Mariquita de mi alma! ¡Huya V. ahora mismo! ¡Márchese V.! ¡Márchese V.!

—¡Que huya! ¿Estás loca?

—¡Ay, no señora! El Señor me dé vista como es verdad lo que voy á decirla..... Me he escapado de mi casa para venir á decirle á V. que se marche..... Allí están mi padre, mis tios, el notario D. Saturnino Acuña-plata y el tio Clavo Cara-de-Chucho.....

—¡Que están allí!

—Sí. Fueron al amanecer todos, y mi padre ya los esperaba..... Yo los oí hablar de V., y decian que esta mañana vendria el juez á depositar á la niña, á Justinilla..... ¿Sabe V. que á última hora resulta que Justina y yo somos primazas?..... ¡Ojalá! Pero ¡anda! ¿cómo han de ser primos el topo y la tórtola?..... El topo soy yo.

—¿Y qué más?—preguntó, ansiosa de saber, María Luisa.

—Que el juez vendria á por Justina y la nombraria un tutor..... porque decian que V. habia hecho no sé qué tunantadas..... ¡Enjambre de grajos!..... Mi padre no me ha hecho caso siempre que le he dicho que yo no queria ver á V. así en estas andanzas de jueces y pícaros..... porque cuando mi padre estaba por tierra de judíos sacando ochavos del moro de los pozos y el tio Clavo Cara-de-Chucho me solfeaba el lomo de lo lindo, V. me daba de comer y me hacía caricias..... No me ha hecho caso..... Pero ahora me he escapado..... para decirle á V. esto..... He venido volando..... ¡Más tropezones dí en el camino!

—Pero, hija mia, ¿es verdad eso?

—¡Verdad! ¡Como yo no veo gota, es verdad!..... Pero dése V. prisa..... Coja V. á Justina, vístala V., escápese..... porque si una vez se la llevan..... ¡ay de V.!..... ya no la verá más.

—¡Pero eso es una picardía, una infamia!

—¡Señora doña Mariquita de mi alma!..... Dése usted prisa..... ¡Que vienen, que vienen!

No tuvo tiempo de pensar lo que iba á hacer. ¡Huir! Hé aquí la única tendencia de sus ideas; hé aquí la única forma de su actividad. Preguntó por Pacorro, pero no estaba en casa. Despertó á su hija, vistióla con rapidez. La niña, asustada, queria saber por qué la sacaba del lecho estando enferma. María arropó á Justina entre los pliegues de su recio manton, lió á su frente un pañolillo y salió, precedida de la ciega, con su tesoro en brazos. Instantáneamente formuló su plan: caminaria á pié hasta la ermita de Acabadómine, y allí iria á buscarla Pacorro con la tartana. Desde la ermita, en el carruajillo, en un vuelo llegarian á Trempez, y allí tomaria el tren de Pamplona..... ¡Su hija! ¡su hija! Preferia morir á dejar que se la arrebatáran.

---

## XXXI.

**Empalma la línea del cielo con la del infierno.**

¿Quién refiere despacio estas cosas que sucedieron de prisa? Los desenlaces tienen la concision del telégrama, como tienen la rapidez de la electricidad. Rápida caminaba María con su hija en brazos. Dejó atras el pueblo bien pronto, cruzó el rio, y temiendo hallar gente en el camino de la ermita, echó por la senda de Conejeros, que serpeaba por entre los pastos dorados de Tajo-Peña. Volvia la cabeza para ver si la perseguian, y las ramas de los abedules, que se doblaban al pasar ella, le parecian manos que iban á detenerla.

—¿Cómo estás?—preguntó á Justina.

—Lo mismo..... Bien..... Nada me duele..... Pero, ¿á dónde vamos? ¿Por qué me llevas en brazos? Quiero andar, quiero andar.

—No estás bastante fuerte y tenemos que ir muy listas, muy listas..... no sea que llegue ántes que nosotras la tartana á la ermita.

—¿Vamos á alguna feria, como el año pasado?

María Luisa bebió muchas lágrimas y dijo:

—Sí, hija mia; á una feria.

El calor crecia, porque amaneció sin nubes y era el mes de Agosto. María Luisa echó hácia adelante sobre los ojos el pañuelo de seda que cubria su cabeza, y desarropó un poco á Justina. Se sentia muy cansada, porque la niña, bien que flaquilla como un palomo nuevo, pesaria sus dos arrobitas largas de talle.

—¡Si no puedes conmigo!—dijo ésta.

Hizo la madre un supremo esfuerzo para seguir andando, pero áun era lejana perspectiva la de la ermita. Tuvo que sentarse á descansar. Sudaba copiosamente, y sus mejillas encendidas no tuvieron nunca más bellos colores. Puso á Justina de pié. ¡De pié! No era posible: íbasele la cabeza á la pobre criatura, y las zarzas, los trigos, la vereda, las nubes, los pájaros, daban vueltas alrededor de ella en ciclon absurdo, como los caballitos del tio Vivo. Acostóla María sobre la dorada hierba, que, hundida bajo el peso de la niña, componia una cuna blanda, rodeada de los tallos altos que se inclinaban para ver á Justina. En vano quiso ésta permanecer con los ojos abiertos. La viva luz del sol se los cerraba de por fuerza.

Y en la cavidad de los párpados las propias venas que allí culebreaban, latiendo hinchadas por la fiebre, le parecian racimos de viborillas azules y rojas que se enroscaban y se mordian. Despues se aclaraba su percepcion calenturienta y creia oir el vuelo de muchas bellas mariposas que tejian un capullo de hilo de sol, envolviéndola y encerrándola dentro. Un escarabajo negro se columpiaba colgado en la punta de un tallo de grama. Una mosca hacía equilibrios con un baston de caña

entre las antenas. Cien mosquitos venian, sonando sus trompetas, á ponerla un par de banderillas en un ojo.

María inspeccionaba intranquila el horizonte, y hácia Arijona creia ver siempre el tropel de sus perseguidores. Pero algo real y cierto vió por fin, no en el camino de Arijona, sino en el de Trempez. Era un caballero que galopaba. ¡Un vuelco le dió el corazon! Era Genaro echado sobre el cuello del caballo, que parecia fatigado y jadeante. Pronto llegó. Iba á pasar sin descubrir el grupo divino de María Luisa y su hija; pero descubriéndole, detuvo el caballo en firme. Se quedó pasmado, absorto, dudando de sus sentidos y creyéndose juguete de una ilusion. Luégo se acercó á aquel lugar.

Hubo exclamaciones de sorpresa, de curiosidad. Despues siguió la explicacion de lo que habia acaecido en aquella noche. Genaro dijo que habia pasado una hora dando vueltas á Casa-Arijona, preguntando á todas las ventanas qué sucedia detras de ellas y por qué no se abrian para sacarle de dudas. Hubo luégo espacio para que diese cuenta Genaro de sus noticias. No eran falsas las de la ciega. Los comentarios de la indignacion pusieron término al relato de las infamias de Ceano y el tio Clavo, á la despertada codicia de Patricio Güemes, á la debilidad criminal de Pazita.

—¿Tú huyes de esa emboscada?

—Huyo..... huyo..... En la ermita me espera la tartana.

—Pues..... adios..... Yo tambien me voy..... me voy de aquí..... por siempre.

Para no exclamar María: «¡Por siempre! ¡Dios mio!

¡Qué dices!» hubo de tapar sus labios con la frente de Justina, ardorosa, febril.

—La línea se inaugura mañana. Pasado..... saldré de Arijona..... Yo no quiero luchar con lo imposible..... Yo.....

Quiso añadir algo; pero una emocion inmensa hinchó su corazon, como el flujo del mar hincha la ola. Cuando pudo dominarse, añadió, haciendo violento esfuerzo:

—Yo tengo deberes..... yo tengo..... una mujer.

No necesitó apelar á divinas inspiraciones, ni á los consejos de una religion positiva, para que dentro de su alma predominase el sentimiento de lo justo. La religion de la dignidad fué quien en aquella noche, pasada sobre el lomo inquieto de un caballo, llena el alma de intenciones adúlteras, hirviente el cerebro en ideas tumultuosas y de rebelion contra lo establecido, evocó el fantasma del sacrificio.

—Tú tienes una mujer—balbuceó María con hondo lamento de su pecho.—¡Yo tengo un ángel!

Y señaló á Justina. Luégo continuó:

—Tú vas por ahí. Yo por allá. No hemos de vernos otra vez..... ¿Para qué nos vimos alguna?

Rompió á llorar. ¿Cuáles fueron las lágrimas del amor ofendido, cuáles las del dolor, cuáles las del arrepentimiento? Todas se juntaron y salieron confundidas.

Levantóse María, y ella y Genaro se miraron. ¡Qué hermoso estaba el dia! Los esplendores de naturaleza rodeaban aquellos dos espíritus enlutados. Los ecos del valle parecian pronunciar versículos del *Cantar de Cantares*..... Para despedirse..... ¡para despedirse por siem-

pre!..... se escuchó un beso. Diéronsele los labios sin consentimiento de las almas.

—¡Adios!—dijeron los dos.

Él se iba para siempre dentro de dos dias, llevándose su infelicidad en su amor.

Justina yacia aletargada y apénas se movió cuando la tomó en brazos su madre.

—¡Adios!—se escuchó otra vez, dicha esta palabra por dos voces.

Él, á pié, la miraba alejarse; y ella, al andar, volvia la cabeza.

---

## XXXII.

### ¡Catástrofe! ¡Horror!

Cuando llegó á Trempez María Luisa, Justina se encontraba en un estupor material y moral absoluto. No pudo realizar aquélla sus planes, porque la circulacion de viajeros estaba impedida con motivo de inaugurarse al otro dia la línea de Beimiel. Banderolas, gallardetes, cintajos y escudos adornaban el camino. Músicas marciales se columpiaban en el aire. La plebe, engalanada, se esparcia por las afueras de Trempez—lugar de carretera, cuya única calle tiene dos posadas—como el líquido ferviente se sale borboteando fuera de la vasija. Tuvo María Luisa que resignarse á esperar allí, hospedándose en una de las hosterías, en un cuartucho que, por haberle descrito Moratin en el *Sí de las Niñas*, no tengo yo que pintar ahora. Quiso llamar á un médico; pero no estaba el único del pueblo en la localidad, y como crecian los espasmos y la fiebre, el susto de la madre rayó en delirio.

—¿Seré yo su verdugo?—pensó.

Allí iba á ocurrir una triste escena. Aquel lecho era un lecho de muerte. ¡Catre malhadado y duro! ¿por qué

no truecas tus tripas de lana en blandas plumas de cisne, y tu colcha de pelefechil indiano en cubierta de rosas? Sólo así sería digno tan feo mueble de soportar el peso de un ángel que se iba de la tierra. A las diez de la noche habia agotado María los últimos recursos de la ciencia doméstica; y la posadera, una buena vieja, llena de excelentes deseos, trajo nieve de un pozo para ponérsela en las sienes á Justina. Abríanse los párpados de ésta como para agarrarse con la mirada á los objetos del mueblaje. ¡Inútiles esfuerzos de la vida, que caia, caia por aquel plano inclinado que lleva al no ser!

Apénas rayó el dia el escándalo de las músicas fué espantoso. Grupos de mozos engalanados tañendo guitarras cruzaban bajo la ventana del cuarto donde el dolor de María Luisa apuraba los más acerbos dejos de su cáliz. Oyó el rumor de las conversaciones, ese monólogo de la multitud, resultante de las palabras de mil bocas, que venía á burlarse de la viuda, sonando sus castañuelas junto á un féretro. Aquel desfile de músicas, mozos, chicos, banderas y alegría llegó á tomar una forma visible, cohesion y personalidad, y María Luisa se creyó dominada por un sueño feroz é irresistible, perseguida por un demonio burlon y maléfico, que ya tenía el rostro de Patricio Güemes, ya el del notario. A las doce debia cruzar la locomotora por la vía nueva. Iria en ella Genaro, el Ingeniero Jefe, y el pueblo le aclamaria entusiasmado, miéntras Justina moria. Se acercaba la hora, aumentaba el tumulto. El viejo edificio temblaba como un pecho tísico al sentir las palpitaciones de un corazon robusto, cuando la gente se acercaba á él,

y los carruajes de los pueblos vecinos entraban en el patio sonando sus cascabeles, para desembaular el jubiloso contenido de expedicionarios.

Aquí tuviera yo la pluma con que Pereda pinta las romerías de la Montaña, é hiciéraos un bonito cuadro de Trempez engalanado. El jaco bisunto y magro, que trae al cura, trota cerca de la galera de cuatro ruedas, que arrastran cuatro lustrosas mulas. Señoritas de pueblo, llenas de cintajos, se saludan al bajar de sus birlochos hijodalgueños. Caballeretes con roja corbata y sombrero hongo de forma anticuada se deshacen las arrugas que, al cabalgar, el trote formó en el estrecho pantalon. Gran curiosidad reinaba en todos por ver aquella estupenda maquinaria, sierva del pensamiento, con quien compite en velocidad.

Y en tanto..... ¡pobre Justina!

No fué agonía aquello. Fué muerte paulatina y gradual. La luz aminoró su brillo, la extension de la llama acabó por apagarse. María sintió que sus manos palpaban algo frio. Miró horrorizada. ¡Tenía entre sus dedos una mano de Justina! Habia abierto los ojos para morir, y sus pupilas vidriosas miraron sin ver la luz de la ventana. Entónces resonó un ¡¡¡viva!!! en el campo..... cohetes, gritos, oleaje, confusion, y el agudo, musical silbido de la locomotora.

---

## XXXIII.

### ¿Hasta cuándo?

¿Dónde acabó el penar de María Luisa? ¡Sola, pobre, sin amor, sin honra, llevando su castigo en su hermosura, huyó de aquellos pueblos!..... ¡Cuánto me queda á mí que contaros de ella!..... Pero no he de hacerlo hoy, en que estais vosotros cansados y yo tambien.

*MADRID: Setiembre, Octubre, Noviembre.*—1879.

FIN.

# ÍNDICE.


| | Páginas. |
|---|---|
| I.—¿ Empieza ó acaba ?.. . . . . | 5 |
| II.—Mirada al frente. — Mirada atras.— Mirada alrededor.. . . . . | 11 |
| III.—Viaje alrededor de un notario. . . . . | 21 |
| IV.—Arijona de Arriba.—Historia urbana. . . . . | 34 |
| V.—Petrilla.. . . . . | 42 |
| VI.—No descansan ni el viento ni el avaro.. . . . . | 54 |
| VII.—La novela de Petrilla. . . . . | 58 |
| VIII.—El abismo de los cálculos. . . . . | 66 |
| IX.—La Princesa prefiere ser esclava. . . . . | 71 |
| X.—El extranjero en su patria. . . . . | 79 |
| XI. -Alrededor de la luz. . . . . | 89 |
| XII.—En silla de postas. . . . . | 103 |
| XIII.—Instalacion.. . . . . | 114 |
| XIV.—El caballo de Troya. . . . . | 123 |
| XV.—Estudio de paisaje. . . . . | 135 |
| XVI.—Seduccion. . . . . | 150 |
| XVII.—Lo que pensó él. . . . . | 158 |
| XVIII.—Cuando la madre dice «Yo», habla de sus hijos. . | 165 |
| XIX—Pasan muchos dias . . . . . | 112 |
| XX.—El túnel de Carrigudo. . . . . | 186 |
| XXI.—Como San Anton. . . . . | 202 |
| XXII.—Batalla perdida por un ángel en defensa de dos.. | 209 |
| XXIII.—Bajo el jardin. . . . . | 220 |
| XXIV.—*Domus Domini*. . . . . | 229 |
| XXV.—En que se verá lo que decia la gente de un gran invento y de un gran pecado.—Wal y el diablo son una misma cosa. . . . . | 240 |

Páginas.

XXVI.—Diálogo entre un papagayo y una pipa. . . . . 247
XXVII.—«Padecí en lo presente y en lo porvenir; porque padecí en mí y en mis hijos.». . . . . 256
XXVIII.—Arriba y abajo, ó ¿dónde está el cielo? . . . . 264
XXIX.—En que diablo y ángel se juntan, sin que se sepa quién es ángel y quién diablo. . . . . 270
XXX.—¡Huid! ¡volad!.. . . . . 278
XXXI.—Empalma la línea del cielo con la del infierno.. 282
XXXII.—¡Catástrofe! ¡Horror!. . . . . 287
XXXIII.—¿Hasta cuándo?. . . . . 290

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

FIN DEL ÍNDICE.

# BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS.

## OBRAS PUBLICADAS.

ALBUM POÉTICO ESPAÑOL, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Alarcon y otros; un tomo, 4.° mayor, 8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.

DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO, por don José Selgas; 2.ª edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

COSAS DEL DIA, continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

ESCENAS FANTÁSTICAS, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

EL MUNDO INVISIBLE, continuacion de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas; 4 pesetas.

MARI-SANTA, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

AMORES Y AMORÍOS (historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

CUARENTA SIGLOS, historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

EL MATRIMONIO. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca; dos tomos, 8.° mayor, 8 pesetas.

LA CUESTION DE ORIENTE, por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS POLLAS, novela, por doña Francisca Sarasate; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

EL COMENDADOR MENDOZA.—LA CORDOBESA.—UN POCO DE CREMATÍSTICA, por D. Juan Valera; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

LETRA MENUDA, prosa y versos de Don Manuel del Palacio; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

DE MADRID Á MADRID, dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

ADRIANA DE WOLSEY, original de Ventura Hidalgo; precedida de un prólogo del Sr. D. Víctor Balaguer; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

GUIA ILUSTRADA DE MADRID, con más de 150 grabados intercalados en el texto y planos sueltos muy importantes, por el Excmo. Sr. D. Angel F. de los Rios; un tomo, 8.° prolongado, 6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

UN LIBRO PARA LAS MADRES, por Doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS DAMAS (Estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª María del Pilar Sinués (3.ª edicion); un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

LA VIDA ÍNTIMA.—EN LA CULPA VA EL CASTIGO, por D.ª María del Pilar Sinués (2.ª edicion); un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE, cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad; con un apéndice titulado *Hermana*, por doña María del Pilar Sinués; dos tomos, 8.° mayor frances, 8 pesetas.

LA ABUELA, por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

EL SOL DE INVIERNO, novela, por doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

LA SENDA DE LA GLORIA, novela original de María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

SUEÑOS Y REALIDADES, por D. Ramon de Navarrete; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

EL BAZAR, revista ilustrada, con novelas tan interesantes como *Noventa y tres*, de Victor Hugo; *La Fé del amor*, de Fernandez y Gonzalez, etc., etc. Cuatro tomos, 25 pesetas.

VENTURAS Y DESVENTURAS, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

CUADROS VIEJOS, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por D. Julio Monreal; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

UNA DOCENA DE CUENTOS, por D. Narciso Campillo; un tomo, 8.° mayor, 4 ptas.

LA LEYENDA DE HIXEM II.—EL CAPITAN MORGAN, por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

MANUAL DE LA MODA ELEGANTE.—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas; 4 pesetas.

EL LIBRO AZUL, novelitas y bocetos de costumbres, por D. Eduardo Bustillo; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

CUENTOS, por D. José Fernandez Bremon; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

MEMORIAS DE UN SETENTON, natural y vecino de Madrid, por D. Ramon de Mesonero Romanos; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

EL TREN DIRECTO, relacion contemporánea, por J. Ortega Munilla; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

---

NUEVOS POEMAS Y DOLORAS, por D. Ramon de Campoamor; 4 pesetas.

**Se hallan de venta en las principales librerías y en la Administracion de**

**LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA y de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,**

**CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID.**

**Los precios arriba expresados, entiéndase que son en Madrid.**

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
BERKELEY

**THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE STAMPED BELOW**

Books not returned on time are subject to a fine of 50c per volume after the third day overdue, increasing to $1.00 per volume after the sixth day. Books not in demand may be renewed if application is made before expiration of loan period.

AUTO DISC DEC 13 1990

50m-7,'16

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003257018
YC 55848
199879
Ortega y Medina, J.
1